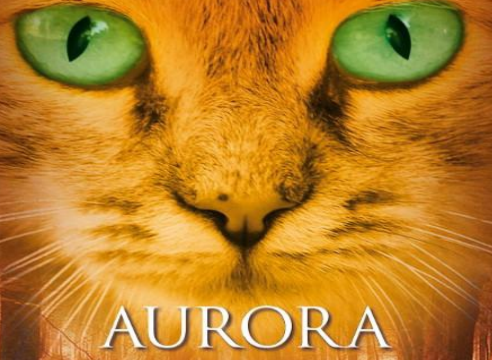
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LA NUEVA PROFECÍA



AURORA

Los jóvenes gatos que partieron en una misión varias lunas atrás han regresado con un mensaje alarmante: los clanes deben trasladarse a un nuevo hogar, o se arriesgan a ser aniquilados. Pero los gatos no saben adónde ir, pues sospechan que más allá de sus fronteras los aguardan múltiples peligros y amenazas imprevisibles. A demás, dada la férrea independencia de los clanes, ponerse de acuerdo sobre el rumbo a tomar resulta una tarea ímproba. Así pues, lo que necesitan es una señal del Clan Estelar…



Erin Hunter

Aurora

Los gatos guerreros: La nueva profecía - 3

ePub r1.0
libra 09.09.15

Título original: *Dawn (Warriors: The New Prophecy)*
Erin Hunter, 2008
Traducción: Begoña Hernández Sala
Diseño/Retoque de cubierta: Hanna Hörl

Editor digital: libra
ePub base r1.2

Un agradecimiento especial a Kate Cary.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

–ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

• Lugarteniente

–LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo y gris.

• Curandera

–CARBONILLA: gata gris oscuro.

-HOJARASCA: Aprendiza

• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)

–MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

-ZANCÓN: Aprendiza

–MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

-ESQUIROLINA: Aprendiz

–TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.

–NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

–FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.

-ZARPA CANDEAL: Aprendiza

–ESPINARDO: atigrado marrón dorado.

-TOPILLO: Aprendiz

–CENTELLA: gata blanca con

manchas canela.

–ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos color ámbar.

–CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

–ORVALLO: gato gris oscuro de ojos azules.

–HOLLÍN: gato gris de ojos ámbar.

–ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

• **Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)**

–ESQUIROLINA: gata de color rojizo oscuro de ojos color ámbar.

–HOJARASCA: atigrada marrón claro

de zarpas blancas y ojos ámbar.

–ZANCÓN: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

–TOPILLO: pequeño gato marrón oscuro de ojos color ámbar.

–ZARPA CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

• **Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)**

–FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro; la reina de mayor edad de la maternidad.

–FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

• **Veteranos (*antiguos guerreros y***

***reinas, ya retirados*)**

–ESCARCHA: hermosa gata blanca de ojos azules.

–COLA PINTADA: atigrada clara.

–RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.



CLAN DE LA SOMBRA

• **Líder**

–ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• **Lugarteniente**

–BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• **Curandero**

–CIRRO: atigrado muy pequeño.

• **Guerreros**

–ROBLEDO: pequeño gato marrón.

-AHUMADO: Aprendiz

–TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

–CEDRO: gato gris oscuro.

–SERBAL: gata rojiza.

-GARRUNDO: Aprendiz

• **Reina**

–AMAPOLA: gata atigrada marrón

claro de patas muy largas.

- **Veteranos**

–NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris; el antiguo curandero del clan.

–GUIJARRO: gato gris muy flaco.

CLAN DEL VIENTO

- **Líder**

–ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

- **Lugarteniente**

–ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

–CORVINO: Aprendiz, gato gris oscuro, casi negro, de ojos azules.

• **Curandero**

–CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

–OREJA PARTIDA: macho atigrado.

–MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

–BIGOTES: atigrado marrón.

–ALONDRA: gata canela de ojos azules.

-CARDILLO: Aprendiz

• **Reinas**

–PERLADA: gata gris.

–COLA BLANCA: pequeña gata

blanca.

• **Veteranos**

–FLOR MATINAL: reina color carey.

–ALFORFÓN: gato atigrado marrón claro.



CLAN DEL RÍO

• **Líder**

–ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

–VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• **Curandero**

–ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

-ALA DE MARIPOSA: preciosa atigrada dorada de ojos ámbar. Aprendiz

• **Guerreros**

–PRIETO: macho negro grisáceo.

MUSGAÑINO: Aprendiz

–PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

-PIZARRINO: Aprendiz

–BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar.

–ALCOTÁN: gato marrón oscuro de anchos omóplatos.

–GOLONDRINA: gata atigrada marrón oscuro de ojos verdes.

-LLOVIZNA: Aprendiz

• **Reinas**

–FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

–MUSGOSA: gata parda.

• **Veteranos**

–SOMBRA OSCURA: gata gris muy oscuro.

–TRIPÓN: gato marrón oscuro.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

• **Sanador**

–NARRADOR DE LAS ROCAS PUNTIAGUDAS (NARRARROCAS): gato atigrado marrón de ojos ámbar.

• Apresadores (*machos y hembras responsables de conseguir comida*)

–CIELO GRIS ANTES DEL ALBA (GRIS): gato atigrado gris claro.

–RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada marrón.

• Guardacuevas (*machos y hembras responsables de proteger la cueva*)

–GARRA DE ÁGUILA EN PICADO (GARRA): gato atigrado marrón oscuro (anteriormente, líder de los proscritos).

–PEÑÓN HENDIDO DONDE SE POSA LA GARZA (PEÑÓN): gato gris oscuro (anteriormente, un proscrito).

–RISCO DONDE SE POSA LA NIEVE

(RISCO): gato marrón (anteriormente, un proscrito).

–AVE QUE CABALGA EL VIENTO (AVE): gata atigrada gris (anteriormente, una proscrita).

–AVE QUE CABALGA EL VIENTO (AVE): gata atigrada gris (anteriormente, una proscrita).

–PEÑASCO DONDE ANIDAN LA ÁGUILAS (PEÑASCO): gato gris oscuro.

–SENDERO ESCARPADO JUNTO A LA CASCADA (ESCARPADO): gato atigrado marrón oscuro.

–NOCHE SIN ESTRELLAS (NOCHE): gata negra.

- **Crianderas (*gatas embarazadas o***

***al cuidado de crías pequeñas*)**

–SOMBRA DE ALA SOBRE EL AGUA (SOMBRA): gata blanca y gris.

–VUELO DE GARZA ASUSTADA (GARZA): gata atigrada marrón.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

–CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

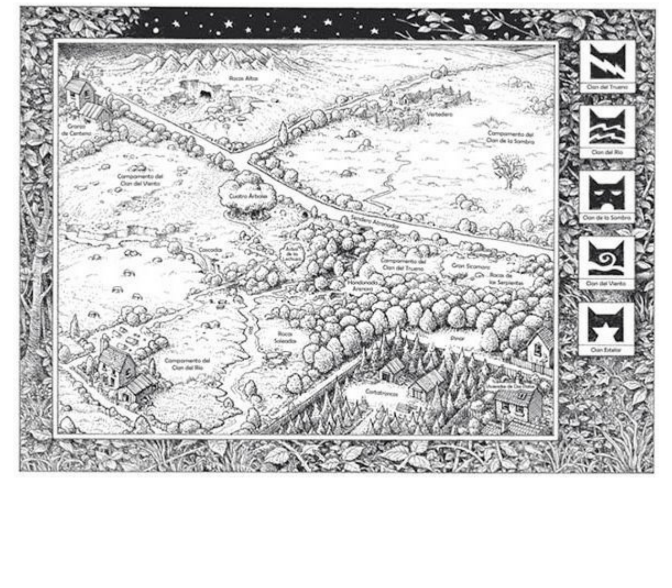
–CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

–CORA: gata doméstica atigrada de ojos azules.

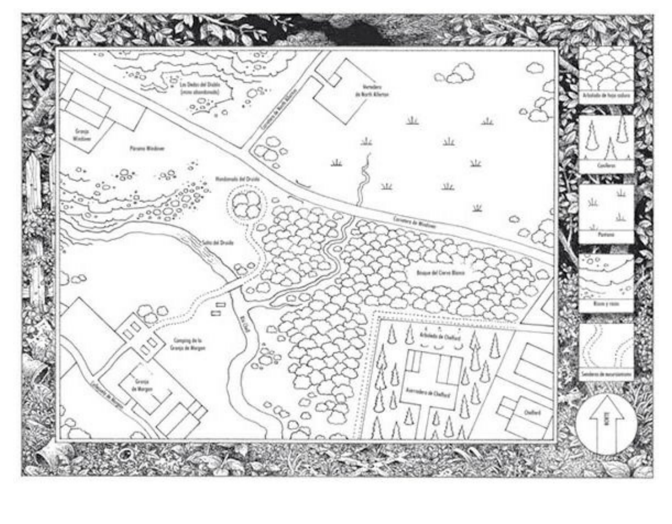
–SASHA: gata proscrita del pelaje leonado.

OTROS ANIMALES

–MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.



Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Pinar
Campamento del Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Druida
(mina abandonada)
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Vertedero
de North Allerton
Carretera de Windover
Bosque del Ciervo Blanco
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Arboleda de Chalford
Aserradero de Chalford
Chalford
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo



Prólogo

Las estrellas relucían sobre el bosque, completamente desnudo tras la durísima estación de la caída de la hoja. Unas sombras se movían entre la maleza… Eran figuras delgadas, con el pelo apelmazado por la fría humedad nocturna, que se deslizaban entre la hierba como el agua entre los juncos. El pelaje de los gatos no se ondulaba con

el movimiento de sus músculos, como sucedía antes; ahora se pegaba a sus huesos como un pellejo.

El macho de pelaje rojizo que encabezaba la silenciosa comitiva levantó la nariz y olfateó el aire. A pesar de que la caída de la noche había enmudecido a los monstruos mecánicos de los Dos Patas, su hedor seguía adherido a las hojas muertas y las ramas.

El gato encontró consuelo en el olor de su compañera, que iba a su lado; el familiar aroma de la guerrera se mezclaba con el odioso tufo de los Dos Patas y suavizaba su desagradable sabor. Ella le seguía el ritmo

tozudamente, aunque sus pasos vacilantes delataban que llevaba demasiadas noches en vela, demasiado tiempo sin comer.

—Estrella de Fuego —jadeó la gata mientras avanzaban—, ¿crees que nuestras hijas sabrán encontrarnos cuando vuelvan a casa?

El macho rojizo hizo una mueca, como si acabara de pisar una espina.

—Sólo podemos rogar que así sea, Tormenta de Arena —respondió en voz baja.

—Pero… ¿cómo sabrán dónde buscar? —Tormenta de Arena se volvió hacia el gato gris de anchas espaldas que la seguía—. Látigo Gris, ¿tú crees

que sabrán adónde hemos ido?

—Oh, nos encontrarán —aseguró Látigo Gris.

—¿Cómo puedes estar tan convencido? —gruñó ella—. Deberíamos haber enviado a otra patrulla a buscar a Hojarasca.

—¿Y arriesgarnos a perder más gatos? —replicó Látigo Gris.

A Estrella de Fuego se le empañaron los ojos de pena, y apretó el paso por la senda en penumbra.

Tormenta de Arena agitó la cola.

—Ésa ha sido la decisión más dura que Estrella de Fuego ha tomado jamás —le susurró a Látigo Gris.

—Tuvo que poner al clan por

encima de todo.

Tormenta de Arena cerró los ojos un momento.

—Hemos perdido a muchos gatos en esta última luna —maulló.

El viento debió de arrastrar su voz, porque Estrella de Fuego les lanzó una dura mirada.

—Entonces, tal vez en esta Asamblea los demás clanes acepten por fin que debemos unirnos para enfrentarnos a esta amenaza —gruñó.

—¿«Unirnos»? —Un gato atigrado soltó un maullido desafiante—. ¿Ya has olvidado cómo reaccionaron la última vez que les propusiste eso? El Clan del Viento estaba medio muerto de hambre,

y aun así fue como si les hubieras insinuado que se comieran a sus propios hijos. Son demasiado orgullosos para admitir que necesitan la ayuda de otros clanes.

—Pero ahora las cosas son incluso peores, Manto Polvoroso —le rebatió Tormenta de Arena—. ¿Cómo puede ningún clan seguir siendo fuerte si sus cachorros están muriéndose de hambre…? —Se le quebró la voz al darse cuenta de lo que había dicho—. Manto Polvoroso, lo lamento —murmuró.

—Sí, Alercina ha muerto —gruñó el guerrero—, pero ¡eso no significa que yo vaya a permitir que el Clan del

Trueno reciba órdenes de otro clan!

—Ningún clan va a darnos órdenes —afirmó Estrella de Fuego—, pero sigo creyendo que podemos ayudarnos unos a otros. Ya tenemos encima la estación sin hojas. Los Dos Patas y sus monstruos han ahuyentado a nuestras presas, y cada vez hemos de alejarnos más para cazarlas. También han envenenado a las que quedan, de modo que no es seguro comerlas. No, no podemos luchar solos.

De pronto, el susurro del viento entre las ramas se transformó en un rugido, y Estrella de Fuego aminoró la marcha, aguzando el oído.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Tormenta de Arena con los ojos como

platos.

—¡Algo está pasando en los Cuatro Árboles! —aulló Látigo Gris.

Echó a correr, y Estrella de Fuego fue tras él, seguido de cerca por sus camaradas de clan. El grupo entero frenó en seco en lo alto de una ladera, desde donde se veía una profunda hondonada de pendientes escarpadas.

Unas luces brillantes y antinaturales, más intensas que la luz de la luna, iluminaban los troncos de los gigantescos robles que habían custodiado aquel lugar sagrado desde la época de los Grandes Clanes. Pero había más destellos de luz: los que despedían los ojos de los enormes

monstruos agazapados en el lindero del claro. La Gran Roca —la extensa piedra lisa y gris sobre la que los líderes de los clanes presidían la Asamblea todas las lunas llenas— parecía pequeña y desprotegida, como un cachorro encogido en un Sendero Atronador.

Había algunos Dos Patas moviéndose por la hondonada, gritándose unos a otros. Un nuevo sonido atravesó el aire, un chirrido estridente y agudo, y un Dos Patas levantó una enorme y reluciente zarpa que centelleó bajo las brillantes luces. El Dos Patas presionó aquella extraña zarpa contra el tronco del roble más cercano, y del árbol empezó a brotar

polvo como si fuera la sangre de una herida. La reluciente zarpa aullaba mientras penetraba con crueldad en la antigua corteza, acercándose más y más al corazón del árbol. Hasta que el Dos Patas bramó una advertencia, y en la hondonada resonó un crujido tan ensordecedor que consiguió imponerse al ruido de los monstruos. El magnífico roble comenzó a inclinarse, al principio lentamente, luego más y más deprisa, hasta que cayó al suelo con gran estrépito. Sus ramas desnudas repiquetearon al chocar contra la tierra helada y un instante después quedaron inmóviles, sumidas en un silencio sepulcral.

—¡Clan Estelar, detenlos! —exclamó Tormenta de Arena.

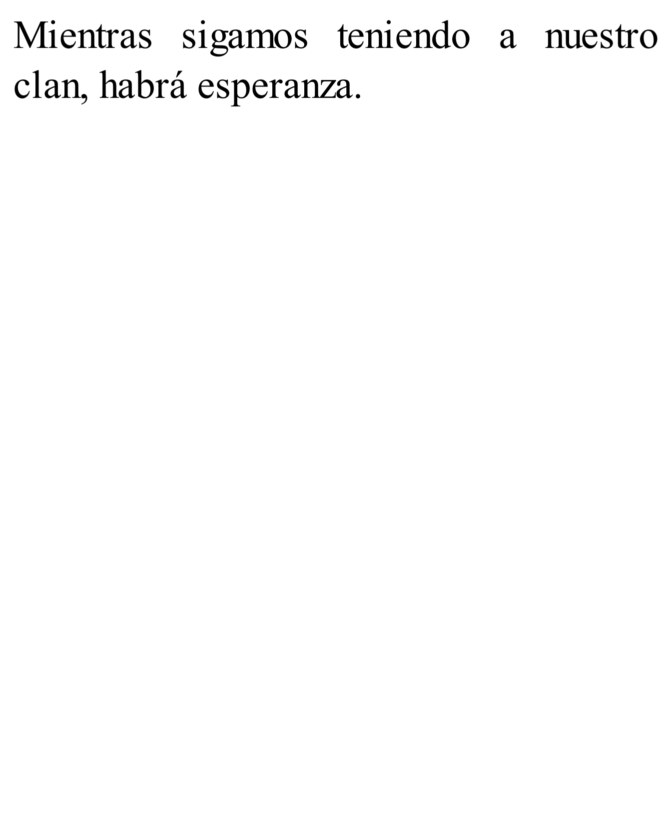
No había la menor señal de que sus antepasados guerreros hubieran visto lo que estaba sucediendo en los Cuatro Árboles. Las estrellas resplandecían fríamente en el cielo de añil, mientras el Dos Patas se dirigía hacia el siguiente roble, con su zarpa aullando lista para otra matanza.

Los gatos presenciaron horrorizados cómo el Dos Patas hacía caer un árbol tras otro, hasta que el último roble fue derribado. El claro de los Cuatro Árboles, el lugar donde los cuatro clanes felinos se reunían desde hacía tantas y tantas generaciones, había

dejado de existir. Los cuatro gigantescos robles yacían inertes en el suelo. Sus ramas se estremecieron por última vez y quedaron inmóviles. Había algunos monstruos gruñendo al borde del claro, listos para avanzar y desmembrar a sus presas, pero los gatos permanecieron paralizados en lo alto de la ladera, incapaces de moverse.

—El bosque ha muerto —murmuró Tormenta de Arena—. Ya no queda la menor esperanza para ninguno de nosotros.

—Tened valor. —Estrella de Fuego miró a los miembros de su clan con un destello en los ojos—. Siempre hay esperanza —insistió, alzando la voz—.



Mientras sigamos teniendo a nuestro clan, habrá esperanza.



1

Corvino fue el primero en captar el olor del páramo, mientras el sol matinal derramaba una luz lechosa sobre la hierba cubierta de rocío. Aunque el joven aprendiz del Clan del Viento no emitió ningún sonido, Esquirolina vio que erguía las orejas y que se sacudía de encima parte de la desgana contra la que había luchado desde la muerte de

Plumosa. Corvino apretó el paso, subiendo deprisa la ladera, donde la niebla seguía envolviendo la alta hierba. Esquirolina abrió la boca y respiró hondo, hasta que también ella pudo detectar el familiar olor de la aulaga y el brezo en el frío aire matutino. Entonces echó a correr tras el joven aprendiz, con Zarzoso, Borrascoso y Trigueña pisándole los talones. Ahora ya todos percibían los olores del páramo; todos sabían que estaban cerca del final de aquel largo y agotador viaje.

Sin decir nada, los cinco se detuvieron formando una hilera en la frontera del territorio del Clan del Viento. Esquirolina lanzó una mirada a

su compañero de clan, Zarzoso, y luego a Trigueña, la guerrera del Clan de la Sombra. A su lado, Borrascoso, el guerrero gris del Clan del Río, entornó los ojos contra el frío viento. Fue Corvino quien se quedó mirando con mayor emoción la dura pradera en la que había nacido.

—No habríamos llegado hasta aquí sin Plumosa… —murmuró.

—Ella murió para salvarnos a todos… —dijo Borrascoso.

Esquirolina se estremeció ante la desgarradora tristeza que había en la voz del guerrero del Clan del Río. Plumosa era la hermana de Borrascoso. Había muerto para salvarlos a todos de un

feroz depredador, al que se habían enfrentado después de conocer a un grupo de gatos que habitaban en las montañas. La Tribu de las Aguas Rápidas vivía detrás de una cascada y reverenciaba a sus propios ancestros… No se trataba del Clan Estelar, sino de la Tribu de la Caza Interminable. Un gran felino de las montañas había estado dando caza a los miembros de la tribu durante muchas lunas, llevándoselos uno a uno. En su último ataque a la cueva de la tribu, Plumosa consiguió que un afilado espolón rocoso se soltara del techo y matara a la bestia. Pero ella resultó fatalmente herida y ahora descansaba bajo las rocas, en el

territorio de la tribu, cerca de la cascada, para que el sonido del agua la guiara hasta el Clan Estelar.

—Era su destino… —maulló Trigueña con delicadeza.

—Su destino era completar la misión con nosotros —gruñó Corvino—. El Clan Estelar la escogió para viajar hasta el lugar donde se ahoga el sol y escuchar lo que Medianoche tenía que decirnos. Plumosa no debería haber muerto por la profecía de los ancestros de otro clan.

Borrascoso se acercó al aprendiz del Clan del Viento y lo acarició con el hocico.

—El valor y el sacrificio son parte

del código guerrero —le recordó—. ¿Habrías querido que Plumosa hubiera tomado otra decisión?

Corvino se quedó mirando la aulaga sacudida por el viento, sin responder. Agitaba las orejas, como si intentara captar la voz de Plumosa en el aire.

—¡Venga, vamos allá! —exclamó Esquirolina, echando a correr sobre la escasa hierba.

De pronto, estaba ansiosa por concluir el viaje. Antes de partir, había discutido con su padre, Estrella de Fuego, y, al preguntarse ahora cómo reaccionaría él ante su regreso, sintió un hormigueo de nerviosismo. Ella y Zarzoso habían abandonado el bosque

sin contarle a nadie adónde iban ni por qué. Sólo su hermana Hojarasca sabía que el Clan Estelar se había comunicado con un gato de cada clan, para decirles en sueños que fueran al lugar donde se ahogaba el sol y escucharan la profecía de Medianoche. Ninguno de ellos habría podido imaginar que Medianoche resultaría ser una vieja y sabia tejona, y menos aún que la profecía que iba a contarles sería tan trascendental para los clanes.

Corvino adelantó a Esquirolina para ponerse en cabeza, pues él era quien mejor conocía el territorio. Se encaminó hacia una zona de aulagas y desapareció por una senda de conejos, con Trigueña

siguiéndolo de cerca. Esquirolina agachó la cabeza para que las orejas no se le engancharan en las espinas y los siguió por el estrecho túnel. Borrascoso y Zarzoso iban a pocos pasos de ella; la aprendiza podía sentir sus pisadas a través del suelo.

Al verse rodeada por aquel túnel de aulaga, negros recuerdos aletearon en su mente y se acordó de las pesadillas que habían perturbado su sueño: había soñado con la oscuridad, y con un pequeño espacio cargado de pánico y olor a miedo. Esquirolina estaba convencida de que esos espantosos sueños estaban conectados, de algún modo, con su hermana. Se dijo que,

ahora que había vuelto a casa, podría averiguar dónde se encontraba exactamente Hojarasca… Pero al sentir una nueva oleada de angustia, corrió hacia la luz.

Redujo la velocidad al llegar a un espacio abierto y herboso. Sus compañeros salieron tras ella, con el pelo alborotado por las afiladas espinas de la aulaga.

—No sabía que le tuvieras miedo a la oscuridad —bromeó Zarzoso, deteniéndose junto a Esquirolina.

—Y no lo tengo —protestó ella.

—Nunca te había visto correr tan deprisa… —ronroneó el guerrero, moviendo los bigotes.

—Sólo quiero llegar a casa —replicó Esquirolina con tozudez.

Prefirió ignorar la mirada que intercambiaron Zarzoso y Borrascoso. Los tres iban siguiendo a Trigueña y Corvino, que ahora habían desaparecido bajo una gran mata de brezo.

—¿Qué creéis que dirá Estrella de Fuego cuando le hablemos de Medianoche? —se preguntó Esquirolina en voz alta.

Zarzoso agitó las orejas.

—¿Quién sabe?

—Nosotros sólo somos mensajeros —maulló Borrascoso—. Lo único que podemos hacer es contar a nuestros clanes lo que el Clan Estelar quería que

supiéramos.

—Pero… ¿qué pensáis? ¿Nos creerán? —preguntó Esquirolina.

—Si Medianoche tenía razón, no creo que nos cueste mucho convencerlos —señaló Borrascoso, muy serio.

Esquirolina se dio cuenta en ese momento de que no había pensado en nada excepto en regresar a su hogar. Había apartado de su mente cualquier pensamiento que le recordara la amenaza a la que se enfrentaba el bosque. Pero las palabras de Borrascoso le encogieron el corazón. La aterradora advertencia de Medianoche resonó en su cabeza: «Un nuevo Sendero Atronador van a construir los Dos Patas.

Pronto llegarán con sus monstruos. Árboles arrancarán, rocas romperán, la propia tierra despedazarán. No habrá lugar para los gatos. Si os quedáis, los monstruos también os despedazarán, o de hambre moriréis por falta de presas».

Un escalofrío hizo que todo su pelo se erizara. ¿Y si era demasiado tarde? ¿Habría siquiera un hogar al que regresar?

Intentó tranquilizarse recordando el resto de la profecía de Medianoche: «Pero no careceréis de guía. Al volver, subid a la Gran Roca cuando el Manto Plateado brille en lo alto. Un guerrero agonizante os mostrará el camino». Esquirolina respiró hondo. Aún había

esperanza. Pero tenían que llegar a casa.

—¡Huelo a guerreros del Clan del Viento!

El grito de Zarzoso devolvió a Esquirolina al páramo.

—¡Debemos alcanzar a Trigueña y Corvino! —exclamó casi en un susurro.

El impulso de enfrentarse a constantes desafíos junto a sus compañeros de viaje se había convertido en algo tan instintivo que la aprendiza olvidó por un instante que Corvino era miembro del Clan del Viento y que, por tanto, no corrían ningún peligro ante sus compañeros de clan.

Salió como una exhalación de la

mata de brezo y de pronto se encontró en un claro. Iba tan deprisa que estuvo a punto de chocar contra un escuálido gato del Clan del Viento. Esquirolina frenó en seco y se quedó mirándolo, sorprendida.

Era un atigrado muy joven. Por su aspecto, apenas tenía la edad suficiente para alejarse de la protección de la maternidad. Estaba inmóvil en el centro del claro, con el lomo arqueado y todo el pelo erizado, a pesar de que era él solo contra otros dos: Corvino y Trigueña. Se estremeció cuando Esquirolina apareció de pronto por el brezo, pero se mantuvo donde estaba, valerosamente.

—¡Sabía que había olido a intrusos! —bufó.

Esquirolina entornó los ojos. ¿Aquel patético escuchimizado pretendía de verdad enfrentarse a tres gatos completamente desarrollados? Corvino y Trigueña lo miraban con calma.

—¡Pequeño Cárabo! —exclamó Corvino—. ¿Es que no me reconoces?

El atigrado ladeó la cabeza y abrió la boca para saborear el aire.

—¡Soy Corvino! ¿Qué haces aquí, Pequeño Cárabo? ¿No deberías estar en la maternidad?

El joven agitó las orejas.

—Ahora me llamo Zarpa de Cárabo —espetó.

—Pero ¡no puedes ser aprendiz! —replicó Corvino—. Todavía no tienes seis lunas…

—Y tú no puedes ser Corvino —gruñó el atigrado—. Corvino huyó… —Pero relajó los músculos, que había tensado para pelear, y se acercó a Corvino, que permaneció quieto mientras el joven le olfateaba el costado—. Hueles raro —maulló convencido.

—Hemos hecho un largo viaje —le explicó Corvino—. Pero ahora ya estamos aquí, y necesito hablar con Estrella Alta.

—¿Quién tiene que hablar con Estrella Alta? —maulló un gato agresivamente.

Esquirolina pegó un salto al oírlo.

La aprendiza se volvió y vio que un guerrero del Clan del Viento salía de una mata de aulaga, levantando las patas para evitar las espinas. Lo seguían dos guerreros más. Esquirolina los miró, alarmada. Estaban todos tan flacos que las costillas se les marcaban bajo de la piel. ¿Es que aquellos gatos no habían cazado nada recientemente?

—¡Yo, Corvino! —exclamó el aprendiz del Clan del Viento, agitando la punta de la cola—. Manto Trenzado, ¿es que no me reconoces?

—Desde luego que sí —contestó el guerrero con tono neutro.

Sonó tan indiferente que Esquirolina

sintió una punzada de lástima por su amigo. Aquello no era lo que se dice un buen recibimiento… y Corvino ni siquiera les había comunicado todavía las malas noticias a sus compañeros de clan.

—Pensábamos que habías muerto —continuó Manto Trenzado.

—Bueno, pues no es así. —Corvino frunció el ceño—. ¿El clan… está bien?

Manto Trenzado entornó los ojos.

—¿Qué están haciendo estos gatos aquí? —exigió saber.

—Han viajado conmigo —respondió Corvino—. Ahora no puedo explicártelo, pero se lo contaré todo a Estrella Alta —añadió.

Manto Trenzado no mostró mucho interés por las palabras de Corvino. Esquirolina notó la penetrante mirada del esquelético guerrero, que exclamó:

—¡Sácalos de nuestro territorio! ¡No deberían estar aquí!

Esquirolina pensó que Manto Trenzado no estaba en condiciones de echarlos si ellos se negaban a marcharse, pero Zarzoso dio un paso adelante e inclinó la cabeza ante el guerrero del Clan del Viento.

—Por supuesto que nos iremos —aseguró.

—Además, tenemos que volver con nuestros clanes —maulló Esquirolina intencionadamente.

Zarzoso le lanzó una mirada de advertencia.

—Entonces, poneos en marcha —les espetó Manto Trenzado. Y, dirigiéndose de nuevo a Corvino, añadió con un gruñido—: Sígueme. Te llevaré con Estrella Alta.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el extremo más alejado del claro.

Corvino sacudió la cola.

—¿El campamento no está por ahí? —maulló, señalando en la dirección contraria.

—Ahora vivimos en las antiguas madrigueras de conejos —contestó Manto Trenzado.

Esquirolina vio confusión y

nerviosismo en los ojos de Corvino.

—¿El clan… se ha trasladado a las madrigueras? —preguntó el aprendiz.

—Por el momento —respondió el guerrero.

Corvino asintió, aunque su mirada seguía llena de interrogantes.

—¿Puedo despedirme de mis amigos?

—¿«Amigos»? —repitió otro de los guerreros, de color marrón claro—. ¿Es que ahora debes lealtad a los gatos de otros clanes?

—¡Por supuesto que no! —afirmó Corvino—. Pero hemos viajado juntos durante más de una luna.

Los guerreros del Clan del Viento se

miraron entre sí con recelo, pero no dijeron nada mientras Corvino se acercaba a Trigueña para tocarle el costado con la cabeza. Rozó afectuosamente a Borrascoso y Zarzoso, y cuando estiró el cuello para restregar su hocico con el de Esquirolina, a ella le sorprendió la calidez de su despedida. A Corvino le había costado mucho encajar en el grupo, pero, después de todo lo que habían pasado juntos, incluso él sentía el lazo de amistad que los había unido a los cinco.

—Debemos volver a vernos pronto —le recordó Zarzoso en voz baja—. En la Gran Roca, como nos dijo Medianoche. Hemos de encontrar al

guerrero agonizante, para averiguar qué hacemos después. —Sacudió la cola—. Puede que no sea fácil convencer a nuestros clanes de que Medianoche dice la verdad. Los líderes no querrán oír nada de abandonar el bosque. Pero si conseguimos encontrar al guerrero agonizante…

—¿Por qué no les decimos que vengan con nosotros? —propuso Esquirolina—. Si ellos también ven al guerrero agonizante, no les quedará más remedio que creer que Medianoche está en lo cierto.

—Dudo que Estrella Leopardina acepte la invitación —murmuró Borrascoso.

—Ni Estrella Negra —coincidió Trigueña—. No estamos en luna llena, así que no hay tregua entre los cuatro clanes.

—Pero esto es muy importante —insistió Esquirolina—. ¡Tienen que venir!

—Podemos intentarlo —repuso Zarzoso—. Esquirolina está en lo cierto. Quizá ésa sea la mejor manera de dar la noticia.

—De acuerdo —declaró Corvino—. Nos reuniremos en los Cuatro Árboles mañana por la noche, con nuestros líderes o sin ellos.

—¡¿Los Cuatro Árboles?! —gruñó Manto Trenzado.

Esquirolina pegó un salto de nuevo.

Era evidente que el guerrero del Clan del Viento había estado escuchando su conversación. La aprendiza sintió una punzada de culpabilidad, aunque era consciente de que lo que estaban planeando no suponía una deslealtad hacia sus clanes… Más bien lo contrario, en realidad. Pero Manto Trenzado parecía tener otros temores en mente.

—No podéis reuniros en los Cuatro Árboles. ¡Ya no queda ni uno! —bufó.

A Esquirolina se le heló la sangre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trigueña.

—Hace dos días, cuando llegamos

para la Asamblea, todos los clanes vimos cómo los Dos Patas destrozaban el lugar. Los Dos Patas y sus monstruos talaron los cuatro robles.

—¿Que talaron los robles sagrados? —repitió Esquirolina.

—Eso es lo que he dicho —gruñó Manto Trenzado—. Si sois lo bastante descerebrados como para ir hasta allí, lo veréis por vosotros mismos.

El intenso deseo de Esquirolina de regresar a casa, para ver a su clan, a sus padres y a su hermana, volvió a inundarla como una ola, y notó en sus patas la urgencia de correr hacia el bosque. Los demás parecían compartir esos mismos sentimientos; la mirada de

Zarzoso se endureció, y Borrascoso empezó a arañar el suelo, impaciente.

Corvino miró a sus compañeros de clan, y luego a sus amigos.

—Buena suerte —maulló con voz queda—. Sigo pensando que deberíamos vernos allí mañana por la noche, a pesar de que los robles hayan desaparecido.

Zarzoso y Borrascoso asintieron, y sólo entonces Corvino se internó en el brezo, detrás de Manto Trenzado.

Cuando los gatos del Clan del Viento desaparecieron de la vista, Zarzoso olfateó el aire.

—Vayámonos —ordenó—. Nos dirigimos hacia la vieja madriguera de tejón que hay en dirección al río,

Trigueña, y creo que tú deberías seguir con nosotros hasta que lleguemos a la frontera del Clan del Viento.

—Pero iría más rápido si me dirigiera directamente hacia el Sendero Atronador —objetó la guerrera.

—Creo que será más seguro si nos mantenemos todos juntos hasta que salgamos del páramo —maulló Borrascoso—. No querrás que te sorprendan sola en el territorio del Clan del Viento, ¿verdad?

—A mí no me da miedo el Clan del Viento —bufó ella—. ¿No os habéis fijado en esos guerreros? No estaban en condiciones de pelear.

—Aun así, no debemos hacer nada

que pueda provocar un enfrentamiento —señaló Zarzoso—. Ningún gato sabe todavía dónde hemos estado ni qué tenemos que contarles.

—Y tampoco sabemos qué han hecho aquí los Dos Patas —añadió Borrascoso—. Si tropezamos con alguno de sus monstruos, será mejor que estemos juntos.

Trigueña miró a sus compañeros atentamente y luego asintió.

Esquirolina parpadeó, aliviada. Aún no quería tener que despedirse de otra amiga.

Zarzoso empezó a trotar por el páramo, y los otros tres lo siguieron de cerca. Mientras avanzaban sobre la

hierba, el débil sol de la estación de la caída de la hoja apenas les calentaba el lomo. Corrían en silencio, y Esquirolina notó que el estado de ánimo general iba ensombreciéndose, como si una nube hubiera cubierto el cielo poco a poco. Desde que dejaron las montañas, no se habían concentrado en nada más que en llegar al bosque, todos igualmente ansiosos por regresar a casa. Sin embargo, ahora la joven aprendiza empezaba a pensar que habría sido más fácil seguir viajando, recorriendo para siempre territorios desconocidos, que enfrentarse a la responsabilidad de tener que contarles a los clanes que debían abandonar sus hogares o soportar una

muerte espantosa… Aunque todavía les faltaba la señal del guerrero agonizante… Sí, primero tenían que resolver eso…

El hedor de los monstruos de los Dos Patas los envolvió al acercarse a la frontera. No había ni el menor rastro de presas: ni pájaros en el cielo ni olor a conejos entre la aulaga. Nunca había sido fácil cazar en el territorio del Clan del Viento, pero siempre había señales de presas en el aire o en el suelo arenoso. Incluso las águilas ratoneras, que a menudo planeaban sobre la vasta extensión de páramo, se habían esfumado.

Los cuatro gatos llegaron a la cima

de una ladera, y Esquirolina tragó saliva con fuerza, reprimiendo las ganas de vomitar ante la pestilencia de los monstruos, cada vez más intensa. Después de tomar aire profundamente, se obligó a mirar hacia abajo. Toda una franja de tierra del páramo había sido excavada: marrón y gris quebrados, en vez de la lisa extensión verde que estaba allí cuando ellos iniciaron su viaje. En la distancia gruñían los monstruos de los Dos Patas, hundiéndose en la tierra con sus pesadas zarpas para dejar un rastro de barro inservible.

Temblando, Esquirolina susurró:

—No me extraña que el Clan del Viento se haya trasladado a las

madrigueras de conejos. Los Dos Patas deben de haber arrasado su campamento.

—Lo han arrasado todo —añadió Zarzoso sin aliento.

—Salgamos de aquí —bufó Trigueña.

Esquirolina percibió ira en la voz de la guerrera, y vio cómo clavaba en la hierba sus largas y curvas garras.

Zarzoso siguió mirando el destrozado paisaje.

—No puedo creer que hayan destruido todo esto…

A Esquirolina se le formó un nudo en la garganta. Ver la desdicha de Zarzoso era casi tan duro como ver el páramo

arruinado.

—Vamos —lo apremió—. Tenemos que volver a casa para averiguar qué les ha pasado a nuestros clanes.

Zarzoso asintió, y la joven aprendiza vio que el guerrero bajaba los hombros como si literalmente cargara con el peso del mensaje que debían trasmitir a sus clanes. Sin decir nada más, Zarzoso empezó a descender por la ladera, dando un rodeo para mantenerse alejado de los monstruos de los Dos Patas. Juntos, los gatos atravesaron la franja de tierra revuelta. Esquirolina se alegró de que la fría noche hubiera endurecido el barro; si lloviera, aquella zanja se convertiría en un río marrón y viscoso,

suficiente para engullir a los cachorros y dificultar el paso de los guerreros de patas más largas.

Cuando llegaron a la frontera del Clan del Viento, donde la tierra descendía hacia el bosque, Trigueña se detuvo.

—Os dejaré aquí —maulló. Su voz transmitía serenidad, pero sus ojos delataban tristeza—. Nos veremos mañana en los Cuatro Árboles, sea lo que sea lo que hayan hecho los Dos Patas con ellos —prometió.

—Buena suerte con Estrella Negra —le deseó Zarzoso, restregando el hocico en la mejilla de su hermana.

—No necesito suerte —replicó, muy

seria—. Haré lo que haga falta para convencerlo de que me acompañe. Nuestra misión no ha acabado todavía. Tenemos que seguir adelante por el bien de nuestros clanes.

Esquirolina notó un renovado estallido de energía cuando la guerrera parda se alejó en dirección a la frontera del Clan de la Sombra.

—¡Y nosotros convenceremos a Estrella de Fuego! —exclamó.

A medida que Borrascoso, Esquirolina y Zarzoso se aproximaban a la frontera del Clan del Río, la hierba se tornó más mullida bajo sus zarpas. La joven aprendiza no tardó mucho en captar las marcas olorosas y en oír el

distante rugido del agua por el desfiladero. El territorio del Clan del Río se hallaba al otro lado, y justo más allá del desfiladero había un puente de los Dos Patas por el que Borrascoso cruzaría el río hasta el campamento de su clan.

Zarzoso se detuvo, como esperando a que Borrascoso se despidiese allí, pero el guerrero gris se quedó mirándolo a los ojos.

—Voy a ir con vosotros al campamento del Clan del Trueno —maulló en voz baja.

—¿Con nosotros? ¿Por qué? —preguntó Esquirolina.

—Quiero contarle a mi padre lo de

Plumosa —contestó.

—Pero podemos hacerlo nosotros —se ofreció la aprendiza, queriendo ahorrarle el mal trago de informar a Látigo Gris, el lugarteniente del Clan del Trueno, de la muerte de su hija.

Látigo Gris se había enamorado de Corriente Plateada, una guerrera del Clan del Río, muchas lunas atrás. Corriente Plateada había muerto al dar a luz a sus hijos, y, aunque Borrascoso y Plumosa habían crecido en el Clan del Río, siempre habían estado en contacto con su padre.

Borrascoso negó con la cabeza.

—Látigo Gris ya perdió a nuestra madre —recordó—. Quiero ser yo quien

le cuente lo de Plumosa.

Zarzoso asintió.

—Entonces ven con nosotros —maulló amablemente.

En fila india, se alejaron de las extensiones de aulaga para bajar hacia el bosque. Esquirolina notó un hormigueo de expectación al captar el mohoso olor de las hojas caídas. Ya casi estaban en casa. Apretó el paso, hasta que sus patas acabaron volando sobre el blando suelo del sotobosque. Notó el roce del pelaje de Zarzoso, que también había echado a correr junto a ella.

Pero Esquirolina no corría de emoción ni alegría por regresar al bosque. Algo la reclamaba… Algo

incluso más desesperado que la amenaza de los Dos Patas y sus monstruos. Los siniestros sueños que habían perturbado su descanso la rodearon de nuevo y resonaron en su corazón como el gañido de alarma de un halcón. Algo iba mal, algo iba terriblemente mal.



2

La voz desesperada de Hojarasca se oyó por todo el bosque:

—¡Jaspeada!

No hubo respuesta. La sabia curandera la había guiado muchas veces en sueños, y si Hojarasca había necesitado alguna vez su ayuda, era entonces.

—¡Jaspeada, ¿dónde estás?! —

exclamó de nuevo.

Ni siquiera la brisa movía las copas de los árboles. No se oía ni un susurro de presas en las sombras. El silencio desgarró el corazón de Hojarasca como si fuera una zarpa.

De pronto, un aullido desconocido resonó en sus oídos, adentrándose en su sueño. Hojarasca abrió los ojos con un sobresalto. Por un momento, no supo siquiera dónde se encontraba. Una gélida corriente de aire alborotaba su pelo, y, en vez del familiar lecho de musgo, bajo sus patas había una extraña telaraña, fría, dura y reluciente. Se incorporó, presa del pánico, y sus orejas se encontraron con más telaraña

reluciente: se hallaba en un espacio muy pequeño, apenas un poco más alto que ella. Respirando hondo, se obligó a serenarse y a observar a su alrededor, y, entonces, se dio cuenta.

Estaba atrapada en una guarida minúscula, de paredes, techo y suelo hechos completamente de aquella especie de telaraña fría y dura. Había el espacio justo para ponerse de pie y estirarse, pero nada más. Estaba rodeada de otras guaridas iguales, que ocupaban todas las paredes de una pequeña casa de madera de los Dos Patas.

Hojarasca anhelaba ver las estrellas, sentir la reconfortante presencia del

Clan Estelar y saber que sus antepasados la observaban, pero, al alzar la mirada, sólo vio el techo inclinado de la caseta. La única luz procedía de un rayo de luna que se filtraba a través de un agujero que había en un rincón. La guarida de Hojarasca estaba encima de muchas otras, y la inmediatamente inferior se hallaba vacía, pero debajo de aquélla distinguió un bulto de pelo oscuro. ¿Otro gato? No era un gato del bosque, ya que no reconocía su olor. Estaba muy quieto… Debía de dormir. «Si es que está vivo», pensó Hojarasca con amargura.

Aguzó el oído por si captaba un nuevo aullido, aunque el gato que lo

había soltado permanecía ahora en silencio. Sólo pudo oír los leves gemidos y movimientos de los gatos que estaban atrapados en las otras guaridas. Olfateó el aire, pero no reconoció ningún olor. Un acre hedor de los Dos Patas colmaba el lugar, teñido de miedo. Hojarasca sacó las uñas y notó que se le enganchaban en la reluciente telaraña.

«Clan Estelar, ¿dónde estás?». Se le pasó por la cabeza que ya estaba muerta, pero desechó esa idea con un estremecimiento, clavando de nuevo sus uñas en el suelo de la guarida.

—Por fin te has despertado —susurró una voz.

Hojarasca pegó un salto y se volvió

para mirar hacia el lugar de donde provenía la voz. Un montón de pelo atigrado se sacudió en la guarida contigua: era otra gata. La aprendiza captó en ella el inconfundible olor a Dos Patas que desprendían los mininos domésticos. Su vecina había hablado con amabilidad, pero Hojarasca se sentía demasiado desdichada para contestar. Su mente se llenó de amargos recuerdos: los Dos Patas la habían atrapado mientras ella estaba cazando con Acedera y la habían llevado a aquel horroroso lugar. La habían separado de su clan para encerrarla en la oscuridad. Abrumada por la desesperación, enterró el hocico entre las patas delanteras y

cerró los ojos.

Le llegó otra voz desde una guarida algo más alejada. Apenas había sido un susurro que no pudo entender, pero en aquella voz había algo familiar. Hojarasca levantó la cabeza para saborear el aire, aunque sólo logró captar algo agrio que le recordó a las hierbas que Carbonilla empleaba para limpiar las heridas. La voz sonó de nuevo, y Hojarasca irguió las orejas para escuchar.

—Debemos salir de aquí.

—¿Cómo? No hay forma de salir —respondió otro gato desde el otro extremo del recinto.

—¡No podemos quedarnos aquí,

esperando la muerte! —insistió la primera voz—. Aquí ha habido otros gatos… Puedo captar su olor… y el olor de su miedo. No sé qué les pasó, pero, sea lo que sea, estaban muertos de miedo. ¡Tenemos que salir de aquí, antes de que nosotros nos convirtamos también en olor a miedo rancio!

—¡No hay salida, cerebro de ratón! —exclamó una voz ronca—. Cierra el pico y déjanos dormir.

Ante aquellas palabras, Hojarasca sintió náuseas. Tenía miedo y estaba desesperada: ¡no quería morir allí! Agachó las orejas y cerró los ojos, buscando la seguridad del sueño.

—¡Despierta!

Una voz bufó al oído de Hojarasca, sacándola de sus turbulentos sueños con un sobresalto.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor. La acuosa luz del sol se colaba por el agujero de la pared, aunque no atenuaba el frío en lo más mínimo. Bajo la débil luz del alba, Hojarasca pudo distinguir un poco más a su vecina atigrada. Estaba rolliza y su pelo se veía bien cuidado. Al mirarla, Hojarasca fue consciente de lo enmarañado que tenía ella el suyo. No cabía duda de que aquella gata de pelaje atigrado era una minina doméstica,

regordeta y de músculos flojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la gata, con las pupilas dilatadas de preocupación—. Sonaba como si estuvieras sufriendo.

—Estaba… soñando —contestó Hojarasca con tono ronco.

Notó su propia voz algo extraña, como si no hubiese hablado en días. Al responder, los recuerdos de su pesadilla la acosaron de nuevo: imágenes de ríos crecidos y rojos de sangre… y de grandes aves descendiendo en picado del cielo con garras afiladas como espinas. Por un instante, Hojarasca vio a Plumosa oculta en la oscuridad, y luego envuelta en luz de estrellas, y, sin

comprender por qué, sus patas empezaron a temblar.

En el exterior, un monstruo de los Dos Patas se despertó rugiendo, devolviendo a Hojarasca a la cabaña de madera y a la guarida que la rodeaba.

—No tienes buen aspecto —comentó la atigrada—. Deberías comer algo. Tienes un poco de comida en el rincón de la jaula.

«¿Jaula?». A Hojarasca la sorprendió aquella extraña palabra.

—¿Así es como llamáis a esta… guarida? —le preguntó a su vecina.

La atigrada asintió y luego señaló con la cabeza a través de aquella telaraña metálica que separaba las dos

«jaulas», para mostrarle un recipiente medio lleno de bolitas apestosas.

Hojarasca miró con asco la comida de los Dos Patas.

—¡No voy a comerme eso! —exclamó.

—Pues, por lo menos, levántate y límpiate un poco —la instó la gata doméstica—. Desde que te dejó aquí aquel trabajador, has estado ahí acurrucada como un ratón herido.

Hojarasca hizo el gesto de levantarse, pero no se movió.

—No te harían daño cuando te atraparon, ¿verdad? —preguntó la atigrada con preocupación.

—No —masculló Hojarasca.

—Entonces, será mejor que te levantes y te asees —repitió, reprendiéndola—. No sirves de nada, ni para ti misma ni para los demás, si andas alicaída.

Hojarasca no quería levantarse y lavarse. El suelo metálico le lastimaba las garras, y le salía sangre de una de las patas. Ahora, además, también le picaban los ojos con el aire sucio que se filtraba en la caseta, contaminado por el monstruo del exterior… Y el Clan Estelar no le había enviado ninguna forma de consuelo que mitigara el desesperado temor que atenazaba su corazón.

—¡Levántate! —le ordenó la

atigrada, con más firmeza esta vez.

Hojarasca se volvió con el ceño fruncido, pero su vecina le sostuvo la mirada.

—Vamos a buscar una manera de escapar —maulló—. Pero, a menos que te levantes, estires los músculos y comas y bebas algo, te quedarás atrás. ¡Y yo no pienso dejar a ningún gato aquí si puedo evitarlo!

Hojarasca pestañeó, sorprendida.

—¿Sabes cómo salir de aquí?

—Todavía no —admitió la atigrada —. Pero tú podrías ayudarme si dejaras de compadecerte.

Hojarasca se dio cuenta de que su vecina tenía razón. No arreglaría nada

acurrucándose en un rincón a la espera de morir. Además, aún no estaba preparada para reunirse con el Clan Estelar. Era aprendiza de curandera… y su clan la necesitaba allí, en el bosque. Quedara lo que quedase de él…

Venciendo el abatimiento que había consumido sus fuerzas, se levantó. Sus agarrotados músculos protestaron cuando tensó la cola y estiró las patas.

—Así está mejor —ronroneó la atigrada—. Ahora date la vuelta. Tienes más espacio para estirarte si miras hacia el otro lado.

Hojarasca se dio la vuelta obedientemente y alargó las zarpas hasta el rincón de la jaula, clavando las uñas

en la rejilla. Mientras se desperezaba, pegando el pecho al suelo y flexionando la espalda, notó cómo se relajaban sus músculos. Enseguida se sintió un poco mejor y comenzó a limpiarse pasándose la lengua por el costado.

La atigrada se acercó a la red metálica que las separaba y la observó con sus brillantes ojos azules.

—Yo soy Cora —maulló—. ¿Cómo te llamas tú?

—Hojarasca.

—¿«Hojarasca»? —repitió Cora—. Un nombre muy curioso. —Se encogió de hombros y continuó—: Bueno, qué mala suerte que te hayan atrapado, Hojarasca. ¿Tú también perdiste tu

collar? Yo no estaría aquí si no me hubiese quitado el mío… ¡maldita cosa! Me creía muy lista por haber conseguido librarme de él, pero, si todavía lo tuviera, aquel trabajador me habría llevado a casa en vez de encerrarme aquí. —Inclinó la cabeza y se lamió un mechón de pelo revuelto del pecho—. Mis dueños se volverán locos de preocupación. Si no estoy en casa a medianoche, se ponen a correr por el jardín sacudiendo la caja de la comida y llamándome. Es agradable que se inquieten, pero yo sé cuidar de mí misma.

Hojarasca no pudo evitar soltar un ronroneo risueño.

—¿Una minina doméstica cuidando de sí misma? Si no fuera por la comida que te dan tus Dos Patas, ¡te morirías de hambre!

—¿Dos Patas?

—Perdón. —Hojarasca se corrigió para que Cora la entendiera—: Quería decir tus «dueños».

—Bueno, ¿y de dónde sacas tú la comida?

—Yo la cazo.

—Yo atrapé un ratón una vez… —maulló Cora a la defensiva.

—Yo cazo toda mi comida —replicó Hojarasca. Por un momento, se olvidó de que estaba encerrada en una asfixiante jaula y vio sólo el verde

bosque, en el que susurraban los tenues sonidos de las presas—. Y también atrapo lo suficiente para los veteranos.

Cora entornó sus ojos azules.

—¿Eres uno de esos gatos salvajes de los que habla Tiznado?

—Yo soy una gata de clan.

Cora parecía perpleja.

—¿«Una gata… de clan»?

—En el bosque hay cuatro clanes —le explicó Hojarasca—. Cada uno tiene su territorio y sus costumbres, pero todos vivimos juntos bajo la protección del Clan Estelar. —Vio cómo se le dilataban los ojos a Cora y se dio cuenta de que tendría que explicarse mejor—: El Clan Estelar son nuestros

antepasados guerreros. Viven en el Manto Plateado. —Apuntó con la cola al techo, señalando el cielo—. Todos los gatos de clan se reunirán algún día con el Clan Estelar.

—Tiznado nunca ha mencionado a ningún clan… —murmuró Cora.

—¿Quién es Tiznado?

—Un gato de otro jardín. Hace mucho tiempo, tenía un amigo, un gato doméstico que se marchó a vivir con los gatos salvajes… quiero decir, los gatos de clan.

—Mi padre nació en una casa de los Dos Patas —maulló Hojarasca—. Pero los abandonó para unirse al Clan del Trueno.

Cora se pegó a la rejilla que las separaba.

—¿Cómo se llama tu padre?

Hojarasca la miró.

—¿Crees que podría ser el viejo amigo de tu amigo?

Cora asintió.

—¡Tal vez! ¿Cómo se llama?

—Estrella de Fuego.

Cora negó con la cabeza.

—El amigo de Tiznado se llamaba Colorado. —Suspiró—. No Estrella de Fuego.

—Bueno, mi padre no fue siempre Estrella de Fuego. Ése es su nombre de clan; es un nombre de líder. Tuvo que ganárselo, del mismo modo que tuvo que

ganarse antes su nombre de guerrero.

Cora la observó, pensativa.

—Entonces, los nombres son importantes para los clanes, ¿no?

—Mucho. Cada cachorro recibe un nombre que significa algo. Algo que señala en qué es diferente de sus compañeros de clan. —Hizo una pausa —. Podríamos decir que nos dan el nombre que nos merecemos.

—¿Y qué hizo tu padre para merecerse el nombre de «Estrella de Fuego»?

—Su pelaje es rojizo como las llamas —contestó Hojarasca—. Así que, cuando llegó al Clan del Trueno, la líder lo llamó… —Se interrumpió: Cora

estaba mirándola boquiabierta.

—¡Tiene que ser el amigo de Tiznado! —exclamó la atigrada—. Tiznado siempre dice que Colorado tenía el pelaje rojizo más intenso que ha visto en su vida. ¡Y ahora es el líder de tu clan! Vaya. ¡Estoy deseando contárselo a Tiznado!

Hojarasca sintió una punzada de dolor en el corazón al preguntarse si Cora volvería a tener la ocasión de hablar con su amigo… y si ella misma volvería a ver a su padre. «¡Oh, Clan Estelar, ayúdanos!».

Cora bajó la mirada, como si se diera cuenta de los temores de Hojarasca. A continuación maulló,

cambiando de tema:

—Creo que a tus orejas les iría bien otra lavadita.

Hojarasca se lamió la pata y se pasó la lengua repetidamente por las orejas, mientras Cora continuaba:

—Tu padre estará preguntándose adónde has ido. Seguro que está tan preocupado por ti como mis dueños lo están por mí.

—Sí… —coincidió Hojarasca.

Aunque, para sus adentros, dudaba de que los Dos Patas tuvieran con sus mininos la misma conexión que ella con su familia. Luego se recordó que Cora parecía adorar a sus dueños: sonaba tan preocupada por ellos como ella misma

lo estaba por su clan.

—Debemos encontrar la manera de salir de aquí —afirmó, con la voz endurecida por la determinación.

Pensó en su padre. Con lo angustiado que estaría ya por la suerte de Esquirolina, si ahora perdía a otra hija…

Hojarasca se quedó mirando el agujero que había en lo alto de la pared, por donde se colaba la luz del sol, y se preguntó si sería lo bastante grande para que un gato pasara por él. Ella podría lograrlo, incluso aunque se dejara algo de pelo en el intento, pero ¿cómo escapaba de la jaula? Observó el pestillo que mantenía la puerta cerrada.

—Es inútil —maulló Cora, siguiendo su mirada—. He intentado llegar hasta él, pero es imposible.

—¿Sabes por qué los Dos Patas nos han encerrado aquí? —preguntó Hojarasca, olvidándose por un momento del pestillo.

Cora se encogió de hombros.

—Supongo que creen que nos interponemos en lo que están haciendo en el bosque. A mí me pillaron después de que me internara en él más lejos de lo que suelo, cuando perseguía a una ardilla. Uno de los monstruos apareció rugiendo entre los árboles, y me entró el pánico. Estaba tan asustada que no vi a los trabajadores que había por todas

partes. Uno de ellos me agarró y me metió aquí. Incluso sin mi collar, ¡tendría que ser tan tonto como un perro para confundirme con un gato salvaje! —Se erizó de indignación, pero luego dejó que se le alisara el pelo al ver la mirada de Hojarasca—. Lo lamento, he hablado sin pensar. Quiero decir que tú eres mucho más agradable de lo que yo habría imaginado —concluyó con torpeza.

Hojarasca se encogió de hombros. Gata salvaje o gata doméstica, estaban igualmente atrapadas.

—Yo tampoco suelo venir a esta parte del bosque —maulló—. Estaba buscando a Nimbo Blanco y Centella,

dos de mis compañeros de clan.

Cora inclinó la cabeza.

—Desaparecieron no hace mucho —le explicó Hojarasca—. Algunos miembros del clan pensaron que se habían marchado, pero yo sé que jamás habrían abandonado a su familia.

—Así que supusiste que los tenían los Dos Patas y viniste en su busca.

—Yo ni siquiera sabía que los Dos Patas estaban atrapando gatos —contestó la joven aprendiza—. Sólo seguí una pista y encontré por casualidad el olor de una gata del Clan del Río, que también había desaparecido…

De pronto, enmudeció. Un escalofrío

recorrió su piel. Si a Nimbo Blanco, Centella y Vaharina los habían atrapado los Dos Patas… ¡podían estar allí mismo! Miró frenéticamente por toda la caseta, ahora un poco más iluminada por la luz de la mañana, y al final logró distinguir la figura que tanto había anhelado encontrar: el pelaje canela y blanco de su amiga le resultó familiar incluso en la penumbra.

—¡Centella!

Hojarasca intentó llamar la atención de la guerrera, pero un nuevo ruido la silenció. La puerta se abrió de golpe, y un chorro de luz iluminó todo el interior. Mientras un Dos Patas entraba en la caseta, Hojarasca repasó a toda prisa

las jaulas, buscando más figuras conocidas.

El Dos Patas empezó a abrir las jaulas, una tras otra, y a lanzar algo en el interior. Cuando llegó a la de Hojarasca, ella retrocedió de un salto. Se quedó mirando, temblorosa, cómo el Dos Patas depositaba más bolitas de comida en uno de los dos recipientes y añadía agua apestosa en el otro. Sin embargo, cuando el Dos Patas abrió la jaula de Cora, la atigrada se restregó contra su enorme mano, ronroneando, mientras él acariciaba su suave pelaje.

Poco después, el Dos Patas cerró la jaula de Cora y salió de la caseta. Los gatos volvieron a quedar sumidos en la

penumbra.

—¿Cómo has podido dejar que te toque? —le bufó Hojarasca a su vecina.

—Quizá ese trabajador sea la única forma de salir de aquí —señaló Cora—. Si puedo convencerlo de que no soy más que una pobre gatita doméstica perdida, a lo mejor deja que me marche. Tú también deberías probar.

Hojarasca se estremeció ante la sola idea de que un Dos Patas la tocara y supo que sus compañeros de clan sentirían lo mismo. Intentó encontrar de nuevo la jaula en la que había distinguido el pelaje de Centella.

—¡Centella! —la llamó, agitando nerviosa la cola.

—Sí… —respondió una voz cautelosa—. ¿Quién es?

Hojarasca se pegó a la parte delantera de su jaula, y notó la fría y dura rejilla contra su cuerpo.

—¡Soy Hojarasca!

—¡Hojarasca! —gritó una nueva voz desde otro punto de la caseta.

La aprendiza soltó un quedo ronroneo al reconocer el familiar maullido de Nimbo Blanco, y examinó las jaulas hasta ver su espeso pelo.

—¡Estáis vivos los dos! —exclamó.

—¿Son ésos los gatos que andabas buscando? —le preguntó Cora.

Hojarasca asintió.

—¿Hojarasca? —maulló también

otra voz entre las sombras—. ¡Soy yo, Vaharina!

—¡Vaharina! —repitió Hojarasca—. ¡Me pareció captar tu olor justo antes de que me atraparan! ¿Qué estabas haciendo tan lejos de la frontera del Clan del Río?

—No me habrían pillado en esa maldita trampa de los Dos Patas si no hubiera estado echando de mi territorio a un ladrón del Clan del Viento —gruñó la gata.

Un maullido tembloroso surgió de la parte inferior:

—Cuando me escondí dentro, no sabía que era una trampa.

—¿Quién eres? —preguntó

Hojarasca, mirando hacia abajo.

—Soy Tojo, del Clan del Viento.

—¿Hay más gatos de clan aquí? —maulló Hojarasca, esperando sólo a medias una respuesta.

Aunque se sentía muy aliviada de saber que sus compañeros de clan y amigos seguían vivos, habría preferido que no hubieran atrapado a ninguno… incluida ella misma. Pero sólo oyó el sonido de los otros gatos, que se habían puesto a mascar sus bolitas de comida.

—Aquí hay, más o menos, la misma cantidad de gatos de clan que de gatos proscritos —bufó Vaharina.

—¿Qué significa… «proscritos»? —susurró Cora, alarmada.

—Son gatos que deciden no pertenecer a ningún clan —le explicó Hojarasca—. Ni a los Dos Patas tampoco.

—Se preocupan sólo de sí mismos —añadió Vaharina.

—Bueno, sí, pero mira adónde te ha traído preocuparte de tus compañeros de clan —mascullló una voz con tono de reproche, cerca del suelo de la caseta.

Hojarasca aguzó la vista y vio a un viejo esmirriado con las orejas desgarradas, en la jaula más cercana al suelo.

—No le hagas caso —siseó Cora—. No nos ayudará en nada.

—¿Lo conoces? —le preguntó

Hojarasca, sorprendida.

—Solía rebuscar en la basura de mis dueños —contó Cora—. Puede que se considere un «proscrito», o como se diga, pero, en mi opinión, no es mejor que una rata.

—¿Tú vives en el poblado de los Dos Patas? —le preguntó Nimbo Blanco a Cora—. ¿Conoces a una gata llamada Princesa?

—¿Una atigrada de patas blancas?

—Sí. —Los ojos de Nimbo Blanco brillaron en la oscuridad—. ¡Es mi madre! ¿Cómo está?

—Estupendamente —respondió Cora—. Un perro fue a vivir a la casa de al lado… Un animalillo que no hacía

otra cosa que ladrar… Pero Princesa no tardó en dejarle claro que aquél era su territorio. ¡Se sentó en la verja y le bufó, hasta que él corrió a esconderse!

—Mirad —intervino Vaharina—. Todo esto es muy enternecedor, pero ¿podemos buscar una forma de escapar de aquí?

—¿Alguien sabe qué planean hacer con nosotros los Dos Patas? —La voz de Centella sonaba temblorosa.

—¿Qué crees tú que van a hacer con nosotros? —masculló el gato proscrito —. No nos han atrapado para encerrarnos en esta caseta maloliente porque adoren a los gatos.

—Por lo menos nos dan comida —

se apresuró a apuntar Cora—. Aunque no es, ni mucho menos, tan sabrosa como la que yo suelo comer.

Hojarasca le lanzó una mirada.

—Vamos a concentrarnos en buscar una forma de salir de aquí, como dice Vaharina —maulló.

—¿Por qué no cerráis todos el pico de una maldita vez? —bufó el proscrito—. Con tanto alarido, vais a hacer que vuelva el Dos Patas.

Antes de que el proscrito terminara la frase, en el exterior sonaron fuertes pisadas, y Hojarasca se quedó paralizada. Se pegó al fondo de su jaula cuando el Dos Patas entró de nuevo con otra de aquellas trampas. Por el olor,

cargado de miedo, Hojarasca supo que allí había una gata encerrada, aunque no la reconoció. Con una punzada de alivio culpable, pensó que la última víctima de las trampas de los Dos Patas no era un miembro de un clan.

«Otra proscrita —se dijo mientras el Dos Patas la metía en la jaula que había encima de la de Nimbo Blanco—. Y, por lo que he visto de los otros proscritos que hay aquí, no nos será de gran ayuda a la hora de planear la forma de huir».

Sin embargo, en cuanto el Dos Patas salió de la caseta, la joven aprendiza oyó cómo Vaharina exclamaba, atónita:

—¡Sasha!



3

Esquirolina corría delante de Zarzoso y Borrascoso hacia el barranco en el que se encontraba el campamento del Clan del Trueno. El hedor de los monstruos de los Dos Patas llenaba el aire, y la aprendiza notó como si el corazón se le volviera de piedra al oír los rugidos más adelante.

—Ya están aquí —susurró.

Llegaron hasta una extraña brecha llena de luz: los Dos Patas habían abierto un hueco entre los árboles que flanqueaban el barranco. Antes, el frondoso bosque llegaba hasta el mismo borde de la escarpada pendiente que llevaba al campamento.

Esquirolina notó cómo Zarzoso la rozaba al asomarse entre los árboles.

—Ve con cuidado —murmuró el guerrero sin mirarla.

Una ancha franja se abría ante ellos. El suelo, antes oculto por los helechos y alisado por innumerables pisadas, era ahora irregular y estaba lleno de barro revuelto, como en el páramo. El camino hacia el barranco estaba bloqueado por

los monstruos de los Dos Patas, que derribaban más y más árboles entre estruendosos rugidos. Esquirolina retrocedió, ocultándose de nuevo entre los helechos y agachando las orejas.

—Medianoche nos avisó de que sería malo —le recordó Zarzoso. Su voz parecía extrañamente serena, y Esquirolina se pegó a él, buscando consuelo en la calidez de su cuerpo—. No podemos cruzar por aquí —continuó el guerrero—. Es demasiado peligroso. Tendremos que dar un rodeo y acercarnos al campamento por el otro lado.

—Poneos vosotros en cabeza —sugirió Borrascoso—. Conocéis esta

parte del bosque mejor que yo. —Miró a Esquirolina—. ¿Te encuentras bien?

La aprendiza lo miró a su vez.

—Estoy bien. Lo único que quiero es regresar con el clan.

—Entonces, vamos —maulló Zarzoso, y echó a andar deprisa, dejando atrás la devastación de los Dos Patas.

Se alejaron de los monstruos y corrieron entre los árboles. Mientras se dirigían hacia la hondonada arenosa en la que solían entrenar los aprendices, Esquirolina se preguntó, melancólica, cómo habría sobrevivido el clan con los Dos Patas y los monstruos tan cerca. El sol estaba ya alto en el cielo, y en la

hondonada de entrenamiento se entrecruzaban los rayos de fría luz solar. Esquirolina hundió las patas en la blanda arena y adelantó a sus compañeros de viaje, con el pecho oprimido por el miedo mientras corría hacia el túnel de aulagas. Sin vacilar, bajó la cabeza y avanzó entre las ramas espinosas.

—¡Estrella de Fuego! —aulló al irrumpir en el claro.

Pero el claro estaba completamente vacío. En el campamento reinaba el silencio. No había ningún gato a la vista, y los rastros de olor del clan eran de varios días atrás.

Con patas temblorosas, Esquirolina

se encaminó a la guarida de su padre, debajo de la gran roca gris a la que él se subía para dirigirse al clan. Por un instante, la gata quiso creer que Estrella de Fuego podría estar allí, a pesar del peligro que rugía al borde del barranco. Pero el lecho de musgo del líder estaba húmedo y mohoso: hacía días que nadie lo usaba. Esquirolina salió de la guarida rocosa y se dirigió a la maternidad. Los veteranos y los cachorros eran siempre los últimos en abandonar un campamento, y no había nada más seguro que el corazón del zarzal, que había protegido a muchas generaciones de gatos del Clan del Trueno.

Pero en la maternidad no encontró

más que un intenso hedor a zorro que casi camuflaba el ya débil olor de los indefensos cachorros y sus madres. Esquirolina fue presa del pánico. Hubo un susurro de ramas, y Zarzoso apareció a su lado.

—¡Z… zorro! —tartamudeó la aprendiza.

—No pasa nada —la tranquilizó Zarzoso—. El olor es rancio, de hace días. El zorro debió de venir a probar suerte, esperando que el clan hubiera dejado atrás a algún cachorro desamparado. No hay ni rastro de sang… de pelea —se apresuró a corregirse.

—Pero ¿adónde han ido todos? —

gimió Esquirolina.

Sabía que Zarzoso había estado a punto de decir «sangre». Parecía imposible que el clan al completo se hubiera esfumado sin que se derramara nada de sangre. «Oh, Clan Estelar, ¿qué ha sucedido aquí?», preguntó.

Los ojos de Zarzoso brillaban de miedo.

—No sé adónde habrán ido, Esquirolina —admitió—. Pero los encontraremos.

Borrascoso se acercó a ellos.

—¿Creéis que hemos llegado demasiado tarde? —susurró con voz ronca.

—Deberíamos haber vuelto a casa

más deprisa —se lamentó Esquirolina.

Borrascoso sacudió su ancha cabeza gris mientras observaba la maternidad abandonada.

—Para empezar, no deberíamos habernos marchado jamás —gruñó—. ¡Deberíamos habernos quedado a ayudar a nuestros clanes!

—¡Teníamos que hacer ese viaje! —bufó Zarzoso, sacando las uñas y clavándolas en el musgo—. Era la voluntad del Clan Estelar.

—Pero ¿adónde se han ido nuestros compañeros de clan? —insistió Esquirolina.

La aprendiza regresó al claro y oyó cómo sus amigos la seguían más

despacio. Borrascoso renegó entre dientes cuando una rama del zarzal se le enganchó en una de las patas traseras. Se la quitó de un tirón, sin preocuparse por el arañazo, y se acercó a Esquirolina para observar el campamento una vez más.

—No hay sangre por ningún sitio, ni señales de lucha —murmuró.

Esquirolina siguió su mirada, y se dio cuenta de que Borrascoso tenía razón. Ni siquiera en el claro había indicios de que hubieran atacado el campamento. Eso significaba que probablemente el clan se había marchado ileso de su hogar.

—Deben de haberse trasladado a un

lugar más seguro —maulló, esperanzada.

Zarzoso asintió.

—Deberíamos buscar rastros olorosos —sugirió Borrascoso—. Podrían darnos alguna pista que nos indique adónde se ha marchado el clan.

—Yo inspeccionaré la guarida de Carbonilla —se ofreció Esquirolina.

Corrió hacia el túnel de helechos que llevaba al claro de la curandera, pero estaba tan vacío y silencioso como el resto del campamento.

Bordeó el claro, husmeando los helechos. En ocasiones, Carbonilla acondicionaba un rincón para proporcionar lechos a los gatos

enfermos, pero no distinguió olores recientes. Se dirigió entonces a la roca hendida que se alzaba en un extremo del claro. Allí era donde tenía su guarida Carbonilla, y donde almacenaba sus provisiones de hierbas para mantenerlas secas y en buenas condiciones.

En las sombras, el olor acre de las raíces y las hierbas era tan fuerte como siempre, pero apenas quedaba un leve rastro de Carbonilla, y parecía de tantos días atrás como el de Estrella de Fuego en la guarida del líder.

Decepcionada, Esquirolina salió de la gruta y, desde la entrada, se quedó mirando el claro, presa de la desesperación. Justo en ese momento, se

dio cuenta de algo que la asustó aún más: el olor de Carbonilla era débil, pero el de su hermana era más débil todavía. Donde fuese que hubiera ido el Clan del Trueno, Hojarasca se había marchado antes que sus compañeros.

De pronto, oyó sobre ella el estridente aullido de una guerrera que la sacó de sus pensamientos. Esquirolina entrevió un pelaje oscuro y luego notó cómo le cedían las patas cuando una gata aterrizó pesadamente sobre su lomo. Se le erizó todo el pelo de furia y pataleó, revolviéndose como una loca. El largo viaje al lugar en que se ahogaba el sol la había vuelto más fuerte y musculosa, y pudo oír cómo la gata

resollaba por el esfuerzo de seguir aferrada a su pellejo. Por instinto, Esquirolina rodó sobre sí misma y notó cómo unas uñas le arañaban el costado cuando su asaltante cayó al suelo con un golpe sordo.

Bufando de rabia, la aprendiza se volvió en redondo para encararse a su atacante, mostrando los colmillos y con el pelo erizado.

La otra gata también había conseguido ponerse en pie y estaba fulminándola con la mirada, con toda la cola erizada.

—Pretendías robar mis provisiones, ¿eh? —le espetó.

—¡Carbonilla! —exclamó

Esquirolina sin aliento.

A la curandera se le pusieron los ojos como platos por la sorpresa.

—¡Esquirolina! ¡Ha… has… vuelto a casa! —tartamudeó, corriendo hacia ella para restregar el hocico contra su mejilla—. ¿Dónde te habías metido? ¿Está Zarzoso contigo?

—¿Dónde están todos? —quiso saber Esquirolina, demasiado preocupada por sus compañeros de clan como para contestar al aluvión de preguntas de Carbonilla.

La interrumpió el sonido de pisadas apresuradas por el túnel de helechos: Zarzoso y Borrascoso irrumpieron en el pequeño claro.

—Hemos oído ruido de pelea —resopló Zarzoso, que parpadeó de asombro al ver a Carbonilla—. ¿Estáis bien… las dos?

—¡Zarzoso! ¡Cuánto me alegro de verte! —Carbonilla miró a Borrascoso y por un instante pareció confundida—. ¿Qué haces tú aquí?

—Está con nosotros —le explicó Zarzoso sin rodeos—. ¿Quién os ha atacado? —Miró alrededor con el pelo erizado—. ¿Los habéis echado?

—En realidad, he sido yo… —confesó Carbonilla—. No he reconocido a Esquirolina desde lo alto de la roca. Creía que quería robarme mis hierbas. He vuelto al campamento para recoger

algunas provisiones…

—¿Qué significa que has vuelto? —preguntó Zarzoso—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Tuvimos que marcharnos —contestó la curandera, con un brillo angustiado en los ojos—. Los monstruos estaban acercándose cada vez más, y Estrella de Fuego ordenó que abandonáramos el campamento.

—¿Cuándo? —Zarzoso no salía de su asombro.

—Hace dos días.

—¿Y adónde habéis ido? —preguntó Esquirolina.

—A las Rocas Soleadas. —Carbonilla miró el claro con aire

ausente—. Sólo vuelvo por aquí a buscar provisiones. Ahora que ya no tengo a Hojarasca para que me ayude a recolectar hierbas frescas, se me acaba todo enseguida…

A Esquirolina le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Carbonilla la miró. Al ver la compasión que reflejaban los ojos de la curandera, a Esquirolina le entraron ganas de salir corriendo para no tener que oír lo que iba a decirle.

—Los Dos Patas han estado instalando trampas para atraparnos. Hojarasca cayó en una de ellas apenas un día antes de que abandonáramos el

campamento. Acedera lo presenció todo, pero no pudo ayudarla.

Esquirolina se tambaleó: sus patas parecían haber perdido la fuerza de golpe. Desolada, comprendió de pronto todos sus sueños de miedo y oscuridad, en los que veía a su hermana atrapada en un pequeño espacio.

—¿Adónde la han llevado los Dos Patas? —preguntó Zarzoso.

La joven aprendiza oyó la voz del guerrero como si le llegara desde muy lejos. Se estremeció, tratando de combatir la conmoción que sacudía su cuerpo como un torrente de agua.

—No lo sabemos, Zarzoso —respondió Carbonilla.

—¿Estrella de Fuego organizó una patrulla de búsqueda?

—Ordenó una patrulla de rescate en cuanto Acedera volvió con la noticia. Pero el lugar en que los Dos Patas habían atrapado a Hojarasca estaba invadido por monstruos que arrancaban los árboles, y no había ni rastro de ella.

Carbonilla se acercó para restregar su hocico contra el de la aprendiza.

—Después de eso, ya no era seguro ir a buscarla —murmuró. Esquirolina se separó, pero la curandera se quedó mirándola fijamente a los ojos, como si deseara que ella lo entendiese—. Tu padre tenía que pensar en todo el clan —añadió—. No podía correr el riesgo

de poner a más gatos en peligro por buscar a Hojarasca. —Apartó la mirada y continuó con tono pesaroso—: Yo quería ir a buscarla por mi cuenta, pero sabía que sería inútil…

Señaló con rabia su pata trasera, medio inutilizada por un antiguo accidente en el Sendero Atronador. Carbonilla conocía demasiado bien el daño que los monstruos de los Dos Patas podían hacer a sus frágiles cuerpos.

Por primera vez, Esquirolina reparó en que el pelaje de la curandera parecía colgar sobre su cuerpo: habría podido contar sus costillas sin ningún problema.

Zarzoso pareció advertirlo también.

—¿Cómo se las arregla el clan? —

preguntó.

—No muy bien —admitió Carbonilla—. Alercina murió… Fronda no podía producir leche suficiente para alimentarla. Las presas escasean, y todos estamos pasando hambre. —Le tembló la voz de tristeza—. Cola Moteada también ha muerto. Se comió un conejo que los Dos Patas habían envenenado para librarse del Clan del Viento… —De pronto, una expresión de alarma centelleó en sus ojos—. ¡No habréis comido conejo, ¿verdad?!

—No hemos visto ningún conejo —contestó Borrascoso—. Ni siquiera en el territorio del Clan del Viento.

Carbonilla sacudió la cola.

—¡Los Dos Patas lo han destruido todo! Centella y Nimbo Blanco también han desaparecido… Creemos que los Dos Patas los capturaron con sus trampas, como a Hojarasca.

Zarzoso bajó la mirada hasta el suelo frío y embarrado.

—Nunca pensé que fuera a ser tan malo… —murmuró—. Medianoche nos advirtió, pero…

Esquirolina deseó poder consolarlo, pero no había nada que ella pudiera hacer o decir para que su amigo se sintiera mejor.

Carbonilla miraba a Zarzoso, desconcertada.

—¿Que Medianoche os advirtió? —

repitió—. ¿Qué significa eso?

—Medianoche es una tejona —respondió Esquirolina—. Es a quien fuimos a ver…

—¿Que fuisteis a ver a una tejona? —Carbonilla miró a su alrededor, como si esperara ver un feroz rostro blanco y negro surgiendo de la vegetación que había tras ellos.

Esquirolina entendió su reacción. Los gatos nunca se habían fiado de los tejones; se sabía que eran criaturas con mal genio y del todo impredecibles. La aprendiza y sus compañeros de viaje habían tardado bastante en recuperarse de la impresión cuando descubrieron que Medianoche era una tejona.

—… en el lugar donde se ahoga el sol —continuó la joven.

—No comprendo —murmuró Carbonilla.

—El Clan Estelar nos envió allí —intervino Borrascoso—. Eligió a un gato de cada clan.

—Nos dijeron que fuéramos al sitio por el que, al llegar la noche, el sol se hunde en el mar —añadió Zarzoso.

—¿Que el Clan Estelar os envió hasta allí? —preguntó Carbonilla con voz estrangulada—. Yo… Nosotros pensábamos que el Clan Estelar nos había abandonado a nuestra suerte. —Miró a Zarzoso sin pestañear—. ¿El Clan Estelar te habló?

—En un sueño —se apresuró a responder el guerrero.

Borrascoso estaba clavando las uñas en el suelo, con el pelo ligeramente erizado.

—Plumosa tuvo el mismo sueño.

—Y también Corvino y Trigueña —agregó Esquirolina.

Carbonilla se quedó mirándolos a los tres, con los ojos como platos.

—Debéis contárselo todo enseguida a Estrella de Fuego. No hemos sabido nada del Clan Estelar desde que nos enviaron el mensaje del fuego y el tigre.

—¿El fuego y el tigre? —repitió Esquirolina, perpleja.

—Pronto sabrás a qué me refiero. —

Carbonilla no la miró a los ojos—. Venid conmigo ahora mismo. El clan debe oír vuestra historia.



4

—Las Rocas Soleadas eran el lugar más seguro para esconderse —les contó Carbonilla mientras serpenteaban entre los helechos.

Esquirolina estaba sorprendida.

—Pero ¡allí hay muy poco cobijo!

El lugar donde se alzaban las Rocas Soleadas era una ancha ladera de piedra situada cerca de la frontera del Clan del

Río, sin árboles ni arbustos; sólo había unas pocas matas de hierba rala. Consciente de que Borrascoso iba a sólo unos pasos por detrás, la aprendiza bajó la voz.

—¿Y qué pasa con el Clan del Río? Ellos siempre han intentado reclamar esa zona como territorio suyo… ¿Estrella de Fuego no teme que ataquen al Clan del Trueno?

—El Clan del Río no supone ninguna amenaza últimamente —contestó Carbonilla—. Las Rocas Soleadas es la parte de nuestro territorio que está más lejos de los Dos Patas y sus monstruos, y más cerca de las pocas presas que quedan en el bosque.

A pesar de su cojera, la curandera los guió rápidamente, pero Esquirolina se dio cuenta de lo escuálida que estaba y de cómo resollaba por el esfuerzo. Lanzó una mirada a Zarzoso. Él también estaba observando a Carbonilla, con los ojos entornados de preocupación.

—Nosotros estamos en mucha mejor forma que ella —le susurró Esquirolina a su amigo.

—Nuestro viaje nos ha hecho más fuertes —repuso él.

Esquirolina sintió una incómoda punzada de culpabilidad: su largo y complicado viaje los había mantenido a salvo y mejor alimentados que los gatos que habían dejado en su campamento del

bosque. El sol estaba descendiendo por un despejado cielo azul, y un frío viento meció las ramas en lo alto, haciendo que las últimas hojas que seguían tozudamente aferradas se estremecieran. Se detuvo, aguzando el oído. Unos pocos pájaros trinaban en un coro apagado, pero en la distancia seguían sonando los monstruos, zumbando como abejas enfurecidas. Su viscoso hedor saturaba el aire y se pegaba al pelo de Esquirolina, que comprendió que había regresado a un bosque que ya no olía ni sonaba como su hogar. Se había transformado en otro lugar, uno en el que los gatos ya no podían sobrevivir. «No habrá lugar para los gatos. Si os

quedáis, los monstruos también os despedazarán, o de hambre moriréis por falta de presas». La profecía de Medianoche ya estaba haciéndose realidad.

La mole gris claro de las Rocas Soleadas se alzaba más allá de los árboles, y Esquirolina distinguió algunas siluetas de gatos moviéndose sobre la piedra.

Un aullido la sobresaltó, y vio un pelaje blanco y pardo corriendo por el sotobosque. Un segundo después, Acedera y Fronde Dorado salieron entre los arbustos, delante de ellos.

—Me ha parecido captar un olor familiar —maulló Acedera sin aliento.

Esquirolina se quedó mirando a los dos guerreros. Su pelaje estaba tan desgreñado como el de Carbonilla. Zarzoso apenas fue capaz de disimular su sorpresa al contemplar sus cuerpos esqueléticos.

—No pensábamos que fuerais a volver —maulló Fronde Dorado.

—¡¿Cómo podíais pensar algo así?! —protestó Esquirolina.

—¿Dónde habéis estado? —quiso saber Acedera.

—Muy lejos de aquí —murmuró Borrascoso—. Más lejos de lo que ha estado jamás ningún gato de clan.

Fronde Dorado miró con recelo al guerrero del Clan del Río.

—¿Vas de camino a tu casa?

—Primero tengo que hablar con Látigo Gris.

Fronde Dorado entrecerró los ojos.

—Dejadlo pasar —dijo Carbonilla—. Los tres tienen muchas cosas que contarnos.

Fronde Dorado agitó los bigotes, desconfiado, pero inclinó la cabeza y abrió la marcha entre los árboles, hacia las rocas.

—Venga —maulló Acedera, siguiendo al guerrero—. Los demás tendrán ganas de veros.

Esquirolina fue tras ella, intentando sofocar el nerviosismo que le roía el estómago como punzadas hambrientas.

Estaba empezando a pensar que su viaje había sido en vano, que las palabras de Medianoche llegaban demasiado tarde para ayudar a los clanes. Suplicó al Clan Estelar que la señal del guerrero agonizante bastara para salvarlos. Al observar a Acedera de soslayo, vio que la guerrera parda iba arrastrando la cola y con la mirada clavada en el suelo, cansadamente.

—Carbonilla me ha contado lo de Hojarasca —murmuró.

—No pude hacer nada para salvarla —respondió Acedera, abatida—. No sabemos adónde la han llevado. Quería ir a buscarla, pero al día siguiente trasladamos el campamento y fue

imposible.

Hizo una pausa para mirar a Esquirolina, con un destello en los ojos de esperanza desesperada.

—¿Tú… la has visto en tu viaje? ¿Sabes dónde puede estar?

A Esquirolina se le encogió el corazón.

—No, no la he visto.

El intenso y familiar olor del Clan del Trueno llenaba el aire. Esquirolina deseaba echar a correr para saludar a sus compañeros de clan, pero su instinto le dijo que debía acercarse a ellos con cautela. Se quedó inmóvil un instante, esperando que los gatos de las Rocas Soleadas no pudieran oír los acelerados

latidos de su corazón.

La lisa ladera de piedra, llena de surcos y pequeños huecos, se alzó ante ella. La bordeaba un pequeño bosque por un lado, y en el extremo más alejado, donde la pendiente descendía abruptamente, Esquirolina vio la copa de los árboles de ribera que flanqueaban el río hasta los Cuatro Árboles… o hasta el lugar donde antes habían estado los Cuatro Árboles. La fría roca, azotada por el viento de la estación de la caída de la hoja, era un frío lugar de descanso para el clan. Esquirolina miró las patas de Acedera, y vio sangre seca en el pelo blanco que cubría sus zarpas. Recordó cómo las piedras de las

montañas le llenaban de pequeñas heridas las almohadillas cuando estuvo con la Tribu de las Aguas Rápidas.

Allí no había un claro central para que los gatos se reunieran, como en el campamento del barranco. Los gatos se apiñaban en pequeños grupos, y Esquirolina distinguió el pelaje oscuro de su mentor, Manto Polvoroso, cobijado debajo de un saliente rocoso, junto a Musaraña. El guerrero parecía mucho más pequeño que cuando ella se fue, y los huesos de su espalda sobresalían bajo su pelaje descuidado. Escarcha y Cola Pintada, dos veteranas del clan, estaban acurrucadas en el surco más profundo. Incluso en la penumbra,

Esquirolina pudo ver que ambas tenían el pelaje apelmazado y deslucido, salpicado de trocitos de musgo y barro seco. Más abajo, donde se ensanchaba el surco, vio también la figura gris claro de Fronda, la compañera de Manto Polvoroso, encorvada sobre los dos únicos cachorros de la camada que habían sobrevivido.

—Ahí abajo está más resguardada —explicó Carbonilla, siguiendo la mirada de Esquirolina—. Pero las reinas todavía se sienten muy expuestas: estaban acostumbradas a una maternidad protegida por un muro de zarzales. Los aprendices han dispuesto sus lechos en ese hueco de ahí —continuó, señalando

con el hocico una hondonada en las rocas.

Esquirolina reconoció el pelo marrón de Topillo, que había nacido en la primera camada de Fronda, con el pelo encrespado para protegerse del frío.

La joven aprendiza miró a Zarzoso. Él la animó moviendo levemente la cabeza, aunque había ansiedad en sus ojos, y empezó a subir la ladera con los músculos de la espalda en tensión. Ella lo siguió, muy nerviosa también. Al pasar por delante de Fronda, la reina levantó la mirada, y sus ojos verdes se ensombrecieron de furia.

Esquirolina se estremeció. ¿Acaso el

clan los culpaba a ellos de todo lo que había sucedido?

Algunos otros gatos los habían visto también. Espinardo se levantó penosamente de un hueco, cerca de lo alto de la pendiente, agachando las orejas hacia atrás. Con un bufido amenazador, Orvallo avanzó desde una grieta que había al borde de las rocas: los ojos del guerrero gris oscuro brillaban, pero no a modo de cálida bienvenida hacia los recién llegados.

Borrascoso escudriñaba las rocas en busca de Látigo Gris. Esquirolina siguió su mirada, pero no había rastro del lugarteniente del Clan del Trueno, y tampoco de su padre, Estrella de Fuego.

Reprimió el impulso de dar media vuelta y regresar corriendo al bosque. En aquellos momentos, le hubiera gustado incluso huir a las montañas. Alicaída, intercambió una mirada con Zarzoso.

—No nos quieren aquí… —susurró.

—Nos comprenderán en cuanto se lo expliquemos todo —aseguró él, y la aprendiza deseó que tuviera razón.

El sonido de rápidos pasos a sus espaldas hizo que se volvieran en redondo, sobresaltados. Cenizo, un guerrero gris claro, frenó en seco delante de ellos. Esquirolina lo miró a los ojos, temerosa de ver rabia en ellos, pero sólo encontró sorpresa.

—¡Habéis vuelto! —exclamó Cenizo con la cola muy levantada, y alargó el cuello para restregar el hocico con el de la aprendiza, a modo de saludo.

Ella sintió una oleada de alivio. ¡Al menos un gato parecía alegrarse de su regreso!

Topillo salió a trompicones de su agujero y cruzó deprisa la roca hacia ellos, con Zarpa Candeal a la zaga.

—¡Topillo! —maulló Esquirolina, intentando sonar como si sólo hubiera estado un par de días fuera, y no más allá de las Rocas Altas—. ¿Cómo va el entrenamiento?

—Hemos estado trabajando duro —respondió el aprendiz, casi sin aliento al

llegar a su altura.

Zarpa Candeal se detuvo junto a él.

—Ya habríamos asistido a nuestra primera Asamblea si los Dos Patas no hubiesen arrasado los Cuatro…

Cenizo le lanzó una mirada de advertencia.

—Todavía no se habrán enterado de eso —siseó.

—No pasa nada —intervino Zarzoso—. Sabemos lo de los Cuatro Árboles. Manto Trenzado nos lo ha contado.

—¿Manto Trenzado? —Cenizo entrecerró los ojos—. ¿Habéis estado en el territorio del Clan del Viento?

—Hemos tenido que cruzarlo para regresar —aclaró Esquirolina.

—¿Regresar? ¿De dónde? —maulló Topillo, pero Esquirolina no respondió.

La aprendiza acababa de ver cómo Manto Polvoroso y Musaraña salían de su improvisada guarida. Hollín también se levantó de un hueco que había cerca de allí. Ahora todos los guerreros estaban aproximándose, deslizándose como espectros a través de las sombras. La gata retrocedió, rozando a Zarzoso y viendo cómo se les acercaba Borrascoso, igualmente cauto. Eso le recordó su primer encuentro con la Tribu de las Aguas Rápidas. Sintió un zarpazo de miedo en el corazón al comprender que el bosque no era lo único que había cambiado. Su propio

clan parecía diferente también.

—¿Y bien? ¿Vais a decirnos dónde habéis estado? —gruñó una voz inconfundible.

Escarcha había abandonado la guarida de los veteranos. La vieja gata había perdido gran parte del lustre de su pelaje blanco como la nieve, pero Esquirolina se estremeció igualmente bajo su gélida mirada.

—Hemos hecho un largo viaje… —empezó Zarzoso.

—¡Pues nadie lo diría! —Fronda se había separado de sus cachorros para situarse en primera fila—. Parecéis mejor alimentados que nosotros.

Esquirolina intentó no sentirse

culpable por la abundante carne fresca que había comido durante el viaje.

—Fronda, me he enterado de lo de Alercina, y lo lamento…

Fronda no estaba de humor para escuchar lamentaciones.

—¿Cómo sabemos que no dejasteis el clan porque no queríais enfrentaros a una dura estación de la caída de la hoja, pasando hambre como los demás? —bufó la reina.

Musaraña y Espinardo maullaron para mostrar su acuerdo, pero esta vez Esquirolina notó que su ira sobrepasaba al miedo.

—¿Cómo podéis pensar semejante cosa? —bufó, erizando el pelo.

—Bueno, ¡es evidente que vuestra lealtad está más allá del clan! —gruñó Musaraña, mirando a Borrascoso.

—Nuestra lealtad siempre ha estado en el Clan del Trueno —replicó Zarzoso con firmeza—. Ésa es precisamente la razón de que nos marcháramos.

—Entonces, ¿qué está haciendo un guerrero del Clan del Río con vosotros? —quiso saber Manto Polvoroso.

—Tiene algo que decirle a Látigo Gris —respondió Zarzoso—. Se irá en cuanto haya hablado con él.

—No, se irá ahora mismo —resopló Musaraña, dando un paso hacia delante.

Carbonilla se colocó entre Musaraña y Zarzoso.

—Contadles de una vez lo de la profecía del Clan Estelar —los apremió.

—¿Una profecía? ¿El Clan Estelar ha hablado?

Los miembros del Clan del Trueno se quedaron mirando a Esquirolina y Zarzoso como zorros hambrientos.

—Primero debemos contárselo a Estrella de Fuego —maulló Esquirolina con calma.

—¿Dónde está Estrella de Fuego? —preguntó Zarzoso levantando la voz.

—Ha salido a cazar —contestó la voz de Tormenta de Arena.

Esquirolina esperó conteniendo la respiración, entre feliz y nerviosa, mientras la guerrera de color melado se

encaminaba hacia ella y se detenía a una cola de distancia para observarla.

—Hemos regresado. —Esquirolina buscó en su madre alguna señal de bienvenida.

—Habéis regresado —repitió Tormenta de Arena, asombrada.

—Tuvimos que marcharnos. El Clan Estelar no nos dejó elección —repuso Zarzoso, saliendo en defensa de Esquirolina, que agradeció sentir la calidez del guerrero a su lado.

La aprendiza deseaba confesarle a su madre que el Clan Estelar no le había enviado ningún sueño, pero que ella había insistido en irse con Zarzoso a pesar de las reticencias del guerrero.

Las palabras, sin embargo, se atascaron en su garganta: el miedo la atenazaba.

Entonces, el cuerpo de Tormenta de Arena se estremeció, y la gata corrió hacia Esquirolina.

—¡Una de mis hijas ha regresado! —exclamó, restregando la mejilla contra la de Esquirolina con un cariño feroz.

La aprendiza sintió un gran alivio.

—Lamento haberme marchado sin decíroslo, pero…

—Has regresado —maulló Tormenta de Arena—. Eso es lo único que me importa. —Su cálido aliento acarició el hocico de Esquirolina—. Me preguntaba si volvería a verte alguna vez.

La joven percibió un tierno ronroneo

vibrando en la garganta de su madre. Eso le recordó los días en que era una cachorrita, acurrucada en la maternidad en el regazo de Tormenta de Arena, con su hermana al lado. «¡Oh, Hojarasca! ¿Dónde estás?».

Un maullido profundo las interrumpió.

—Parece que ya tengo de vuelta a mi aprendiza —comentó Manto Polvoroso. Se lo veía tan demacrado y delgado como los demás guerreros, pero se acercó a saludar a Esquirolina con mirada cálida—. No sé dónde os habréis metido, pero está claro que habéis comido bien —señaló, observando con asombro los robustos

músculos y el brillante pelaje de la joven.

Zarzoso agitó la punta de la cola.

—Hemos tenido suerte, Manto Polvoroso. Había muchas presas en esos bosques.

—Presas es lo que más necesitamos —maulló el guerrero—. Si habéis encontrado un buen lugar de caza, el clan debería saber dónde está.

—Está muy lejos de aquí —contestó Zarzoso.

Manto Polvoroso sacudió las orejas.

—Entonces no es para nosotros —declaró—. Hemos instalado aquí nuestro hogar. No permitiremos que los Dos Patas y sus monstruos nos obliguen a

trasladarnos de nuevo.

Los demás gatos expresaron su conformidad con un rumor desafiante.

Esquirolina se quedó mirándolos, espantada. ¡Tenían que marcharse de allí! ¿Es que no se daban cuenta? Medianoche les había dicho que los clanes tendrían que encontrar un nuevo hogar —el guerrero agonizante iba a mostrarles el camino—, y la aprendiza había supuesto que, tras verse expulsados de su campamento, sería más fácil convencer al Clan del Trueno de que debían irse.

Entonces vio una figura en lo alto de la roca, recortada contra el rosado cielo del anochecer. Aunque las sombras

imposibilitaban saber de qué color era el pelaje del gato, los potentes omóplatos y la larga cola bien erguida a modo de saludo resultaban inconfundibles.

—¡Estrella de Fuego! —exclamó Esquirolina.

—¡Esquirolina!

Estrella de Fuego bajó la ladera a saltos, y luego se detuvo. Agitó los bigotes un momento, antes de alargar el cuello y lamer la oreja de la aprendiza. Ella cerró los ojos y ronroneó, olvidando brevemente el horror que estaba engullendo al bosque. Se hallaba en casa, y eso era lo único que importaba.

Estrella de Fuego dio un paso atrás.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Tenemos muchas cosas que contarte —se apresuró ella a responder.

—¿Tenéis? —repitió Estrella de Fuego—. ¿Zarzoso está contigo?

—Sí, estoy aquí.

El guerrero se abrió paso entre los gatos reunidos y se situó junto a Esquirolina, inclinando la cabeza respetuosamente. El resto del clan aguardó, con los ojos centelleando en la semioscuridad. Incluso el viento pareció detenerse, como si el bosque entero estuviera conteniendo la respiración.

—Bienvenido a casa, Zarzoso.

Esquirolina creyó captar cierta

cautela en los ojos de su padre, y un escalofrío recorrió su lomo.

Entonces vio una mancha gris, apenas una sombra, bajando por la pendiente cada vez más oscura. Era Látigo Gris. El lugarteniente se detuvo al lado de Estrella de Fuego.

—Bueno, ¡el fuego y el tigre han vuelto! —ronroneó.

—¿El fuego y el tigre? —repitió Esquirolina. ¿A qué se refería Látigo Gris?

—Ya habrá tiempo de hablarles de eso más tarde —murmuró Estrella de Fuego, lanzando una mirada al clan congregado.

—Oh, desde luego —maulló su

amigo, bajando la cabeza. Luego se le iluminaron los ojos—. Por cierto, ¿habéis visto a mis hijos? —preguntó, mirando esperanzado a los dos jóvenes.

Esquirolina asintió.

—Vinieron con nosotros —explicó—. Borrascoso…

—Estoy aquí. —El gato del Clan del Río se adelantó.

Látigo Gris sacudió las orejas de sorpresa y alegría.

—¡Borrascoso! —Corrió a recibir a su hijo y lo rodeó—. ¡Estás sano y salvo! —Se volvió hacia Esquirolina y Zarzoso—. Estáis todos a salvo… Apenas puedo creerlo.

A Esquirolina se le encogió el

corazón.

—¿Dónde está Plumosa? —Látigo Gris miró más allá, como si esperase ver a la gata gris claro aguardando al pie de las rocas.

Esquirolina bajó la mirada al suelo. Se compadecía de Borrascoso. Él era el portador de las peores noticias, tanto para el Clan del Río como para el Clan del Trueno.

—¿Dónde está Plumosa? —insistió Látigo Gris, desconcertado.

—Ya no está con nosotros… —respondió Borrascoso. Miró a su padre directamente a los ojos—. Murió durante el viaje.

El lugarteniente se quedó mirándolo

con incredulidad.

Estrella de Fuego levantó la cabeza para dirigirse al clan:

—Látigo Gris y Borrascoso deberían poder estar a solas para llorar su pérdida.

Esquirolina sintió una oleada de gratitud hacia su padre. Por lo menos podrían explicárselo todo a Látigo Gris lejos del escrutinio de los demás. Mientras Estrella de Fuego guiaba a los suyos ladera arriba, la aprendiza se arrimó más a Zarzoso.

Látigo Gris tenía la mirada clavada en el suelo rocoso, como si estuviera inmovilizando una víbora con las zarpas y no se atreviera a soltarla por si le

mordía.

—No pudimos salvarla —le contó Borrascoso, al tiempo que acariciaba las orejas de su padre con el hocico.

Látigo Gris se volvió hacia Zarzoso.

—¡No deberías habértela llevado de aquí! —Sus ojos destellaban de furia.

Esquirolina sacudió la cola.

—¡No es culpa suya! ¡Fue el Clan Estelar quien escogió a Plumosa para hacer ese viaje, no Zarzoso!

Látigo Gris cerró los ojos. Se le hundieron los omóplatos, hasta que su tamaño pareció reducirse a la mitad.

—Lo lamento —dijo en un susurro—. Es… injusto. Plumosa se parecía tanto a Corriente Plateada…

Cuando se le quebró la voz, Borrascoso hundió el hocico en el costado de su padre.

—Plumosa tuvo una muerte muy valiente y noble, digna del mejor de los guerreros. El Clan Estelar la eligió para ese viaje, y luego la Tribu de las Aguas Rápidas la escogió para que cumpliera una de sus propias profecías. Habrías estado orgulloso de ella. Plumosa nos salvó a todos, no sólo a la tribu.

—¿La tribu? —repitió Látigo Gris.

Esquirolina oyó cómo los demás gatos se apiñaban en lo alto de la pendiente. Sus murmullos subieron de tono, impacientes, hasta que Estrella de Fuego los hizo callar con voz resonante:

—Ya sé que todos queréis saber dónde han estado Zarzoso y Esquirolina —maulló—. Pero dejad que me lo cuenten primero a mí; os prometo que luego lo compartiré con todos vosotros.

—Yo quiero enterarme de por qué se marchó mi aprendiza —gruñó Manto Polvoroso.

—Y yo quiero saber lo de la profecía que han mencionado —afirmó Musaraña—. ¡Tenemos que saber de qué se trata!

Zarzoso se acercó a Esquirolina y le dijo algo al oído:

—Creo que será mejor que nos reunamos con ellos. —Luego miró a Borrascoso—. ¿Nos acompañas?

—Gracias, amigo —respondió el guerrero gris—, pero me gustaría ir a casa. —Se volvió hacia su padre—. Ellos te contarán toda la historia. Yo sólo quería que supieras que te habrías sentido orgulloso de Plumosa. Ella murió para salvarnos.

Látigo Gris parpadeó, pero no dijo nada.

Borrascoso miró a Esquirolina y Zarzoso.

—Sé que va a ser difícil —murmuró—, pero tenemos que seguir adelante con lo que sabemos que es lo correcto. Recordad lo que nos dijo Medianoche. Estamos haciendo esto para salvar a todos nuestros clanes.

Zarzoso inclinó la cabeza solemnemente, y Esquirolina se acercó para frotar el hocico contra la mejilla de Borrascoso.

—Nos vemos mañana en los Cuatro Árboles —susurró la aprendiza.

La pena hacía que le temblasen las patas al despedirse de uno de sus mejores amigos. Durante más de una luna, había dejado de pensar que él pertenecía al Clan del Río y ella al Clan del Trueno: juntos formaban un clan, luchando por concluir su viaje y salvar a todos los gatos del bosque.

Mientras Borrascoso descendía por la ladera, Esquirolina advirtió que Musaraña y Espinardo estaban

mirándola con expresión de reproche. Sabía que su afecto por un guerrero del Clan del Río debía de parecerles muy desleal, pero estaba demasiado triste y demasiado cansada para molestarse en explicar qué había significado aquella misión para los seis gatos que habían viajado hasta el lugar donde se ahogaba el sol… y para los cinco que habían regresado a casa.

—De acuerdo —maulló Estrella de Fuego—. Los guerreros veteranos también podrán oír lo que Esquirolina y Zarzoso tienen que contarnos. Y tú también, Carbonilla. —Señaló con la nariz el saliente bajo el que habían visto cobijados a Manto Polvoroso y

Musaraña—. Nos reuniremos ahí arriba.

Con un resoplido, Musaraña dio media vuelta y comenzó a ascender la ladera hacia el saliente, seguida de Látigo Gris y Manto Polvoroso. Cuando Estrella de Fuego, Carbonilla y Tormenta de Arena se pusieron en marcha, Esquirolina se quedó quieta un momento, haciendo caso omiso de la brisa que acariciaba su pelaje. No le importaba el frío… En cierto modo, cuanto más frío tuviera, más cerca estaría del sufrimiento de sus compañeros. El viento del atardecer hendía con suma facilidad el pelaje descuidado de los miembros de su clan.

De pronto, la aprendiza oyó que

Espinardo emitía un gruñido sordo. Se volvió en redondo, alarmada, y vio a Borrascoso al pie de la ladera rocosa, con un grueso pez entre los dientes.

—¿Por qué has vuelto? —le gruñó Espinardo—. ¿Es que tu propio clan ya no te acepta?

El guerrero del Clan del Río dejó el pez en el suelo.

—Os traigo un regalo del Clan del Río.

—¡No necesitamos vuestros regalos! —bufó Escarcha.

Sonaron unos pasos amortiguados detrás de Esquirolina, y Estrella de Fuego habló:

—Lo ha hecho con buena intención,

Escarcha. —En su voz había una nota de advertencia—. Gracias, Borrascoso.

El guerrero gris no contestó. Se limitó a mirar al líder del Clan del Trueno con los ojos rebosantes de tristeza. Luego lanzó una breve mirada a Esquirolina, y, tras inclinar la cabeza, desapareció entre los juncos que llevaban hasta el agua, dejando atrás el pez.

A Esquirolina le rugió el estómago de hambre. No había comido nada desde su paso por el territorio de los Dos Patas que había más allá del páramo.

—Tendrás que esperar a después, a ver si consigues encontrar un ratón o dos —maulló Estrella de Fuego al oír el

ruido de las tripas de su hija—. Primero debemos alimentar a Fronda y los veteranos. Ahora que has vuelto con nosotros, vas a tener que habituarte al hambre.

Esquirolina asintió, intentando hacerse a la idea. Se había acostumbrado a cazar cada vez que tenía hambre, y a compartir la comida sólo con sus compañeros de viaje.

Antes de volver de nuevo hacia el saledizo, Estrella de Fuego le ordenó a Espinardo:

—Reparte el pez entre Fronda y los veteranos.

Al deslizarse debajo del saliente rocoso, Esquirolina vio que era mucho

más profundo de lo que se esperaba. Una piedra lisa protegía los lados de la cueva, pero un viento glacial se colaba por la entrada, agitando los olores mezclados de muchos gatos. La aprendiza suspiró, apenada, recordando el orden y la comodidad del viejo campamento, y cerró los ojos, deseando ver, al abrirlos de nuevo, las ramas estrechamente entrelazadas de la guarida de los aprendices, en vez de aquella piedra fría y dura.

—Todos los guerreros comparten esta guarida —le dijo Manto Polvoroso al oído, casi como si le hubiera leído el pensamiento—. Aquí no hay muchos sitios adecuados para dormir.

Esquirolina entrecerró los ojos y miró a su alrededor con un arrebato de rabia. ¡Los Dos Patas habían empujado a su clan a esto! Lo mínimo que ella podía hacer era guiarlos a un lugar seguro, donde hubiera sitios apropiados para dormir y suficientes presas para todos los gatos.

—Al menos esto nos proporciona cierto cobijo —murmuró Tormenta de Arena, aunque su pelo encrespado sugería que estaba helada hasta los huesos.

Estrella de Fuego se sentó cerca del fondo. Tormenta de Arena y Látigo Gris se acomodaron a su lado, flanqueándolo. El lugarteniente del Clan del Trueno

apenas podía ocultar su profunda aflicción. Carbonilla estaba junto a él, con los ojos ensombrecidos de inquietud.

—Y ahora —empezó Estrella de Fuego, enroscando la cola alrededor de las patas—, contádnoslo todo, desde el principio.

Esquirolina notó cómo los inquisitivos ojos de sus compañeros de clan se clavaban en su piel. Zarzoso le acarició el costado con la cola antes de dirigirse a Estrella de Fuego.

—El Clan Estelar me visitó en un sueño y me dijo que fuera al lugar en que se ahoga el sol —explicó—. Al principio… al principio no sabía si

debía creerlo, pero el Clan Estelar le envió el mismo sueño a un gato de cada clan: Corvino, del Clan del Viento; Plumosa, del Clan del Río, y Trigueña, del Clan de la Sombra —especificó, y Estrella de Fuego ladeó la cabeza—. Nos indicaron a todos que nos pusiéramos en camino para oír lo que tenía que decirnos Medianoche.

—¿Lo que tenía que deciros… «medianoche»? —repitió Manto Polvoroso, confundido.

Los ojos verdes de Estrella de Fuego se posaron en Esquirolina, y ella se obligó a no amilanarse.

—¿Tú también tuviste ese sueño? —le preguntó el líder a su hija.

—No —confesó ella—. Pero tenía que… Quería ir… —Buscó las palabras para explicar por qué se había marchado, pero no quería decirle a su padre que necesitaba escapar de sus continuas discusiones. Guardó silencio, cabizbaja.

—¡Yo me alegro de que Esquirolina viniera finalmente con nosotros! —exclamó Zarzoso—. ¡Ha estado a la altura de los guerreros!

Después de lo que parecieron nueve vidas, Estrella de Fuego asintió.

—Continúa, Zarzoso.

—Nos encaminamos al lugar donde se ahoga el sol, gracias a la ayuda de Cuervo. Él había oído hablar a otros

gatos solitarios de un lugar de aguas interminables.

—Fue un viaje muy largo —intervino Esquirolina—. En más de una ocasión pensamos que nos habíamos perdido.

—Cuervo nos dijo en qué dirección debíamos ir, pero no sabíamos exactamente cómo llegar hasta ese lugar —prosiguió Zarzoso—. Sin embargo, el Clan Estelar nos había elegido, así que teníamos que seguir adelante.

—Y eso a pesar de que no sabíamos por qué nos había elegido ni para qué nos había enviado —añadió la aprendiza.

Zarzoso sacó las uñas, arañando

levemente el duro suelo.

—Sólo estábamos intentando cumplir con nuestra obligación con el clan.

—Un solitario nos ayudó a cruzar el poblado de los Dos Patas —explicó Esquirolina, recordando el sentido de la orientación de Puma, que era bastante errático.

—Y finalmente llegamos al lugar donde se ahoga el sol —maulló Zarzoso —. Unos altos acantilados de granito con cuevas subterráneas, y un agua azul oscuro hasta donde alcanzaba la vista, que bañaba interminablemente la orilla. Al principio, el estruendo de la gran catarata nos asustó, porque era

ensordecedor.

—Luego Zarzoso cayó al agua. Yo lo rescaté, y de pronto estábamos en una cueva, donde encontramos a Medianoche. —Las palabras de Esquirolina se atropellaron con incoherencia.

—¿Qué significa «encontramos a medianoche»? —quiso saber Manto Polvoroso.

Zarzoso arañó el suelo.

—Medianoche es una tejona —respondió al cabo—. El Clan Estelar quería que la encontráramos porque sólo ella podía decirnos lo que deseaban comunicarnos nuestros antepasados.

—¿Y qué os dijo esa…

Medianoche? —preguntó Estrella de Fuego, agitando las orejas.

—Que los Dos Patas destrozarían todo el bosque y que acabaríamos muriendo de hambre —contestó Esquirolina, con el corazón repentinamente desbocado, como la primera vez que oyó la advertencia de Medianoche.

—También nos dijo que os condujéramos lejos del bosque y que buscáramos un nuevo hogar —añadió Zarzoso.

—¿Un nuevo hogar? —Tormenta de Arena se quedó mirándolo con incredulidad.

—O sea, que deberíamos abandonar

el bosque sólo porque una tejona de la que jamás hemos oído hablar cree que sería una buena idea, ¿es eso? —gruñó Manto Polvoroso.

Esquirolina cerró los ojos. ¿Es que el Clan del Trueno iba a ignorar la advertencia de Medianoche? ¿Acaso su viaje y la muerte de Plumosa no iban a servir para nada?

—¿Y dijo cómo debemos encontrar ese sitio? —preguntó Látigo Gris, incorporándose y agitando la punta de la cola.

Las palabras de Medianoche resonaron de nuevo en la cabeza de Esquirolina, que se encontró repitiéndolas en voz alta:

—«No careceréis de guía». Eso es lo que dijo. «Cuando volváis, subid a la Gran Roca cuando el Manto Plateado brille en lo alto. Un guerrero agonizante os mostrará el camino».

—¿Ya habéis estado en la Gran Roca para ver esa… señal? —preguntó Estrella de Fuego.

Zarzoso negó con la cabeza.

—Vamos a reunirnos allí mañana con Trigueña, Borrascoso y Corvino. Pensábamos ir acompañados de nuestros líderes, si conseguíamos convencerlos de que acudieran…

—¿Tú vas a ir? —le espetó Musaraña a Estrella de Fuego con las orejas gachas.

—Nada me lo impedirá —contestó él.

Manto Polvoroso se quedó mirándolo con los ojos como platos.

—No estarás pensando en sacar al clan de nuestro bosque, ¿verdad?

—En este momento, aún no sé qué voy a hacer —admitió Estrella de Fuego —. Pero no estoy seguro de que el clan pueda sobrevivir a la estación sin hojas en estas condiciones.

Le sostuvo la mirada a Manto Polvoroso, y, por unos segundos, Esquirolina vio cómo llameaban sus ojos.

—No puedo permitir que mi clan sufra si hay algo que pueda hacer para

evitarlo. No podemos pasar por alto este mensaje, a pesar del modo en que lo hemos recibido. Quizá suponga nuestra única esperanza de sobrevivir. Si hay una señal, quiero verla por mí mismo. —Se irguió, volviéndose hacia Zarzoso —. Mañana iré con vosotros a los Cuatro Árboles.



5

—¡Sasha! —llamó Vaharina de nuevo—. ¿Eres tú?

No hubo respuesta.

Hojarasca pegó el hocico a la rejilla y miró hacia fuera. Había oído hablar de Sasha muchas veces, y sentía curiosidad por ver a la gata que había sido pareja de Estrella de Tigre y que después llegó al Clan del Río con sus cachorros, a los

que abandonó allí mientras ella volvía a la vida solitaria de los proscritos. Sin embargo, en la penumbra de la caseta de madera sólo pudo entrever el pelaje leonado de Sasha, agazapada al fondo de la jaula en la que la había llevado el Dos Patas.

—Sasha, ¿te encuentras bien? —insistió Vaharina de forma más apremiante.

—Dale tiempo para recuperarse —le aconsejó Cora—. Los nuevos siempre están muy callados.

—Yo no necesito tiempo para recuperarme —bufó rabiosa la recién llegada—. ¿Cómo se atreven a meterme aquí? Si pudiera salir, ¡le arrancaría la

piel a ese Dos Patas!

—¿Qué estabas haciendo en el bosque? —preguntó Vaharina.

—Quería ver a mis hijos —respondió Sasha—. Había oído que los Dos Patas estaban arrasando el bosque, y quería asegurarme de que estaban a salvo.

—¡Yo vi a Ala de Mariposa no hace mucho! —exclamó Hojarasca—. Estaba bien… Va a convertirse en curandera.

—¿Quién ha hablado? —maulló Sasha.

—Me llamo Hojarasca. Soy la aprendiza de curandera del Clan del Trueno —le explicó—. Ala de Mariposa y yo somos amigas.

—¿Conoces también a Alcotán? —quiso saber Sasha—. ¿Se encuentra bien?

Hojarasca no respondió. Notó un hormigueo en las zarpas al pensar en el hijo de Sasha. El joven gato tenía una mirada azul como el hielo, como el cielo en la estación sin hojas, y sus omóplatos eran tan anchos y poderosos como los de los guerreros que lo doblaban en edad y experiencia. La última vez que Hojarasca lo había visto, Alcotán había amenazado con llevarse a Acedera a rastras al campamento del Clan del Río, porque la guerrera había traspasado la frontera sin darse cuenta. Afortunadamente, Ala de Mariposa lo

había convencido para que dejara ir a Acedera.

—Alcotán estaba bien la última vez que lo vi, sí —contestó Vaharina desde su jaula.

—Menos mal —suspiró Sasha.

El alivio de su voz sorprendió a Hojarasca.

—Parece tan preocupada como lo estaría una reina de clan —le susurró a Cora a través de la rejilla que las separaba.

—Por supuesto. —Cora había estado escuchando atentamente la conversación en silencio—. Está hablando de sus hijos… Al fin y al cabo, ella es una gata como cualquier otra.

—Pero ¡renunció a sus hijos para que se criaran en el Clan del Río! —exclamó la aprendiza, olvidándose casi de hablar en voz baja.

—¿Por qué no dejó que los criara su propio clan? —Cora sonó perpleja.

—Sasha no es una gata de clan. Es una proscrita.

—Eso es, insultadme sólo porque he decidido no vivir entre vosotros —gruñó Sasha, que había oído perfectamente sus palabras—. Aunque no me importa, mientras mis hijos estén sanos y salvos.

—Lo lamento —se disculpó Cora—. Este sitio es tan pequeño que resulta difícil no… preocuparse de los demás.

Miró de soslayo a la jaula contigua, donde había un proscrito negro de aspecto andrajoso que no había dado la menor muestra de estar escuchando la conversación.

—En algunos casos, al menos —se corrigió intencionadamente.

Hojarasca sabía que Cora había intentado entablar amistad con su vecino, pero no había conseguido sacarle nada más que su nombre: Carbón.

—Tú eres una minina casera, ¿verdad? —le preguntó Sasha a Cora sin rodeos—. Suenas demasiado educada para ser una proscrita, y estás demasiado gorda para ser una gata de

clan.

Hojarasca vio cómo a Cora se le erizaba el pelo.

—¡Cora es una amiga! —protestó, saliendo en su defensa.

—Yo no he dicho que no lo sea —replicó Sasha—. Sólo estoy tratando de saber quién es quién en este agujero.

—Básicamente hay proscritos —le explicó Vaharina—. Pero hay algunos gatos de clan —añadió, y Tojo, Nimbo Blanco y Centella la saludaron—. Por lo que sabemos, Cora es la única minina doméstica aquí.

—¿Alguno de vosotros ha pensado en una forma de escapar de esta madriguera de zorros? —preguntó

Sasha.

—Todavía no —admitió Vaharina.

—Ni siquiera el Clan Estelar nos ha dado una pista —añadió Hojarasca.

—¡El Clan Estelar! —resopló Sasha en la oscuridad—. Vosotros, gatos de clan, ¿aún creéis en esa tontería después de lo que está sucediendo en el bosque?

—¡Por supuesto que sí! —bufó Hojarasca.

—Bueno, pues ruega a tus antepasados por mí, pequeña. —Inesperadamente, Sasha suspiró—. Creo que vamos a necesitar toda la ayuda que podamos reunir.

El sol ya había pasado su cénit, y la tibia calidez del mediodía empezó a disiparse.

—Aquí viene de nuevo el Dos Patas —advirtió Cora a los demás gatos.

Por encima del distante rugido de los monstruos de los Dos Patas, Hojarasca oyó el sonido de pisadas en el exterior, e instintivamente se agazapó al fondo de la jaula. Se abrió la puerta de la caseta, y el Dos Patas entró cargado con una bolsa de comida.

—Es imposible que lo convenzas para que nos deje salir de aquí a base de ronroneos —le susurró Hojarasca a

Cora mientras el Dos Patas empezaba a abrir las jaulas y a rellenar los comederos.

—Supongo que tienes razón —contestó Cora encogiéndose de hombros—, pero no está de más que acabe fiándose de mí.

Mientras la atigrada hablaba, un bufido estalló en la jaula vecina. El Dos Patas reculó de un salto, apartándose de la jaula abierta de Carbón. Le brotaba sangre de la mano, y se puso a dar vueltas por la caseta, gritando de rabia.

Hojarasca trató de ver a Carbón a través de la jaula de Cora. Apenas pudo distinguir la oscura silueta del gato, que se agazapaba en un rincón. A la joven

aprendiza le latía la sangre en los oídos cuando se volvió hacia el Dos Patas. Había dejado de chillar y estaba mirando a Carbón amenazadoramente. De pronto, con un bramido cruel, metió repentinamente la mano en la jaula, y Hojarasca oyó cómo el proscrito aullaba de dolor. Rezongando entre dientes, el Dos Patas cerró la jaula con un golpe.

Hojarasca se estremeció. ¿Qué le había hecho a Carbón?

Cuando el Dos Patas rellenó el comedero de Cora, la gata se mantuvo lejos de él, asustada. Esta vez no le ronroneó.

En cuanto el Dos Patas salió de allí, Hojarasca gritó:

—Carbón, ¿estás bien?

De la jaula del gato brotó un gruñido estrangulado:

—¡Ese apestoso Dos Patas!

Hojarasca olfateó el aire y captó el cálido olor de la sangre.

—Tiene mala pinta —le susurró Cora a la aprendiza—. Hay sangre en el suelo de su jaula.

—¿Dónde estás herido? —le preguntó Hojarasca.

—Me ha hecho un corte en la pata —contestó él—. La zarpa de tejón de ese Dos Patas me ha empujado contra algo afilado.

Hojarasca pensó deprisa. ¿Qué empleaba Carbonilla para detener las

hemorragias?

—¿Alguien puede alcanzar una telaraña? —exclamó—. Venga; ¡tenemos que ayudar a Carbón!

—Hay una cerca de mí —respondió Tojo—. Creo que puedo alcanzarla. Espera…

Hojarasca observó cómo Tojo alargaba una zarpa desde una jaula inferior. Una larga telaraña se extendía desde el suelo de la caseta hasta lo alto de la jaula. El guerrero llegó hasta ella retorciendo la pata a través de un agujero en el lateral de su jaula. Por fin, logró clavar las uñas en la espesa tela y tirar de ella. Alargando la pata cuanto podía, acercó la telaraña hacia

Hojarasca.

La aprendiza se pegó al suelo de su jaula e intentó alcanzarla. La rejilla le arañaba la piel, pero apretó los dientes y estiró un poco más la zarpa, hasta que consiguió recoger la pegajosa bola de telaraña que le tendía Tojo. Se dispuso a pasársela de inmediato a Cora.

—¡Dale esto a Carbón! —la apremió, empujando la bola a través de un agujero en la rejilla que las separaba.

Cora asintió, incapaz de hablar porque estaba recogiendo la bola con la boca. Al tirar de ella, parte de la tela se enganchó en los bordes del agujero, con lo que se perdieron unas cuantas hebras del preciado material.

—¡Ten cuidado! —exclamó Hojarasca, nerviosa.

Entonces sonó la angustiada voz de un proscrito, situado más abajo:

—¡Hay sangre goteando en mi jaula! ¡Ese gato está malherido!

A Hojarasca se le aceleró el corazón.

—¡Carbón! ¿Te encuentras bien?

—Esto no va a dejar de sangrar —respondió Carbón con voz temblorosa.

—¡Recoge la telaraña que tiene Cora! —ordenó la aprendiza—. Y mantenla apretada contra la herida tanto tiempo como puedas.

Oyó cómo Cora resollaba mientras pasaba la bola a la jaula contigua, y

luego el sonido de las zarpas de Carbón arañando el suelo cubierto de sangre.

—¡No temas, Carbón! Sólo tienes que presionar el corte con la telaraña.

—¡Ya está empapada de sangre! —jadeó Carbón.

—No pasa nada —lo tranquilizó Hojarasca—. Igualmente impedirá que salga más sangre. Tú limítate a mantenerla ahí.

Esperó. La caseta se había sumido en el silencio. A Hojarasca empezó a darle vueltas la cabeza, y se obligó a tomar bocanadas de aire lentas y profundas.

—¿Cómo está Carbón? —preguntó Centella al cabo de un rato.

—¡En mi jaula ya no cae sangre! —informó el proscrito que estaba en la parte inferior.

—¿Carbón? —preguntó Hojarasca —. ¿Cómo va la herida?

De la jaula de Carbón brotó un suspiro entrecortado.

—Esto parece que está mejor —murmuró—. Ya ni siquiera me duele.

Hojarasca suspiró de alivio.

—Mantén la telaraña sobre el corte un poco más —le indicó—. Luego puedes lamerlo con delicadeza para limpiarlo. Pero ¡no demasiado fuerte…! No queremos que vuelva a sangrar.

—Bien hecho, Hojarasca —susurró Cora desde su jaula.

La aprendiza parpadeó. Por primera vez desde que la habían capturado, no se sentía completamente impotente. Cerró los ojos para darle las gracias al Clan Estelar en silencio. Nunca había ayudado a un gato proscrito, pero sabía que sus antepasados guerreros lo aprobarían. La lealtad a un solo clan ya no era la forma de sobrevivir.

Su estómago empezó a rugir de hambre. Quizá debería seguir el consejo de Cora y hacer lo posible por conservar las fuerzas. Procuró ignorar el espantoso olor de la comida, y se puso a masticar las repugnantes bolitas que les había llevado el Dos Patas. «Supongo que debería sentirme agradecida por

contar con comida fácil», pensó, mientras se obligaba a tragar aquellos bocados secos.

—Está asqueroso —masculló.

—No es lo mejor que he probado —coincidió Cora—. Mis dueños intentaron darme algo similar una vez, pero enseguida les dejé claro lo que pensaba, y nunca más volvieron a ponerme algo así en el plato.

Hojarasca estuvo a punto de atragantarse por la sorpresa.

—¿Tú puedes lograr que tus Dos Patas hagan lo que quieres?

—No son tan difíciles de adiestrar —maulló Cora, que se sentó y comenzó a limpiarse las patas.

—¿Puedes adiestrar a ese indeseable que ha herido a Carbón para que sea más amable? —preguntó Sasha desde el otro extremo de la caseta.

—Lo dudo —respondió Cora—. Estos trabajadores no se parecen en nada a mis dueños.

Hojarasca vio la cara de Centella al otro lado de la rejilla de su jaula. Las manchas canela de su pelaje blanco parecían casi negras en la penumbra, y era imposible ver el lado de su cara que había quedado espantosamente destrozado por el ataque de un perro, muchas lunas atrás. La guerrera se dio cuenta de que estaba mirándola.

—¿Qué crees que van a hacer con

nosotros? —le preguntó a Hojarasca.

—Quizá pretendan convertirnos en mininos domésticos —aventuró la aprendiza. Por mucho que le disgustase la idea, eso podría darles la oportunidad de escapar y regresar al clan.

Sonó un resoplido desde la jaula de Sasha.

—Eso lo dudo mucho —replicó con aspereza—. Estamos lejos de ser los gatos peludos y consentidos que les gustan a los Dos Patas.

Hojarasca miró de soslayo a Cora, esperando que no se ofendiese, pero, para su sorpresa, su vecina estaba asintiendo con la cabeza.

—Sasha tiene razón —coincidió la

atigrada—. A estos tipos no les importan los gatos, ya sean de clan, proscritos o domésticos. Creedme, sé qué clase de… ¿cómo los llamáis vosotros? ¿Dos Patas? Pues bien, algunos pueden ser buenos dueños, pero éstos sólo quieren deshacerse de nosotros.

Hojarasca quiso tragar saliva, pero su boca se había secado de repente, y las bolitas que había tragado parecían habérsele atascado en mitad de la garganta. Tratando de no vomitar, bebió un poco de aquella agua viscosa. Reprimió el deseo de acurrucarse al fondo de la jaula y perderse en el sueño. No podía esperar que el Clan Estelar pudiera ayudarlos a salir de aquel lugar.

Estaba convencida de que sus antepasados guerreros estaban presenciando la destrucción del bosque, pero sus instintos le decían que eran impotentes contra la crueldad de los Dos Patas. No, ahora tendría que confiar en su propia inteligencia. Debía encontrar una forma de escapar. No podía defraudar a Cora ni a sus compañeros de clan.

Recordó cómo Tojo había sacado la pata para recoger la telaraña.

—Cora —maulló—. Dices que has intentado alcanzar el pestillo que cierra la jaula.

—Sí, pero no he podido llegar hasta él —admitió Cora.

—¿Y qué me decís los demás? —preguntó, dirigiéndose a los otros gatos—. ¿Alguno puede abrir su cerrojo?

—El mío está demasiado duro para moverlo con una sola pata —contestó Tojo.

—La rejilla de mi jaula está rota —informó Nimbo Blanco—, y yo casi puedo sacar las dos patas, pero no llego al pestillo.

—Estáis todos perdiendo el tiempo —gruñó Sasha—. Afrontadlo: no hay modo de salir de aquí.

Fuera, el ruido que hacían los Dos Patas no cesaba. Incluso provocaba que la caseta temblara. Hojarasca no podía creer que no hubiese manera de escapar

de allí, dijera lo que dijese Sasha. Si se daba por vencida, no quedaría la menor esperanza. Mientras oía cómo los Dos Patas se llamaban broncamente unos a otros en la decreciente luz, sacó la zarpa por la parte delantera de su jaula y empezó a arañar el pestillo que la mantenía cerrada.



6

La luz que proyectaba la luna menguante entre las desnudas ramas de los árboles hacía que el bosque resplandeciera con un misterioso fulgor plateado. Esquirolina caminaba junto a Zarzoso, cruzando una zona llena de helechos marchitos adornados por la escarcha.

—En los Cuatro Árboles hará frío

—se lamentó, esperando que su hermana Hojarasca estuviera calentita, fuera donde fuese.

—Pero por lo menos la noche está despejada —respondió Zarzoso en voz baja—. El Manto Plateado se verá muy bien.

Iban siguiendo a Estrella de Fuego y a Carbonilla a través del bosque. El ritmo era algo más lento del que solían llevar los jóvenes en su largo viaje, y aun así Carbonilla tenía que hacer verdaderos esfuerzos para abrir la marcha. El frío y el hambre habían empeorado su cojera.

—Si hay una señal —preguntó Esquirolina—, ¿cuánto tiempo crees que

pasará antes de que podamos partir?

Quería tener la oportunidad de encontrar a su hermana antes de que los clanes abandonaran el bosque.

—Es difícil saberlo —contestó Zarzoso—. Ya viste lo que sucedió anoche. Estrella de Fuego no puede obligar al clan a abandonar el bosque. Debe ceñirse al código guerrero tanto como cualquier otro gato, y, a pesar de que es nuestro líder, tiene que someterse a la voluntad del clan.

A Esquirolina se le hizo un nudo en la garganta al recordar la reacción del clan. Bajo las estrellas, apretujados para protegerse del gélido viento que azotaba la roca, Estrella de Fuego les había

explicado el mensaje del Clan Estelar que ella y Zarzoso les habían llevado. Los gatos reunidos allí lanzaron un grito conmocionado al comprender lo que les decían.

—¡No podemos abandonar el bosque! —había gemido Escarcha—. Moriremos todos.

—¡Moriremos si nos quedamos! —replicó Acedera.

—Pero… ¡éste es nuestro hogar! —exclamó Cola Pintada con voz lastimera.

La reacción de Topillo, al menos, parecía encerrar un poco de ilusión:

—¿Cuándo partiremos?

Pero el quebrado maullido de Carrasquilla hizo que Esquirolina

sintiera un estremecimiento, incluso al recordarlo ahora:

—No tenemos que irnos, ¿verdad? —había sollozado la cachorrita.

—¿Y si Manto Polvoroso tiene razón? —le preguntó Esquirolina a Zarzoso mientras saltaban sobresaltados ante una madriguera de zorro vacía, una boca abierta entre las sombras—. Lo que dijo ayer tiene sentido: ¿por qué los gatos deberían seguir el consejo de una tejona a la que ni siquiera conocen?

—Pero el Clan Estelar nos envió a ver a Medianoche —replicó Zarzoso—. Lo que Medianoche nos contó tiene que ser cierto.

Esquirolina se dio cuenta de que el

guerrero estaba intentando convencerse a sí mismo tanto como a ella.

—Debemos tener la esperanza de que esta noche veremos la señal en los Cuatro Árboles —maulló la aprendiza —. Si el Clan Estelar tiene algo que decir al clan… a cualquiera de los clanes… no es cosa nuestra demostrarlo.

Tembló al pensar qué querría decir Medianoche con lo del «guerrero agonizante», pero, si la señal les decía qué hacer, quizá todavía pudieran salvar a los clanes.

El trayecto a los Cuatro Árboles les llevó más tiempo del habitual, no sólo por el ritmo lento, sino también porque debían rodear las partes del bosque que

los Dos Patas habían arrasado, obligándolos a evitar una franja tras otra de barro y árboles talados. Al cabo de un rato, Esquirolina se detuvo a mirar uno de aquellos espacios desiertos y devastados.

—¿Cómo puede pensar ningún gato que esto sigue siendo nuestro hogar? —dijo en un susurro.

Zarzoso se limitó a sacudir la cabeza y a seguir a Estrella de Fuego hacia la cima de la ladera que llevaba a la hondonada de los Cuatro Árboles.

Por unos instantes, pareció el inicio de una más de las Asambleas a las que había asistido Esquirolina. Cerrando los ojos, casi podía oír el murmullo de los

gatos, compartiendo lenguas mientras los cuatro clanes se reunían en paz bajo la luna llena. Pero aquella noche no había luna llena, y aquello no era una Asamblea. La aprendiza abrió los ojos de golpe y se asomó por el borde de la cima. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se le cortó la respiración. Aunque Carbonilla los había avisado de que los Dos Patas habían talado los cuatro grandes robles, Esquirolina no había querido siquiera plantearse qué aspecto tendría el lugar sagrado. Ni en nueve vidas juntas habría podido imaginar algo tan horrible como lo que estaba viendo.

Los cuatro gigantescos robles que

antes custodiaban la Gran Roca habían desaparecido por completo: incluso habían arrancado sus raíces del suelo. Sus troncos yacían despedazados, laminados en limpias rodajas por las enormes zarpas mecánicas de los Dos Patas. Esquirolina captó el olor de la savia amarga que rezumaba como sangre de los trozos de madera mutilada.

Habían arrancado el corazón del bosque… y las raíces de la vida para los cuatro clanes. Ya nada volvería a ser lo mismo.

La joven aprendiza se preguntó cómo sus ancestros guerreros podían soportar aquella imagen del devastado claro desde el Manto Plateado.

—Manto Trenzado nos dijo que los Dos Patas habían destrozado los Cuatro Árboles, pero no imaginaba…

Enmudeció cuando su padre le dirigió una mirada comprensiva.

—Vamos —susurró el líder, guiándolos cuesta abajo.

Mientras avanzaba entre los árboles troceados, a Esquirolina se le pegó un grumo de savia en el pelaje, y el serrín que flotaba allí le irritó los ojos y la garganta. Parpadeando, examinó el claro y se quedó boquiabierta.

—¡La Gran Roca ha desaparecido!

Zarzoso frenó en seco a su lado, siguiendo la mirada de su amiga.

—¿Cómo ha podido pasar? —

preguntó con voz estrangulada, acercándose al enorme agujero que se había abierto donde antes se alzaba la roca.

—Yo… yo pensaba que tenía raíces, igual que un árbol —murmuró Esquirolina aturdida, contemplando el agujero—. Creía que las raíces eran tan profundas que nada podría mover jamás la Gran Roca.

—¡Aquí! —exclamó Estrella de Fuego desde el otro lado del claro.

El líder y Carbonilla estaban plantados en medio del lodo, que les llegaba casi a la barriga, junto a una gran piedra gris. La roca estaba llena de trozos de tierra y barro, y su forma no

resultaba familiar, pero, al mirarla mejor, Esquirolina se dio cuenta de que había sido volteada: era indiscutiblemente la Gran Roca.

Zarzoso sacudió la cola.

—¡Está claro que esto lo han hecho los Dos Patas! —bufó—. Deben de haber usado sus monstruos mecánicos para moverla.

Bajo la fría e insensible luna, Esquirolina vio marcas de zarpazos en la piedra: las garras del monstruo la habían desgarrado al moverla. Aquello era peor que perder a todos los árboles del bosque. Los gatos sabían que los árboles eran seres vivos que envejecían y morían igual que ellos, pero la Gran

Roca había estado allí durante lunas y lunas antes de que los gatos llegaran siquiera a aquel bosque, y allí debería haber permanecido innumerables lunas más.

Una áspera voz recorrió el claro:

—Ya no habrá más Asambleas.

Esquirolina reconoció la voz de Estrella Negra, y vio cómo se movían algunas siluetas sobre los troncos que los rodeaban. Entonces comprendió que el olor de la savia había enmascarado el de los otros gatos que ya estaban allí. Recordando las advertencias agoreras de Musaraña sobre una posible emboscada, escudriñó la penumbra y descubrió, con una punzada de alivio,

que Trigueña, Corvino y Borrascoso se encontraban entre los demás.

—¡Trigueña! —Zarzoso corrió a saludar a su hermana.

Esquirolina oyó que Estrella de Fuego soltaba un gruñido de desagrado, y sintió un hormigueo de frustración. ¿Cómo podía su padre cuestionar la lealtad de los viajeros si sabía que sólo estaban trabajando juntos para salvar a los clanes?

Cada uno de los elegidos había acudido con su líder y su curandero. Pero Esquirolina se sintió sorprendida al ver que se les habían unido otros dos gatos: Arcilloso, el anciano curandero del Clan del Río, había llevado a su

aprendiza, Ala de Mariposa, y el hermano de ésta, Alcotán, también estaba allí. Esquirolina lo reconoció por las descripciones de Hojarasca. El guerrero marrón oscuro no estaba mirando hacia la Gran Roca, sino a los demás gatos congregados: sus ojos azul hielo eran inexpresivos bajo la luz de la luna.

—¡No puede ser cierto! —exclamó Arcilloso, mirando fijamente la Gran Roca.

Tenía todo el pelo erizado, y su cola se estremecía como un ratón moribundo. Ala de Mariposa intentó tranquilizarlo dándole lametazos en el pelaje del cuello, pero él no dejó de temblar.

Carbonilla avanzó torpemente entre los troncos, casi sin tocar el suelo con la pata herida, y acarició con su lomo el de Arcilloso.

Esquirolina siguió a su padre cuando éste se unió a los demás gatos al pie de la Gran Roca. La aprendiza observó a Trigueña, Corvino y Borrascoso, desesperada por saber cómo los habían recibido sus respectivos clanes, pero permaneció en silencio junto a su líder.

—¿Cómo vamos a subir a ella? —preguntó Estrella Alta con voz temblorosa, mirando la escarpada pared rocosa que se alzaba ante ellos.

Incluso medio oculto por las sombras, el líder del Clan del Viento

parecía tan frágil que a Esquirolina le sorprendió que hubiera llegado hasta allí.

—Estas marcas nos servirán para agarrarnos… —contestó Estrella Leopardina, estirando las patas delanteras hacia las cicatrices que las garras del monstruo habían dejado en la dura y lisa roca.

Se dio impulso entre el barro y saltó hacia arriba. Estrella Negra la siguió hasta lo alto de la roca; parecía fuerte y decidido, pero en su pelaje deslucido podían adivinarse los huesos de la espalda. Estrella Alta observó a sus colegas. Estaba tan flaco que parecía más menudo que nunca.

—Yo iré detrás de ti —se ofreció entonces Estrella de Fuego.

Estrella Alta asintió y saltó hacia la muesca más baja, y se quedó colgando de la resbaladiza roca. Estrella de Fuego se puso debajo de él, dejando que se apoyase en su espalda para impedir que se deslizase de nuevo hasta el suelo.

—¿Nosotros no deberíamos subir también para ver al guerrero agonizante de Medianoche? —susurró Esquirolina mientras los líderes desaparecían en lo alto y los curanderos se iban al otro lado de la roca.

—No creo que importe quién lo vea —dijo Zarzoso, aunque sus ojos estaban ensombrecidos de inquietud.

—Medianoche no especificó que tuviéramos que ser nosotros —intervino Borrascoso.

—Por lo menos ahora tenemos la ocasión de hablar —murmuró Trigueña—. Estrella Negra dice que está listo para abandonar el bosque.

Esquirolina pestañeó.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —Ojalá la reacción de su clan hubiera sido la misma—. Estrella de Fuego… todavía no se ha decidido.

Trigueña agitó las orejas.

—Para ser sincera, creo que Estrella Alta ya había tomado la decisión de abandonar el bosque, incluso antes de que yo llegara con el aviso de

Medianoche.

—Pero ¿qué te dijo cuando se lo contaste? —quiso saber Esquirolina—. ¿Te creyó?

La guerrera parda no respondió.

Zarzoso se acercó a su hermana.

—¿Te trataron mal?

Trigueña negó con la cabeza.

—Sólo actuaron como si fuera una extraña. —Sus ojos brillaron con tristeza—. Los cachorros de Amapola incluso se asustaron al verme.

—Para nosotros tampoco fue fácil —maulló Esquirolina—. Es como si ya no formáramos parte de nuestro clan.

—Por supuesto que somos parte del clan —la tranquilizó Zarzoso—. Las

cosas no tardarán mucho en normalizarse.

Borrascoso resopló.

—¡Nada volverá a ser normal nunca más! —bufó—. He visto lo que los Dos Patas les han hecho al Clan del Viento y el Clan del Trueno, y me imagino que con el Clan de la Sombra habrá pasado lo mismo. —Miró a Trigueña, que asintió muy seria—. Y, aunque no hayan llegado todavía al territorio del Clan del Río, todo ha cambiado —añadió, sacudiendo la cola—. Vaharina ha desaparecido, y ahora Alcotán es el lugarteniente.

—¿Vaharina ha desaparecido? —repitió Esquirolina sin aliento.

—¿Se la han llevado los Dos Patas? —preguntó Zarzoso.

Borrascoso pareció desconcertado.

—¿Por qué iban a llevársela los Dos Patas?

—¡Se han llevado a Hojarasca! —le explicó Esquirolina—. Lo sabemos porque Acedera estaba con ella y consiguió escapar.

—Tojo también ha desaparecido —maulló Corvino, mirando a sus amigos.

—No falta ningún gato del Clan de la Sombra, pero supongo que sólo es cuestión de tiempo —dijo Trigueña—. Y mientras tanto, los Dos Patas han invadido una parte tan grande de nuestro territorio que estamos muriéndonos de

hambre. Casi no quedan presas, y la estación sin hojas apenas acaba de empezar.

Zarzoso se sentó cuidadosamente en el suelo embarrado.

—No sé si será el mensaje de Medianoche o el hambre lo que expulse a los clanes del bosque, pero dudo que podamos quedarnos aquí.

—Pero los Dos Patas aún no han tocado el territorio del Clan del Río —le recordó Borrascoso—. Y está claro que Alcotán está convencido de que nunca lo harán. Prácticamente me llamó traidor por preocuparme por los otros clanes, y me dijo que nunca debería haber hecho ese viaje. —Sus ojos ámbar

centellearon con tristeza—. Incluso se atrevió a decir que Plumosa estaría viva si yo no hubiera permitido que se involucrara en los problemas de otros clanes.

—No fue el viaje lo que mató a Plumosa. Fue el hecho de quedarnos tanto tiempo con la tribu —bufó Corvino.

Borrascoso se estremeció y bajó la mirada al suelo.

—¡Teníamos que ayudarlos! —exclamó Esquirolina.

La aprendiza se quedó mirando a Corvino, desconcertada. Al principio del viaje le había parecido un gato arrogante e impaciente, pero cada vez le

había sido más fácil entenderse con él, y al final de su aventura lo consideraba uno de sus mejores amigos. Ahora volvía a ser tan quisquilloso como antes. ¿Es que la misión, la importancia del mensaje que todos tenían que transmitir a sus clanes, no significaba nada para él?

—Corvino —maulló Zarzoso—, ¿qué dijo el Clan del Viento cuando se lo contaste todo?

—Aceptaron las palabras de Medianoche sin cuestionarlas —masculló—. Es nuestra última esperanza de sobrevivir. —Su voz era apagada y sombría, como una piedra—. No imaginaba que el clan estuviera

sufriendo más que cuando me marché, pero así es. En el páramo ya no queda nada que comer. Algún pájaro, si hay suerte. En ocasiones un ratón, sólo uno para todo el clan. Los cachorros del Clan del Viento nunca habían pasado tanta hambre como ahora.

—Entonces, ¿Estrella Alta quiere irse?

Corvino levantó la mirada para clavarla en Zarzoso.

—Oh, sí —admitió—. Quiere que el clan se vaya tan pronto como sea posible. Su mayor temor… —Se le quebró la voz y tragó saliva—. Su mayor temor es que no estemos lo bastante fuertes para hacerlo.

—¡Oh, Corvino! —exclamó Esquirolina, olvidando de inmediato las duras palabras del joven aprendiz a Borrascoso—. Cuánto lo lamento…

—No necesitamos tu compasión —gruñó Corvino—. Yo lucharé con todas mis fuerzas para asegurarme de que mi clan sobreviva —añadió, mirándola ceñudo y con ojos fríos.

Esquirolina sintió que una oleada de furia le subía desde las entrañas. Dio un paso hacia él:

—¿De qué estás hablando? ¡Te comportas como si fueras el único que puede salvar a tu clan! ¿Ya no recuerdas que estamos juntos en esto? ¿Acaso has olvidado que éramos seis en ese viaje?

—¡Esquirolina! —Zarzoso la detuvo con una sacudida de la cola—. No es momento para pelear.

La aprendiza se detuvo y guardó silencio a regañadientes. Corvino desvió la mirada, pero flexionó las garras, clavándolas en la fría tierra.

Trigueña miró a lo alto de la roca. No había ni rastro de sus líderes. Desde allí abajo no podían ver la cresta de la imponente roca.

—Todo sería más fácil si supiéramos adónde se supone que tenemos que ir —maulló—. ¿Creéis que habrá una señal?

—Quizá hemos llegado demasiado tarde —murmuró Borrascoso—.

Estuvimos mucho tiempo en las montañas. —Miró de reojo a Corvino —. Creedme, ojalá no nos hubiéramos quedado tanto allí.

—Estuvimos todos de acuerdo en su momento —le recordó Zarzoso.

Corvino se limitó a mirarse las patas sin decir nada.

Sonó un aullido de desaprobación en lo alto, y se oyó a Estrella de Fuego exclamar:

—¡Deberíamos esperar un poco más!

—¿Por qué? ¿De qué serviría? — gruñó Estrella Negra. Su huesuda figura apareció en la cima, perfilada contra las estrellas, al borde de la roca—. Hemos

perdido el tiempo viniendo aquí. Esta noche no habrá ninguna señal. Además, ¿de verdad creéis que necesitamos que alguien nos diga que están destrozando el bosque? ¡No hay más que mirar a nuestro alrededor!

Esquirolina y los demás retrocedieron mientras el líder del Clan de la Sombra descendía de la roca y aterrizaba sobre el barro, junto a ellos. Estrella Leopardina lo siguió.

—Pero ¡si la luna ni siquiera ha alcanzado su cénit! —protestó Estrella de Fuego, asomándose desde la cima.

Estrella Leopardina levantó la vista hacia él.

—Incluso aunque el Clan Estelar

envíe una señal para abandonar el bosque, ¡no es asunto del Clan del Río! —maulló.

Por mucho que la frustrara el egoísmo de Estrella Leopardina, Esquirolina comprendía que la líder no estuviera tan preocupada como sus colegas. Su reluciente pelaje revelaba que ella y sus compañeros de clan estaban tan bien alimentados como siempre, y que su sueño no se veía perturbado por el miedo a que los rugientes monstruos se abrieran paso hasta su campamento.

—El hambre hará que cambie de opinión dentro de poco —bufó Corvino.

—Pero seguro que queréis saber lo

que el Clan Estelar cree que deberíamos hacer, ¿no? —insistió Estrella de Fuego.

—Hace demasiado frío para continuar esperando —maulló Estrella Negra—. Últimamente, mi pelaje es más fino de lo que me gustaría… y eso no es una señal del Clan Estelar. Es culpa de esos Dos Patas con corazón de zorro que roban las presas de mi clan.

—¡No puedes marcharte todavía! —gritó Estrella de Fuego cuando el líder del Clan de la Sombra echó a andar sobre los troncos.

—Esta noche no va a haber ninguna señal —contestó Estrella Negra por encima del hombro—. ¡Mira este lugar! Está arrasado.

—¡El Clan Estelar no nos abandonará en una situación como ésta!

Estrella de Fuego bajó de la roca de un salto y trepó torpemente a un tronco, detrás del líder del Clan de la Sombra.

Estrella Negra se encaró a él con el pelo erizado.

—¡Yo no he dicho que el Clan Estelar nos haya abandonado! Pero mi clan preferiría fiarse del juicio de su líder antes que de los rumores confusos de unos guerreros inexpertos y una tejona.

—Pero ¡el Clan Estelar va a mostrarnos el camino! —Estrella Alta se deslizó por el borde de la Gran Roca, medio resbalando y medio cayendo.

Corvino saltó hacia delante, alzando las patas para suavizar el aterrizaje. El líder llegó al suelo penosamente, pero se puso en pie, rechazando la ayuda de Corvino —. Nuestros antepasados sabrán dónde podemos encontrar nuevos territorios, lejos de todos estos peligros —insistió.

—Nosotros somos perfectamente capaces de encontrar un nuevo hogar para el Clan de la Sombra —declaró Estrella Negra con una seguridad escalofriante.

—Tú ya tienes un lugar en mente, ¿verdad? —preguntó Carbonilla, que estaba junto a Arcilloso.

—Vamos a irnos a vivir al poblado de los Dos Patas que antes dominaba el

Clan de la Sangre —anunció—. Todavía tengo a uno de sus antiguos miembros entre mis veteranos. Él nos mostrará los mejores sitios donde localizar comida y cobijo. Ahora que Azote está muerto, seremos los gatos más fuertes del lugar.

—¡No puedes hacer eso! —protestó Estrella de Fuego—. ¡Así sólo quedarán tres clanes en el bosque!

—Pronto no habrá bosque —señaló Estrella Negra muy serio—, y aquí sólo quedarán cadáveres de gatos. En esta batalla, no veo de qué podría servir que los cuatro clanes se unan. No se trata de combatir a un enemigo, sino de encontrar las presas suficientes para alimentar las bocas que ya tenemos. Lo

siento, pero nosotros nos vamos solos.

Dio media vuelta para marcharse, pero Estrella de Fuego se interpuso en su camino. Estrella Negra bufó y le mostró sus afilados colmillos.

—¡No podemos permitir que se peleen! —le susurró Esquirolina a Zarzoso.

—Lo sé —coincidió. Luego saltó al tronco, al lado de su líder—. Estrella de Fuego, ¡tienes que convencer al Clan de la Sombra para que venga con nosotros! Eso es lo que quiere el Clan Estelar. Si no hay ninguna señal, como dijo Medianoche, entonces deberíamos volver al lugar donde se ahoga el sol y preguntarle si ella sabe qué tenemos que

hacer.

—¿Estás diciendo que vayamos a un sitio desconocido sólo porque crees que el Clan Estelar te envió allí? —gruñó Estrella Leopardina—. ¿Desde cuándo tomas decisiones por todos los clanes? —Paseó la mirada por Esquirolina, Trigueña y Borrascoso—. De hecho, ¿por qué deberíamos fiarnos de vosotros? ¡Todos formáis parte del Clan del Trueno!

Trigueña desenvainó las uñas.

—¿Estás cuestionando mi lealtad al Clan de la Sombra?

—¡Mi hermana murió en el viaje para recibir ese mensaje! —bufó Borrascoso.

Esquirolina se preguntó si el Clan Estelar estaría observándolos y pensando que quizá aquellos clanes pendencieros no merecían ser salvados.

—¡Ya basta! —exclamó una voz débil y ronca. Estrella Alta se adelantó con pasos débiles—. Si nos peleamos, ¡no llegará la señal!

—¿Cuántas veces tengo que decíroslo? Nosotros no necesitamos una señal —gruñó Estrella Negra—. El Clan de la Sombra va a largarse de este bosque moribundo, y ya sabemos adónde ir.

Estrella de Fuego no discutió con él. En vez de eso, se volvió hacia Estrella Leopardina.

—¿Qué planeáis hacer vosotros?

—El Clan del Río no tiene ninguna necesidad de marcharse a un lugar remoto por las palabras de unos cuantos guerreros soñadores —contestó la líder—. El río sigue estando lleno de peces. Sería una estupidez por nuestra parte si nos fuéramos. Los problemas de los demás clanes no son los nuestros, y no deben preocuparnos.

—Entonces, si nuestros problemas no son también los vuestros, ¿por qué el Clan Estelar envió a Plumosa junto con los demás gatos? —preguntó Carbonilla con voz calmada y desafiante.

—Sólo Plumosa podría responder a eso, y está muerta —replicó Estrella

Leopardina.

Alcotán se situó al lado de su líder.

—Si vosotros ya no podéis vivir en el bosque, apruebo que os vayáis —maulló, paseando la mirada por los reunidos—. Al fin y al cabo, ¿qué clase de líder permitiría que su clan se muriera de hambre?

Esquirolina se quedó desconcertada por el atrevimiento con el que aquel guerrero se había dirigido a los otros líderes. Después de todo, no era mucho mayor que ella.

Zarzoso fulminó con la mirada a Alcotán.

—Tú sólo quieres que nos marchemos para apoderarte de nuestro

territorio.

—Si ya no estáis aquí, entonces ya no vais a necesitarlo.

A Zarzoso se le erizó el pelo de todo su cuerpo.

—Quizá sentirías las cosas de otro modo si hubieras nacido dentro de un clan.

—¡Muestra un poco de respeto, Zarzoso! —le espetó Estrella de Fuego—. Alcotán no es responsable de su nacimiento.

Zarzoso abrió la boca, dispuesto a replicar, pero pareció pensárselo mejor y bajó la vista al suelo. Esquirolina creyó adivinar cómo Alcotán agitaba los bigotes con satisfacción, y sintió una

oleada de rabia. ¿Cómo se atrevía el guerrero del Clan del Río a regocijarse de los problemas de los demás?

—Esto no nos lleva a ninguna parte —maulló Estrella Alta con tristeza.

—Los cuatro clanes deben permanecer unidos —insistió Estrella de Fuego—. Hemos vivido juntos bajo el Manto Plateado hasta donde alcanza nuestra memoria. Compartimos los mismos ancestros. ¿Cómo puede cuidar de nosotros el Clan Estelar si nos separamos?

Pero Estrella Negra había bajado del tronco caído y estaba alejándose; le hizo una seña a Cirro, el curandero del Clan de la Sombra, para que lo siguiera.

Trigueña miró a sus amigos con inquietud.

—Tengo que irme —le susurró a Esquirolina.

—¿Y qué pasa con la señal? —le recordó la aprendiza. Se estremeció, y no sólo por el frío. ¿Dónde estaba esa señal que se suponía que iba a salvarlos?

En los ojos de la guerrera del Clan de la Sombra asomó la duda.

—Lo lamento, debo ir con ellos.

Corrió tras Estrella Negra y Cirro. La hondonada pareció incluso más vacía y expuesta sin los tres gatos del Clan de la Sombra.

—Buena suerte, Estrella de Fuego

—maulló Estrella Leopardina. Luego miró a Ala de Mariposa, que estaba junto a su mentor—. ¿Arcilloso está lo bastante bien para caminar?

—¡Por supuesto que lo estoy! —exclamó el viejo curandero con voz ronca, poniéndose en pie a duras penas—. He llegado hasta aquí, ¿no?

—Entonces, vamos —ordenó Estrella Leopardina, al tiempo que daba media vuelta y guiaba a sus gatos fuera del claro.

Borrascoso rozó a Esquirolina al pasar.

—Intentaré hablar contigo y con Zarzoso pronto —susurró.

—¿Qué podemos hacer sin la señal?

—siseó Esquirolina con nerviosismo.

Borrascoso le lanzó una mirada llena de desesperación.

—No lo sé —confesó. Se volvió hacia la Gran Roca, arrancada de su antiguo lugar—. Tal vez el Clan Estelar ya no tiene ningún poder aquí.

Esquirolina se quedó mirándolo, horrorizada. ¿Podría ser eso cierto?

Estrella de Fuego contempló cómo se marchaban los gatos del Clan del Río.

—No he podido convencerlos —suspiró.

—Entonces, nuestros clanes deberán irse solos —apuntó Estrella Alta con voz resollante. Se sentó para recuperar el aliento—. Estrella de Fuego —añadió

con voz quebrada—, yo tengo que encontrar un nuevo territorio para mi clan antes de la próxima luna llena. Estamos muriéndonos de hambre —confesó, y Esquirolina sintió que se le encogía el corazón de pena—. Pero estamos demasiado débiles para hacer el viaje solos. Ven con nosotros, ayúdanos, como hiciste cuando devolviste al Clan del Viento a su hogar tras el exilio, después de que Estrella Rota nos desterrara.

Estrella de Fuego agitó desdichadamente las orejas.

—No podemos marcharnos sin los otros dos clanes. Siempre ha habido cuatro clanes en el bosque y, donde sea

que vayamos, también deberá haber cuatro clanes. ¿Cómo si no podemos estar seguros de que el quinto clan nos acompañará?

«¿El quinto clan?», se preguntó Esquirolina. Miró a Zarzoso, pero su amigo parecía tan perplejo como ella.

—El Clan Estelar siempre estará con nosotros —objetó Estrella Alta, y sólo entonces Esquirolina lo comprendió: el Clan Estelar era el quinto clan. La aprendiza vio un destello de furia en los cansados ojos del líder del Clan del Viento—. Eres demasiado orgulloso, Estrella de Fuego —sentenció—. Sé que el Clan del Trueno está al borde de la inanición, al igual que el

Clan del Viento. Si insistes en permanecer en el bosque mientras esperas a que los otros dos cambien de opinión, los miembros de tu clan morirán.

Estrella de Fuego desvió la mirada.

—Lo lamento, Estrella Alta —maulló—. Quiero ayudarte, pero el corazón me dice que el Clan del Trueno no puede marcharse hasta que los otros clanes accedan a marcharse también. Tendremos que seguir intentando convencerlos.

Estrella Alta sacudió la cola.

—Muy bien —bufó—. No podemos viajar sin vosotros, de modo que tendremos que esperar. No te culpo a ti

por el hambre que sufrimos, pero me decepciona que no nos ayudes ahora.

El líder del Clan del Viento se alejó; Cascarón iba casi pegado a él, listo para sujetarlo si tropezaba, pues sus patas no parecían lo bastante fuertes para conducirlo hasta el lindero del claro, y muchísimo menos hasta el páramo.

Esquirolina se volvió hacia Zarzoso.

—¿Por qué no ha habido ninguna señal? —se lamentó.

El joven guerrero la miró fijamente.

—¿Crees que Medianoche estaba equivocada? —En sus ojos se reflejaba la luna—. Después de todo, ¿nos contó algo que no podamos ver por nosotros mismos a nuestro alrededor? —Apuntó

con la cola al arrasado claro, con los montones de árboles caídos—. Todos los gatos saben que los Dos Patas están destrozando el bosque. A lo mejor Estrella Negra tiene razón, y cada clan debería intentar salvarse a sí mismo, sin esperar más señales.

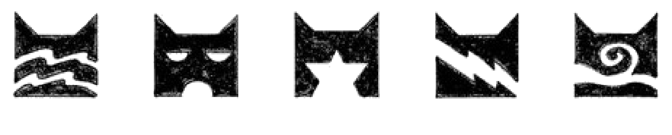
Esquirolina trató de contener el vértigo que revoloteaba en su pecho.

—¡No puedes hablar en serio! ¡Debemos creer que Medianoche tenía razón! —protestó—. El Clan Estelar nos envió a hablar con ella, y eso sólo puede significar que el Clan Estelar quiere que salvemos a los clanes.

—Pero ¿y si no podemos? —murmuró el guerrero.

Esquirolina se quedó mirándolo, abatida. De pronto, su mente se llenó de imágenes de árboles caídos, monstruos rugientes y sangre bajando por las Rocas Soleadas hasta el río.

—No te rindas, Zarzoso —susurró—. No hemos hecho ese viaje y perdido a Plumosa para nada. ¡Tenemos que salvar a los clanes!



7

Esquirolina se acurrucó al lado de Topillo y trató de no pensar en la cálida guarida tapizada de musgo en la que dormían antes los aprendices. Por lo menos, la grieta en la que se encontraban los protegía bastante de la fría brisa nocturna. Le resultaba extraño dormir lejos de Zarzoso, después de su largo viaje juntos, pero al menos Topillo

parecía contento de tenerla de vuelta. Le dolían las patas de cansancio, y cerró los ojos, enroscando la cola por encima del hocico para estar más cómoda. Al principio no podía dejar de pensar en la desastrosa reunión en los Cuatro Árboles, pero poco a poco el sueño se coló en sus pensamientos y cayó dormida.

Estaba sola entre los árboles y podía oler a las presas. Un viento frío susurraba en el bosque. Levantó la nariz y saboreó el aire. Su olfato detectó a un rechoncho ratón que estaba rebuscando entre las hojas. Era la presa más rolliza que había visto desde su regreso al bosque, y se pasó la lengua por el

hocico, hambrienta. A Zarzoso le encantaría compartir aquella pieza.

Agazapándose, Esquirolina avanzó en silencio hacia la desprevenida criatura, que tenía la cabeza semienterrada debajo de una hoja de roble y no había reparado en ella. Aquélla iba a ser una captura fácil. De pronto, sonaron unas pisadas rápidas a sus espaldas. Aterrorizado, el ratón salió corriendo y se escondió bajo las raíces de un árbol. Esquirolina se volvió en redondo, con el pelo erizado de rabia.

Una gata parda de dulces ojos ámbar se hallaba tras ella.

—Hola, Esquirolina —maulló—.

Tengo que enseñarte algo.

—¡Acabas de ahuyentar a la mejor pieza que iba a conseguir en todo el día! —le espetó la aprendiza. Jamás había visto a aquella gata, aunque tenía el olor del Clan del Trueno. Se detuvo, ladeando la cabeza—. Por cierto, ¿quién eres?

—Soy Jaspeada.

Esquirolina pestañeó. Había oído hablar de esa curandera del Clan del Trueno, fallecida mucho tiempo atrás. ¿Por qué se le aparecería Jaspeada?

Dio un paso adelante para tocar la nariz de la gata a modo de saludo, pero, al acercarse más, la imagen se desvaneció.

Desconcertada, Esquirolina se quedó mirando a los árboles. Aguzó las orejas, intentando captar algún movimiento, pero no oyó nada. El olor a presas que impregnaba el aire resultaba demasiado tentador, de modo que decidió continuar con la caza. Quizá Jaspeada sólo quería saludarla.

Esquirolina se internó más en el bosque, siguiendo una senda que llevaba a las Rocas de las Serpientes. Sin embargo, conforme avanzaba entre la vegetación, el bosque pareció cambiar: ya no reconocía los árboles que la rodeaban. A esas alturas, debería haber llegado ya a las Rocas de las Serpientes. ¿Habría tomado un camino equivocado?

Apretó el paso hasta acabar trotando por un bosque que no había visto jamás.

Una vocecilla en su mente le recordó que aquello sólo era un sueño y que ella no estaba realmente perdida. Parpadeó, tratando de despertarse. Aun así, al abrir de nuevo los ojos, seguía atrapada en aquel extraño bosque, y se sintió más alarmada; el corazón le golpeaba en el pecho como el pico de un pájaro carpintero contra un tronco. Aceleró el trote, con la esperanza de encontrar un lugar reconocible, pero el bosque se tornó más oscuro y silencioso. Tenía incluso la sensación de que los árboles estaban observándola, aunque en aquel bosque no parecía haber nada vivo… Ya

no oía el susurro de las presas, ni percibía el olor de sus compañeros de clan o de otros clanes.

—¡Jaspeada! —llamó—. ¡Ayúdame!

No hubo respuesta.

Allí los árboles eran más frondosos, y las sombras que había entre los troncos engulleron a Esquirolina, que al final apenas podía ver dónde pisaba.

—No tengas miedo…

La dulce voz parecía proceder de todas las direcciones, y Esquirolina giró sobre sí misma, tratando de encontrar su origen. Había un tenue olor al Clan del Trueno, y entonces vio el claro pelaje de Jaspeada, reluciendo entre los árboles como la lejana luna en un cielo moteado.

—¡Estoy perdida, Jaspeada!

—No, no lo estás —la tranquilizó la curandera con ternura—. Sígueme.

Jadeando de alivio, Esquirolina serpenteó entre los troncos de los árboles. A medida que se acercaba, las sombras parecieron retirarse y el bosque se iluminó, aunque la joven no podía ver ni el cielo ni la luna.

—Sígueme… —repitió Jaspeada en un murmullo.

Se volvió y fue hacia los árboles, corriendo con tanta confianza como si estuviera recorriendo un sendero invisible. Esquirolina fue tras ella.

Jaspeada corría como el viento, pero la joven aprendiza la siguió hasta que

tuvo la sensación de estar volando entre los árboles, como los pájaros. La invadió la euforia, y apenas reparó en que el bosque había vuelto a ser el de siempre. Entonces reconoció el Gran Sicomoro, que se elevaba hacia el cielo. Y allí estaban las Rocas de las Serpientes, un montón desordenado de grandes rocas redondas y arenosas, donde las serpientes disfrutaban del sol en la estación de la hoja verde… y donde había buenas presas en los días de frío. Jaspeada saltó a lo alto de las rocas, y luego bajó por el otro lado y continuó a través del bosque. Esquirolina se apresuró a seguirla.

Prosiguieron hasta que la aprendiza

detectó el hedor del Sendero Atronador de los Dos Patas. De pronto, sin previo aviso, Jaspeada se detuvo. Esquirolina frenó en seco, chocando casi con la curandera, y siguió su mirada. Delante de ellas habían arrancado todos los árboles, y el suelo se había transformado en un páramo lleno de barro hasta el borde del Sendero Atronador. Vio algunas casetas de madera de los Dos Patas al borde del claro, y los monstruos mecánicos agazapados y en silencio al lado del Sendero Atronador.

—Por aquí —maulló Jaspeada, guiando a Esquirolina por la resbaladiza tierra llena de rodadas, en dirección a

las casetas.

—Qué silencio —susurró la aprendiza.

Curiosamente, se sintió calmada por la escalofriante quietud, y siguió a Jaspeada a campo abierto sin el menor temor.

La curandera se detuvo junto a una de las casetas, y Esquirolina miró la construcción con sorpresa.

—¿Qué es este sitio? —maulló—. ¿Por qué me has traído aquí?

Jaspeada movió su cola dorada y marrón.

—Mira por ese agujero —la apremió—. Mira las jaulas.

«¿Jaulas?». A Esquirolina le sonó

extraña esa palabra. Reparó en una pequeña abertura en la pared, más o menos a la altura a la que podría llegar un zorro. Se plantó sobre las patas traseras y las estiró al máximo, rozando con la barriga la áspera madera, y miró al interior.

En las paredes había hileras y más hileras de guaridas hechas con una especie de telaraña reluciente de aspecto frío. Eso debían de ser las «jaulas». En cada una de ellas vio una figura oscura y de contorno redondeado… ¡Eran gatos! Se le desbocó el corazón al captar varios olores: el Clan del Río, el Clan del Viento, proscritos… Casi sin aliento, se

quedó mirando a través del agujero, y entonces reconoció el cálido olor del Clan del Trueno. Con un sobresalto, vio a su hermana acurrucada en una de las jaulas, cerca del techo de la caseta de madera.

—¡Hojarasca! —exclamó con voz estrangulada.

Se impulsó hacia arriba con las patas traseras, tratando de colarse por el agujero.

—No puedes entrar, Esquirolina. —Jaspeada se plantó a su lado—. Esto sólo es un sueño —dijo en un susurro—. Pero, cuando te despiertes, Hojarasca seguirá estando aquí, atrapada en esta caseta.

—¿Podré rescatarla?

—Espero que sí —respondió dulcemente la curandera.

—Pero ¿cómo? —maulló Esquirolina, saltando de nuevo al suelo.

—¡Para ya de moverte, por el Clan Estelar! —masculló Topillo.

Esquirolina abrió los ojos de golpe. Estaba tumbada en una estrecha grieta de las Rocas Soleadas. El hueco estaba oscuro, y apenas pudo distinguir las suaves formas de los otros gatos dormidos a su alrededor. Se incorporó para mirar por encima del borde de la grieta. Fuera, la escarcha relucía sobre la lisa piedra; más allá se veía la silueta de los árboles sin hojas, negros y

puntiagudos, apuntando al cielo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Topillo, adormilado.

—¡Sé dónde está Hojarasca! —maulló Esquirolina—. Tengo que ir a rescatarla.

Topillo abrió los ojos de inmediato.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo ha revelado Jaspeada en un sueño!

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto que sí! —le espetó Esquirolina.

Topillo agitó las orejas.

—No puedes desaparecer así como así, sin decirle a nadie adónde vas —le advirtió.

No añadió «otra vez», pero Esquirolina supuso que eso era lo que estaba insinuando.

—Podría despertar a Estrella de Fuego —sugirió ella—. Ahora que sé dónde está Hojarasca, él puede organizar una patrulla de rescate.

—No en mitad de la noche —señaló Topillo—. Hace demasiado frío. Además, sólo ha sido un sueño.

—Ha sido más que un sueño —insistió la aprendiza.

—Pero ¡tú no eres curandera! —le rebatió Topillo—. Nadie va a lanzarse a una misión de rescate en mitad de la noche porque tú hayas tenido un sueño… —Sus ojos ámbar eran amables, a pesar

de todo—. Quizá te escuchen por la mañana. Acuéstate y vuelve a dormir.

Esquirolina suspiró, pero sabía que Topillo tenía razón. Volvió a acurrucarse, viendo todavía la caseta de madera llena de jaulas.

Topillo estaba tumbado junto a ella, y posó la cola en su costado para reconfortarla.

—Encontraremos a Hojarasca… por la mañana… —prometió, cerrando los ojos.

Poco a poco, su respiración se tornó más lenta y volvió a dormirse, pero Esquirolina permaneció despierta, contemplando la estrecha franja del Manto Plateado que podía ver desde el

interior de la grieta. ¡Un miembro del Clan Estelar la había visitado para revelarle dónde estaba Hojarasca! Sabía que Jaspeada había tenido una relación especial con su padre cuando él llegó al bosque. ¿Sería posible que la curandera quisiera ayudar a las hijas de Estrella de Fuego porque todavía lo amaba?

Esquirolina abrió los ojos y se incorporó con un respingo. Una brillante luz se filtraba en la grieta, pero tenía frío porque todos los demás aprendices se habían marchado. Se desperezó deprisa y saltó al exterior. Todavía recordaba el sueño con claridad. Tenía

que contárselo enseguida a su padre para que pudiera organizar una partida de rescate.

Topillo estaba aseándose delante de aquella precaria guarida.

—¿Dónde está Estrella de Fuego? —le preguntó Esquirolina.

—Ha salido a patrullar con Látigo Gris —contestó el aprendiz, frotándose los bigotes con la pata.

Esquirolina sacudió la cola con frustración.

—¿Por qué no me has despertado?

—Esta noche no has dormido muy bien, ¿recuerdas? —maulló Topillo—. He pensado que te iría bien un poco de descanso extra, para que salgamos

juntos a patrullar más tarde. Estrella de Fuego ha estado de acuerdo.

—¿Le has hablado de mi sueño? —Esquirolina irguió las orejas—. ¿Qué ha dicho Estrella de Fuego? ¿Cuándo va a organizar una patrulla?

—Yo… yo no le he mencionado nada del sueño —tartamudeó Topillo—. Pensaba que lo habrías olvidado. Después de todo, no era más que un sueño…

Esquirolina lo fulminó con la mirada.

—¡Era un mensaje del Clan Estelar!

—Lo lamento muchísimo. —El joven arañó el suelo, bajando la mirada.

Esquirolina dejó que su pelaje se

alisara de nuevo.

—No, soy yo quien lo lamenta. —Suspiró—. No es culpa tuya que me haya quedado dormida.

—No pasa nada —respondió Topillo encogiéndose de hombros—. ¿De verdad viste a Hojarasca en sueños?

Esquirolina asintió.

—Y a los otros gatos del bosque desaparecidos. O, por lo menos, capté el olor del Clan del Viento y el Clan del Río.

—¡Eso es asombroso! —Topillo miró por encima de la aprendiza y agitó los bigotes, olfateando—. Parece que hoy ha ido bastante bien la caza. Eso

debería poner de buen humor a Estrella de Fuego.

Esquirolina se volvió: Zarzoso estaba trepando por la ladera rocosa con un campañol entre los dientes. El guerrero fue hasta Fronda, que estaba tumbada al sol, observando cómo jugaban sus cachorros. La reina aceptó la pieza de Zarzoso con apenas un guiño de sus ojos verdes, como si no le quedaran fuerzas para darle las gracias de otro modo.

Con una punzada de desazón, Esquirolina reparó en lo diminutos que eran los hijos de Fronda. Apenas parecían lo bastante mayores para dejar la maternidad, y muchísimo menos para

afrontar un viaje hasta el lugar donde se ahogaba el sol. En la estación sin hojas, los cachorros solían estar fuertes y sanos, listos para enfrentarse a la estación más cruda de todas. Si Esquirolina y Zarzoso conseguían convencer al clan de que debían abandonar el bosque, ¿cuántos gatos llegarían a ver su nuevo hogar?

La aprendiza sacudió la cabeza. En esos instantes, no quería ir a ninguna parte sin rescatar antes a Hojarasca.

—¡Zarzoso! —Bajó la ladera a saltos para reunirse con él—. ¡Sé dónde está Hojarasca! ¡El Clan Estelar me ha visitado en sueños! Los Dos Patas la han atrapado en una pequeña casa, más allá

de las Rocas de las Serpientes. Tenemos que ir a rescatarla.

Zarzoso irguió las orejas.

—¿Lo dices en serio? —Paseó la mirada por las Rocas Soleadas—. ¿Se lo has contado a Estrella de Fuego? ¿Está organizando una patrulla de rescate?

Esquirolina negó con la cabeza.

—Ha salido a patrullar. Pero, si tú vienes conmigo, podríamos rescatarla juntos.

Zarzoso parpadeó.

—¿Te has vuelto loca? ¿Rescatarla de una casa de los Dos Patas? Nosotros solos no tendríamos ni la menor oportunidad.

Esquirolina notó un hormigueo de frustración.

—Pero ¡el Clan Estelar sin duda quiere que la rescatemos ya! —protestó—. ¿Por qué, si no, Jaspeada no ha aparecido antes? Hojarasca debe de estar corriendo más peligro que nunca.

—Esperemos hasta que vuelva Estrella de Fuego. Él sabrá qué hacer.

Esquirolina no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Eso significa que no vas a ayudarme?

—¡Significa que no voy a permitir que te metas en una misión tan peligrosa! —espetó Zarzoso.

A Esquirolina le dieron ganas de

arañarle las orejas de rabia.

—¡Tienes miedo! —le dijo a su amigo para intentar provocarlo.

Zarzoso erizó el pelo.

—¿Y si tratamos de rescatar a Hojarasca y nos atrapan a nosotros? —señaló—. ¿Quién más conoce el camino a través de las montañas? ¿Quién guiaría al Clan del Trueno a su nuevo hogar?

—¡No eras igual cuando estábamos de viaje! ¡Accediste a volver para salvar a Borrascoso!

Los ojos del guerrero centellearon de frustración.

—Sí, y mira lo que le pasó a Plumosa.

—Pero ¡es que se trata de mi

hermana! —Esquirolina sacudió la cola —. ¿No puedes entenderlo?

Zarzoso parpadeó.

—Sólo te pido que esperes hasta que regrese Estrella de Fuego…

—¡O sea, que no vas a ayudarme ahora! —La aprendiza no pudo ocultar la desesperación en su voz.

La mirada del guerrero se ablandó.

—Esperemos hasta que vuelva Estrella de Fuego. Él enviará a una patrulla. Necesitamos más guerreros…

Pero Esquirolina ya no podía seguir escuchando impedimentos.

—No pensaba que tú, precisamente tú, fueras a defraudarme —bufó. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia los

árboles.

Al llegar al sotobosque, un sonido de pisadas veloces hizo que se detuviera a mirar atrás. Tenía la esperanza de que fuese Zarzoso, y que hubiera cambiado de opinión, pero se trataba de Acedera.

—¡He oído lo que le estabas contando a Zarzoso! —exclamó la guerrera sin resuello—. Si el Clan Estelar te ha mostrado dónde está Hojarasca, debe de querer que la rescatemos lo antes posible.

—Eso es lo que yo pienso —gruñó Esquirolina—, pero Zarzoso no quiere ayudarme…

—Yo te acompañaré —se ofreció Acedera, con expresión apenada—. No

pude impedir que los Dos Patas se llevaran a tu hermana, pero haría cualquier cosa por ayudarla ahora.

—¿Hablas… en serio? —Esquirolina procuró sofocar una punzada de celos… ¿Por qué Hojarasca no iba a hacer nuevas amistades mientras ella estaba lejos?

—¡Por supuesto!

—¡Entonces vamos! —maulló la aprendiza—. ¡Adelante!

Salió disparada hacia el bosque. Quería alejarse antes de que algún guerrero veterano la viera y le ordenase que se uniera a una partida de caza, o, peor aún, que alguien la hubiese oído y le contara a Estrella de Fuego lo que su

hija estaba planeando. Oyó las veloces pisadas de Acedera tras ella. Las dos gatas pasaron junto al barranco sin detenerse siquiera a mirar el campamento abandonado, y se dirigieron al Gran Sicomoro. Los monstruos seguían allí, y continuaban devorando más y más partes del bosque. Esperanzada, Esquirolina pensó que si los monstruos no tenían cuidado, acabarían cayendo por el barranco y haciéndose pedazos.

—Agáchate —le advirtió a Acedera, pero la guerrera ya estaba agazapada, siguiéndola entre los helechos marchitos.

—¡Gracias al Clan Estelar, que nos

ha dejado unos cuantos árboles tras los que escondernos! —bufó Acedera.

Treparon por las Rocas de las Serpientes. Esquirolina estaba decidida a hacer exactamente el mismo recorrido que le había enseñado Jaspeada en su sueño, aunque esperaba que el débil sol no hubiera atraído al exterior a alguna serpiente. Cruzaron la zona de las grandes rocas, y siguieron un trecho al lado del Sendero Atronador, escondiéndose entre los árboles para no exponerse demasiado.

Esquirolina captó el odioso tufo de los monstruos de los Dos Patas unos segundos antes de oír sus rugidos, más adelante. Al llegar al borde del claro

embarrado, le costaba respirar y le temblaban las patas. El miedo la atenazó desde la punta de las orejas hasta la cola.

Acedera frenó en seco a su lado y asomó la cabeza por un espeso zarzal.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No estoy segura —admitió la aprendiza.

El claro estaba lleno de Dos Patas que iban con sus monstruos mecánicos de un lado a otro, gritando y revolviendo la tierra a su paso. Aquello no se parecía en nada a su sueño, aunque estaba convencida de que habían ido al lugar correcto. No había ni rastro de la quietud y el silencio que inundaban el

claro cuando ella lo atravesó confiadamente con Jaspeada. Pero el ruido y la actividad hicieron que se sintiera más decidida. El Clan Estelar la había guiado hasta allí, aun sabiendo lo peligroso que sería. Sus antepasados debían de tener fe en ella.

—Hojarasca está allí…

Esquirolina señaló con la cola la caseta de madera a la que la había llevado Jaspeada. Había un monstruo agazapado junto a la puerta, gruñendo quedamente: parecía que hablara para sí mismo. Era muchísimo más pequeño que los devoradores de árboles, y sus redondeadas zarpas negras estaban medio hundidas en el barro.

—Mira —siseó de pronto—. ¡Han dejado la puerta abierta!

Se quedó de piedra cuando un Dos Patas salió de la caseta cargado con una jaula. Dentro llevaba a un atigrado sarnoso, con los ojos dilatados de espanto. El Dos Patas lo metió en las entrañas del monstruo, y luego regresó al interior de la caseta y volvió a aparecer con otra jaula.

Esquirolina se quedó mirando horrorizada el bulto de pelo acurrucado en la jaula.

—¡Hojarasca!

Sin pararse a pensar, salió de debajo de los árboles a la carrera.

Hojarasca debió de verla, porque

cuando el Dos Patas estaba metiéndola dentro del monstruo, gritó:

—¡Esquirolina, aléjate de aquí!

Su chillido sobresaltó al Dos Patas, que se volvió de golpe y descubrió a Esquirolina de inmediato. Con ojos centelleantes de triunfo, dejó en el suelo la jaula de Hojarasca y corrió hacia la aprendiza. La gata patinó al dar media vuelta para intentar volver a toda prisa a la seguridad de los árboles. El Dos Patas la perseguía estirando las zarpas delanteras: sus largas patas acortaban la distancia con la gata, que luchaba por avanzar sobre el resbaladizo barro. «¡Clan Estelar! ¡Ayúdame!», suplicó para sus adentros.

Justo cuando el corazón estaba a punto de estallarle de miedo, Acedera apareció de golpe desde los arbustos lanzando un bufido despiadado. Corrió hacia el Dos Patas, propinándole un zarpazo en la mano y consiguiendo que chillara de dolor. Luego agarró a Esquirolina por el pescuezo y la arrastró en dirección a los árboles. La aprendiza consiguió recuperar el equilibrio con un respingo, y Acedera la soltó. Juntas, corrieron hacia el bosque. Cuando alcanzaron la seguridad de los zarzales, Esquirolina se detuvo.

—¡Sigue corriendo! —bufó Acedera —. No van a darse por vencidos tan fácilmente —insistió, empujando con

fuerza a su compañera para que siguiera metiéndose en el zarzal.

Esquirolina trastabilló cuando las espinas se engancharon en su pelaje.

—¿Y qué pasa con Hojarasca?

—¿Quieres unirte a ella? —le gritó Acedera—. ¡Sigue corriendo!

Demasiado aterrorizada para pensar con claridad, Esquirolina obedeció y corrió tras la guerrera entre los árboles.

Acedera sólo redujo el paso cuando llegaron a las Rocas de las Serpientes, resollando. La aprendiza se paró a su lado, demasiado conmocionada para hablar.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué está ocurriendo? —El profundo

maullido de Látigo Gris resonó contra las piedras cuando salió de entre los helechos, con Espinardo y Orvallo a la zaga.

El lugarteniente del Clan del Trueno se quedó mirando a las dos gatas temblorosas.

—¿Qué es lo que os pasa? ¡Parece que hayáis visto al espíritu de Estrella de Tigre!

—¡Es Hojarasca! —exclamó Esquirolina—. La hemos encontrado, pero los Dos Patas están metiéndola dentro de uno de sus monstruos. Van a llevársela de aquí, ¡estoy segura!

Látigo Gris entornó los ojos y abrió la boca para hablar, pero un ruido llamó

su atención y se volvió de golpe hacia los arbustos que había a sus espaldas.

—¿Zarzoso? —llamó—. ¿Eres tú?

—Sí. —Las ramas se estremecieron, y apareció Zarzoso—. Estaba buscando a Esquirolina. —Parpadeó al ver a la aprendiza al lado de Acedera—. ¿Estás bien?

—¡He encontrado a Hojarasca! —respondió ella—. ¡Los Dos Patas van a llevársela lejos! Tenemos que rescatarla de inmediato, o nunca podremos volver a encontrarla.

Látigo Gris miró a Zarzoso, y luego a Orvallo y Espinardo. Los guerreros del Clan del Trueno se cuadraron alzando la barbilla y exhibiendo sus

potentes músculos.

—No podemos permitir que los Dos Patas se lleven a los nuestros. Debemos hacer algo para impedírselo —gruñó Orvallo.

—No deberíamos rendirnos sin pelear —coincidió Espinardo.

Sus palabras estaban claras. Aquél todavía era su bosque. Quizá no habían podido defenderlo contra aquella multitud de Dos Patas y sus monstruos, pero podían librar aquella batalla.

Látigo Gris miró a Esquirolina entrecerrando los ojos.

—Muy bien. Enséñanos dónde está tu hermana.

—Por aquí —respondió ella sin

aliento.

Volvió a subir por las Rocas de las Serpientes, con Acedera pisándole los talones. Las siguieron Látigo Gris, Espinardo, Orvallo y Zarzoso. Al oír sus pasos detrás de ella, Esquirolina sintió una oleada de confianza. Con cinco guerreros del Clan del Trueno a su lado, ¡tenía que poder rescatar a su hermana!

Cuando llegaron a los zarzales donde terminaban los árboles, Látigo Gris ordenó a los gatos que se detuvieran.

—Manteneos agazapados —susurró.

Para alivio de Esquirolina, el pequeño monstruo seguía esperando delante de la caseta de madera. El Dos

Patas estaba sacando más jaulas para meterlas en sus entrañas.

—Hojarasca ya está dentro del monstruo —susurró la aprendiza.

—De acuerdo —musitó Látigo Gris —. Espinardo, tú y yo atacaremos al Dos Patas. Tenemos que distraerlo mientras Acedera, Zarzoso y Orvallo sacan a los otros gatos.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Esquirolina.

—Tú te quedas aquí a vigilar —le ordenó Látigo Gris, cortante—. Avísanos si ves que vienen más Dos Patas.

La aprendiza se quedó mirándolo sin poder reaccionar.

—Pero… —empezó a decir; sin embargo, Látigo Gris no le hizo caso.

—A estas alturas, la mayor parte de los gatos estarán ya dentro del monstruo —continuó—. Zarzoso y Acedera, quiero que vosotros os metáis en ese monstruo y empecéis a sacarlos de ahí. Orvallo, tú entra en la caseta y ayuda a los que queden dentro.

Esquirolina miró ceñuda al lugarteniente.

—¡Yo voy a sacar a mi hermana de ese monstruo!

Él se quedó mirándola un largo instante, y ella sintió como si se le hubiera olvidado respirar.

—Está bien —accedió por fin Látigo

Gris—. Pero, si algo va mal, vuelve corriendo a los árboles tan deprisa como puedas.

Esquirolina asintió. Luego se volvió hacia Zarzoso, y descubrió que en sus ojos brillaba la sombra de la inquietud. «Me enfrenté a peligros mayores que éste durante el viaje al lugar donde se ahoga el sol —quiso espetarle a su amigo—. ¡Deja de tratarme como a una cachorrita!».

—Bien —maulló Látigo Gris, sin dejar de mirar hacia el monstruo—. El Dos Patas va a ir por otro. Estaremos listos para pillarlo por sorpresa cuando salga.

Echó a correr desde los árboles,

pero avanzó más agachado al llegar a la extensión de barro. Espinardo, Acedera, Orvallo y Zarzoso salieron de las zarzas y corrieron sobre la tierra revuelta detrás de su lugarteniente. Esquirolina los siguió, notando cómo el barro se le pegaba a las patas y al pelo de la barriga.

A unas pocas colas de la puerta abierta, Látigo Gris siseó:

—¡Esperad!

Y todos los gatos se detuvieron en el pegajoso barro.

El Dos Patas salió de la caseta de madera. Llevaba otra jaula, y no vio a los seis gatos que aguardaban para tenderle una emboscada.

—¡Ahora! —aulló Látigo Gris, al tiempo que saltaba sobre el Dos Patas.

Cuando le clavó los dientes en la pata trasera, el Dos Patas soltó la jaula, que cayó al suelo y se abrió con un ruido como el de una rama al quebrarse. Esquirolina se quedó atónita al reconocer el pelaje gris de Vaharina. La guerrera del Clan del Río salió a toda prisa y se abalanzó contra la otra pierna del Dos Patas, bufando de rabia. Espinardo se unió al ataque, clavando sus uñas en el pantalón como si estuviera trepando a un árbol. El hombre chillaba de dolor y daba saltos con un gato aferrado a cada pierna.

—¡Ahora, Esquirolina! —aulló

Zarzoso.

El guerrero se metió de un brinco en las entrañas abiertas del monstruo, seguido de cerca por Acedera. La aprendiza notó cómo la sangre le rugía en los oídos al ver que Orvallo se colaba en la caseta. ¡Esperaba que no hubiese otro Dos Patas allí dentro! Tomó aire y se subió al monstruo tras Zarzoso y Acedera.

En la penumbra, vio las hileras de jaulas apiladas. El olor a miedo era abrumador, y por un momento se quedó paralizada. ¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, iban a rescatar a todos aquellos gatos? Entonces vio la cara de Hojarasca, pegada a la rejilla de su

jaula.

—¡Esquirolina! ¡Aquí, estoy aquí! —chilló Hojarasca.

—¡Ya voy! —La aprendiza corrió hacia su hermana y usó los dientes y las patas para tirar del pestillo situado en la parte delantera de la jaula—. ¡Está cediendo! —exclamó, cuando el pestillo empezó a separarse como el ala de una tórtola.

Tiró todo lo que pudo, hasta que la puerta de la jaula se abrió de golpe y ella cayó al suelo de las entrañas del monstruo.

Hojarasca bajó de un salto y restregó el hocico contra el de su hermana.

—¡Eres tú de verdad! —gritó con voz estrangulada, admirada de que su hermana hubiera regresado.

—¡Jaspeada me reveló dónde estabas! —explicó Esquirolina sin aliento, poniéndose en pie.

Hojarasca parpadeó y luego sacudió la cabeza.

—Me lo contarás todo después. Venga, ¡tenemos que liberar a todos estos gatos!

Corrió a la jaula más cercana y comenzó a tirar del cerrojo.

Esquirolina se volvió hacia otra y tiró hasta creer que se había roto un diente, pero por fin se abrió el pestillo, y un proscrito desgreñado quedó libre.

Sin una sola palabra de agradecimiento, el gato salió pitando del monstruo y corrió hacia el bosque.

—¡De nada! —masculló Esquirolina antes de ir a la siguiente jaula.

Gatos desconocidos saltaron a su alrededor a medida que Zarzoso, Acedera y Hojarasca iban abriendo una jaula tras otra. En casi todas ellas había proscritos, que desaparecían en cuanto tenían la puerta abierta. Entonces Esquirolina advirtió que una gata pasaba a su lado, internándose más en las entrañas del monstruo: Vaharina. La guerrera del Clan del Río fue derecha hacia la jaula del fondo.

—¡Sasha! —aulló Vaharina, y

empezó a arañar el cerrojo con las zarpas.

—Así es mejor —le indicó Esquirolina, apartándola suavemente para emplear las patas y los dientes al mismo tiempo.

El pestillo cedió, y Sasha salió de la jaula.

—¡Sal de aquí! —la instó Vaharina.

Sasha vaciló, mirando hacia las jaulas que seguían cerradas.

—¡Nosotros nos encargaremos de eso! —le prometió Vaharina.

Sasha tenía el pelo totalmente erizado, y sus ojos azules estaban dilatados de miedo. Temblaba tanto que no habría podido abrir ninguna jaula

aunque lo hubiera intentado. Al final asintió y salió del monstruo de un salto.

Sólo unos pocos gatos estaban aún encerrados en las jaulas. Hojarasca examinó el interior del monstruo y llamó a Esquirolina:

—¡Centella y Nimbo Blanco siguen dentro de la caseta! Intenta liberarlos. Yo tengo que sacar a Cora.

—¿Cora? ¿Quién es Cora?

—¡Te lo contaré después! ¡Deprisa! ¡Ve a por Centella y Nimbo Blanco!

Esquirolina salió del monstruo y corrió hacia la caseta de madera. Le dio un vuelco el corazón cuando vio que otro Dos Patas había acudido a auxiliar a su compañero. Espinardo no pudo

seguir aferrado al primero, y aterrizó duramente en el barro, pero consiguió ponerse en pie de nuevo y volvió a unirse a Látigo Gris en el ataque.

Cuando Esquirolina entraba a toda velocidad en la caseta, un proscrito atigrado de color marrón, que salía disparado, estuvo a punto de chocar con ella. La aprendiza se apresuró a esquivarlo e inspeccionó el lugar, buscando a Nimbo Blanco y Centella.

Nimbo Blanco ya estaba libre, y ayudaba a Orvallo a arañar el cerrojo de la jaula de Centella.

—¡No podemos abrirlo! —aulló Nimbo Blanco, alzando la voz desesperado.

—¡Prueba con los dientes! —le gritó Esquirolina.

Nimbo Blanco mordió con fuerza la pieza metálica, y Esquirolina vio cómo temblaba con el esfuerzo, pero apenas consiguió desplazarlo un poco. En el exterior sonaron más voces de Dos Patas, y Látigo Gris entró en la caseta corriendo.

—¡Hay demasiados Dos Patas! —gritó el lugarteniente—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Empujó a Esquirolina hacia la puerta—. ¡Vuelve a los árboles!

—Pero ¡Centella sigue atrapada!

—¡Yo me ocuparé de ella! —aseguró Látigo Gris, empujando a la aprendiza con el hocico—. ¡Tú sal de

aquí!

El lugarteniente se acercó a Orvallo y Nimbo Blanco, que continuaban tirando del cerrojo de la jaula de Centella, y los apartó.

—¡Id a los árboles! —bufó—. ¡Ya!

Nimbo Blanco no se movió; se quedó paralizado, mirando con horror la jaula de la guerrera. Ella tenía la cara pegada a la rejilla, con expresión de terror.

—¡Vamos, Nimbo Blanco! —le dijo Orvallo, empujándolo hacia la puerta.

Esquirolina miró por encima del hombro a Látigo Gris, y, antes de salir de allí para seguir a los demás hasta el bosque, vio que agarraba el cerrojo con

sus potentes mandíbulas.

Al salir, un Dos Patas se abalanzó sobre ella, pero la aprendiza hizo un quiebro y se dirigió hacia un lateral de la caseta. Había Dos Patas por todas partes, bramando de rabia. Vio que Nimbo Blanco y Orvallo iban hacia los árboles, y corrió tras ellos, internándose en el enmarañado zarzal. Orvallo siguió corriendo bosque adentro, pero Nimbo Blanco frenó en seco y se volvió para ver lo que estaba pasando en el exterior de la cabaña. Esquirolina se agazapó a su lado y miró hacia el claro. Hojarasca y una atigrada gordita a la que no reconoció corrían hacia ellos.

—¡Deprisa! —chilló Hojarasca.

Un Dos Patas les pisaba los talones: sus enormes extremidades daban zancadas gigantescas sobre el barro. Mientras Esquirolina observaba la escena, deseando que las dos gatas dejaran atrás a su perseguidor, vio el pelaje blanco y canela de Centella en la puerta de la caseta. ¡Látigo Gris había abierto su jaula!

La guerrera del Clan del Trueno se lanzó como una flecha hacia los árboles; las cicatrices de su rostro quedaban medio ocultas por el barro. Pasó entre las piernas del Dos Patas que perseguía a Hojarasca, lo que hizo que él perdiera el equilibrio sobre el resbaladizo suelo y cayera con un bramido.

Hojarasca y la atigrada alcanzaron la seguridad de los arbustos y se internaron en el zarzal.

—¡No puedo creer que nos hayas salvado! —exclamó la atigrada sin resuello.

Esquirolina ya estaba restregando la nariz contra el hocico de su hermana, aspirando su familiar aroma.

—Lamento mucho que hayamos estado a punto de llegar demasiado tarde —susurró.

—¡Pensaba que no volvería a verte nunca más! —contestó Hojarasca sin aliento—. ¿Dónde está Zarzoso?

Esquirolina sintió un sobresalto de alarma y olfateó el aire. Captó el olor

fresco de Espinardo y Acedera. Luego reconoció un mechón de oscuro pelo atigrado enganchado en una espina, con un poco de sangre todavía húmeda. Tembló de alivio. Si Zarzoso había logrado llegar hasta allí, debía de haber escapado.

—Estará bien —maulló—. ¿Vaharina ha salido?

—En cuanto el último gato ha quedado libre, se ha dirigido a los árboles —respondió Hojarasca.

—¡Entonces, todos han escapado! —Esquirolina suspiró de alivio.

Mientras hacían recuento, llegó Centella con los ojos dilatados de terror.

—¡Látigo Gris! —exclamó la

guerrera con voz estrangulada.

—¿Dónde está? —quiso saber Esquirolina.

Nimbo Blanco estuvo a punto de derribar a Centella al lanzarse sobre ella.

—¡No debería haberte dejado ahí! —exclamó el guerrero, lamiendo su cara desfigurada por las cicatrices.

—¿Dónde está Látigo Gris? —repitió Esquirolina.

—¡Los Dos Patas! —resolló Centella, separándose de Nimbo Blanco.

A Esquirolina le pareció que el corazón quería escapársele del pecho.

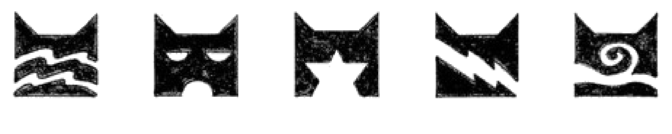
—¿Qué quieres decir?

—¡Uno de ellos lo ha atrapado!

La aprendiza se asomó entonces entre la maleza. Un Dos Patas estaba cerrando las entrañas del monstruo, y, rugiendo y bufando a los otros Dos Patas que daban vueltas como locos por el claro, se montó en la parte delantera. El monstruo cobró vida con un rugido, escupió barro con sus gruesas zarpas negras y empezó a moverse. Entonces Esquirolina vio algo que la aterrorizó: una cara solitaria se asomó desde el interior del monstruo, una cara que ella conocía desde que era una cachorrita. Miraba desesperadamente a los árboles, mientras el monstruo cobraba velocidad y se alejaba.

—¡Látigo Gris! —exclamó


Esquirolina con un nudo en la garganta.



8

Esquirolina se quedó mirando cómo el monstruo mecánico se alejaba, y abrió la boca para aullar, pero de su garganta no salió el menor sonido. El bosque daba vueltas a su alrededor, y se tambaleó, reprimiendo el impulso de tumbarse y no volver a levantarse jamás.

Los Dos Patas comenzaron a correr hacia los árboles, gritando y agitando

sus zarpas.

Todavía no estaban a salvo.

Zarzoso apareció de pronto entre la vegetación, detrás de ella.

—¡Rápido, rápido! —bramó—. ¡Corred!

Se acercó corriendo a Esquirolina y la empujó.

La aprendiza despegó sus ojos horrorizados del claro y se quedó mirando a Zarzoso.

—¿Y qué pasa con Látigo Gris?

—Ahora mismo no podemos hacer nada por él —siseó el guerrero—. ¡Deprisa! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Por dónde? —aulló Cora, mirando hacia los árboles.

—Seguidme —ordenó Zarzoso.

Hojarasca no había visto a Zarzoso desde que se marchó del bosque junto con Esquirolina. El gato que había regresado era muy diferente: un guerrero experimentado y seguro de sí mismo, que lanzaba órdenes con toda calma a pesar del gran peligro en que se hallaban todos. Aquél no era el momento de averiguar dónde habían estado exactamente durante la última luna. Sacudiéndose el barro de las patas, Hojarasca corrió entre la maleza, siguiendo a Cora y Esquirolina. Nimbo Blanco la adelantó, con Centella tan pegada a él que sus cuerpos se tocaban.

La aprendiza de curandera sintió una

oleada de alivio al ver el familiar pelaje de Acedera y Orvallo, corriendo más adelante entre los árboles. Vaharina iba con ellos. Todos los gatos encerrados estaban libres… pero habían perdido a Látigo Gris.

Oyó cómo los Dos Patas se internaban ruidosamente en el bosque, detrás de ellos. Al mirar por encima del hombro, vio cómo avanzaban con dificultad entre los arbustos, rodeando con torpeza los árboles y tropezando con las ramas bajas. Hojarasca sabía que ya no la atraparían. Aquél era su terreno: ella podía atravesarlo tan deprisa como cualquier criatura del bosque, pues su ágil cuerpo era perfectamente adecuado

para deslizarse como el viento entre la vegetación.

Los gatos descendieron raudos por las Rocas de las Serpientes. Los Dos Patas ya habían quedado muy atrás, y Hojarasca redujo el paso. Casi sin aliento, Cora se situó a su lado cuando llegaron al claro tapizado de hojas que había junto al Gran Sicomoro. Los otros gatos estaban despatarrados en el suelo, exhaustos. Nimbo Blanco lamía las orejas de Centella como si no pudiera dejárselas limpias. Vaharina los observaba, respirando entrecortadamente.

Cora miró nerviosa los alrededores del claro.

—¿Este lugar es seguro?

—Los Dos Patas ya no nos alcanzarán —la tranquilizó Hojarasca.

—Pero ¿qué pasa con los zorros, los tejones…? —Tenía las pupilas dilatadas de miedo—. ¿El bosque no está lleno de toda clase de cosas aterradoras?

—¿Como gatos salvajes? —bromeó Hojarasca con voz débil.

Se derrumbó sobre las blandas hojas, junto a los demás gatos del Clan del Trueno.

Orvallo se incorporó con esfuerzo. Su pelaje gris oscuro estaba erizado, y tenía sangre entre las uñas de una zarpa delantera.

—¿Estáis seguros de que tienen a

Látigo Gris?

Esquirolina agachó las orejas.

—El monstruo se lo ha llevado. ¡Lo he visto!

—Pero ¡si estaba peleando como un gato del Clan del Tigre! —se lamentó Espinardo—. ¡No pueden haberlo atrapado!

—Estaba solo… Había demasiados Dos Patas… —se lamentó Esquirolina.

Vaharina se inclinó hacia la aprendiza.

—Le debo la vida —susurró—. Pensaba que nunca escaparía. —Luego la miró fijamente—. Tú nos has salvado.

Esquirolina se incorporó.

—No he sido sólo yo —repuso la

aprendiza—. Todos hemos arriesgado nuestras vidas. Látigo Gris encabezaba la misión.

Hojarasca examinó a su hermana entornando los ojos. La respuesta que acababa de dar Esquirolina era propia de una guerrera, no de una aprendiza. Reparó en que ahora estaba mucho más fuerte y musculosa… Mucho más en forma que los escuálidos guerreros del Clan del Trueno. De pronto, fue consciente de su aspecto desaliñado, y bajó la cabeza para atusarse el pelo. Por primera vez en su vida, se sintió incómoda junto a su hermana, sin saber qué decir, aunque habían pasado muchísimas cosas desde la última vez

que se vieron.

—¿Qué le harán los Dos Patas a Látigo Gris? —maulló Acedera, afligida.

A Hojarasca le habría gustado poder consolarla, pero no sabía qué decirle. De no haber sido por sus valientes compañeros de clan, ella habría corrido la suerte de Látigo Gris, rumbo a un destino desconocido.

—Ojalá el Clan Estelar lo ayude —murmuró Espinardo.

—El Clan Estelar es impotente ante los Dos Patas —bufó Esquirolina.

—El Clan Estelar ha estado hoy con nosotros —le recordó Hojarasca—. Os ha dado la fuerza para enfrentaros a los

Dos Patas. Nuestros antepasados guerreros cuidarán de Látigo Gris.

Acedera se puso en pie y tocó el hocico de la joven aprendiza de curandera con el suyo.

—También debes agradecer al Clan Estelar que te hayamos rescatado, Hojarasca —murmuró—. Esquirolina te vio en un sueño: sabía que estabas encerrada en ese lugar.

—No me habéis salvado sólo a mí —maulló la aprendiza, mirando agradecida a sus compañeros de clan.

—Nos habéis salvado a todos —coincidió Cora, acercándose a Hojarasca.

Acedera se apartó de su amiga y

miró muy seria a la atigrada.

—¿Y tú de dónde sales, por cierto? —quiso saber—. No eres una gata de clan, pero tampoco pareces una proscrita.

—Ésta es Cora —la presentó Hojarasca—. Ella impidió que yo me dejara llevar por la autocompasión, y me hizo creer que podíamos escapar.

Acedera la olfateó.

—¿Eres una minina casera?

Orvallo se incorporó y se quedó mirando a la atigrada. Espinardo echó las orejas hacia atrás.

—Sí, soy una minina casera —confirmó Cora.

Zarzoso se puso de pie y se le

acercó. Hojarasca se dio cuenta de que su amiga trataba de no amilanarse ante aquel guerrero de anchos hombros, con su pelaje manchado de barro y sangre.

—¿Quieres que te mostremos el camino de vuelta al poblado de los Dos Patas? —le ofreció Zarzoso.

—Todavía no es seguro ir en esa dirección —replicó Hojarasca—. Los Dos Patas deben de estar batiendo el bosque.

Centella se irguió y escudriñó nerviosamente el claro.

—No pasa nada —la tranquilizó Nimbo Blanco—. Desde aquí los veremos venir, podemos dejarlos atrás de inmediato.

—En el campamento estaremos todavía más seguros —maulló Esquirolina—. ¿Por qué no vienes con nosotros, Cora?

La atigrada se quedó mirándolos, dubitativa. A pesar de su valentía cuando estaban atrapadas, era obvio que se sentía intimidada al verse rodeada de aquellos gatos salvajes, sobre los que había oído tantas historias sanguinarias.

—Serás bienvenida —maulló Hojarasca.

Miró a Zarzoso y Orvallo, esperando que estuvieran de acuerdo.

—Estrella de Fuego no le dará la espalda a un felino con problemas —coincidió Zarzoso.

—¿Tus Dos Patas no te echarán de menos? —preguntó Acedera intencionadamente.

Hojarasca la miró, sorprendida.

—Sí, por supuesto. —Cora amasó el suelo con las zarpas. Sus ojos azules recuperaron parte de su brillo—. Pero parece que ahora mismo no sería seguro atravesar esa parte del bosque a solas, y no quiero que corráis más peligros.

—Te acompañaremos a tu casa en cuanto sea seguro —le prometió Hojarasca.

—Entonces, supongo que deberíamos irnos. —Acedera suspiró, mirando a Zarzoso—. ¿Qué vamos a decirle a Estrella de Fuego sobre Látigo

Gris?

Hojarasca tragó saliva. Látigo Gris era el lugarteniente del Clan del Trueno, uno de los guerreros más valientes y experimentados, además del mejor amigo de Estrella de Fuego. ¿Cómo iba a arreglárselas el clan sin él?

Los gatos atravesaron el bosque sumidos en un triste silencio. Poco después, Hojarasca se dio cuenta de que Espinardo parecía estar guiándolos hacia las Rocas Soleadas, en vez de hacia el barranco. ¿Por qué no iban al campamento? Desconcertada, miró a Esquirolina.

—El clan ha abandonado el antiguo campamento —le explicó su hermana—.

Los Dos Patas estaban acercándose demasiado.

Hojarasca tragó saliva.

—¿Tan mal están las cosas?

—Me temo que sí —respondió Espinardo muy serio.

—¿Seguro que habrá cobijo para todos en las Rocas Soleadas? —intervino Nimbo Blanco.

—¿Y los cachorros? ¿Cómo están? —preguntó Centella, angustiada.

—No tan bien alimentados como deberían —admitió Esquirolina.

—Tendríamos que marcharnos antes de que se debiliten más —musitó Zarzoso.

Hojarasca se preguntó qué quería

decir, y se sintió más confundida aún cuando Espinardo le lanzó una mirada cortante al guerrero. Zarzoso y Esquirolina acababan de regresar al bosque… ¿por qué estaban hablando de irse otra vez?

—¿Estamos llegando? —preguntó Cora.

Hojarasca oyó el murmullo del río a través de los árboles sin hojas. Estaban acercándose a la frontera del Clan del Río, y las Rocas Soleadas no quedaban muy lejos.

—Sí, estamos cerca —contestó la aprendiza de curandera.

Espinardo continuó adelante, y Hojarasca lo siguió con los demás a

través de una franja de helechos. Salieron a lo alto de la ladera que descendía hasta la frontera del Clan del Río. Al fondo, Hojarasca vio el movimiento del agua. Le resultó inesperadamente reconfortante descubrir que el río seguía estando allí, a pesar de todo lo que los Dos Patas le habían hecho al resto del bosque.

Vaharina bajó hasta el río y, cuando llegó a la orilla, se detuvo y se volvió hacia los demás:

—Doy las gracias a los guerreros del Clan del Trueno por rescatarme. Y lamento con vosotros la pérdida de Látigo Gris.

Sus ojos azules se empañaron un

instante; luego dio media vuelta y se lanzó al agua, agitando briosamente las patas hasta alcanzar la ribera opuesta.

Los gatos del Clan del Trueno se encaminaron a las Rocas Soleadas. Hojarasca apretó el paso, impaciente por estar de nuevo con su clan y por saber qué había ocurrido con su antiguo campamento del barranco. Cora avanzaba a su mismo ritmo, manteniéndose pegada a ella. Por cómo ponía las orejas, Hojarasca supo que la atigrada estaba tan emocionada como inquieta por conocer al clan.

—¿Estás segura de que no les importará que me presente aquí contigo? —susurró Cora.

Hojarasca apenas la oyó. Acababa de ver a Estrella de Fuego sentado en lo alto de la extensa pendiente gris. El sol incidía en su ardiente pelaje, y destacaba más aún lo delgado que estaba. Parecía cansado, y tenía los ojos medio cerrados. ¿Cómo iba Hojarasca a contarle que habían perdido a Látigo Gris en su rescate? Ese pensamiento se le clavó en el corazón como una espina.

La brisa debió de arrastrar su olor hasta él, porque Estrella de Fuego se volvió de golpe y se quedó mirando la parte inferior de la roca. Se levantó de un salto y corrió hacia el grupo con la cola bien erguida.

—¡Hojarasca! —exclamó casi sin

aliento y frenando en seco ante ellos—. ¡Estás viva!

Le lamió las orejas, ronroneando.

—Cuánto te he echado de menos —maulló Hojarasca, hundiendo la cara en la familiar calidez del cuerpo de su padre.

—Gracias al Clan Estelar que os tengo a las dos de vuelta. —Estrella de Fuego tenía la voz ronca de emoción.

Zarzoso y Esquirolina esperaron al pie de la ladera con los otros guerreros del Clan del Trueno; Cora, en cambio, aguardaba prudentemente entre los árboles.

Nimbo Blanco y Centella pasaron corriendo junto al grupo, trepando a las

Rocas Soleadas y llamando a su hija.

—¡Zarpa Candeal! —exclamó Nimbo Blanco—. ¡Hemos vuelto!

La aprendiza de pelaje nevado estaba dormitando en un hueco resguardado. Al oír sus voces, levantó la cabeza y se puso en pie de un salto.

—¡Habéis escapado! —chilló, bajando disparada la pendiente para recibir a sus padres.

Chocó contra ellos, ronroneando de placer. Nimbo Blanco la rodeó con la cola, mientras que Centella empezó a lamerla tan ferozmente que Zarpa Candeal se zafó de ella con un chillido sofocado.

Tormenta de Arena salió corriendo

de debajo de un saliente, a un lado de las Rocas Soleadas. Bajó la cuesta y apartó a Estrella de Fuego.

—¡Hojarasca! ¿Te han hecho daño?

—No —respondió ella, mientras Tormenta de Arena empezaba a lamerla con entusiasmo para eliminar de su pelo el hedor de la caseta de los Dos Patas —. Estoy bien, mamá, en serio.

—¿Cómo has escapado? —quiso saber Estrella de Fuego.

—Esquirolina nos ha rescatado.

Encantada, Hojarasca trató de mantener el equilibrio bajo los briosos lametazos de su madre.

—Anoche tuve un sueño —explicó Esquirolina, dando unos pasos adelante

—. Jaspeada me llevó hasta el lugar en que estaba atrapada Hojarasca.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —Estrella de Fuego se quedó mirándola, pasmado.

—Habías salido a patrullar, y sabía que Hojarasca corría peligro. Así que Acedera y yo decidimos ir en su busca por nuestra cuenta…

—Y al llegar allí, vimos que no había tiempo de regresar al campamento para pedir ayuda —intervino Acedera —. Los Dos Patas ya estaban empezando a llevarse a los gatos que habían atrapado en el bosque…

—Pero tampoco podíamos rescatarlos solas —continuó Esquirolina

—. Por suerte, Látigo Gris y Zarzoso nos encontraron cerca de las Rocas de las Serpientes.

—Y Espinardo y Orvallo —añadió Zarzoso—. Aunque, por supuesto, ha sido Látigo Gris quien ha dirigido el rescate. Sopesó el peligro y decidió que valía la pena intentar salvar a todos los gatos que los Dos Patas habían encerrado.

—Látigo Gris… —murmuró Estrella de Fuego—. Tendría que haber imaginado que intentaría algo así. —Miró a su alrededor, buscando a su viejo amigo—. ¿Dónde se ha metido ese gato loco?

Hojarasca sintió que la roca

desaparecía bajo sus zarpas. Tormenta de Arena dejó de limpiarla, como si hubiera percibido que algo iba mal.

Estrella de Fuego miró a su hija ladeando la cabeza.

—¿Por qué no ha vuelto con vosotros?

Hojarasca vio cómo su padre leía la expresión de su cara. De pronto, una pátina de temor ensombreció el rostro de Estrella de Fuego.

—Los Dos Patas lo han… atrapado —se obligó a responder la joven; sus palabras cayeron como una losa.

—Vi cómo lo metían dentro de uno de sus monstruos y se lo llevaban —explicó Esquirolina con la voz

quebrada.

—¿Látigo Gris… atrapado? —susurró Estrella de Fuego. Se sentó, enroscando la cola alrededor de su cuerpo.

A Hojarasca le temblaban las patas. Nunca le había parecido que su padre estuviera tan lejos, tanto, que no podía llegar hasta él para consolarlo.

—Tal vez… Tal vez deberíamos haber organizado una patrulla más grande… antes… antes de atacar —dijo un vacilante Zarzoso, mirando desolado a su líder—. Quizá debería habérselo impedido. Lo lamento.

Estrella de Fuego se quedó mirando al guerrero marrón oscuro. En sus ojos

parecía arder una llama, y, por un momento, Hojarasca temió que su padre fuera a descargar su dolor contra el joven. A su lado, Esquirolina sacó las uñas. «¿Será capaz mi hermana de enfrentarse a nuestro padre para defender a Zarzoso?», se preguntó la aprendiza de curandera. Pero Zarzoso sostuvo la mirada de su líder sin arredrarse.

—Has traído de vuelta a mi hija, y también a Nimbo Blanco y Centella. —Estrella de Fuego casi parecía estar convenciéndose a sí mismo de que no debía culpar a Zarzoso de lo sucedido—. Látigo Gris encontrará la manera de regresar.

—Pero ¡si lo han metido en un monstruo…! —se quejó Orvallo.

Estrella de Fuego se volvió hacia el guerrero gris: sus ojos estaban llenos de tristeza.

—Látigo Gris regresará —repitió—. Debo creer en ello, o todo estará perdido.

Tormenta de Arena se le acercó y restregó el hocico en su espalda, pero Estrella de Fuego dio media vuelta y se encaminó lentamente a la umbrosa cornisa. De pronto, parecía mucho más viejo.

Tormenta de Arena lo siguió.

—Hemos recuperado a nuestras dos hijas. —La voz de la guerrera melada se

oyó por toda la roca—. Es un milagro que nunca llegamos a imaginar siquiera.

Estrella de Fuego la miró.

—Látigo Gris se habría sacrificado por ellas sin dudarlo un instante —admitió.

—Por eso siempre será un gran amigo —murmuró Tormenta de Arena.

Se sentó a su lado y enroscó la cola a su alrededor.

—¡Hojarasca! —siseó Cora desde la sombra de un árbol—. ¿Va todo bien?

Hojarasca fue incapaz de responder. Estaba mirando a su padre con una pena tan grande que apenas podía respirar. Notó cómo su hermana le deslizaba la cola por el costado.

—No te preocupes —susurró Esquirolina—. Estrella de Fuego estará bien mientras mantenga la esperanza de que Látigo Gris va a regresar.

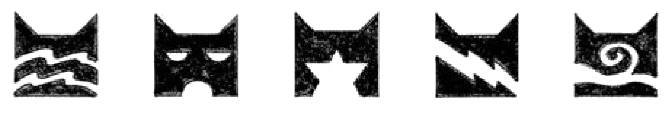
—Pero… si lo han metido en un monstruo… —repitió Orvallo, como si no pudiera sacarse esa imagen de la cabeza.

Musaraña fruncía el ceño mirando a su líder:

—Estrella de Fuego tendrá que elegir a otro lugarteniente antes de que la luna llegue a lo más alto —maulló.

Los ojos de Esquirolina centellearon furiosos. Se volvió de golpe hacia Musaraña, y Hojarasca, que estaba a su lado, pegó un salto, asustada.

—¡Estás actuando como si Látigo Gris ya hubiera muerto! —bufó—. ¡No está muerto! Ya has oído lo que ha dicho Estrella de Fuego. Látigo Gris volverá. No debemos perder la esperanza.



9

Un desgarrador aullido resonó en la hendidura rocosa, despertando a Hojarasca con un sobresalto. Por un momento, la gata pensó que aún estaba en la jaula y que su trágica huida no había sido más que un sueño. Entonces captó el olor del bosque y del río en la gélida brisa, y recordó que se hallaba en las Rocas Soleadas, en el nuevo

campamento del Clan del Trueno. Parpadeó y se asomó por el borde de la grieta. Su aliento se condensó en el aire helado como si fuera humo.

—¿Qué ocurre? —susurró Cora.

La atigrada había dormido junto a Hojarasca en la grieta donde se refugiaban los aprendices. La joven notó cómo el suave pelo de su amiga se erizaba contra su costado.

—Parece la voz de Fronda —maulló—. Pero desde aquí sólo puedo ver a Manto Polvoroso.

El guerrero marrón estaba plantado en la pendiente cubierta de escarcha, y su silueta se perfilaba contra la primera luz del alba. Un cachorro colgaba inerte

de su boca.

Mientras Manto Polvoroso se llevaba a la criatura, Fronda volvió a lanzar un desesperado aullido desde el hueco que conformaba la maternidad provisional del campamento.

Hojarasca salió de su guarida, intentando no resbalar por la piedra helada, y corrió hacia donde estaba la atormentada madre.

—¿Fronda, qué ha sucedido?

—¡Carrasquilla ha muerto, Hojarasca! —susurró la reina—. Manto Polvoroso acaba de llevársela para enterrarla. —Atrajo hacia su vientre al único hijo que le quedaba—. Me he despertado y estaba fría. ¡Fría como el

hielo! —El dolor quebró su voz—. La he lamido una y otra vez, pero no he conseguido que despertase.

Hojarasca sintió cómo la pena oprimía su corazón. ¿Qué clase de curandera era ella si ni siquiera había intuido que Carrasquilla estaba tan cerca de morir?

—Oh, Fronda —maulló casi sin voz —. Cuánto lamento no haber podido hacer nada…

Uno a uno, los miembros del clan se agruparon en torno a la maternidad en un silencio adusto. Cora se hallaba entre ellos, con los ojos dilatados de compasión. Para gran alivio de Hojarasca, al clan no parecía importarle

que la minina casera estuviera allí. Ahora todos compartían un enemigo común: los Dos Patas que estaban cazando gatos y arrasando el bosque.

Carbonilla se dirigió hacia donde estaba Fronda, y al ver a Hojarasca le susurró al oído:

—Ve a buscar semillas de adormidera. Fronda no puede malgastar la poca energía que le queda en duelos.

Hojarasca corrió hacia la grieta en la que Carbonilla guardaba su pequeño montón de remedios, y tomó la provisión de semillas de adormidera, que estaban envueltas en una hoja. Deseó con todo su corazón estar todavía en el barranco, donde las curanderas tenían su guarida

bien abastecida. Al mirar la reseca hoja, supuso que sólo quedarían dos o tres dosis de adormidera como mucho, y no había posibilidades de encontrar más, con la estación sin hojas ya encima.

La llamada de Estrella de Fuego la sobresaltó.

—¡Hojarasca! —El líder estaba subiendo por la cuesta con Zarzoso y Musaraña—. ¿Cómo está Fronda?

—Carbonilla me ha dicho que le lleve semillas de adormidera para calmarla.

—¡No pensaba que las cosas fueran a empeorar tan pronto! —gruñó Estrella de Fuego—. ¡Oh, Clan Estelar! ¿Qué puedo hacer para ayudar a estos gatos?

Alzó la mirada al Manto Plateado, que iba desvaneciéndose deprisa con la luz del alba.

—Esta noche ha hecho mucho frío —señaló Musaraña—. Esa pobre criaturita no tenía suficiente carne sobre los huesos para soportarlo.

—Betulino ha sobrevivido —les recordó Hojarasca—. Tenemos que hacer todo lo posible para que Fronda pueda alimentarlo como es debido.

—Pero las noches serán cada vez más frías, y cuando llegue la nieve…

Estrella de Fuego enmudeció y se quedó mirando las copas de los árboles que había más allá de las Rocas Soleadas.

Zarzoso miró a Hojarasca con inquietud.

—Si tenemos que abandonar el bosque, deberíamos hacerlo pronto —maulló—. Antes de que las nevadas nos impidan atravesar las montañas.

Hojarasca entrecerró los ojos. Desde que su hermana le había contado el aviso de Medianoche, estaba sumida en la duda. Sabía que muchos de sus compañeros de clan no se creían que el Clan Estelar deseara realmente que se fueran, pero ella confiaba en el importante papel de Esquirolina y Zarzoso en el destino de su clan. No quería marcharse del bosque en que había nacido, y temía que los clanes no

estuvieran lo bastante fuertes para semejante viaje, pero ¿cómo podían ignorar la voluntad del Clan Estelar?

—Ya sabéis lo que pienso —respondió Estrella de Fuego—. No podemos irnos sin los otros clanes.

Hojarasca coincidía con él. Por muchos apuros que estuviera pasando un clan, debían permanecer los cuatro juntos: el Clan Estelar así lo había exigido siempre.

—Tengo que llevarle esto a Fronda —murmuró, y recogió el fardo de semillas.

Al llegar a la maternidad, vio que Acedera estaba alejándose de allí, con los ojos apagados de tristeza. Ni

siquiera levantó la mirada al pasar junto a la aprendiza. Se dio cuenta de que la guerrera avanzaba cuidadosamente sobre la helada piedra, como si le dolieran las zarpas. Se metió en la grieta donde estaba Fronda y dejó el fardo a los pies de Carbonilla. La reina estaba tumbada, su mirada se perdía en el vacío del cielo del amanecer. Betulino estaba acurrucado junto a ella, demasiado conmocionado y hambriento para maullar. Para sorpresa de Hojarasca, Cora también estaba allí.

—Gracias —susurró Carbonilla cuando vio las semillas.

La curandera recogió la hoja y la desplegó esmeradamente con los

dientes.

—¿No deberías estar fuera? —le insinuó Hojarasca a Cora.

—He pensado que tal vez podría ayudar —respondió la atigrada—. Yo perdí una camada una vez.

—¿Una camada entera? ¡Qué triste!

—No… Mis hijos no murieron —se apresuró a explicar—. Mis dueños los mandaron a otros hogares. Pero yo sentí su pérdida como si hubieran muerto.

—¿Y ésos son los Dos Patas con los que quieres volver? —maulló Hojarasca con incredulidad—. ¿Cómo pudiste perdonárselo?

—Para los mininos domésticos es normal no criar a sus hijos. No

esperamos otra cosa. —Cora parpadeó —. Mis dueños son amables y tiernos. Eligieron buenos hogares para mis cachorros. No… No tenían forma de saber que yo iba a echarlos de menos.

Carbonilla las hizo callar con una mirada de advertencia. Fronda estaba desasosegada de nuevo; se retorcía sobre la fría piedra, soltando lastimeros quejidos.

—Ahora Carrasquilla está con el Clan Estelar —le susurró la curandera —. Nunca volverá a saber lo que es el frío o el hambre.

—He hecho todo lo que he podido —gimió Fronda—. ¿Por qué no he muerto yo en vez de ella?

La profunda voz de Estrella de Fuego sonó desde el borde de la hondonada:

—Porque entonces no quedaría nadie para cuidar de Betulino. Debes tener valor, Fronda.

Hojarasca alzó la vista. Cora agachó las orejas: aún no le habían presentado al líder del Clan del Trueno.

—Fronda, siento muchísimo lo de Carrasquilla —continuó Estrella de Fuego—. Nos aseguraremos de que Betulino sobreviva.

Fronda lo miró a los ojos.

—Betulino tiene que sobrevivir…

Carbonilla dejó una semilla de adormidera en el suelo, delante de

Fronda.

—Toma, cómete esta semilla. Te ayudará a soportar el dolor.

La reina la miró, vacilando.

Cora estiró el cuello y olfateó la semilla negra.

—Cómetela —le aconsejó a Fronda, acercándosela más con la pata—. Necesitas conservar todas tus fuerzas para el hijo que te queda.

Estrella de Fuego observó a la atigrada con curiosidad.

—Tormenta de Arena me dijo que Hojarasca había traído consigo a una minina doméstica. ¿Eres tú?

—Sí, mi nombre es Cora. Venga, Fronda, cómete la semilla de

adormidera.

—Como puedes ver, Cora, el clan no puede ofrecerte un refugio demasiado seguro —se disculpó Estrella de Fuego —. Pero todavía es más peligroso que viajes sola. Cuando tenga un guerrero libre, le encargaré que te escolte a casa. Hasta entonces, puedes quedarte con nosotros.

—Gracias —murmuró la atigrada.

—¿Fronda estará bien? —le preguntó el líder a la curandera, con la mirada fija en la reina.

—Sólo necesita descansar — respondió Carbonilla.

—¿Y Betulino?

—Siempre ha sido el más fuerte de

la camada.

La curandera se inclinó para lamer al diminuto cachorro, que había empezado a amasar el vientre de su madre en busca de leche.

—Haz todo lo que puedas, Carbonilla —le pidió Estrella de Fuego, antes de alejarse.

Cora se relajó.

—Cuesta creer que tu padre haya sido un minino casero —le susurró a Hojarasca.

—La verdad es que yo nunca lo vi así —admitió la joven—. No lo conocí en aquella época. Nací después de que se convirtiera en líder. —Miró a su amiga—. ¿Estarás bien aquí?

—Por supuesto. —Cora sonó sorprendida por las dudas de Hojarasca. Pasándole delicadamente la cola por el costado, se acomodó al lado de Fronda —. Vosotras dos, marchaos. Tenéis muchos gatos de los que cuidar. Yo puedo hacer muy poco por los demás, pero al menos puedo ocuparme de Fronda.

La curandera la miró, no muy convencida, pero Cora la tranquilizó.

—Me aseguraré de que se coma las semillas de adormidera —prometió—. Y mientras duerme, yo puedo cuidar de Betulino. Estará echando de menos a su hermana.

—Muy bien —aceptó Carbonilla—.

Pero llámame si Fronda se altera más.

Cora asintió, y Hojarasca siguió a Carbonilla fuera de la maternidad. Sólo se volvió una vez, para dedicarle un guiño agradecido a su amiga.

El clan estaba repartido en pequeños grupos sobre la expuesta roca. Todos tenían una expresión seria. De pronto, a Hojarasca le entraron ganas de echar a correr por el bosque a solas. El clan al que había regresado parecía estar soportando más sufrimiento del que ella podía mitigar, y deseó alejarse de todo aquello, aunque sólo fuera por un momento.

Descendió la pendiente en dirección a los árboles, se internó en la vegetación

y aspiró los terrosos olores del bosque, absorbiéndolos agradecida. Detectó el conocido olor de Esquirolina y Zarzoso, y al ladear la cabeza para escuchar, oyó sus voces con nitidez: parecían nerviosos. Tras serpentear entre los helechos, los descubrió en un pequeño claro cerca de la frontera del Clan del Río.

—Le he dicho a Estrella de Fuego que tendríamos que marcharnos pronto —estaba diciendo Zarzoso—. No deberíamos intentar cruzar las montañas después de las primeras nevadas, y nunca conseguiremos llegar antes de la estación de la hoja nueva si nos quedamos aquí.

—Pero ¿cómo sabemos que deberíamos ir por las montañas? —objetó Esquirolina—. Cuando estuvimos en la Gran Roca, no hubo ninguna señal. Se suponía que un guerrero agonizante iba a mostrarnos el camino, pero ¡no apareció ningún guerrero!

—Y sin una señal, ¿cómo sabemos que debemos irnos? —musitó Zarzoso—. Quizá Medianoche se equivocara.

—¿Cómo iba a equivocarse? —protestó la aprendiza—. ¡El Clan Estelar nos envió hasta ella!

Hojarasca se quedó paralizada, con la cola temblorosa. Cerró los ojos, anhelando percibir la más mínima señal de que el Clan Estelar estaba

escuchando, y luego volvió a abrirlos con impaciencia. ¿Por qué estaba siendo tan débil? Si el Clan Estelar tenía que enviarles una señal, así lo haría. Hasta entonces, deberían resolver aquello por sí mismos.

—¡Esquirolina! —llamó—. Zarzoso, soy yo.

Se abrió paso entre los helechos para unirse a sus compañeros. Zarzoso y Esquirolina se separaron de un salto y la miraron con cautela.

El guerrero arañó el suelo.

—¿Has oído lo que estábamos diciendo? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y qué piensas? —La miró a los

ojos—. ¿Es posible que Medianoche se haya equivocado?

Una parte de ella deseaba que Medianoche estuviera equivocada. No quería irse del bosque en el que había nacido. Además, aquél era también el hogar del Clan Estelar. Pero ¿por qué si no habían ordenado a Zarzoso y los demás que hicieran un viaje tan peligroso? Sus antepasados no habrían arriesgado la vida de esos gatos por nada.

—¿Dudáis del Clan Estelar o de vosotros mismos? —murmuró la aprendiza de curandera.

Zarzoso movió la cabeza con cansancio.

—El viaje ya fue bastante duro. No pensamos que las cosas estarían tan mal cuando regresáramos. Estábamos completamente convencidos de que el Clan Estelar nos mostraría el camino, pero no lo ha hecho, y, al mismo tiempo, no podemos permitirnos esperar más. Llevarse al clan lejos de su hogar es una gran responsabilidad…

—Además, no sabemos cuándo deberíamos irnos ni adónde —concluyó Esquirolina.

—Al final, quien debe tomar esa decisión es Estrella de Fuego —les recordó Hojarasca—. Vosotros sólo podéis contarle lo que habéis visto y oído.

Zarzoso asintió.

—¿Cómo te has vuelto tan sabia? —le preguntó Esquirolina con cariño.

—¿Cómo te has vuelto tú tan valiente y noble? —replicó Hojarasca, burlona, rozándole el costado con la cola.

Sintió una oleada de alegría por volver a estar con su hermana. Luego recordó a Fronda y Látigo Gris, y se le cayó el alma a los pies.

—Si Estrella de Fuego decide que nos marchemos —dijo con voz apagada—, ¿qué pasará con Látigo Gris?

Esquirolina pareció entristecerse.

—Látigo Gris nos encontrará, estemos donde estemos.

—Eso espero. Pero, hasta entonces, ¿quién será lugarteniente?

—Nadie sustituirá a Látigo Gris, él sigue siendo nuestro lugarteniente —maulló Zarzoso.

—Pero no está aquí, y ahora el clan necesita más que nunca un liderazgo fuerte —contestó Hojarasca.

—Estrella de Fuego no puede nombrar a un nuevo lugarteniente mientras crea que Látigo Gris sigue vivo —insistió Zarzoso.

Hojarasca sacudió la cabeza. No estaba de acuerdo con el guerrero, pero admiró su lealtad.

—No discutamos por eso ahora —suplicó Esquirolina—. Ya hay

demasiadas cosas por las que preocuparse. —Miró a su hermana—. Hay algo que me habría gustado que Látigo Gris me explicara.

Hojarasca ladeó la cabeza.

—¿El qué?

—En aquel momento me pareció raro, y Estrella de Fuego lo hizo callar antes de que pudiera explicarse…

Zarzoso aguzó las orejas.

—Cuando regresamos —continuó Esquirolina—, Látigo Gris nos recibió diciendo: «El fuego y el tigre han vuelto». Me pareció un saludo extraño.

Hojarasca se miró las patas. No estaba muy segura de qué podía explicarles. ¿Debía contarles a

Esquirolina y Zarzoso la siniestra advertencia de Carbonilla? ¿O estarían mejor sin eso sobre sus cabezas? Después de todo, ya tenían bastantes preocupaciones.

—Tú sabes a qué se refería, ¿verdad? —preguntó Esquirolina.

Hojarasca arañó el suelo, sintiéndose frustrada porque nunca podía ocultarle nada a su hermana.

—Carbonilla recibió un mensaje del Clan Estelar.

Zarzoso se inclinó hacia delante.

—Yo creía que el Clan Estelar había permanecido en silencio.

—Fue justo antes de que vosotros os marcharais —aclaró Hojarasca—. El

Clan Estelar le advirtió de que el fuego y el tigre destruirían el clan.

—¿El fuego y el tigre? —repitió su hermana—. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

Hojarasca agitó una oreja.

—Tú eres hija de Estrella de Fuego. —Se volvió hacia el guerrero—. Y tú eres hijo de Estrella de Tigre.

Esquirolina la miró sorprendida.

—Entonces, ¿nosotros somos el fuego y el tigre?

Hojarasca asintió.

—Pero ¿cómo puede creer nadie que nosotros destruiríamos el clan? —protestó Esquirolina—. ¡Hemos arriesgado nuestras vidas para salvarlo!

—Lo sé. —Hojarasca bajó la cabeza—. Y en realidad nadie cree que vosotros… De hecho, sólo Estrella de Fuego, Carbonilla, Tormenta de Arena, Látigo Gris y yo conocemos esa profecía. —Deseaba desesperadamente tranquilizar a su hermana—. Y todos sabemos que nunca nos haríais ningún daño…

Se dio cuenta de que Zarzoso no había dicho nada. El guerrero estaba mirándola, con los ojos oscurecidos por la inquietud, y la joven sintió un miedo inexplicable.

—¿Zarzoso?

—¿Estás segura de que no vamos a destruir a nuestro clan? —gruñó él.

—¿Q… qué… qué quieres decir?

—¡Nunca haríamos algo así! —exclamó Esquirolina, volviéndose hacia él con rabia y desconcierto.

—Intencionadamente, no —maulló Zarzoso—. Pero somos nosotros, ¿no?, el fuego y el tigre, quienes quieren guiar al clan lejos de su hogar, en un viaje largo y peligroso, sin saber siquiera adónde tenemos que ir.

Hojarasca no pudo evitar que un escalofrío la recorriera. De pronto, la profecía de Carbonilla parecía mucho más aterradora que antes. Si el clan abandonaba el bosque siguiendo a Esquirolina y Zarzoso, ¿qué pavoroso destino lo aguardaba?

Cuando los tres jóvenes regresaron a las Rocas Soleadas, el débil sol de la estación sin hojas ya estaba bajo en el cielo. Cada uno llevaba una pieza de caza: Zarzoso había atrapado un estornino, Esquirolina un carnoso tordo, y su hermana un ratón.

Hojarasca deseaba irse a dormir y olvidarse de la preocupante advertencia de Zarzoso, pero ella era curandera, y no podía descansar hasta saber que todo el clan estaba bien. Mientras seguía a su hermana cuesta arriba, se preguntó si Cora habría convencido a Fronda para que se tomara las semillas de

adormidera.

Fronde Dorado fue a su encuentro.

—El montón de la carne fresca está ahí.

Señaló con la cola un montoncito, más arriba. Cenizo montaba guardia junto a él, examinando el cielo por si veía algún ave de presa. Atrás habían quedado los días en que la carne fresca se guardaba en una pequeña cueva del campamento, bien abastecida y sin vigilancia.

Al dejar su pieza en el montón, a Hojarasca le impresionó lo pequeño que era. No habría ni una presa por cabeza. Decidió que ella no cogería nada. Además, se sentía demasiado cansada

para comer.

Fue hacia Carbonilla y Musaraña, que estaban tumbadas debajo de un pequeño saledizo. La curandera parecía exhausta, como si necesitara hierbas curativas tanto como sus compañeros de clan.

—¿Cómo está Fronda? —preguntó Hojarasca.

Carbonilla levantó la vista.

—Ahora está descansando. Cora está cuidándola muy bien.

—No está mal, para ser una minina doméstica —añadió Musaraña sacudiendo la cola—. Parecía tan nerviosa cuando llegó, que no creí que se adaptara. Pero da la impresión de que

va a estar bien aquí… al menos de momento.

Hojarasca dedicó un guiño agradecido a la guerrera marrón, y se volvió de nuevo hacia Carbonilla. Tenía algo que preguntarle, aunque temía oír la respuesta.

—¿Crees que Fronda perderá a su último hijo?

—Por ahora, Betulino parece estar bastante fuerte —la tranquilizó la curandera—. Y con sólo una boca que alimentar, Fronda debería poder darle más leche.

—Pero no aguantará todo el invierno si nos quedamos aquí… —añadió Musaraña. Sus ojos centellearon

alarmados al ver que Manto Polvoroso se dirigía hacia ellas—. Espero que no me haya oído —susurró—. Ya ha sufrido bastante por hoy.

—Te he oído, Musaraña —maulló Manto Polvoroso con cansancio—. Y estoy de acuerdo contigo. Debemos irnos del bosque.

Hojarasca se quedó mirándolo, impactada. La muerte de Carrasquilla parecía haber pulverizado las últimas fuerzas del guerrero.

Manto Polvoroso elevó la voz para que lo oyeran por todas las Rocas Soleadas. Los demás gatos lo miraron atónitos.

—¡Debemos abandonar el bosque lo

antes posible! —declaró con ojos ardientes. Se volvió hacia Zarzoso—. Vuestro mensaje del Clan Estelar es la única señal de esperanza que tenemos.

Musaraña se puso en pie.

—Antes de partir, necesitaremos un nuevo lugarteniente.

En ese preciso instante apareció Estrella de Fuego en el lindero del bosque, con un mirlo esmirriado en la boca. Era evidente que había oído las palabras de la guerrera. Con ojos fulgurantes, dejó el mirlo en el montón de carne fresca y subió la ladera.

—El Clan del Trueno ya tiene lugarteniente. Cuando Látigo Gris regrese, no encontrará a otro en su lugar.

—Luego se volvió hacia Musaraña—. Me alegro de que tú también pienses que debemos irnos. Pero no podemos marcharnos todavía, no sin los otros clanes.

—¡A mí sólo me queda un hijo! —exclamó Manto Polvoroso—. Si permanecemos aquí, morirá. Probablemente moriremos todos.

—Entonces tendremos que intentar convencer a los otros clanes con más ahínco —gruñó Estrella de Fuego.

—Los otros clanes pueden venir cuando estén listos para aceptar que no pueden quedarse aquí —replicó Manto Polvoroso—. Nosotros ya lo estamos.

El líder le sostuvo la mirada.

—No podemos marcharnos todavía —repitió.

—Fronda necesita recuperarse —señaló Carbonilla quedamente.

Estrella de Fuego le agradeció su apoyo con un breve gesto de la cabeza.

Zarzoso miró a Manto Polvoroso.

—Sé que estás sufriendo por la pérdida de tus dos hijas —maulló—, y que sufres por tu hijo. Pero Estrella de Fuego tiene razón: el Clan Estelar no querría que nos fuéramos sin el resto de los clanes. —Se volvió hacia los demás gatos—. Ellos escogieron a un miembro de cada clan para que trajéramos el mensaje de Medianoche. Tuvimos que trabajar unidos para sobrevivir, sin

pensar nunca en las diferencias que hay entre nuestros clanes. El Clan Estelar deseaba que viajáramos juntos, para aprender a ayudarnos unos a otros. Seguro que, ahora, su deseo es el mismo: quieren que viajemos juntos.

Estrella de Fuego fue a situarse al lado del joven guerrero.

—Necesitamos organizar más partidas de caza —maulló—. Ahora no estamos amenazados por ninguno de los otros clanes. El Clan del Río tiene más comida que nosotros, no necesitan atacarnos. —Miró a los miembros de su clan, enflaquecidos y hambrientos—. A partir de ahora, todas las patrullas pueden dedicarse a cazar.

Encontraremos comida suficiente en el bosque hasta que llegue el momento de marcharnos. Porque, sí, Manto Polvoroso, vamos a marcharnos, de eso no te quepa la menor duda. Yo visitaré al Clan del Río y al Clan de la Sombra para intentar persuadirlos una vez más.

Hojarasca sintió un gran alivio cuando los gatos empezaron a asentir, aceptando el razonamiento de su líder. Luego le dio un vuelco el corazón al ver que Musaraña daba un paso adelante.

—Pero ¿qué pasa con Látigo Gris? —preguntó la guerrera. Estrella de Fuego hizo una mueca—. Tanto si regresa como si no, necesitamos otro lugarteniente mientras él no esté aquí,

alguien que se ocupe de sus obligaciones.

—Sí —coincidió Manto Polvoroso, lanzando una mirada a Zarzoso—. Todavía no has nombrado a nadie, Estrella de Fuego, y creo que deberías escoger a alguien joven. Alguien que cuente claramente con la aprobación del Clan Estelar.

Hojarasca miró a su alrededor. Cenizo, Zarpa Candeal, Escarcha y Nimbo Blanco tenían los ojos clavados en Zarzoso. Incluso Espinardo parecía estar observándolo, como si el joven guerrero pudiera ser el que ocupara el puesto de Látigo Gris. Sólo Musaraña y Orvallo estaban mirando hacia otro

lado.

—Fronde Dorado tiene bastante experiencia —sugirió Musaraña—. Es joven y fuerte, y ya se ha ganado muchas veces su nombre guerrero.

Orvallo asintió.

—Sería un buen lugarteniente, sin duda.

—¿Cómo podéis estar hablando así? —bufó Estrella de Fuego—. ¡Látigo Gris no está muerto! Él sigue siendo nuestro lugarteniente. —Se le erizó el pelo del lomo, una advertencia hacia los demás para que no le llevaran la contraria. Luego se sacudió, intentando tranquilizarse—. Pero tenéis razón… Alguien debe encargarse de las

obligaciones de Látigo Gris. —Miró a Fronde Dorado—. Tú organizarás las nuevas partidas de caza. Tormenta de Arena puede dirigir el trabajo dentro del campamento. Zarzoso, tú me ayudarás a intentar convencer al Clan del Río y al Clan de la Sombra de que debemos abandonar el bosque todos juntos.

Se encaminó al saliente rocoso y, al pasar ante Hojarasca, la llamó.

—Quiero hablar contigo. A solas.

Desazonada, Hojarasca lo siguió hasta la torrentera. Lanzó una mirada a Cora, que seguía en la maternidad provisional. Su amiga estaba muy atareada limpiando a Betulino, sin inmutarse por los gimoteos de protesta

del cachorrito. Fronda estaba durmiendo junto a ellos. Aliviada al ver que la gata que más lo necesitaba estaba descansando, Hojarasca se internó en la oscura cueva que había debajo del saliente.

Estrella de Fuego la miró con expresión apremiante.

—Hojarasca —maulló—. Debes decirme si has tenido alguna señal del Clan Estelar.

—No, ninguna —respondió la aprendiza, sorprendida por la vehemencia de su padre—. Quizá Carbonilla…

—Ella tampoco ha sabido nada —la interrumpió Estrella de Fuego—. Tenía

la esperanza de que nuestros antepasados hubieran hablado contigo.

Hojarasca movió las zarpas, incómoda. Aunque la complacía que su padre tuviera tanta fe en ella, la turbaba que pudiera pensar que el Clan Estelar se dirigiría a ella antes que a la curandera del clan.

—¿Por qué nuestros antepasados están tan callados? —continuó Estrella de Fuego, enfurecido. Sus uñas se clavaban en el frío suelo de piedra—. ¿Qué sentido tiene? ¿Es una forma de decirnos que cada clan debe preocuparse de sí mismo en vez de abandonar el bosque todos juntos?

—Yo me sentí igual cuando los Dos

Patas me capturaron —confesó la joven —. Mientras estaba encerrada en aquella apestosa jaula, el Clan Estelar no me visitó ni una sola vez. Sentí como si estuviera absolutamente sola. Pero no lo estaba. —Le sostuvo la mirada a su padre, solemne—. Mis compañeros de clan acudieron a rescatarme. —Y continuó, mientras a Estrella de Fuego se le dilataban las pupilas—: El Clan Estelar no hará nada para mantener unidos a los clanes. No tiene que hacerlo. El hecho de pertenecer a uno de los cuatro clanes… no dos ni tres, sino cuatro… es algo que reside dentro de nuestros corazones, como la capacidad de rastrear presas y escondernos en las

sombras del bosque. No importa lo que digan los otros clanes: no pueden darles la espalda a las divisiones, las diferencias, las rivalidades que nos conectan. La línea que nos separa del Clan del Viento o el Clan del Río es también la línea que nos une. El Clan Estelar lo sabe, y es cosa nuestra tener fe en esa conexión.

Estrella de Fuego se quedó mirando a su hija sin parpadear, como si estuviera viéndola por primera vez.

—Ojalá hubieras conocido a Jaspeada —murmuró—. Me recuerdas mucho a ella.

Más conmovida de lo que podía expresar, Hojarasca bajó la vista. Sintió

que aquél no era el momento de contarle a su padre que Jaspeada ya le había hablado en sueños varias veces. Le bastaba con que Estrella de Fuego la considerara una compañera digna de la antigua curandera del Clan del Trueno, que seguía caminando incansablemente entre las estrellas, protegiendo a su clan.

Sólo esperó, con todo su corazón, que Jaspeada y sus demás antepasados guerreros los acompañaran cuando abandonaran por fin el bosque.



10

Estrella de Fuego encabezó la patrulla que volvía río arriba, manteniéndose cerca de la frontera, donde un tentador olor a presas cruzaba el agua desde el territorio del Clan del Río. Esquirolina iba detrás de él, al lado de Zarzoso, y Cenizo ocupaba la retaguardia. Era la primera vez en días que la aprendiza y Zarzoso salían juntos

del campamento. Estrella de Fuego se había llevado al guerrero atigrado en aquella visita al Clan del Río y al Clan de la Sombra, para rogarles una vez más que abandonaran el bosque unidos. El líder había hecho todo lo posible, pero tanto Estrella Leopardina como Estrella Negra seguían negándose a creer que debían marcharse con los demás clanes, lejos de aquel bosque donde todos habían nacido.

Habían aparecido nubes durante la noche, y gélidas gotas de agua colgaban bajo los árboles, sin querer caer como auténtica lluvia, pero empapando igualmente todo lo que tocaban. Incómoda, Esquirolina notó cómo su

pelaje se adhería al cuerpo conforme iba calándola la humedad. Los árboles relucían mojados bajo la cruda luz de la estación sin hojas, y sus ramas goteaban sobre las hojas caídas en el suelo, convirtiendo aquellos montones resecos en una masa resbaladiza.

De pronto, Estrella de Fuego se detuvo y levantó el hocico para olfatear el aire. Esquirolina respiró hondo, con la esperanza de captar el ansiado aroma de un ratón, un tordo o un campañol. Pero en aquel lado del río no olía a presas, sino a algo que resultaba extraño y familiar al mismo tiempo.

—Creo que reconozco ese olor —le susurró a Zarzoso.

—Huele a proscrito —gruñó el joven guerrero.

—¡Silencio! —ordenó Estrella de Fuego.

Hizo una pausa y luego echó a correr con el pelo erizado. Los arbustos que había más adelante se estremecieron, y de ellos salió una gata leonada. Mientras su líder se alejaba, Zarzoso lanzó un grito de batalla y se unió a la persecución.

—¡Vamos! —aulló, pero Esquirolina ya estaba también corriendo tras él.

La gata viró hacia las marcas olorosas de la frontera del Clan del Río, y Estrella de Fuego la siguió sin aminorar la velocidad. Esquirolina

sintió una punzada de alarma al acercarse a las advertencias olorosas. Los gatos del Clan del Trueno estaban acortando la distancia con la proscrita cuando ella cruzó la frontera a toda prisa, pero, en cuanto Estrella de Fuego la traspasó persiguiendo a la gata, un aullido furioso sonó muy cerca, y un guerrero marrón oscuro del Clan del Río saltó desde una franja de helechos, gruñendo salvajemente.

Estrella de Fuego giró en redondo, patinando sobre las hojas mojadas, y se detuvo justo en la frontera. Zarzoso y Cenizo estuvieron a punto de chocar contra él, pero consiguieron parar a tiempo.

—¡Alcotán! —exclamó Zarzoso sin resuello.

Estrella de Fuego dio un paso atrás, pero siguió mirando a Alcotán con los ojos desorbitados, como si estuviera viendo la cara de un guerrero del Clan Estelar. A Esquirolina le sorprendió que la emboscada de Alcotán hubiera conmocionado de tal modo a su padre. No era raro encontrar a un guerrero patrullando tan cerca de la frontera, especialmente cuando todos los gatos del Clan del Río sabían que sus vecinos estaban medio muertos de hambre.

—¿Qué estás haciendo en el territorio del Clan del Río? —exigió saber Alcotán.

Al principio, Estrella de Fuego no contestó. Luego pareció recuperarse, dejó que su pelaje se alisara y relajó los músculos.

—Estaba echando a esa proscrita del territorio del Clan del Trueno —contestó, al tiempo que lanzaba una mirada a la gata leonada, que se había detenido detrás de Alcotán—. ¿Por qué me pides explicaciones a mí, cuando permites que una proscrita traspase tus fronteras?

Alcotán intercambió una larga mirada con la gata antes de responder.

—Mi madre siempre será bien recibida en el Clan del Río —maulló al cabo.

«¡Sasha!». De pronto, Esquirolina reconoció a la proscrita que había escapado de la caseta de los Dos Patas. Sintió un leve triunfo por la curiosidad satisfecha. Todo el mundo sabía que la madre de Alcotán y Ala de Mariposa era una proscrita, y que los había dejado en el Clan del Río para que se criaran allí. Nunca se había quedado en el bosque el tiempo suficiente para que la conocieran los demás clanes.

Pero Estrella de Fuego parecía tener más preguntas sobre aquella gata, porque se quedó inmóvil, observando a madre e hijo con las orejas erguidas.

Con una pequeña inclinación de la cabeza, Sasha lo saludó.

—He oído hablar mucho de ti, Estrella de Fuego —murmuró—. Es… interesante conocerte por fin.

Su voz era glacial y solemne, y Esquirolina se sintió tímidamente joven y torpe en comparación.

—¿De modo que tú eres Sasha? —maulló Estrella de Fuego quedamente. Sus ojos centelleaban de curiosidad.

—Da la impresión de que te esperabas otra cosa… —insinuó la gata.

El líder se fijó en su acicalado pelaje.

—No pareces una gata proscrita.

—Y tú no pareces un minino doméstico —replicó Sasha.

Esquirolina se estremeció, pero su

padre no se mostró enfadado. En vez de eso, le sostuvo la mirada a Sasha orgullosamente.

—A menudo me he preguntado por qué una proscrita decidiría dejar a sus cachorros con un clan.

—¿Y también por qué un clan nombraría líder a un minino doméstico? —replicó de nuevo Sasha, pero no esperó una respuesta—. No todos los gatos son fieles a su herencia. Algunos eligen su propio camino.

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—¿Y tú eres uno de ésos?

—Tal vez —maulló Sasha—. Pero también es posible que no. Aun así, espero que mis hijos sí lo sean.

Miró a Alcotán, y Esquirolina vio un brillo de orgullo en los ojos de la gata.

—¿Te quedarás una temporada con el Clan del Río? —la invitó Alcotán—. Tenemos presas de sobra.

El guerrero lanzó una mirada burlona a Estrella de Fuego, pero el líder del Clan del Trueno ignoró la provocación; se limitó a observar, todavía con los ojos entornados y pensativos, mientras Sasha contestaba.

—No me quedaré mucho tiempo. Pero me gustaría ver a Ala de Mariposa antes de marcharme.

Alcotán se volvió hacia Estrella de Fuego con una mueca.

—En cuanto regrese al campamento,

enviaré una patrulla para asegurarme de que no habéis estado robando presas del Clan del Río —amenazó.

—Aún no hemos llegado a ese extremo, Alcotán, no necesitamos robar —contestó Estrella de Fuego, y luego se volvió hacia su patrulla—. Vamos.

Aunque el aire seguía cargado de tensión, Esquirolina sabía que el peligro había pasado. Alcotán y Estrella de Fuego se dieron la espalda y se alejaron de la frontera. La aprendiza se preparó para seguir a su padre, pero, antes de que alcanzaran la seguridad de los árboles, el líder se detuvo y llamó a Sasha. Su voz era extrañamente tranquila.

—Es hijo de Estrella de Tigre, ¿verdad?

Sasha no pareció sorprendida por la pregunta, y se limitó a asentir:

—Sí.

El suelo se tambaleó bajo las patas de Esquirolina. No era de extrañar que Estrella de Fuego se hubiera sobresaltado tanto al ver cómo Alcotán saltaba delante de él. Sin duda había creído por un instante que era el mismísimo Estrella de Tigre, obsequiado con una décima vida. Estrella de Fuego había visto a Alcotán en las Asambleas iluminadas por la luna, y también en la desastrosa reunión en los Cuatro Árboles de la otra noche,

pero quizá ésa era la primera vez que se veían frente a frente a plena luz del día.

Entonces oyó un grito ahogado, y vio que Zarzoso miraba sorprendido a Alcotán.

—Pero ¡yo también soy hijo de Estrella de Tigre! —exclamó el joven guerrero con voz ronca—. ¿Significa eso que tengo hermanos en dos clanes diferentes?

Alcotán se volvió hacia su medio hermano.

—Me sorprende que no te lo hubieras imaginado —maulló.

Esquirolina miró a uno y a otro, y por fin encontró similitudes en sus pelajes atigrados y sus potentes

omóplatos.

—Yo creía que Trigueña y yo éramos los únicos… —murmuró Zarzoso.

—Por lo menos tú tuviste la oportunidad de conocer a nuestro padre. —Alcotán sacudió la cola—. Te envidio por eso.

—Yo he aprendido más de Estrella de Fuego de lo que jamás aprendí de Estrella de Tigre —replicó Zarzoso.

—Aun así, al menos Estrella de Tigre te conoció. Sus ojos jamás se posaron en mí.

Esquirolina sintió una punzada de compasión por el guerrero del Clan del Río, pues ella valoraba mucho su

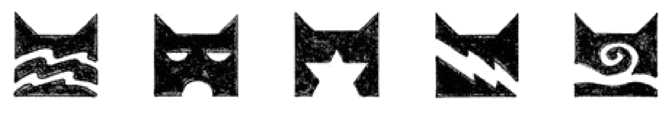
relación con Estrella de Fuego, pero enseguida rechazó ese sentimiento: había algo en Alcotán que provocaba desconfianza.

La mirada del guerrero se endureció.

—Alejaos de esta frontera —avisó, arañando el suelo con sus potentes garras… garras como las de los tigres dorados y negros que los veteranos describían en sus historias; garras que le habían dado a su padre su nombre de guerrero—. Si tengo que hacerlo, defenderé a mi clan contra cualquier gato.

Dio media vuelta y guió a su madre río abajo. Juntos, vadearon la corriente y desaparecieron en los arbustos del

otro lado. Esquirolina los observó marcharse en silencio, consciente de que la amenaza que acababa de lanzar aquel guerrero iba en serio.



11

La lluvia empezó a caer mientras Estrella de Fuego guiaba a la patrulla de vuelta al campamento. Esquirolina estaba desilusionada por las pocas presas que habían atrapado. Zarzoso había conseguido trepar a un roble y cazar una ardilla que dormitaba en una rama, pero el esfuerzo lo había debilitado. La aprendiza se dio cuenta

de que los días de hambre desde su regreso al clan estaban empezando a hacer mella en los dos.

—Creo que es mejor que no les contemos a los demás lo que hemos descubierto sobre Alcotán —decidió Estrella de Fuego mientras avanzaban entre los árboles y la fina lluvia.

—Pero ¿el clan no debería estar preparado por si… por si pasa algo? —preguntó Esquirolina titubeando.

Zarzoso dejó la ardilla en el suelo. El agua de lluvia corría por sus bigotes.

—Yo opino que Estrella de Fuego tiene razón —declaró—. Es mejor que el clan no sepa nada de eso.

Esquirolina entornó los ojos.

¿Zarzoso estaba interesado en proteger al clan o en protegerse a sí mismo? ¿Acaso temía lo que pudieran decir los demás? Ya había tenido que demostrar su lealtad demasiadas veces, y nadie había olvidado los intentos de su padre de destruir al Clan del Trueno.

—No tiene sentido provocar una hostilidad innecesaria —continuó el líder.

Cenizo soltó un gruñido sordo.

—Pero ¿y si Alcotán tiene la misma ambición que su padre por apoderarse de todo el bosque? —preguntó; era evidente que compartía el temor secreto de Esquirolina.

—No debemos sacar conclusiones

precipitadas —les advirtió Estrella de Fuego—. Es obvio que Alcotán es leal, en primer lugar, a su clan. Ha dicho que pelearía por defenderlo. ¿Eso te suena propio de Estrella de Tigre? —preguntó el líder.

A regañadientes, Cenizo negó con la cabeza.

—No, Alcotán no supone ninguna amenaza para nosotros —sentenció Estrella de Fuego.

—Por el momento… —maulló Cenizo intencionadamente.

—Hasta que se demuestre lo contrario, no tenemos por qué preocupar al resto del clan —concluyó su líder—. Quizá necesitemos la ayuda del Clan del

Río antes de que todo esto termine.

Cenizo sacudió la cola con frustración, pero no discutió.

—No te preocupes, Cenizo —lo tranquilizó Esquirolina. Esperaba sonar más confiada de lo que se sentía—. Alcotán sólo es… Alcotán. Estrella de Tigre no dejó nada malo en el bosque, excepto recuerdos.

Zarzoso recogió la ardilla sin hacer comentarios y se dirigió hacia las Rocas Soleadas. Esquirolina miró nerviosa a su padre.

—Zarzoso estará bien —se apresuró a maullar el líder, pasando ante ella.

Para cuando llegaron a las Rocas Soleadas, la lluvia estaba cayendo ya

con fuerza en la desprotegida extensión de piedra, y el agua corría en riachuelos por la tierra enlodada que rodeaba las rocas. Aun así, en vez de buscar refugio, los gatos se habían reunido en mitad de la ladera, apiñados en un círculo: sus maullidos lastimeros se mezclaban con el sonido de la lluvia sobre la piedra.

Desconcertado, Estrella de Fuego subió corriendo las rocas, y Esquirolina lo siguió, abriéndose paso entre los gatos con el corazón desbocado. En el centro había una pequeña figura marrón oscura, acribillada por una lluvia que se volvía de un rojo claro al deslizarse pendiente abajo. Esquirolina se quedó mirando boquiabierta el cuerpo

desmadejado y empapado, demasiado conmocionada para reaccionar: había reconocido el estrecho hocico de Topillo.

Carbonilla y Hojarasca se inclinaron sobre el aprendiz.

—Tiene el cuello roto —murmuró Carbonilla—. Debe de haber muerto instantáneamente al recibir el golpe del monstruo. No habrá sentido dolor.

Esquirolina cerró los ojos. «Clan Estelar, ¿qué estás haciendo?», aulló para sus adentros.

Un grito desolado brotó de la maternidad, y Fronda bajó la ladera a toda velocidad. Topillo había nacido en su primera camada. Los gatos se

separaron para que pudiera ver a su hijo muerto.

—¿Qué le he hecho yo al Clan Estelar para que me arrebate tanto? —se lamentó la reina.

—No podemos culpar al Clan Estelar, Fronda —maulló Hojarasca delicadamente—. Son los Dos Patas los que han hecho esto.

—¿Y por qué el Clan Estelar no los detiene? —sollozó Fronda.

—Nuestros antepasados nada pueden hacer contra los Dos Patas, al igual que nosotros… —susurró Hojarasca. La aprendiza de curandera se enderezó de pronto y llamó a su nueva amiga—: ¿Cora?

Esquirolina vio cómo la minina doméstica se acercaba serpenteando entre los reunidos. Se le empezaban a notar las costillas, pero no había insistido en que libraran a algún guerrero de las partidas de caza para que la acompañara a casa.

—Creo que Fronda debería regresar a la maternidad —le dijo Hojarasca a su amiga.

—Está inundada por la lluvia —contestó la atigrada—. He trasladado a Betulino a la guarida de los guerreros, debajo del saledizo. Llevaré a Fronda con él.

—Buena idea. ¿Todavía quedan semillas de adormidera?

Cora asintió, mirando a Fronda, que parecía trastornada por el dolor.

—Betulino está maullando de hambre —le dijo a Hojarasca en voz baja—. Pero creo que podría tragar algo de comida sólida si yo la masco primero. Fronda no va a poder alimentarlo durante un tiempo, la pobrecilla.

—Zarzoso ha cazado una ardilla. Podrías probar si a Betulino le gusta —sugirió Esquirolina.

—Yo la llevaré a la guarida —se ofreció Cenizo.

Cora empujó delicadamente a Fronda con el hocico. Hojarasca la ayudó y, juntas, lograron separar a la

reina de su hijo muerto y conducirla al cobijo de la guarida de los guerreros.

—¿Cómo ha pasado esto? —quiso saber Estrella de Fuego cuando Fronda se marchó.

—Topillo salió conmigo —empezó Espinardo, el mentor del joven. Tenía el pelo erizado, y las pupilas dilatadas de desesperación—. Estaba persiguiendo a un faisán…

—¿Cómo es posible que no viera al monstruo de los Dos Patas?

—Creo que… sólo tenía ojos para aquel faisán —explicó Espinardo—. Habría dado de comer a medio clan… Olvidó ser prudente.

—¿Y tú no oíste u oliste al

monstruo? ¿No pudiste avisarlo?

La pregunta de Estrella de Fuego estaba más cargada de tristeza que de acusación.

Abatido, Espinardo negó con la cabeza.

—Con tan pocas presas, la caza va mejor si nos separamos. Yo no estaba lo bastante cerca para ver lo que pasaba.

Estrella de Fuego bajó la cabeza, comprensivo.

—Yo me quedaré con él. —La joven voz de Zarpa Candeal sonó por encima del estruendo de la lluvia. Topillo había sido su compañero de guarida desde la infancia, y la pena de perderlo relucía en sus ojos verdes—. No me importa

que nos hayan echado de nuestro campamento. Todavía podemos velar a nuestros muertos.

—Yo te acompañaré —se sumó Espinardo con la voz quebrada.

Se tumbó y hundió el hocico en el flanco ensangrentado de su aprendiz.

Los demás gatos empezaron a desfilar ante su joven compañero de clan para despedirse de él. Cuando llegó su turno, Esquirolina se inclinó sobre el cuerpo de Topillo, con el corazón destrozado.

—Has sido aprendiz en el Clan del Trueno, pero serás guerrero en el Clan Estelar —susurró.

Dio media vuelta y bajó la pendiente

rocosa, buscando el abrigo de los árboles. Su tristeza parecía tan gris como la lluvia y el cansancio parecía colársele hasta los huesos. Vio a Zarzoso sentado bajo un alerce, observándola, y se dirigió hacia él.

—No puedo creer que Topillo esté muerto…

—Lo sé —murmuró el guerrero, entrelazando la cola con la de ella.

La aprendiza se le acercó más.

—Fronda tiene el corazón roto.

—Todo el clan está con ella… —suspiró Zarzoso.

Esquirolina no pudo evitar pensar que el joven guerrero no estaba hablando sólo del dolor de Fronda.

—Después de todo, el clan es más importante que nuestra verdadera familia —añadió Zarzoso.

—¿Incluso que Trigueña?

—Ahora Trigueña pertenece al Clan de la Sombra. Mi lealtad hacia mi hermana está por debajo de mi lealtad hacia el Clan del Trueno, y ella lo comprende.

—¿Y qué me dices de Alcotán y Ala de Mariposa? ¿Sientes algo por ellos, ahora que sabes que todos tenéis el mismo padre?

—Saber que somos hijos del mismo padre no cambia nada —aseguró Zarzoso—. Yo no me parezco en nada a Alcotán. —La punta de su cola se agitó

nerviosamente—. ¿O crees que sí?

—Por supuesto que no —replicó Esquirolina con vehemencia—. Nadie pensaría tal cosa.

—¿Incluso aunque descubrieran lo que tenemos en común?

—El Clan del Trueno siempre te considerará un guerrero valiente y leal —lo tranquilizó la aprendiza.

—Gracias.

El guerrero le dio un lametazo en la mejilla antes de levantarse y dirigirse hacia el río.

Esquirolina lo siguió de cerca, hasta que él se sentó y se quedó mirando al otro lado de la frontera, hacia el territorio del Clan del Río.

Esquirolina siguió su mirada. El cauce del río atravesaba el pequeño claro; su superficie se quebraba bajo la intensa lluvia. La aprendiza lo observó con mayor atención y parpadeó.

—¡Mira, Zarzoso! —exclamó, sorprendida—. ¡Mira…! ¡El río!

—¿Qué ocurre?

—¿Te acuerdas de cuando Alcotán y Sasha lo vadearon?

—Claro… —Zarzoso agitó una oreja—. ¿Y qué?

—Bueno, ¡pues que lo vadearon! —repitió Esquirolina—. No tuvieron que cruzarlo a nado: ¡lo vadearon!

Zarzoso pareció perplejo.

—¡Fíjate en los pasaderos! —

Esquirolina se levantó de un salto y apuntó con la cola—. Están asomando en medio del agua. Después de una lluvia como ésta, en mitad de la estación sin hojas, deberían estar sumergidos en el agua.

—Tienes razón. —Zarzoso se incorporó.

—El nivel del río no debería estar tan bajo, ¿no crees?

—Bueno, últimamente no ha llovido mucho… —comentó el guerrero.

—Pero hoy ha estado lloviendo sin cesar todo el día —replicó ella—, y aun así el río no está crecido. Algo va mal…

—¿Como qué?

Justo entonces, una voz familiar los

llamó desde la orilla opuesta.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos? —Borrascoso apareció y vadeó el río—. ¿Os está costando igual que a mí veros encerrados en un campamento después de nuestro viaje?

—Sí. Todo es más duro. Hoy ha muerto Topillo —le contó Esquirolina con tristeza—. Zarpa Candeal lo está velando.

De pronto se preguntó si ellos deberían estar en el campamento, de duelo por su compañero perdido. Lanzó una mirada a Zarzoso, que pareció comprender su angustia.

—Enseguida nos reuniremos con los demás —prometió él.

—¿Queréis que os atrape un pez para llevarlo al campamento? —se ofreció Borrascoso.

—El clan necesita toda la carne fresca que pueda conseguir, pero no creo que lo acepten —maulló Zarzoso.

—¿Estás seguro? —preguntó Borrascoso—. Ahora que el agua ha descendido, son fáciles de atrapar.

—Así que yo tenía razón —maulló Esquirolina, mirando de nuevo la escasa corriente—. El nivel del agua es más bajo de lo habitual. ¿Ocurre algo?

Borrascoso se encogió de hombros.

—Llevaba tiempo sin llover. Esta lluvia hará que vuelva a subir.

Esquirolina captó en la brisa el

rastro rancio del olor de Sasha. Miró de reojo a Borrascoso; de pronto, el misterio del río se le antojó menos importante que saber qué sentimientos albergaba el Clan del Río hacia la proscrita que parecía ir y venir a su antojo… y cuyos hijos tenían tanta influencia en su clan de adopción.

—Hemos visto a Sasha esta mañana —empezó.

—¿Conocéis a Sasha? —Borrascoso pareció sorprendido—. Oh, lo había olvidado. La conocisteis al rescatar a Vaharina, ¿verdad? Cuando… se llevaron a mi padre.

El guerrero enmudeció, y Esquirolina se apretó contra su costado.

—Lo siento muchísimo, Borrascoso —murmuró con impotencia.

El joven guerrero le dio un empujoncito con el hocico.

—Yo también. Ojalá hubiera estado allí para ayudar —maulló—. Pero Látigo Gris tomó la decisión de liberar a los gatos atrapados. —Respiró hondo antes de continuar—. Gracias a él, tenemos a Vaharina de vuelta. Todo el Clan del Río se quedó asombrado al verla aparecer.

—Sobre todo Alcotán, estoy seguro —comentó Zarzoso.

Esquirolina le lanzó una mirada de advertencia. Habían nombrado lugarteniente a Alcotán tras la

desaparición de Vaharina, lo que significaba que, probablemente, el guerrero no había recibido a la gata con el mismo entusiasmo que los demás. Aun así, ¿no estaba Zarzoso mostrando demasiado interés por el hijo de Sasha? Ellos ignoraban qué sabía Borrascoso sobre los orígenes de Alcotán.

—Bueno, dudo mucho que quisiera dejar de ser lugarteniente tan pronto —coincidió Borrascoso—, pero celebró el regreso de Vaharina tanto como cualquiera. Alcotán es un buen guerrero. Sabe que se convertirá en lugarteniente algún día, y no le importa esperar.

—Parece muy seguro de sí mismo… —señaló Esquirolina con cautela.

—Siempre ha sido así. Lo más importante es que es totalmente leal al clan y que se aferra al código guerrero como una oruga a una hoja.

Esquirolina parpadeó. Pensó que Borrascoso no tenía la menor idea de quién era el padre de Alcotán. Miró a Zarzoso para ver su reacción, pero el joven guerrero parecía tener otra cosa en mente.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de que Estrella Leopardina cambie de opinión y quiera abandonar el bosque?

—Estrella Leopardina dice que no va a ir a ninguna parte mientras haya peces en el río —contestó Borrascoso.

—¿No le importa que los clanes permanezcan juntos? —preguntó Esquirolina.

—No quiere correr riesgos, y sé que le ha preguntado a Arcilloso si había tenido alguna señal del Clan Estelar —respondió Borrascoso a la defensiva—. Pero Arcilloso no se ha levantado mucho de su lecho últimamente.

—Entonces, ¿él tampoco ha recibido ninguna señal estos últimos días? —repuso Esquirolina, desilusionada.

—Ninguna —suspiró Borrascoso—. Da la impresión de que la señal que nos prometió Medianoche no va a llegar, ahora que los Dos Patas han destrozado los Cuatro Árboles.

—Quizá hayamos visto la señal, pero no nos hayamos dado cuenta de que lo era —sugirió la joven gata.

—Bueno, desde que volvimos, hemos visto morir a muchos —masculló Zarzoso sombríamente—. No sólo guerreros, sino también cachorros y aprendices. Pero ¿sabéis qué? Estoy empezando a pensar que ningún «guerrero agonizante» va a mostrarnos el camino. Sea cual sea el lugar al que debemos ir, tendremos que encontrar nuestro propio camino para llegar.



12

Hojarasca se mordisqueó furiosamente la base de la cola para atrapar a la fastidiosa pulga. Aplastó su rechoncho cuerpo entre los dientes, y saboreó con cierta satisfacción la sangre que el parásito le había robado.

—¡La tengo!

—No les cuentes a los demás que has tomado una pieza extra de carne

fresca —bromeó Esquirolina—. Todos reclamarán su parte.

A Hojarasca le rugió el estómago. El campañol que acababa de compartir con su hermana apenas había saciado su hambre. Estaban tumbadas la una al lado de la otra, en un pequeño hueco de la piedra, contemplando cómo el sol se hundía detrás de las Rocas Soleadas. Las nubes habían desaparecido, y una perfecta media luna colgaba en el cielo azul del anochecer.

—¿Carbonilla ya ha decidido si vais a ir hasta la Piedra Lunar esta noche? —preguntó Esquirolina.

—Ahora está hablando con Estrella de Fuego sobre eso —contestó

Hojarasca.

Los curanderos de todos los clanes se reunían cada media luna en la Boca Materna para compartir lenguas con el Clan Estelar. No necesitaban la media luna para asegurarse una tregua —los curanderos vivían fuera de las diferencias entre clanes que a veces desencadenaban peleas—, pero era un momento importante para intercambiar inquietudes y consejos, e intentar ayudar a sus compañeros de clan.

Hojarasca vio salir a Carbonilla y se puso en pie, impaciente por saber si iban a ir a las Rocas Altas a pesar de los peligros que acechaban en el bosque.

Sin embargo, Carbonilla negó con la

cabeza al acercarse al borde del hueco.

—Estrella de Fuego está de acuerdo conmigo —informó a su aprendiza—. No podemos correr el riesgo de hacer ese trayecto con tantos monstruos de los Dos Patas deambulando por los alrededores.

—Pero ¡necesitamos compartir lenguas con el Clan Estelar más que nunca! —protestó Hojarasca.

—Tu padre dice que no puede arriesgarse a perdernos, y tiene razón. ¿Qué sería del clan sin curanderas?

Suspirando, Hojarasca arañó el suelo con las garras.

—El Clan Estelar se comunicará con nosotras si desea hacerlo —añadió

Carbonilla.

La aprendiza se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Bueno, pues yo me alegro de que no vayáis —declaró su hermana cuando se fue Carbonilla—. Estuve a punto de perderte una vez por culpa de los Dos Patas. No creo que lo soportara de nuevo.

Hojarasca le dio a su hermana un lametazo cariñoso en la cabeza y se tumbó de nuevo.

—¿Crees que los curanderos del Clan del Río irán a las Rocas Altas? —preguntó.

Le resultaba extraño pensar que los demás curanderos estuvieran haciendo

el viaje sin ellas. ¿Pensaría el Clan Estelar que Carbonilla y Hojarasca se acobardaban ante la adversidad?

—Dudo mucho que corran ese riesgo —contestó Esquirolina—. La última vez que Zarzoso y yo vimos a Borrascoso, nos dijo que el curandero del Clan del Río estaba bastante enfermo…

—Yo tenía la esperanza de que, si los curanderos de todos los clanes nos reuníamos en la Piedra Lunar, tal vez llegáramos a un entendimiento —confesó Hojarasca.

Esquirolina asintió.

—Lo sé. Creías que un problema como éste nos uniría, como sucedió con el ataque del Clan de la Sangre, pero, en

vez de eso, los clanes estamos cada vez más divididos.

—Cada clan parece tener su propia idea de cómo afrontar el futuro —suspiró Hojarasca—. ¡Ojalá el Clan Estelar nos envíe una señal!

—¿Esperabas que el Clan Estelar te dijera algo esta noche?

Hojarasca asintió, evitando la mirada de su hermana. No quería desvelar el miedo que había estado torturándola todo el día: el frío pavor a recorrer todo el camino hasta la Piedra Lunar y encontrarse con que, incluso allí, el Clan Estelar guardaba silencio.

—Es ridículo que a los clanes les cueste tanto arreglar sus diferencias —

maulló Esquirolina, interrumpiendo los pensamientos de su hermana—. Nuestros vínculos son más estrechos de lo que creemos.

Hojarasca la miró pensativa, preguntándose de repente qué estaba insinuando.

—Al fin y al cabo, el Clan de la Sombra, el Clan del Río y el Clan del Trueno comparten incluso lazos de parentesco —continuó Esquirolina.

—¿Te refieres a Trigueña y Borrascoso?

—No sólo a ellos. —Esquirolina sacudió la cola mientras hablaba—. Hay otros gatos ligados al Clan del Trueno por la sangre.

Sobresaltada, Hojarasca se preguntó si su hermana habría descubierto un secreto que ella conocía desde hacía una luna y que se había guardado para sí misma.

—¿Estás hablando de que Estrella de Tigre es el padre de Alcotán y Ala de Mariposa?

Esquirolina se quedó mirándola boquiabierta.

—¿Has estado compartiendo mis sueños de nuevo?

Hojarasca negó con la cabeza.

—Lo sé desde hace tiempo —admitió.

—¿Por qué no me lo habías contado? —le preguntó Esquirolina.

—No pensé que tuviera importancia. No ahora, cuando todos los clanes están en peligro. ¿Qué más da que Estrella de Tigre sea el padre de Alcotán y Ala de Mariposa?

Hojarasca era consciente de que estaba intentando convencerse a sí misma. Lo último que necesitaban los clanes ahora era a otro gato con el ansia de poder de Estrella de Tigre.

—Un guerrero como Alcotán no es de fiar —aseguró Esquirolina.

Hojarasca sintió un nudo de inquietud en el estómago.

—Pero Estrella de Tigre también es el padre de Zarzoso —apuntó—. Y Zarzoso es un guerrero leal.

—Zarzoso no tiene nada que ver con esto —replicó Esquirolina.

—Por supuesto —se apresuró a coincidir su hermana—. Sólo quiero decir que ser hijo de Estrella de Tigre no significa que uno tenga que seguir sus pasos —expuso, suplicando en silencio que eso fuera verdad.

—Bien —asintió Esquirolina—. Porque Zarzoso es completamente distinto de Alcotán. Ellos dos no tienen nada en común. Nada.

Hojarasca se ovilló junto a su hermana y escondió el hocico bajo las zarpas para estar más calentita. Las palabras de Esquirolina habían sonado como un eco… ¿serían tal vez del

propio Zarzoso?

—Buenas noches, Esquirolina —susurró, pegándose más a ella y olvidando sus bruscas palabras.

Hojarasca no necesitaba una revelación del Clan Estelar para saber que su hermana estaba enamorándose de Zarzoso. En medio de todo lo que estaba sucediendo, y a pesar de lo mucho que añoraba la conexión que antes sólo compartían ellas dos, sintió que aquello era bueno para el clan.

Cerró los ojos. «Me pregunto si el Clan Estelar compartirá mis sueños esta noche», pensó mientras el sueño la arrastraba como una suave corriente. Después de todo, estaban en la media

luna; eso tenía que servir de algo incluso aunque no estuvieran en la Piedra Lunar.

Hojarasca notó la insistente presión de un hocico contra su cuerpo para despertarla.

—¿Quién es? —susurró somnolienta.

—Soy yo, Ala de Mariposa… —La voz de la joven gata temblaba de miedo.

Hojarasca abrió los ojos y vio la silueta de la aprendiza del Clan del Río contra la clara luz de la luna.

—Ven, deprisa, te necesito —maulló Ala de Mariposa entre dientes.

Hojarasca notó que su hermana se

movía a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Esquirolina, bostezando.

—Es Ala de Mariposa —contestó Hojarasca.

Esquirolina se puso en pie de inmediato.

—¿Qué estás haciendo en nuestro campamento? —bufó.

—Necesito la ayuda de Hojarasca —explicó la joven—. Arcilloso está muy enfermo.

—¿Y crees que puedes venir aquí a hurtadillas en mitad de la noche?

—Cállate, Esquirolina, vas a despertar a todo el campamento… —gruñó Hojarasca.

Quería decirle a su hermana que dejara de ver ante sí a la hija de Estrella de Tigre y que viese a una curandera en apuros, pero no deseaba que Ala de Mariposa se sintiera incómoda.

—Esperad aquí las dos —maulló—. Voy a hablar con Estrella de Fuego y Carbonilla.

—Pero… —empezó Ala de Mariposa.

Hojarasca la hizo callar con una mirada.

—Iré contigo, pero tengo que contarles adónde voy.

Dejó a las dos gatas en un silencio embarazoso, y corrió ladera arriba hasta el saledizo donde dormían los guerreros.

Se internó en la oscura cueva y siguió el olor de su padre.

El líder levantó la cabeza, soñoliento.

—¿Eres tú, Hojarasca?

A su lado, Tormenta de Arena se movió, pero sin llegar a despertarse.

—Ala de Mariposa ha venido a preguntarme si puedo ir a ayudar a Arcilloso. Está realmente enfermo.

La aprendiza vio una sombra que se dirigía hacia ella desde el fondo de la guarida, y captó el olor de Carbonilla.

—¿Qué tratamiento le está dando? —preguntó la curandera en voz baja.

—No lo sé —contestó Hojarasca.

—¿Crees que es seguro ir? —

preguntó Estrella de Fuego, y sus ojos refulgieron desazonados en la oscuridad.

—Ala de Mariposa no me mentiría —afirmó la joven, suponiendo que su padre temía una emboscada de los fuertes gatos del Clan del Río.

—Entonces debes ir —murmuró Estrella de Fuego—. Pero si no estás de vuelta al amanecer, enviaré una patrulla a recogerte.

—Volveremos —prometió Carbonilla, mirando a la sorprendida Hojarasca—. Yo también voy. Debemos hacer todo lo posible por ayudar a Arcilloso.

Guió a su aprendiza hasta la grieta en la que almacenaba sus provisiones, y

sacó varios hatos de hojas.

Hojarasca recogió la mitad de los paquetes, y juntas bajaron por la roca hasta donde esperaban Ala de Mariposa y Esquirolina.

—Yo voy con vosotras —anunció su hermana.

Hojarasca negó con la cabeza.

—No hace falta —mascculló, con la boca ocupada.

—Me aseguraré de que las dos regresen sanas y salvas —maulló Ala de Mariposa.

Esquirolina se quedó mirando con recelo a la gata del Clan del Río, y Hojarasca supo que su hermana estaba viendo en ella a un felino muy diferente,

de anchos omóplatos y relucientes ojos ámbar. Aunque habían nacido muchas lunas después de la muerte de Estrella de Tigre, las dos hermanas habían oído su descripción las veces suficientes como para representárselo igual de bien que cualquiera de sus compañeros de clan.

—Acuérdate de Zarzoso —le susurró Hojarasca a su hermana. Compartir la sangre de Estrella de Tigre no significaba compartir su negro corazón.

—Abre tú la marcha, Ala de Mariposa —ordenó Carbonilla a pesar de los paquetes que llevaba en la boca.

La gata asintió y bajó en silencio la

pendiente.

Vadearon el río con facilidad, manteniendo las hierbas por encima del agua. Hojarasca recordó el día en que, hacía apenas una luna, cruzó los pasaderos para ayudar a un aprendiz del Clan del Río. La fuerza del agua había estado a punto de arrastrarla: sólo el espíritu de Jaspeada había evitado que se hundiera en el río crecido por las lluvias. Ahora, la corriente bajaba mansamente alrededor de las piedras, cubriendo apenas los guijarros del lecho fluvial.

Ala de Mariposa guió a las gatas del Clan del Trueno por los carrizales: aquella parte de la ribera ya no estaba

húmeda, sino totalmente seca. A Hojarasca se le aceleró el corazón ante la idea de entrar en el campamento de otro clan, pero su amiga no parecía preocupada por eso y las llevó directamente al claro rodeado de cañas. Ojos desconocidos centellearon en las sombras, pero en ellos no había nada más que desazón y curiosidad.

—Me alegra que hayáis venido —las recibió Estrella Leopardina.

Incluso a la luz de la luna, Hojarasca advirtió que la líder del Clan del Río no estaba tan bien alimentada como en los últimos tiempos. Su pellejo colgaba del cuerpo, y sus ojos mostraban la opacidad del hambre que Hojarasca

había empezado a aceptar como normal.

Pero ¿por qué los gatos del Clan del Río estaban pasando hambre, si los Dos Patas aún se hallaban muy lejos de su territorio?

—Arcilloso está en su guarida —maulló Estrella Leopardina—. Ala de Mariposa os llevará hasta allí. —Miró fijamente a Carbonilla—. Haz todo lo que puedas, pero no permitas que sufra. Arcilloso ha servido noblemente a este clan, y si el Clan Estelar lo necesita más que nosotros, entonces deberíamos dejar que se marche en paz.

Hojarasca siguió a Carbonilla y a Ala de Mariposa a través de un estrecho pasaje flanqueado por carrizos que

conducía a un pequeño claro. Era tan similar al claro de las curanderas del barranco, que la aprendiza sintió una punzada de añoranza por su antiguo hogar.

Un tenue gemido brotó de un rincón en penumbra.

—No pasa nada, Arcilloso —susurró Ala de Mariposa—. He traído a Carbonilla.

La curandera se apresuró a examinar a su colega, olfateándolo y presionando delicadamente sus flancos con las zarpas. Fuera lo que fuese, la enfermedad se había apoderado del frágil cuerpo de Arcilloso. Era evidente que estaba sufriendo mucho, y sus

palabras, casi ininteligibles, estaban llenas de dolor.

—Carbo… nilla… ayúdame a irme… en… paz —suplicó Arcilloso, con una voz tan áspera como el sonido de unas garras arañando la corteza de un árbol.

—No te muevas, amigo mío. —Carbonilla se volvió hacia Ala de Mariposa—. ¿Qué le has dado hasta ahora?

—Ortiga para la inflamación, miel y caléndula para reducir la infección, matricaria para bajarle la temperatura, y semillas de adormidera para el dolor.

Ala de Mariposa enumeró los remedios tan deprisa que Hojarasca

pestañeó. La última vez que la había visto frente a una crisis —cuando un aprendiz del Clan del Río estuvo a punto de ahogarse—, su amiga se había quedado paralizada por el pánico, y Hojarasca había tenido que ayudar al joven gato en su lugar.

—Muy bien, eso es exactamente lo que yo le habría dado —aseguró Carbonilla—. ¿Ya has probado con la milenrama?

Ala de Mariposa asintió.

—Sí, pero le provocaba vómitos.

—A veces puede tener ese efecto. —Carbonilla miró a Arcilloso, y sus ojos azules se empañaron de compasión—. Lo lamento. No creo que podamos hacer

mucho más.

—Pero ¡está sufriendo! —protestó Ala de Mariposa.

—Le daré más semillas de adormidera —maulló la curandera—. ¿Te queda caléndula?

—Mucha.

Ala de Mariposa corrió a una abertura en el muro de carrizos, y sacó un puñado de pétalos machacados. Carbonilla tomó unas cuantas bayas secas de los fardos, y luego empezó a aplastarlas junto con los pétalos. A las bayas aún les quedaba algo de pulpa para hacer una pasta con ellas, y la experta curandera añadió a la mezcla más semillas de adormidera de las que

Hojarasca le había visto usar jamás. Luego acercó el remedio a Arcilloso.

—Esto mitigará tu dolor —susurró Carbonilla—. Come todo lo que puedas.

El viejo gato comenzó a lamer la mixtura, y sus ojos se relajaron con gratitud al reconocer sus ingredientes. Hojarasca se preguntó si su mentora le había dado las semillas de adormidera suficientes para que él recorriera dormido todo el camino hasta el Clan Estelar, pero, por la dulzura que mostraban los ojos de Carbonilla, supo que sólo estaba intentando aliviar el sufrimiento de Arcilloso. Por muy callados que estuvieran últimamente los antepasados guerreros, la curandera

seguía confiando en que irían a buscar a Arcilloso cuando llegara el momento.

—Ahora dejadnos —les dijo Carbonilla a Hojarasca y Ala de Mariposa en voz baja—. Yo me quedaré con él hasta que se duerma.

—¿Crees que morirá? —preguntó Ala de Mariposa con voz temblorosa.

—Todavía no. Pero esto mitigará su dolor hasta que el Clan Estelar lo llame.

Hojarasca siguió a su amiga por el túnel hasta el claro principal.

—¿Cómo está Arcilloso? —preguntó Estrella Leopardina en cuanto las aprendizas salieron a la plateada luz de la luna.

—Carbonilla está haciendo todo lo

que puede —informó Ala de Mariposa.

Estrella Leopardina asintió, y luego se alejó.

—Nunca había estado aquí —maulló Hojarasca, con la esperanza de distraer a Ala de Mariposa—. Está muy resguardado.

La joven se encogió de hombros.

—Es un buen campamento.

—No me sorprende que Estrella Leopardina no quiera abandonarlo —continuó Hojarasca, procurando usar un tono poco amenazador.

Sentía curiosidad por la repentina delgadez de Estrella Leopardina… y por el aspecto de los demás gatos que se movían por el lindero. La líder del Clan

del Río no era la única que estaba pasando hambre.

—Andáis escasos de peces ahora que el río va tan bajo, ¿verdad? —se atrevió a preguntar.

Ala de Mariposa la miró un largo instante.

—Sí. Hace tiempo que no comemos bien.

—¿Eso significa que ahora Estrella Leopardina está considerando la idea de partir?

Abatida, vio cómo Ala de Mariposa negaba con la cabeza.

—Estrella Leopardina dice que nos quedaremos aquí mientras no haya Dos Patas en nuestro territorio. Dice que, si

no podemos alimentarnos del río, tendremos que aprender a cazar otro tipo de presas.

Hojarasca sintió una frustración abrasadora por la tozudez de la líder del Clan del Río. Incluso le entraron ganas de gritar que no había presas de ninguna clase, pero no quería faltarle el respeto al clan de Ala de Mariposa.

—Te has convertido en una gran curandera —maulló, cambiando de tema torpemente—. Carbonilla habría hecho lo mismo que tú para tratar a Arcilloso.

Hojarasca se llevó un susto de muerte cuando la voz de Alcotán sonó justo a su lado.

—Tienes razón —coincidió el

guerrero—. Cuando Arcilloso se vaya a cazar con el Clan Estelar, el Clan del Río será afortunado por contar con una curandera tan buena.

—Creo que Alcotán tiene mucha más fe en mí que yo misma —murmuró Ala de Mariposa.

—No tienes ningún motivo para dudar de ti misma —afirmó el imponente guerrero—. Nuestro padre fue un gran luchador, y nuestra madre es fuerte y orgullosa. Sólo tenían un defecto en común: que su única lealtad era… y en el caso de Sasha, sigue siéndolo… para sí mismos. Ponían su propio interés por encima de los demás gatos. —Hizo una pausa y miró alrededor—. Nosotros

dos no somos así. Nosotros comprendemos lo que significa ser leal al Clan del Río. Tenemos el valor de vivir según el código guerrero. Algún día seremos los miembros más poderosos del Clan del Río, y entonces nuestros compañeros tendrán que respetarnos.

Hojarasca sintió como si la hubieran lanzado de cabeza al gélido río. Por mucho que Alcotán jurara vivir de acuerdo con el código guerrero, aquella clase de ambición podía volverlo peligroso… como lo había sido su padre antes que él.

Ala de Mariposa soltó un ronroneo risueño.

—No debes tomarte demasiado en serio nada de lo que diga mi hermano —le dijo a Hojarasca—. Es el gato más valiente y leal del Clan del Río, pero a veces se crece demasiado.

Hojarasca parpadeó. Deseó con toda su alma que Ala de Mariposa tuviera razón. Pero la arrogancia que refulgía en los ojos de Alcotán le llenó el corazón de angustia. Algo le decía —algún instinto que hormigueaba en su piel— que aquello no era más que el principio.

Alcotán no era de fiar.



13

Esquirolina dejó el ratón en el montón de la carne fresca y vio que, a pesar de todo, continuaba siendo escaso: estaba compuesto apenas por un gorrión y un campañol que había llevado la patrulla del alba. Acedera había salido a cazar con ella, pero no había atrapado nada.

—Lleva eso directamente a los

veteranos —ordenó Estrella de Fuego, acercándose.

—¿A Fronda no? —preguntó Esquirolina.

—Carbonilla dice que todavía no quiere tomar nada —suspiró el líder—. Pero Cora ha estado dando de comer a Betulino.

—Esa minina doméstica debería regresar con sus Dos Patas y dejar de zamparse nuestras presas —comentó Acedera, irritada—. No sirve para cazar.

—Cora apenas come nada —señaló Estrella de Fuego—. Y mientras cuida de Betulino, los demás tenemos más tiempo para cazar.

Esquirolina miró comprensiva a Acedera. Probablemente, la guerrera estaba más resentida con Cora por monopolizar el tiempo de Hojarasca que por ser una minina doméstica. Recogió el ratón y se lo llevó a los veteranos, que estaban aprovechando al máximo la débil calidez del sol del mediodía en la cima de las Rocas Soleadas.

Escarcha y Cola Pintada estaban dormitando. Rabo Largo, el macho ciego que no era mayor que algunos de los guerreros, se incorporó.

—Huelo a ratón —maulló.

—Me temo que no es muy grande —se disculpó Esquirolina.

—Está bien —la tranquilizó él.

Pinchó el ratón con la zarpa, y agitó emocionado la punta de la cola mientras su cuerpecillo se movía, como si no hubiera perdido el deseo de cazar por sí mismo. De pronto, levantó la cabeza y abrió la boca para saborear el aire.

—¡El Clan del Viento! —alertó, más sorprendido que alarmado.

—¡¿Qué?! ¡¿Dónde?! —exclamó Esquirolina, mirando a su alrededor.

No creía que su padre esperara visita.

Al pie de las Rocas Soleadas, Estrella Alta guiaba a una pequeña y empapada patrulla. Los gatos del Clan del Trueno los observaron mientras ascendían despacio hasta donde los

aguardaba Estrella de Fuego. Ningún gato les dio el alto. Los pasos del líder del Clan del Viento eran tan vacilantes, y él estaba tan demacrado, que a Esquirolina le asombró que hubiera podido recorrer siquiera todo el camino hasta allí. Los dos guerreros que lo acompañaban no estaban en mejores condiciones: Bigotes y Oreja Partida estaban tan flacos que parecían estar hechos de ramitas y hojas, y Esquirolina casi temió que la brisa pudiera llevárselos volando.

Corvino iba en la retaguardia. También estaba más delgado que cuando llegaron de su viaje al lugar donde se ahogaba el sol, aunque no parecía tan

escuálido como sus compañeros. Esquirolina bajó por la roca para entrechocar la nariz con él a modo de saludo. De cerca, vio que sus ojos estaban tan apagados como los de sus camaradas, y que su pelaje había perdido brillo.

—¡Corvino! —exclamó—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy tan bien como cualquiera de mi clan —gruñó él.

Oreja Partida le hizo un guiño a la aprendiza.

—Corvino ha estado cazando como una patrulla entera él solo, buscando presas para alimentar a casi todo el Clan del Viento…

Esquirolina irguió las orejas.

—Incluso atrapó un halcón hace dos días —continuó el guerrero del Clan del Viento.

Aunque el hambre parecía haber privado al guerrero de toda emoción, Esquirolina creyó detectar un tono de orgullo en su voz.

Corvino se encogió de hombros.

—Usé una técnica que nos había enseñado la tribu…

—¡Corvino!

Zarzoso subió hasta la roca con un par de saltos, y Esquirolina se dio cuenta de que su mirada se ensombrecía de pronto. Supuso que se había quedado tan impactado como ella al encontrar a

su amigo tan flaco y apagado.

La voz de Estrella Alta sacó a la aprendiza de sus pensamientos.

—Estrella de Fuego, hemos venido a suplicar la ayuda del Clan del Trueno —anunció el viejo líder con voz quebrada.

El simple esfuerzo de hablar fue ya demasiado para él: las patas le cedieron y se derrumbó de costado. Esquirolina se dispuso a acudir en su ayuda, pero Zarzoso la contuvo con un toque de la cola.

—Los Dos Patas han empezado a destrozar también las madrigueras en las que nos habíamos refugiado —explicó Estrella Alta prácticamente sin resuello —. No podemos quedarnos ni un

momento más en el páramo, pero estamos demasiado débiles para viajar solos. No me importa que no hayamos recibido otra señal del Clan Estelar. Sólo sé que tenemos que marcharnos. Llévanos hasta ese lugar donde se ahoga el sol, te lo ruego.

Estrella de Fuego miró al líder del Clan del Viento, y Esquirolina vio el brillo de la pena en sus ojos.

—Hemos sido aliados muchas veces —murmuró Estrella de Fuego—, y ver cómo pasáis hambre es más de lo que puedo soportar.

Levantó la vista y se quedó mirando el bosque; en ese mismo momento, las zarzas que crecían debajo de los árboles

se movieron, y una figura de color pardo brotó entre los arbustos.

¡Era Trigueña! La guerrera del Clan de la Sombra tenía el pelo erizado y las pupilas dilatadas de miedo.

—¡Los Dos Patas están atacando nuestro campamento! —aulló, y sus palabras resonaron contra la roca—. ¡Nos han rodeado con sus monstruos! ¡Por favor, venid!

Estrella de Fuego bajó a toda prisa la ladera rocosa, y los demás se agruparon en torno a él. Incluso Estrella Alta se levantó penosamente y corrió hacia la guerrera del Clan de la Sombra.

—¡Por favor, ayúdanos, Estrella de Fuego! —le pidió Trigueña—. Aunque

sólo sea por la sangre del Clan del Trueno que corre por mis venas.

Estrella de Fuego le pasó la punta de la cola por la boca.

—Lo haremos por el Clan de la Sombra —le respondió delicadamente—. Y por todos los clanes del bosque. —Miró a sus guerreros—. Espinardo, Musaraña, Tormenta de Arena, cada uno de vosotros dirigirá una patrulla. Nos llevaremos a todos los que estén lo bastante fuertes para pelear.

De inmediato, los tres guerreros empezaron a zigzaguear entre los gatos del clan, repartiendo órdenes.

—¿Y quién se quedará defendiendo nuestro campamento? —quiso saber

Manto Polvoroso.

—¿Defenderlo de qué? —respondió Estrella de Fuego—. Las únicas criaturas que nos amenazan ahora ya están atacando al Clan de la Sombra.

—¿Y qué pasa con el Clan del Río?

El quedo maullido de Hojarasca sonó en lo alto de la ladera. Se quedó callada cuando todos los guerreros del Clan del Trueno se volvieron hacia ella.

A Esquirolina le dio un vuelco el corazón. Su hermana tenía razón. Con el campamento indefenso, Alcotán podría convencer al Clan del Río para reclamar las Rocas Soleadas.

Pero los guerreros malinterpretaron las palabras de Hojarasca.

—¡El Clan del Río no nos ayudará! —espetó Musaraña.

—Quizá sí —objetó Carbonilla—. El río se está secando. El Clan del Río ya no está tan bien alimentado como en los últimos tiempos.

Esquirolina lanzó una mirada a Zarzoso. Ellos no eran los únicos que se habían fijado en el río. Si sus vecinos estaban sufriendo, había más posibilidades de que ayudaran al Clan del Trueno que de que lo atacaran. Pero sus recelos hacia Alcotán no variaron.

A Estrella de Fuego se le iluminaron los ojos.

—¡Zarzoso! —llamó—. ¡Ve al Clan del Río y pídele ayuda a Estrella

Leopardina!

—¡Sí, Estrella de Fuego!

—Busca primero a Vaharina —le susurró Esquirolina—, y asegúrate de que Alcotán viene también con vosotros. No debe quedarse al mando del campamento.

Zarzoso entornó los ojos.

—¿Crees que se atrevería a atacarnos?

—Es mejor no correr riesgos.

El guerrero soltó un resoplido.

—Eres demasiado desconfiada —gruñó, y echó a correr.

Esquirolina sintió un hormigueo de culpabilidad, y deseó que Zarzoso no pensara que sus sospechas lo incluían a

él.

—Esquirolina, tú vendrás en mi patrulla —le ordenó Tormenta de Arena—. Permanece cerca de mí o de Manto Polvoroso.

La aprendiza asintió vigorosamente, notando un cosquilleo de emoción en las zarpas. Había llegado la hora de pelear… o de aceptar que el bosque estaba perdido y marcharse. Incluso los guerreros del Clan del Viento parecían haberse animado ante la perspectiva de una batalla. Bigotes sacudía la cola, agitado, mientras que Oreja Partida se paseaba arriba y abajo delante de su compañero.

—Iremos con vosotros —anunció

Estrella Alta, con nueva energía en su voz quebrada.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No estáis lo bastante fuertes.

Estrella Alta miró a su colega muy serio.

—Mis guerreros y yo iremos con vosotros.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Muy bien —maulló respetuosamente, y luego se volvió hacia su clan—. Musaraña, Tormenta de Arena, Espinardo, ¿están listas vuestras patrullas?

Los tres guerreros asintieron.

—Puede que ésta sea nuestra última

batalla en el bosque —continuó Estrella de Fuego, con una voz apenas más alta que un gruñido—. No podremos detener a los Dos Patas por completo, pero podemos intentar salvar al Clan de la Sombra. —Miró a Hojarasca—. Necesitaremos que tú cuides de los gatos heridos. Carbonilla permanecerá aquí para encargarse de los que se quedan.

Esquirolina sabía que la vieja herida de la curandera implicaba que sería más valiosa para el Clan del Trueno en las Rocas Soleadas, lista para atender a cualquier gato que volviera herido de la batalla. Sintió un impulso protector hacia su hermana, y luego se recordó a

sí misma que los curanderos aprendían técnicas de lucha tan bien como cualquier guerrero.

Mientras Estrella de Fuego guiaba al clan ladera abajo, Esquirolina oyó lo que Bigotes le susurraba a su líder:

—Estrella Alta, estás en tu última vida —le decía, apremiante—. Te lo ruego, quédate aquí.

—Tanto si estuviera en la primera vida como en la novena, tengo obligaciones con el bosque —respondió su líder con calma—. No me perderé esta batalla.

Esquirolina vio una fría determinación en los ojos del viejo guerrero, y se alegró por su dignidad

cuando Bigotes se limitó a asentir y descendió la ladera junto a él, tras los demás gatos.

Estrella de Fuego se detuvo un momento en el lindero de la arboleda, y comprobó que todas las patrullas estuvieran dispuestas antes de internarse en el bosque. Sólo entonces se lanzó a la carrera, y Esquirolina corrió tras él, con Trigueña a su lado; sus pisadas resonaban sobre el duro suelo. Ningún gato se quedó rezagado; incluso Estrella Alta mantenía el ritmo. Siguieron el río hasta que estuvieron más allá del claro que habían abierto los Dos Patas cerca del barranco, y luego tomaron el sendero hasta lo alto de la ladera, que conducía a

los Cuatro Árboles. Estrella de Fuego no vaciló, pero condujo al grupo directamente por el borde de la hondonada. Abajo, los robles masacrados estaban pulcramente amontonados. Con el corazón en un puño, Esquirolina vio que la Gran Roca había sido destruida, reducida a nada más que una enorme pila de piedrecillas.

Corvino serpenteó entre los gatos para situarse al lado de Esquirolina.

—No mires —le aconsejó—. Incluso aunque la Gran Roca siguiera ahí, eso no ayudaría al Clan de la Sombra.

De pronto, un aullido resonó detrás

de ellos, y Estrella de Fuego les ordenó detenerse. Todos se volvieron hacia el lugar de donde había partido aquel grito.

Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río, estaba en la cima de la ladera. La flanqueaban sus mejores guerreros: Borrascoso, Prieto, Ala de Mariposa y la imponente figura de Alcotán. Junto a él estaba Zarzoso; el perfil de su silueta contra el cielo pálido dejaba ver claramente que el contorno de su cabeza y de sus omóplatos era idéntico al de Alcotán.

—¡Esperad! —los llamó Vaharina —. ¡El Clan del Río se unirá a vosotros!

Zarzoso corrió hasta Esquirolina.

—¿Cómo has convencido a Estrella

Leopardina para que les permita venir? —le preguntó la aprendiza sin aliento.

—No me ha costado mucho —respondió él—. También han pasado hambre, y cada vez están más desesperados.

Borrascoso se abrió paso entre los impacientes gatos para reunirse con sus amigos.

—Vamos a pelear juntos.

—Como debería ser —gruñó Corvino a sus espaldas.

Al mirar a su alrededor, Esquirolina se dio cuenta de que todos los que habían regresado del lugar donde se ahogaba el sol estaban a su lado: Zarzoso, Borrascoso, Corvino y

Trigueña. Levantó la mirada al cielo. «Plumosa, ¿nos estás viendo?». Cerró los ojos un momento, deseando no haber tenido que dejar atrás para siempre a su amiga, en la tierra de la Tribu de las Aguas Rápidas.

—¡Vamos! —exclamó Estrella de Fuego.

Con un feroz grito de guerra, los guió hacia el territorio del Clan de la Sombra.

El Sendero Atronador que había separado durante lunas y lunas al Clan del Trueno del Clan de la Sombra estaba extrañamente silencioso.

—Justo antes de empezar a destruir nuestra parte del bosque, los Dos Patas

impidieron el paso de sus monstruos por aquí —le susurró Trigueña a Esquirolina —. Al menos así es más fácil cruzarlo —añadió secamente.

La dura superficie estaba fría como el hielo cuando Esquirolina la cruzó corriendo en dirección a los árboles del otro lado. Oyó el distante rugido de los monstruos y captó su desagradable olor. Le temblaban las patas, pero la rabia la impulsaba a seguir adelante. Corvino corría a su lado, con los ojos duramente clavados en el camino que tenían delante. A Esquirolina la asombró que el cuerpo huesudo y maltrecho de su amigo tuviera aún tanta fuerza.

Vislumbró un monstruo de los Dos

Patas entre los árboles. Sus grandes zarpas delanteras, de color amarillo, tenían las garras desenvainadas, y con ellas estaba arrancando la vegetación. De pronto, un sonido violento y antinatural llenó el bosque, y Esquirolina frenó en seco. A su alrededor, todo resonó con espantosos crujidos y gemidos que parecían hendir el aire.

Pegando su cuerpo al tembloroso suelo forestal, vio uno de los monstruos de los Dos Patas a sólo unas colas de distancia. Con sus gigantescas zarpas arrancó un roble, sacando sus raíces de la tierra como si fuera una brizna de hierba. Las ramas del árbol

repiquetearon como el granizo cuando el monstruo le dio la vuelta y empezó a pelar el tronco, rociando a los gatos con una lluvia de pedacitos de corteza. Algo gruñó detrás de ellos, y, al dar media vuelta, Esquirolina se encontró con que les cortaba el paso otro monstruo que avanzaba firmemente en dirección a ellos.

—¡Ya casi están en el campamento! —aulló Trigueña.

Aterrorizada, Esquirolina vio más monstruos delante de ellos, abriéndose paso hacia la maraña de zarzales que ocultaba el campamento del Clan de la Sombra.

—Tendremos que ir por ahí —indicó

Estrella de Fuego, señalando con la cola un hueco entre los árboles que los monstruos aún no habían tocado.

—¡No! —bufó Corvino—. ¡Será más rápido por aquí!

Y salió disparado directamente hacia el campamento.

—¡Detente! ¡Te matarán!

Esquirolina saltó sobre Corvino y lo derrumbó, clavándole las uñas en la piel.

Corvino cayó debajo de ella, bufando de rabia.

—¡Suéltame!

—¡¿Te has vuelto loco?! —chilló Esquirolina—. ¡No voy a permitir que te mates!

—No me da miedo unirme al Clan Estelar —replicó Corvino con furia—. El bosque ya está muriéndose, ¡y Plumosa estará esperándome en el Clan Estelar!



14

Zarzoso se inclinó para lanzarle un bufido a Corvino.

—¿Prefieres reunirte con una guerrera muerta a luchar para salvar a guerreros vivos?

La aprendiza notó que el cuerpo de Corvino dejaba de ofrecer resistencia, pero Zarzoso continuó.

—¡Tu clan te necesita más que

nunca! ¡Usa la cabeza y obedece las órdenes de Estrella de Fuego! Esquirolina, ya puedes soltarlo.

Ella le hizo caso, pero no estaba muy convencida. Casi esperaba que Corvino volviera a salir disparado hacia los árboles, pero el aprendiz del Clan del Viento se limitó a levantarse y sacudirse.

Detrás de ellos, un monstruo asesino de olmos atacó a su víctima. Astillas afiladas como espinas salieron disparadas por el aire, y Esquirolina notó un dolor punzante cuando una de esas astillas se le clavó en el costado.

—¡Ahora! —aulló Estrella de Fuego.

Los gatos saltaron hacia delante justo cuando el monstruo partía una rama del olmo, mandándola con un estruendoso crujido al lugar sobre el que estaban los gatos apenas un segundo antes.

Estrella de Fuego se detuvo al llegar al zarzal.

—Tormenta de Arena, toma a Hojarasca y al resto de tu patrulla y sacad de aquí a los cachorros y las reinas —ordenó—. Musaraña, llévate a Oreja Partida y Corvino con tu patrulla y buscad a los veteranos.

Esquirolina se volvió para seguir a su madre, pero el líder la llamó.

—¡Esquirolina, te necesito aquí!

Espinardo, ayuda a salir a los aprendices. Por favor, guerreros del Clan del Río, id con él —pidió.

Vaharina asintió y se marchó con el gato del Clan del Trueno.

—Manto Polvoroso, espera en la entrada y asegúrate de que todo el mundo escapa. No permitas que nadie bloquee la salida.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Bigotes mientras los demás se marchaban a toda prisa.

—Te lo diré enseguida —le dijo Estrella de Fuego. Se volvió hacia Trigueña, que estaba arañando el suelo con sus largas uñas—. Tú conoces esta parte del bosque mejor que nosotros, y

no podremos regresar por donde hemos venido. ¿Cuál es la ruta más rápida para salir de aquí?

—¡Por allí! —respondió Trigueña de inmediato, señalando un hueco entre los árboles—. Si nos damos prisa, llegaremos antes que los monstruos, y desde esa zona podremos tomar una senda que lleva al túnel que pasa por debajo del Sendero Atronador.

Estrella de Fuego se volvió hacia Bigotes y Estrella Alta.

—Vosotros dos debéis defender nuestra vía de escape —maulló.

Era la tarea menos peligrosa de todas, y Esquirolina se imaginó que su padre estaba intentando proteger la

última vida del viejo líder del Clan del Viento. Estrella de Fuego miró a su hija y a Zarzoso.

—Vosotros dos, id con Trigueña al campamento. Ella conoce todas las guaridas. Comprobad que no queda ningún gato dentro del campamento. Si me oís aullar, salid de allí inmediatamente. Significará que los monstruos han alcanzado el zarzal.

Zarzoso acercó el hocico al oído de Esquirolina.

—¿Te parece bien nuestra misión?

—¡Por supuesto que sí! ¿Por quién me tomas, por una cachorrita que nunca ha salido de la maternidad?

Indignada, se apartó de él. Zarzoso

parpadeó, con ojos brillantes de inquietud, y entonces la aprendiza se dio cuenta de que sólo estaba preocupado por ella.

—Estoy bien… —afirmó—. Esto será una batalla, y necesito luchar por el bosque… y no me importa si es imposible vencer. No podemos defraudar a Trigueña.

Se dio la vuelta y corrió a la entrada del campamento. Trigueña ya estaba en el espinoso túnel que llevaba al campamento. Cuando Esquirolina entró en el claro principal pisándole los talones, el olor a miedo la hizo frenar en seco. Los gatos del Clan de la Sombra corrían de un lado a otro, ciegos de

pavor. Los alaridos aterrorizados de las reinas hendían el aire, y los guerreros repartían órdenes aquí y allá.

En medio del caos, los guerreros recién llegados estaban consiguiendo mantener la calma. Esquirolina vio a Acedera y Oreja Partida flanqueando a un grupo de confundidos veteranos del Clan de la Sombra para ayudarlos a cruzar el claro. En el extremo más lejano, Hojarasca urgía a Nariz Inquieta, el antiguo curandero del Clan de la Sombra, a que la siguiera hasta la salida.

El pelaje blanco de Estrella Negra resaltaba entre las sombras. Había un aprendiz gris acurrucado junto a él, con

todo el pelo erizado.

—¡No tengas miedo! —gruñó el líder del Clan de la Sombra, intentando que se levantara—. ¡No permitiré que mueras!

Empezó a empujar al aterrado aprendiz hacia el túnel. De repente, un cachorro chilló desde el fondo del claro. Estrella Negra se volvió, y Esquirolina siguió su mirada. El pequeño bulto de color marrón se había pegado al suelo y tenía los ojos fuertemente cerrados.

Estrella Negra miró ceñudo a Esquirolina.

—¡No te quedes ahí parada! ¡Saca a Ahumado mientras yo voy a buscar a ese cachorro!

Empujó al aprendiz hacia ella y fue a por el gatito. Ahumado se quedó mirando a Esquirolina sin pestañear, demasiado conmocionado para hablar o moverse. No había tiempo para presentaciones formales. La aprendiza lo agarró por el pescuezo y empezó a tirar de él. Lo metió en el túnel y se quedó allí, escudriñando el claro. Estrella Negra había agarrado al cachorro y corría hacia ella. Esquirolina se apartó de su camino justo a tiempo para permitirle que saliera disparado.

Se dirigió a toda prisa a la maternidad y se asomó. Examinando las sombras, olfateó el aire y aguzó el oído por si captaba maullidos por encima del

rugido de los monstruos. La guarida estaba vacía.

—¿Han salido todos? —le preguntó Ala de Mariposa, que apareció de repente a su lado con el pelo erizado.

Mientras asentía, Esquirolina oyó cómo Alcotán se dirigía a uno de sus compañeros de clan:

—Ya hemos hecho bastante. Ahora salgamos de aquí, ¡antes de que destruyan el bosque!

—¡Nos quedaremos hasta que hayan salido todos! —lo contradijo Vaharina al instante; y su cortante voz hizo que Alcotán se quedara paralizado por la sorpresa.

—¡Deja de actuar como si estuvieras

al mando! —le bufó furiosa Ala de Mariposa a su hermano.

—Puede que no lo esté ahora —replicó él con rabia—. Pero ¡lo estaré algún día!

Esquirolina sintió un escalofrío, pero no había tiempo para pensar en aquellas cosas ahora. Una reina parda del Clan de la Sombra estaba intentando que sus cachorros cruzaran el claro. Soltaba a uno y corría a por el otro, y así continuamente. Esquirolina se acercó a ella a toda prisa.

—¡Yo llevaré a éste! —exclamó, y tomó a uno de los pequeños con los dientes.

La reina le lanzó una mirada de

agradecimiento, y juntas fueron hasta la salida. Manto Polvoroso estaba esperando fuera. Esquirolina le lanzó el cachorro y volvió atrás por el túnel.

El claro estaba vaciándose rápidamente, pero el rugido del monstruo estaba ensordecedoramente cerca. «Comprobad que no queda ningún gato dentro del campamento». La orden de Estrella de Fuego resonaba en sus oídos. Inspeccionó las sombras del muro del campamento, aterrada por si en cualquier momento aparecía un monstruo arrasándolo todo, pero en el claro ya sólo quedaban Zarzoso, Trigueña y Ala de Mariposa.

—Ala de Mariposa, ve fuera y ayuda

a Hojarasca con los posibles heridos —ordenó Zarzoso—. Nosotros echaremos un último vistazo al campamento para comprobar si queda algún rezagado.

Ala de Mariposa se encaminó al túnel.

—¡Daos prisa! —les dijo por encima del hombro.

Había árboles tambaleándose y cayendo alrededor del campamento. Sus ramas sin hojas tamborileaban como huesos secos, pero Esquirolina no había oído aún la señal de su padre, así que tenía que suponer que todavía era seguro permanecer allí.

—¿Ha salido todo el mundo? —preguntó Zarzoso.

—Tenemos que revisar de nuevo las guaridas para asegurarnos —respondió Trigueña sin resuello.

—Yo he inspeccionado la maternidad —maulló Esquirolina—. Ya está vacía.

—¿Amapola y sus cachorros han salido?

—He ayudado a una reina y a sus cachorros a ir hasta el túnel —respondió la aprendiza.

Zarzoso agitó la cola.

—Yo iré a la guarida de los guerreros —dijo, y miró a su hermana—. Tú ve a la de los aprendices.

—¿Y qué pasa con el claro del curandero? —le preguntó Esquirolina a

Trigueña.

—Cirro ya se ha marchado.

—Pero ¿hay gatos enfermos en su guarida?

Trigueña parpadeó.

—No lo sé —admitió.

—Iré a comprobarlo. ¿Dónde está la entrada?

—¡Allí!

Trigueña señaló con la cola un enmarañado espino al lado de la guarida de los guerreros.

Esquirolina recorrió el estrecho túnel retorciéndose. El pasaje se abría a una larga guarida, separada del campamento y del bosque por una densa cubierta de espinos. La guarida estaba

desierta, y Esquirolina se disponía a salir de allí cuando oyó el aviso de su padre.

—¡Salid todos! ¡Los monstruos han llegado al campamento!

La aprendiza empezó a deslizarse por el túnel, pero las espinas se le clavaron en el pelo. Pataleó con ferocidad, y notó cómo las espinas se hundían más profundamente. Un árbol gimió delante de ella, y su madera crujió cuando empezó a caer. Con un impacto ensordecedor, se desplomó tan cerca del campamento que Esquirolina notó cómo el suelo se estremecía bajo sus patas.

Desesperada de miedo, se retorció con más fuerza, intentando liberarse.

—¡Zarzoso! —chilló—. ¡Ayúdame!

Esperaba que le cayera encima algún árbol de un momento a otro. ¿Moriría intentando ayudar al Clan de la Sombra, sin ninguna posibilidad de ver su nuevo hogar?

De pronto, Esquirolina notó unas fuertes mandíbulas que se cerraban en su pescuezo y tiraban de ella. Las espinas le arañaron los costados como garras, pero no le importó. Al ponerse en pie, vio que Zarzoso estaba mirándola sin pestañear, casi sin aliento.

—¡Gracias! —exclamó con voz estrangulada.

Restregó el hocico contra el del guerrero, pero todavía no estaban a

salvo. Otro árbol gimió más adelante, y Esquirolina vio cómo una gigantesca sombra se cernía lentamente sobre el campamento. Un enorme sicomoro caía hacia ellos, y sus ramas iban desplegándose por el cielo conforme se doblaba.

—¿Dónde está Trigueña? —preguntó Esquirolina, alarmada.

—Le he dicho que se fuera —respondió Zarzoso—. Han salido todos menos nosotros. ¡Marchémonos de aquí!

Los dos corrieron hacia el túnel y lo atravesaron a la carrera; estuvieron a punto de chocar contra Manto Polvoroso, que estaba esperando fuera.

—¡Sois los últimos! —bramó el

guerrero marrón—. ¡Vamos!

Al mirar por encima del hombro, Esquirolina vio cómo el sicomoro se derrumbaba sobre el campamento, aplastándolo todo bajo sus pesadas ramas. Otro de los campamentos de clan acababa de ser destruido. El hogar en el que había vivido el Clan de la Sombra durante incontables lunas había desaparecido para siempre.

Manto Polvoroso los guió por el bosque. Estrella Alta y Bigotes aguardaban en el camino, contemplando con ojos desorbitados y espantados cómo los árboles iban cayendo a su alrededor. Estrella de Fuego, Hojarasca y Trigueña estaban con ellos.

—¡Deprisa! —los instó Bigotes—. ¡Los demás ya van de camino al túnel del Sendero Atronador!

—¡Creía que no habíais oído mi aviso! —exclamó Estrella de Fuego, jadeando.

—Me he quedado enganchada —explicó Esquirolina sin aliento.

—¿Dónde está Corvino? —preguntó Zarzoso, mirando alrededor.

—De camino al túnel subterráneo —respondió Estrella de Fuego, y se estremeció cuando otro roble cayó al suelo cerca de allí.

—¿Han salido todas las reinas y los cachorros? —preguntó Trigueña.

—Estrella Negra llevaba un

cachorro —respondió Bigotes—. Y había una gata parda con dos más.

—¿Y Amapola?

—¡Yo pensaba que Amapola era la reina parda! —exclamó Esquirolina.

—¡Amapola es atigrada! —Trigueña elevó la voz, llevada por el pánico—. ¡Y tiene tres cachorros, no dos!

Los gatos se miraron entre sí, abatidos.

—Yo… creía que habían salido todos —bufó Manto Polvoroso.

—El campamento estaba vacío, de eso estoy segura —declaró Esquirolina —. ¡Deben de haber salido en dirección al bosque!

Aguzó las orejas, por si oía

maullidos de cachorros.

—¡Por allí! —exclamó Bigotes, señalando con el hocico un claro rodeado de árboles jóvenes de tronco pálido.

Todos echaron a correr. Esquirolina luchaba por avanzar con firmeza sobre las resbaladizas hojas.

—¡Deprisa! —bufó Estrella Alta detrás de ella.

La aprendiza notó cómo Zarzoso la empujaba. Mientras trataba de no perder pie, un crujido resonó por encima de ellos, y un árbol cayó al suelo sólo unas colas por delante, separándolos de los demás. Esquirolina dio un respingo y cerró los ojos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarzoso.

Esquirolina abrió los ojos pestañeando y vio el árbol tumbado ante ellos. ¿Habrían escapado Hojarasca y los demás? Trepó al tronco recién caído junto con Zarzoso.

—¡Están bien! —chilló aliviada.

Trigueña y Hojarasca se hallaban en el claro con Amapola. Bigotes estaba intentando controlar a sus tres cachorros, que corrían aterrorizados con la cola levantada y erizada. Mientras tanto, Estrella de Fuego examinaba el bosque desde el lindero del claro, en busca de la mejor vía de escape. Al bajar la mirada, Esquirolina vio que

Estrella Alta había atravesado las ramas del árbol derribado y que corría cojeando para reunirse con el líder del Clan del Trueno.

Entre los árboles, la aprendiza vio monstruos por todas partes, acercándose cada vez más con voracidad. De pronto, oyó un crujido aterradoramente familiar.

—¡Cuidado! —chilló. Un añoso abedul estaba inclinándose hacia el claro—. ¡Salvad a los cachorros! —gritó mientras el árbol proyectaba su sombra sobre el pelaje rojizo de su padre.

Amapola la oyó y agarró a un cachorro; Trigueña tomó a otro y, con Hojarasca y Estrella Alta pisándoles los

talones, se apartaron a toda velocidad. Pero Bigotes todavía estaba yendo en busca del tercero, y Esquirolina vio horrorizada cómo el árbol se abalanzaba hacia él.

Sintió que se le paraba el corazón en aquel instante que se prolongaba una eternidad. Estrella de Fuego saltó hacia delante y embistió a Bigotes. Esquirolina tuvo el tiempo justo de ver cómo el guerrero del Clan del Viento volaba por el aire con el cachorro firmemente sujeto entre sus dientes, antes de que el árbol aterrizara con un estruendo ensordecedor.

—¡Estrella de Fuego! ¡No!

La aprendiza se bajó del tronco de

un salto y corrió hacia el árbol caído. Zarzoso la siguió, y luego se desvió hacia una figura marrón atigrada que se tambaleaba al borde de las ramas.

—¡Os tengo! —exclamó, mientras ayudaba a Bigotes y al cachorro, enredados entre las ramas.

Hojarasca salió dando traspiés, aturdida, de debajo de un arbolillo torcido que la había protegido. Pero no había ni rastro de Estrella de Fuego. Un Dos Patas gritó, y otro rugido desgarrador hizo temblar el aire.

—¡Salid de aquí! —bramó Zarzoso.

—¡Yo no pienso marcharme sin Estrella de Fuego! —exclamó Esquirolina.

—¡Lo encontraremos! —le aseguró Zarzoso, que inmediatamente miró a Bigotes—. ¡Llévate a los demás al Sendero Atronador!

La tierra se estremeció cuando cayó otro árbol a sus espaldas.

—Os esperaremos en el túnel —prometió el guerrero.

Mientras los gatos del Clan del Viento y el Clan de la Sombra salían disparados, Esquirolina corrió hacia Hojarasca, que estaba escarbando entre las ramas del árbol derribado.

—¡Puedo verlo! —chilló la joven, arañando desesperadamente la tierra.

Zarzoso se coló entre la maraña de madera rota, abriéndose paso con la

cabeza. Esquirolina vio el pelaje rojizo de su padre debajo de una pesada rama. Zarzoso estiró el cuello y agarró al líder. Temblando por el esfuerzo, lo sacó a rastras y lo depositó sobre el suelo cubierto de hojas.

Un débil rayo de sol iluminó el intenso pelaje del líder del Clan del Trueno: estaba inmóvil y tenía los ojos cerrados.

—Está perdiendo una vida —susurró Hojarasca.

—Estrella de Fuego… —Esquirolina empezó a temblar—. ¡Papá! —aulló.

A su alrededor, los monstruos sacudían el suelo; sus ojos amarillos

brillaban entre los árboles.

—¡Tenemos que sacarlo de aquí! —bufó Zarzoso.

—No podemos arriesgarnos a moverlo —le advirtió Hojarasca.

Esquirolina pegó el estómago al suelo.

—Pues yo no pienso marcharme sin él.

Otro crujido ensordecedor estalló sobre ellos. Esquirolina entornó los ojos porque el bosque se oscureció de repente. En su mente centellearon las imágenes del pasado: Tormenta de Arena, el viejo campamento, la Tribu de las Aguas Rápidas, Plumosa… «¡Clan Estelar, no me dejes morir todavía!

Después de todo lo que hemos pasado, ¡necesito saber que el Clan del Trueno sobrevive!».

—¡Esquirolina! —La llamada de Zarzoso sonó amortiguada bajo las ramas caídas que los cubrían—. ¿Dónde estás?

La aprendiza abrió los ojos y, temblando, respiró hondo. El árbol derribado había caído sobre el tronco de otro, que los había protegido formando una pequeña cueva. El pelaje marrón oscuro de Zarzoso era apenas visible entre las ramas. Esquirolina agitó la cola e inspeccionó sus patas, una tras otra.

—¡Estoy bien! —exclamó. No tenía

nada roto, pero notaba los arañazos provocados por las ramas—. Zarzoso, ¿estás herido?

Con un gruñido, se impulsó hacia el guerrero y alargó el cuello para lamerle el costado.

—Ninguna herida grave; estoy bien —masculló él, esforzándose por incorporarse—. ¿Puedes ver a tu hermana?

Esquirolina aguzó la vista en la penumbra.

—¿Hojarasca?

—Estoy aquí —respondió una voz.

Entonces logró distinguirla. Su hermana estaba inclinada sobre Estrella de Fuego, protegiendo su cuerpo con el

suyo.

—El cachorro… ¿está a salvo? —maulló Estrella de Fuego con voz ronca.

Al oír a su padre, Esquirolina se retorció entre las ramas agachando la cabeza, hasta que pudo plantarse bien sobre el suelo. Notó la sangre corriendo por sus zarpas, fría como el hielo. Avanzó esforzadamente entre las ramas, hasta que sintió el aliento de su padre en la mejilla. Estrella de Fuego tenía los ojos vidriosos, pero abiertos.

—¿Has hablado con el Clan Estelar? —le susurró Hojarasca al líder.

—Apenas he podido ver a nuestros antepasados —respondió él con voz quebrada—. Pero sé que estaban ahí. —

Levantó la cabeza—. ¿Bigotes ha conseguido rescatar al cachorro?

—Sí, están a salvo los dos —respondió Zarzoso, retorciéndose entre las ramas para llegar a su lado.

Esquirolina miró a los ojos a su hermana.

—¿Estrella de Fuego estará bien?

—Estará bien —contestó la aprendiza de curandera, restregando la nariz contra el hocico de su hermana—. No te asustes. Sabíamos que esto podía pasar…

Esquirolina notó que el corazón le latía en la garganta.

—¿Cómo podemos sacarlo de aquí?

—Puedo caminar —contestó

Estrella de Fuego, poniéndose en pie a duras penas.

De pronto, un Dos Patas aulló por encima de ellos. Sonó tan cerca, que Esquirolina se revolvió con un gruñido. Alzó la vista. Una sombra se cernía sobre las ramas que los cubrían.

—¡Debemos irnos ya! —bufó Zarzoso.

El Dos Patas estaba inspeccionando la maraña de ramas. Hojarasca pegó el estómago al suelo, con las pupilas dilatadas de miedo.

—No permitiré que te atrapen de nuevo —le susurró Esquirolina, y luego se volvió hacia Zarzoso—. ¿Puedes sacarlos de aquí si yo distraigo al Dos

Patas?

El guerrero parpadeó.

—No creo que eso sea muy seguro… —empezó.

—Estaré bien, Zarzoso —afirmó Esquirolina—. Venga… no tenemos mucho tiempo.

Sin esperar, salió de entre las ramas retorciéndose. Vio las extremidades del Dos Patas delante de sus narices, y, lanzando un estridente maullido de rabia, corrió hacia ellas y las arañó al pasar por debajo. Oyó el alarido del Dos Patas, y al mirar atrás, lo vio yendo patosamente hacia ella, alejándose de su hermana y sus compañeros de clan.

Esquirolina corrió a toda prisa por

el sotobosque tapizado de astillas. Delante de ella, otro monstruo levantó sus zarpas en el aire para abatir a otro árbol. La aprendiza viró hacia una franja de zarzales y se volvió para ver a sus compañeros. «¡Clan Estelar, ayúdalos!». Entonces entrevió el pelaje rojizo de su padre, serpenteando entre las ramas del árbol caído y encaminándose al extremo más alejado del claro. Zarzoso corría junto a él, y Hojarasca iba detrás de los dos. Cuando el pequeño grupo salió a campo abierto, donde podían ser vistos más fácilmente, Esquirolina echó la cabeza hacia atrás y soltó un bufido aterrador. Oyó cómo el Dos Patas corría en su dirección y comenzaba a dar

patadas al zarzal, intentando sacarla de allí. Ella retrocedió con la cabeza agachada y bufó de nuevo. Aquel Dos Patas tenía que seguir concentrado en ella mientras los demás escapaban.

Asomándose entre las espinas, vio que Zarzoso miraba hacia donde estaba ella, aunque continuó adelante hasta alcanzar la seguridad de los árboles que seguían en pie. Esquirolina se relajó por fin, aliviada. Avanzó entre las zarzas retorciéndose, y bordeó el lindero del claro hasta llegar al sendero que llevaba al túnel. Estrella de Fuego, Zarzoso y Hojarasca corrieron hacia ella.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Hojarasca sin aliento.

—¡Sigue adelante! —bufó Zarzoso.

Esquirolina echó a correr a su lado. Estrella de Fuego trastabillaba, tropezando sobre la endurecida tierra.

—¡No te pares ahora! —lo instó, apretándose contra él.

Zarzoso flanqueó al líder por el otro lado, y así consiguieron mantenerlo en pie mientras corrían hacia la seguridad del túnel que los llevaría hasta el territorio del Clan del Trueno.

Habían conseguido escapar de los Dos Patas, pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que perdieran todo el bosque para siempre?



15

Hojarasca entró disparada en el túnel que discurría por debajo del Sendero Atronador. La seguían Zarzoso y Esquirolina, con Estrella de Fuego trastabillando entre ellos. Al salir de las sombras del túnel, la fría luz del día la cegó por unos instantes, y la aprendiza de curandera entrecerró los ojos para poder ver a los exhaustos gatos del Clan

de la Sombra, que se habían tendido en la estrecha franja de hierba que bordeaba el abandonado Sendero Atronador.

Los cachorros de Amapola gimoteaban, apretujándose contra su madre. Cirro corría de un gato a otro, impotente sin ninguno de sus remedios, y Estrella Negra contemplaba a su clan como si no pudiera creer lo que les estaba sucediendo. Su pelaje blanco estaba manchado de sangre, y sus patas negras se hallaban cubiertas de corteza y astillas.

La voz de Estrella de Fuego sonó detrás de Hojarasca.

—¿Estáis… todos bien?

—Deberías tumbarte —le aconsejó su hija—. Aquí no hay monstruos.

—¡No podemos quedarnos en campo abierto! —protestó Zarzoso.

—Tenemos que descansar antes de seguir adelante —replicó Hojarasca.

Estrella Alta se le acercó cojeando.

—¿Estrella de Fuego se encuentra bien? —le preguntó a la aprendiza con voz agitada.

—Sí, pero ha perdido una vida por la caída del árbol —explicó Hojarasca.

Estrella Alta cerró los ojos y se estremeció de la cabeza a la punta de la cola.

—Me llevo a mis guerreros a casa —anunció Vaharina; los gatos del Clan

del Río estaban agrupados al borde del espacio herboso.

—¿Nos ayudarás primero a conducir al Clan de la Sombra a las Rocas Soleadas? —le preguntó Estrella de Fuego.

—¿Las Rocas Soleadas? —Estrella Negra entrecerró los ojos—. ¿Por qué quieres llevarnos allí?

—Allí es donde vive ahora el Clan del Trueno. En esa zona estaréis a salvo de los Dos Patas —maulló Estrella de Fuego—. Carbonilla tiene hierbas para tus gatos heridos, y hay sitio para que todos descanséis.

«¿Y a qué otro lugar puede ir el Clan de la Sombra?», pensó Hojarasca,

desalentada. Apenas había un lugar en el bosque que no hubieran destrozado los Dos Patas.

—De acuerdo —asintió Vaharina—. Os acompañaremos hasta las Rocas Soleadas. Pero que seáis bien recibidos en el territorio del Clan del Trueno no significa que lo seáis en el nuestro.

—¡Estaremos patrullando la frontera! —avisó Alcotán, con unos ojos tan fríos como el hielo.

Esquirolina lo miró, ceñuda.

—¿Cómo puedes preocuparte por las fronteras en un momento como éste? ¿Cuándo te darás cuenta de lo que significó nuestro viaje para todos los clanes?

Zarzoso la hizo callar con una mirada.

—El Clan de la Sombra no traspasará la frontera… —prometió.

—¡Por supuesto que no lo haremos! —bufó Estrella Negra.

Zarzoso se volvió hacia Hojarasca.

—¿Cuánto tardaremos en poder seguir la marcha?

Al ver que la joven vacilaba, Estrella de Fuego levantó la cabeza.

—Estoy recuperando las fuerzas —dijo sin más—. Podremos irnos enseguida.

—¿Cirro? —Hojarasca llamó al curandero del Clan de la Sombra—. ¿Están todos en condiciones de llegar a

las Rocas Soleadas?

—Creo que sí, al menos si vamos despacio —contestó el pequeño atigrado.

Hojarasca alzó la vista al cielo. El sol era una tenue esfera ardiente que empezaba a descender hacia la copa de los árboles.

—Deberíamos intentar volver antes de que oscurezca —le dijo a Zarzoso—. Antes de que haga demasiado frío.

—De acuerdo —respondió el guerrero—. Descansaremos lo suficiente para que todos recobren el aliento, y luego nos pondremos en marcha.

Unas finas franjas de nubes flotaban delante del sol cuando los gatos atravesaban ya el bosque en dirección a las Rocas Soleadas.

—¿Amapola? —Hojarasca adaptó su paso al renqueante ritmo de la reina del Clan de la Sombra—. ¿Tus cachorros están bien?

Amapola observó a sus tres hijos, transportados ahora por los guerreros, y asintió.

—Sólo tienen algunos arañazos —murmuró.

—Podremos limpiárselos y tratarlos con caléndula cuando lleguemos a

nuestro campamento.

Vaharina caminaba justo detrás de Estrella Alta, pegándose al costado del viejo líder cada vez que éste se tambaleaba. Fronde Dorado cargaba con uno de los hijos de Amapola, y Oreja Partida seguía a los aprendices del Clan de la Sombra, empujándolos suavemente hacia delante cada vez que reducían el ritmo.

—Es como si ya no perteneciéramos a clanes diferentes… —le susurró Hojarasca a Esquirolina.

Su hermana asintió.

—Así era exactamente en el viaje que hicimos al lugar donde se ahoga el sol.

Sin embargo, cuando los gatos llegaron cojeando a la inclinada superficie de las Rocas Soleadas, las viejas desavenencias regresaron. Los miembros del Clan de la Sombra treparon a la cima de la roca, mientras que los del Clan del Río se detenían junto a los árboles. Fronde Dorado depositó al cachorro al lado de Amapola, y se reunió con los gatos del Clan del Trueno, que subían despacio la ladera. Se apretó contra Acedera, dándole apoyo, al ver que a la gata le flaqueaban las patas de agotamiento. Estrella Alta se tumbó al pie de la roca, demasiado exhausto para subir a ella. Bigotes, Oreja Partida y Corvino se

agruparon a su alrededor.

—¿Cómo ha ido? —Zarpa Candeal corrió hacia Centella y hundió el hocico en su costado, pero se apartó de inmediato—. ¡Estás sangrando!

—Sólo son unos arañazos —la tranquilizó Centella.

Cora salió disparada desde el saledizo, con Betulino trastabillando detrás de ella. La atigrada restregó el hocico contra el de Hojarasca:

—¡Estás viva!

Fronda apareció entonces en la entrada de la maternidad, y se quedó mirando desconcertada a los gatos que abarrotaban la roca.

—¿Qué ha sucedido?

—Todo el mundo está a salvo. —Zarzoso se abrió paso hasta el frente de la patrulla—. Eso es lo importante.

—Gracias, Clan Estelar —suspiró la reina del Clan del Trueno.

Carbonilla salió de su guarida.

—¿Dónde está Estrella de Fuego?

—Estoy aquí —respondió el líder con la voz quebrada, serpenteando entre los reunidos.

Hojarasca lo seguía de cerca, consciente de que su padre continuaba temblando.

—Estrella de Fuego ha perdido una vida —murmuró antes de que Carbonilla pudiera decir nada.

—¿Y qué ha pasado con el

campamento del Clan de la Sombra? —preguntó Escarcha—. ¿Lo habéis salvado?

—No podemos pelear contra los monstruos de los Dos Patas —maulló Estrella de Fuego, desolado—. No hemos podido hacer otra cosa que ayudar al Clan de la Sombra a escapar antes de que destrozaran su campamento.

—¿Han… destrozado el campamento? —repitió Escarcha con voz estrangulada.

—No quedan más que árboles caídos —gruñó Estrella Negra—. Ya no tenemos hogar.

—Aquí estaréis a salvo de momento —le dijo Estrella de Fuego.

Los ojos de Estrella Negra brillaron aliviados un instante. Luego se volvió hacia su curandero.

—Cirro —maulló—. Haz todo lo que puedas para ayudar a tus compañeros de clan.

El pequeño atigrado empezó a moverse deprisa alrededor de los gatos del Clan de la Sombra. Olfateó a Amapola y comenzó a lamerle el costado.

—Aquí hay muchas astillas —maulló, levantando la cabeza.

—Estrella Alta tiene un corte en la pata trasera —añadió Bigotes.

Carbonilla miró a los gatos ensangrentados que la rodeaban.

—Trae todo lo que tenemos —le dijo a Hojarasca—. Esperemos que sea suficiente.

Hojarasca oyó pasos a sus espaldas mientras corría a la grieta donde almacenaban sus provisiones medicinales. Era Cora.

—¡Hay muchísimos heridos! —exclamó la atigrada con los ojos desorbitados y asustados.

—Pero están todos vivos —señaló Hojarasca, metiendo la zarpa en el agujero. Sacó el primer fardo de hierbas que tocó—. ¿Crees que serás capaz de sacar astillas?

—Puedo hacer más que eso —respondió Cora—. ¡Vamos, Betulino! —

exclamó, y los dos juntos fueron hasta un grupo de cachorros del Clan de la Sombra que temblaban de miedo y frío.

—¿Esta minina doméstica es curandera? —gruñó Estrella Negra.

—No te preocupes —le contestó Hojarasca—. Sabe lo que se hace.

Cora tranquilizó a los cachorros con lametazos reconfortantes, y luego animó a Betulino a juguetear con ellos mientras ella los examinaba en busca de cortes y astillas.

Hojarasca volvió a meter la zarpa en la grieta. Esperaba que hubiese bastantes bayas para hacer emplastos para todos los gatos. Para su sorpresa, descubrió que el escondrijo estaba

mejor abastecido de lo que se imaginaba. Sacó toda la caléndula que encontró, y siguió buscando bayas.

Carbonilla apareció tras ella, y asintió al ver el creciente montón sobre la roca.

—Mientras estabais fuera, he vuelto al barranco y he traído todo lo que he podido —explicó.

Se detuvo a observar a la multitud de gatos del Clan de la Sombra que se habían arremolinado inquietos en la cima de la ladera, con rostros confundidos y aterrados.

—Ayuda primero al Clan de la Sombra —ordenó—. Son demasiados para Cirro, y yo puedo encargarme de

Estrella Alta y nuestros propios heridos.

—¿A Estrella Negra no le importará que los ayude? —preguntó Hojarasca.

El líder del Clan de la Sombra estaba sentado con sus veteranos, con los ojos clavados en Cora mientras ésta atendía a otro cachorro.

—Bueno, has conseguido que aceptara la ayuda de Cora —le recordó Carbonilla.

—Pero ella no es miembro del Clan del Trueno… —maulló la aprendiza.

Carbonilla la miró entornando los ojos.

—Estrella Negra no es un necio. Sabe que sus gatos necesitan nuestra ayuda.

Hojarasca asintió. Haciendo acopio de todo su valor, se acercó a los gatos del Clan de la Sombra y se dirigió a Cirro.

—¿Puedo ayudarte?

La mirada de Cirro delató alivio y gratitud, pero, antes de que pudiera contestar, Estrella Negra se volvió hacia Hojarasca con una mirada tan dura como la Piedra Lunar.

—Nosotros podemos cuidar de nuestros propios gatos, gracias.

—Pero ya has permitido que Cora os ayude, y yo tengo hierbas medicinales —respondió Hojarasca, obligándose a sonar tranquila.

—Cirro se las arreglará —insistió el

líder.

Hojarasca arañó el suelo, dividida entre sus obligaciones como curandera y el respeto a los deseos de Estrella Negra. Entonces Cirro maulló en voz alta y clara:

—Estrella Negra, necesitamos esas hierbas.

El líder del Clan de la Sombra echó las orejas hacia atrás, pero su curandero le sostuvo la mirada.

—Con Hojarasca, podré ayudar a nuestros compañeros de clan mucho mejor y más rápido.

Estrella Negra agitó las orejas.

—Está bien —gruñó.

—¿Yo puedo ayudar también? —Ala

de Mariposa cruzó la roca para reunirse con ellos—. Vaharina me ha dado su permiso.

—Tú también puedes —rezongó Estrella Negra, que dio media vuelta como si no quisiera verlo.

—Gracias, Ala de Mariposa —susurró Hojarasca.

Depositó el fardo de hierbas a los pies de su amiga, y corrió de nuevo a la grieta para sacar más.

Carbonilla todavía estaba allí, y había empezado a preparar un ungüento sobre una hoja de roble seca.

—Esto está listo para usarlo —masculló la curandera con la boca llena de bayas a medio mascar—. Vuelve

cuando necesites más.

Hojarasca le llevó el ungüento a Cirro, que estaba examinando a Nariz Inquieta.

—Frótale la piel con esto después de sacarle las astillas —le dijo la aprendiza al curandero—. Evitará que se infecte. —Miró a los gatos del Clan de la Sombra—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Los veteranos se curan más despacio, así que habría que atenderlos lo antes posible —le aconsejó Cirro sin levantar la vista.

Hojarasca se acercó a Guijarro, que estaba tumbado al lado de Nariz Inquieta, con los ojos vidriosos por la

conmoción. La joven lo saludó con un gesto educado, y al ver que él no respondía, se inclinó y comenzó a lamerle el costado. El viejo gato gimió quedamente cuando ella le extrajo una astilla y le aplicó después un poco de ungüento.

La aprendiza atendió a un gato tras otro, hasta que las patas le dolieron de agotamiento. Cuando la luna empezó a iluminar el cielo, la joven levantó la vista hacia el lugar en que se hallaba su padre.

—Cora, ¿puedes ocuparte tú de esto? —preguntó—. Sólo faltan uno o dos aprendices, y quiero ver cómo se encuentra Estrella de Fuego.

—Por supuesto. Adelante.

Estrella de Fuego estaba tendido al lado de Tormenta de Arena, limpiándose la sangre seca que tenía entre las zarpas.

—¿Cómo estás? —susurró Hojarasca, tocándole el hocico con el suyo.

—Estoy bien —ronroneó él, con ojos tiernos y nítidos.

—¿Estás seguro? —Lo observó con atención. A pesar de su conexión con el Clan Estelar, ella no podía saber qué se sentía al perder una vida—. ¿El Clan… Estelar te ha dicho que deberíamos abandonar el bosque ahora?

—Sólo me ha dicho que regresara y que hiciera lo que debo para proteger a

mi clan —respondió Estrella de Fuego—. Y eso es lo que voy a hacer.

Hojarasca oyó cómo los gatos del Clan del Río se acercaban a ellos en la ladera.

—Vamos a volver a nuestro campamento —le dijo Vaharina a Estrella de Fuego—. Pero somos conscientes de que ha llegado el momento de decidir si nos marchamos del bosque.

Hojarasca contuvo la respiración. El destino de los cuatro clanes colgaba en el aire como una telaraña, frágil ante el soplo de aire más suave.

—Estoy segura de que muchos habréis advertido que el río se está

secando —continuó Vaharina.

Bigotes se adelantó.

—Los Dos Patas han desviado el curso del agua —maulló—. Nuestros guerreros los han visto cavando grandes zanjas alrededor del desfiladero para canalizar el río en otra dirección.

Vaharina se limitó a dedicarle un guiño, como si el motivo de la desaparición del río ya no importase.

—Estrella Leopardina me ha dicho que, si destrozaban el campamento del Clan de la Sombra, entonces nosotros debíamos aceptar que los Dos Patas terminarán acabando también con el nuestro. —Le sostuvo la mirada a Estrella de Fuego sin arredrarse—. El

Clan del Río abandonará el bosque junto con los otros clanes.

Hojarasca notó cómo todos los músculos de su cuerpo se relajaban de alivio. Por fin, Estrella de Fuego vería cumplido su deseo de que todos los clanes se marcharan juntos.

Estrella de Fuego se levantó con los ojos brillantes de excitación.

—Bigotes, diles a tus compañeros de clan que el Clan del Trueno y el Clan del Río viajarán con vosotros. —Se volvió hacia Estrella Negra—. ¿El Clan de la Sombra nos acompañará?

Estrella Negra titubeó, pero Estrella de Fuego no estaba de humor para esperar una respuesta.

—¿No seguirás pensando en vivir entre los Dos Patas después de ver de lo que son capaces? —bufó.

Estrella Negra movió la cabeza lentamente.

—El Clan de la Sombra irá con vosotros —maulló—. Al fin y al cabo, ahora ya no tenemos ni campamento ni hogar.

Estrella de Fuego levantó la cabeza para dirigirse a todos los gatos que había sobre la roca:

—¡Nos marcharemos al amanecer!

Maullidos de aprobación resonaron en el aire, y Hojarasca sintió un cosquilleo de emoción. Fuera lo que fuese lo que les reservara aquel viaje,

fuera como fuese el lugar al que iban, nada podría ser peor que quedarse allí, con los Dos Patas y sus monstruos aproximándose por todas partes. Lanzó una mirada a Cora, todavía atareada con los gatos del Clan de la Sombra. ¿Tendrían tiempo de escoltarla hasta su hogar? ¿O la atigrada se había convertido en parte del clan y querría irse con ellos?

—¿Adónde iremos?

Oreja Partida fue el primero en preguntarlo, pero sus palabras se repitieron entre los congregados.

Estrella de Fuego miró a Zarzoso con expectación. El guerrero atigrado bajó la vista, y Esquirolina, que estaba a

su lado, se apretó contra él.

Hojarasca ladeó la cabeza, desconcertada. Zarzoso y Esquirolina parecían un par de aprendices novatos a los que acabaran de preguntar la mejor manera de cazar campañoles.

—Como sabéis, la señal de Medianoche no ha llegado —empezó Zarzoso, como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta como espinas—. De modo que no sabemos adónde tenemos que ir exactamente. Pero podríamos dirigirnos hacia el lugar donde se ahoga el sol.

—Y si no hay ninguna señal antes de que lleguemos allí, podríamos buscar a Medianoche y preguntarle —añadió

Esquirolina.

—¿Cómo vamos a ese lugar donde se ahoga el sol? —inquirió Estrella Negra.

—Nosotros seguimos dos rutas diferentes… —Zarzoso enmudeció y le lanzó una mirada dubitativa a Esquirolina.

—¿Y no sabes cuál tomar? —preguntó Estrella de Fuego.

—Deberíamos… —Zarzoso dudó—. Primero deberíamos dirigirnos a las Rocas Altas —dijo por fin—. Y alejarnos de los Dos Patas.

—Muy bien —aprobó Estrella de Fuego—. Nos reuniremos al borde del territorio del Clan del Viento al

amanecer.

Vaharina y Estrella Alta asintieron.

—Entonces está decidido. —Estrella de Fuego se volvió hacia Estrella Negra—. Sería más fácil para todos si el Clan de la Sombra durmiera esta noche en las Rocas Soleadas —maulló, escogiendo sus palabras cuidadosamente—. Podríamos salir más temprano si descansarais aquí.

Estrella Negra pareció apreciar la diplomacia de su colega.

—En ese caso, nos quedaremos —respondió.

—Como si tuvieran otro sitio al que ir… —susurró Acedera al oído de Hojarasca.

—Pero dormiremos separados del Clan del Trueno, y dejaremos a un guerrero montando guardia —avisó Estrella Negra.

—¡Estos gatos acaban de salvar a tu clan! —exclamó Vaharina—. ¿Acaso crees que el Clan del Trueno os ha traído hasta aquí sólo para atacaros?

—Antes de que empieces a juzgar mis decisiones, veamos si Estrella Leopardina acepta tu plan de abandonar el bosque con los otros clanes —replicó el líder del Clan de la Sombra.

Hojarasca se estremeció. Se volvió hacia su hermana, pero ésta ya no estaba escuchando: miraba fijamente al bosque, con una expresión cargada de ansiedad.

Hojarasca se le arrimó despacio.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo espero que el Clan Estelar nos envíe pronto una señal —maulló Esquirolina.

—Estoy segura de que harán lo que puedan.

Esquirolina la miró muy seria.

—Tienes razón. Incluso sin una señal, sé que el Clan Estelar estará protegiéndonos y guiándonos adondequiera que vayamos.

Hojarasca pestañeó, deseando que su hermana estuviera en lo cierto. No había habido ni una sola señal del Clan Estelar cuando más la necesitaba el Clan de la Sombra. Había sido sólo cuestión

de suerte —y del valor de los otros clanes— que hubieran podido sacar vivos a esos gatos de su campamento. Su impresión de que el Clan Estelar era impotente y no podía ayudarlos, y de que los gatos tendrían que confiar los unos en los otros para sobrevivir, crecía día a día.



16

Las nubes oscurecían el cielo nocturno cuando Hojarasca descendió por la dura ladera de piedra. Una suave brisa prometía una noche sin escarcha, y percibía olor a lluvia. La mayor parte de los gatos estaban durmiendo. El Clan de la Sombra se había apiñado cerca del borde de las Rocas Soleadas, lo más lejos posible del Clan del Trueno.

La aprendiza iba arrastrando las patas de agotamiento, pero su mente bullía de imágenes y recuerdos de los horrores del día, mezclados con la incertidumbre por el viaje que tenían por delante. Consciente de que no podría dormir, se dirigió al bosque. Incluso en la estación sin hojas, el húmedo olor forestal y la sensación de la tierra bajo las zarpas la tranquilizaron.

Al acercarse a los árboles, oyó que la llamaba la voz de Cora.

—¡Hojarasca!

La minina doméstica estaba resguardada entre unas quebradizas hojas de helecho.

—¿Cora? ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Hay algo que necesito decirte… —respondió la atigrada arañando el suelo.

Hojarasca la miró fijamente.

—¿Qué?

—Me marcho —dijo Cora directamente—. Me voy a casa.

Hojarasca contuvo sus deseos de gritar: «¡No! ¡Por favor, quédate!». En vez de eso, le tocó la punta de la oreja con la nariz.

—Ésta no es vida para mí —continuó Cora—. Yo soy feliz con mis dueños, y ellos estarán echándome de menos. No tenía intención de quedarme

tanto tiempo, pero Betulino me necesitaba y yo había empezado a…

—Habías empezado a disfrutar de la libertad —la interrumpió Hojarasca, desesperada por recordarle a su nueva amiga lo que perdería si regresaba con sus Dos Patas.

—Supongo que sí —admitió Cora—. Pero hoy he visto lo frágil que es vuestra libertad. Tenéis que pelear por todo… por la comida, incluso por un sitio en el que refugiaros. —Sacudió la cabeza, disculpándose—. A mí me gusta saber dónde voy a dormir cada noche, y que habrá comida a mi disposición siempre que tenga el estómago vacío. Además, aprecio a mis dueños. No

todos los Dos Patas son tan malos como los que están destrozando vuestro hogar.

—¿Quieres que te enseñe cómo atravesar el bosque? —se ofreció Hojarasca—. Estrella de Fuego te prometió una escolta.

Cora negó con la cabeza.

—El bosque parece bastante tranquilo a estas horas —maulló—. No habrá monstruos de… los Dos Patas pululando por la noche. Además, tú necesitas descansar antes del viaje. —Se volvió hacia las Rocas Soleadas—. Me gustaría que le dieras las gracias a Estrella de Fuego de mi parte.

Apenada, Hojarasca apretó el hocico contra la mejilla de su nueva

amiga. Cora cerró los ojos y suspiró. Luego se irguió.

—Ya me he despedido de Betulino. Fronda ya ha vuelto a comer con normalidad, y ahora estarán bien juntos.

—Gracias por cuidar de mí cuando estábamos en aquella caseta de los Dos Patas —susurró Hojarasca—. Te echaré de menos.

—Yo también a ti. Y estaré atenta por si veo a Látigo Gris —prometió Cora—. Si me encuentro con él, le contaré adónde habéis ido, y que el clan está esperándolo.

La aprendiza notó un cálido lametazo en la oreja.

—Adiós, Hojarasca —murmuró

Cora—. Buena suerte.

—Buena suerte, Cora.

Con el corazón encogido y deseando haber sido capaz de convencer a su amiga para que se quedara, Hojarasca la vio desaparecer en las sombras del bosque.

Un ruido en los helechos la hizo saltar. Acedera salió entre los árboles.

—¿Cora se ha ido a su casa?

—Dice que sus Dos Patas estarán echándola de menos —explicó Hojarasca.

—Lo he oído. ¿Estás bien?

—Por supuesto.

Se preparó para un comentario mordaz sobre que una minina doméstica

no pertenece al bosque, pero, en vez de eso, Acedera se limitó a pestañear comprensivamente.

—Durmamos aquí fuera esta noche —propuso la guerrera—. Al fin y al cabo, es nuestra última noche en nuestro bosque.

Hojarasca se quedó sin aliento ante la idea de no volver a pasar otra noche bajo aquellos árboles, y, por un momento, tuvo ganas de tumbarse, hundir la cara en el montón de hojas y olvidarse de que aquello estaba sucediendo. ¿Cómo podían marcharse si no sabían adónde iban? Pero siguió a Acedera entre los helechos, y juntas aplastaron hojas hasta formar un lecho

lo bastante grande para las dos. Mientras se acomodaban, Acedera rozó la nariz de Hojarasca con su suave cola.

—Tu clan sigue estando aquí —murmuró la guerrera.

—Lo sé.

Hojarasca intentó no pensar en Cora, corriendo sola hacia su casa a través del bosque.

Antes de cerrar los ojos, la aprendiza de curandera levantó la vista y dio gracias al Clan Estelar por el refugio que había proporcionado al Clan del Trueno en lunas pasadas. Ojalá pudiera estar convencida de que había un hogar tan seguro como había sido ése, esperándolos al final de su viaje.

Una fría lluvia despertó a Hojarasca goteando sobre su pelaje. La gata abrió los ojos a un día gris y acuoso. Se estiró y se sacudió las gotas de lluvia del pelo. Su movimiento despertó a Acedera.

—¡Brrr! —se quejó la guerrera parda, poniéndose en pie—. ¡Menudo día para viajar!

A pesar de aquel comentario, Hojarasca vio que su amiga no se atrevía a sugerir que Estrella de Fuego retrasara la partida hasta que cesara la lluvia. Desolada, se dio cuenta de que todos los gatos sabían que no podían quedarse en el bosque ni un instante

más.

Salieron de su empapado lecho y bajaron al pie de las Rocas Soleadas, donde los dos clanes estaban empezando a agruparse. Trigueña estaba compartiendo lenguas con un aprendiz del Clan de la Sombra, deteniéndose cada poco para sacudirse la lluvia de las orejas.

—Me pregunto cómo se sentirá Trigueña al estar de nuevo con el Clan del Trueno —susurró Acedera, siguiendo la mirada de Hojarasca.

—Supongo que se sentirá un poco extraña —murmuró.

—El suelo va a estar muy mojado… —maulló Cenizo, preocupado, junto a

los guerreros y aprendices del Clan del Trueno.

Los demás gatos miraban con ansiedad a Zarzoso, y Hojarasca supo que no tenían el pelo erizado tan sólo por la lluvia. Todos estaban nerviosos por el inminente viaje.

—Con barro o sin él, nos marcharemos en cuanto llegue el Clan del Río —declaró Estrella de Fuego—. ¿No oís a los monstruos de los Dos Patas?

Hojarasca aguzó el oído y, desde luego, por encima del tamborileo de la lluvia, podía oír perfectamente el rugido de los monstruos más allá de los árboles. Nunca los habían oído tan cerca

de las Rocas Soleadas, y se alarmó ante la idea de que también amenazaran su último refugio.

—Quiero que todos los guerreros y los aprendices cacen cuanto puedan antes de partir —maulló Estrella de Fuego—. Compartiremos nuestra caza con el Clan de la Sombra.

—¡El Clan de la Sombra organizará sus propias partidas de caza! —exclamó Estrella Negra desde el otro lado de la roca.

Hojarasca vio cómo a su padre se le ensombrecía el rostro un segundo.

—Muy bien —respondió el líder del Clan del Trueno—. Nuestros guerreros os enseñarán los mejores lugares para

cazar…

—Nosotros podemos encontrar nuestras propias presas —gruñó de nuevo Estrella Negra.

Estrella de Fuego frunció los bigotes, pero se dio cuenta de que era mejor no decir nada. Se volvió hacia Zarzoso: el joven guerrero agitaba la cola y amasaba el suelo con impaciencia.

—Quiero que organices dos partidas de caza, Zarzoso, pero no dejes que nadie se acerque demasiado a los Dos Patas.

—Suena como si estuviera hablando con Látigo Gris —bufó Musaraña al oído de Hojarasca—. ¿Por qué no

nombra lugarteniente a Zarzoso de una vez y acaba con esto?

—Porque eso sería admitir que Látigo Gris está muerto —contestó Manto Polvoroso a sus espaldas.

Estrella de Fuego se sacudió la lluvia de los bigotes y se volvió hacia Carbonilla.

—Prepara hierbas de viaje para todo el mundo —ordenó—. ¿Tendrás suficiente?

—Oh, sí —contestó la curandera—. Sólo espero que el lugar al que vamos tenga las hierbas que necesito para reabastecer mis provisiones.

Hojarasca parpadeó. No se le había ocurrido pensar en eso. ¿En su nuevo

hogar habría caléndula, milenrama, consuelda y todas las valiosas plantas con las que ella había aprendido a curar? Le temblaron las patas al pensar en tener que cuidar del clan sin el auxilio de esas hierbas, y respiró hondo para tranquilizarse antes de correr a ayudar a Carbonilla a preparar las provisiones que necesitarían para el viaje.

Zarzoso guió una partida de caza al goteante bosque, y Musaraña lo siguió con otra. Estrella Negra los observó desaparecer antes de susurrar algo a su lugarteniente, Bermeja. Al cabo de un momento, la gata rojizo oscuro, con el pelo pegado a su delgado cuerpo,

descendía de la ladera rocosa con varios guerreros del Clan de la Sombra.

Carbonilla sacudió la cabeza.

—El Clan de la Sombra tendría que haberse unido a las partidas del Clan del Trueno —murmuró—. No tienen ni idea de cuáles son los mejores sitios de caza, y con las pocas presas que hay en el bosque necesitarán toda la ayuda posible.

—¿Por qué Estrella Negra es tan obstinado? —maulló Hojarasca.

—El Clan de la Sombra siempre ha sido muy orgulloso. —Carbonilla empezó a sacar hierbas de la grieta en la roca—. Ahora que los han expulsado de su hogar, el orgullo es lo único que les

queda.

—Pero ¿no sería más inteligente que uniéramos nuestras fuerzas? —protestó la aprendiza—. Nos espera un viaje muy largo y complicado.

—Las fronteras entre los clanes tienen unas raíces muy profundas —le recordó su mentora—. Y las tradiciones son lo único a lo que podemos aferrarnos a partir de ahora.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con Estrella Negra? —preguntó Hojarasca con incredulidad.

—Por supuesto que no, pero lo entiendo. Aunque resulta de lo más frustrante —añadió—. Al despertarme, me he ofrecido a examinar a sus heridos,

pero Estrella Negra se ha negado en redondo. Me ha dicho que el Clan del Trueno ya hizo bastante por el Clan de la Sombra ayer, y que no tenía intención de aumentar la deuda que había contraído su clan con nosotros.

—¿Cómo puede hablar de deudas? —exclamó Hojarasca—. Ayer, los cuatro clanes se enfrentaron juntos a los Dos Patas, y fuimos tan impotentes como el Clan Estelar para detenerlos.

—Lo sé —maulló la curandera—. Aunque espero que no seamos incapaces de encontrar un nuevo futuro para todos, así que vamos a mezclar las hierbas. Cada viaje comienza con un solo paso, y éste es cosa nuestra.

Bajo la incesante lluvia, las dos gatas empezaron a combinar las amargas hierbas que darían a los gatos fuerzas para el viaje. Malnutridos desde hacía tiempo, necesitarían más que nunca aquella antigua mezcla, transmitida de curandero a curandero durante incontables lunas.

Cuando el montón de hierbas estuvo completo, Hojarasca recordó que no le había contado a su padre lo de Cora.

—¿Puedes disculparme un momento? —le preguntó a Carbonilla.

—Aquí ya no podemos hacer nada más —respondió su mentora—. Yo iré a ver cómo se encuentra Fronda —añadió, mirando hacia la maternidad.

Fronda estaba sentada en el refugio del saliente, lavando a Betulino. El cachorro se retorcía malhumorado —con un aspecto tan normal como el de cualquier otro cachorro— mientras su madre le limpiaba las orejas con su áspera lengua. Al verlo, Hojarasca sintió una oleada de esperanza. Se imaginó a Betulino creciendo y entrenando para convertirse en guerrero en su nuevo hogar, y una profunda certeza de que el Clan del Trueno sobreviviría la inundó como la luz del sol. Se apresuró a envolver las hierbas de viaje con unas hojas para protegerlas de la lluvia, y subió la ladera en busca de su padre.

El líder del Clan del Trueno estaba mirando por encima de la copa de los árboles que se extendían más allá de las Rocas Soleadas. Se erguía bajo la intensa lluvia, con la cola enroscada alrededor de las patas y las orejas bien tiesas, olfateando el aire casi como si le apeteciera la idea del viaje que tenía por delante. Costaba creer que hubiera perdido una vida tan sólo un día antes.

Al oír que Hojarasca lo llamaba, se volvió hacia ella.

—¿Sí?

—Creo que debo contarte que Cora regresó con sus Dos Patas anoche.

Estrella de Fuego asintió.

—Había empezado a tener la

esperanza de que se quedara… —confesó la aprendiza.

—Éste no es momento para que un forastero se una al clan —señaló Estrella de Fuego delicadamente.

—Pero ¡era maravillosa con Betulino!

—Aun así, eso no la convierte en una gata de clan —replicó él—. Durante todo el tiempo que estuvo con nosotros, los olores del bosque jamás la atrajeron lo bastante para que se alejara de la seguridad del campamento. Vino hasta aquí huyendo de la caseta de madera, simplemente porque ese peligro era mayor que la idea de vivir con nosotros. Sé muy bien qué piensan los mininos

domésticos de los gatos que vivimos en el bosque, Hojarasca. Cora será más feliz con sus dueños.

A Hojarasca le sorprendió que su padre usara una palabra propia de mininos caseros, y se preguntó si estaría pensando en sus primeras lunas de vida con los Dos Patas. Cora no había tenido tiempo de hablar con él de Tiznado. ¿Estaría Estrella de Fuego pensando ahora en aquel viejo amigo?

—La echarás de menos, ¿no es cierto? —preguntó el líder inesperadamente.

—Sí, la echaré de menos —admitió Hojarasca—. Ha sido una buena amiga, pero sabía que teníamos que

marcharnos. —Se quedó mirando al bosque—. Estamos dejando atrás muchas cosas queridas —murmuró.

Los ojos de su padre se empañaron de pena.

—Sí, como a Látigo Gris.

A Hojarasca no se le ocurrió nada que pudiera consolarlo. Por mucho que Estrella de Fuego quisiera creer que su lugarteniente seguía vivo, era casi imposible que Látigo Gris pudiese encontrar la forma de regresar con ellos.

—Sé que debemos irnos —continuó el líder—. Quiero marcharme tanto como cualquiera, pero no soporto la idea de que podría no volver a ver a Látigo Gris.

—Eso no lo sabes con seguridad —maulló Hojarasca, esperanzada—. Cora me dijo que estaría atenta, y que si lo veía, le contaría adónde hemos ido.

Un destello de esperanza brilló en los ojos de Estrella de Fuego, pero luego se apagó como una débil brasa.

—¿Cómo va Látigo Gris a escapar de los Dos Patas? —preguntó abatido—. ¿Y cómo encontrará luego nuestro nuevo hogar…?

—¿Vas a nombrar un nuevo lugarteniente? —se atrevió a preguntar Hojarasca.

—¡No! —Estrella de Fuego dio un salto, y la aprendiza retrocedió acobardada—. No hace ninguna falta —

añadió en voz más baja—. Si existe la más mínima posibilidad de que Látigo Gris esté vivo, entonces sigue siendo el lugarteniente del Clan del Trueno.

Pero, antes de que pudiera añadir más, sonaron unos maullidos a sus espaldas. Las partidas de caza del Clan del Trueno habían vuelto y estaban subiendo la ladera rocosa. Llevaban algunas presas —pájaros y ratones—, no demasiadas, pero suficientes para que cada uno tomara una pequeña comida. La partida de caza del Clan de la Sombra regresó poco después. Entre todos, sólo habían conseguido cazar un tordo.

—¿Compartirás nuestras piezas con

ellos? —le preguntó Hojarasca a su padre.

—A Estrella Negra le ofendería el ofrecimiento —contestó él.

—Supongo que pueden cazar mientras viajamos —maulló Hojarasca.

—Ojalá podamos cazar todos. Lejos de la influencia de los Dos Patas debería de haber más presas. —Estrella de Fuego se sacudió—. Ve a comer algo —ordenó—. El Clan del Río llegará dentro de poco.

—De acuerdo.

Hojarasca corrió hasta donde estaban Zarzoso y Esquirolina, compartiendo un pinzón. Los dos parecían calados hasta los huesos.

—¿Quieres un poco? —le ofreció Esquirolina a su hermana.

—Sí, por favor.

Hojarasca notaba el estómago vacío, y ante el olor a carne fresca se le hizo la boca agua. Esquirolina y Zarzoso se apartaron y le dejaron tomar un pedazo.

—¿Quieres llevarle algo a tu hermana? —le preguntó la joven al guerrero.

Los gatos del Clan de la Sombra estaban compartiendo penosamente su escasa captura; cada uno daba un pequeño mordisco, antes de pasar la presa al siguiente.

Zarzoso negó con la cabeza.

—No pienso malgastar mi tiempo.

Hojarasca se sorprendió por la amargura de su tono.

—Nos hemos encontrado con Trigueña mientras estábamos cazando, y Zarzoso le ha preguntado si quería cazar con nosotros —explicó Esquirolina—. Ella nos ha contestado que era guerrera del Clan de la Sombra y que jamás cazaría para otro clan.

—No sé por qué se ha mostrado tan desdeñosa —gruñó Zarzoso—. Es como si hubiera olvidado que nació en el Clan del Trueno, o que viajamos juntos al lugar donde se ahoga el sol.

—Para ella debe de ser difícil volver a estar rodeada del Clan del Trueno —aventuró Hojarasca—.

Probablemente sienta que tiene que demostrar su lealtad al Clan de la Sombra más que nunca.

—Hojarasca tiene razón —maulló Esquirolina—. No te lo tomes como algo personal, Zarzoso. No hace mucho, tú mismo me dijiste que primero está la lealtad hacia tu clan. Deja que Trigueña sienta lo mismo por el Clan de la Sombra, al que pertenece ahora.

—Supongo que estáis en lo cierto… —concedió el guerrero a su pesar—. Yo sólo quería cazar de nuevo con mi hermana.

Hojarasca percibió la tristeza en su voz, y pensó que debía de ser muy duro tener hermanos en otro clan. Miró a

Esquirolina y se sintió agradecida por que ella y su hermana compartieran el mismo hogar, estuviera donde estuviese.

—¡Hojarasca! —la llamó Carbonilla desde la guarida—. ¡Ven a ayudarme!

La aprendiza subió corriendo la ladera.

—¿Puedes llevar estas hierbas a las reinas y los veteranos?

—¿Y qué hago con Betulino?

—Dale sólo media dosis.

Hojarasca miró cautelosamente a Estrella Negra.

—¿Vamos a compartirlas con el Clan de la Sombra?

—Nos sobra un poco de mezcla —maulló la curandera con ojos

centelleantes—. Se la ofreceré a Cirro y le diré que no la necesitamos. Estrella Negra puede aceptarla o no, que haga lo que le parezca.

Hojarasca admiró la bondad de su mentora y su astucia: era una oferta que Estrella Negra podría aceptar sin quedar en mal lugar. Recogió un fardo de hierbas y se lo llevó a Fronda. La reina aceptó con gratitud la amarga mezcla, aunque Betulino no se mostró tan agradecido.

—¡Sabe a carroña! —se quejó.

—Tú jamás has probado la carroña —replicó Fronda—. Ahora, trágatelo.

Hojarasca ronroneó divertida y llevó el fardo a Escarcha, Rabo Largo y

Cola Pintada, que estaban acurrucados bajo el saledizo.

Cuando depositó las hierbas delante de los veteranos, Escarcha negó con la cabeza.

—No desperdicies eso con nosotros —murmuró—. No vamos a irnos con el clan.

Hojarasca parpadeó.

—¡Que no venís! ¿Por qué?

Estrella de Fuego se acercó.

—¿Qué ocurre?

—¡Escarcha dice que no van a venir con nosotros!

—Somos demasiado viejos para un viaje así —explicó Cola Pintada con voz quebrada—. Sólo os retrasaríamos.

Rabo Largo sacudió la cola.

—¿Y de qué serviría yo? ¡No puedo ver siquiera dónde pongo las patas!

—El clan te ayudará durante todo el camino —lo tranquilizó Estrella de Fuego amablemente, y luego miró a las veteranas—. Igual que a vosotras.

—Lo sabemos —maulló Escarcha—. Pero Cola Pintada y yo somos demasiado viejas para tantos cambios. Preferimos morir aquí, bajo el Manto Plateado, sabiendo que el Clan Estelar nos está esperando.

Hojarasca se estremeció. ¿Acaso el Clan Estelar no iría a donde fuesen ellos?

Estrella de Fuego asintió, muy serio.

—No puedo obligarte a venir con nosotros, Escarcha —murmuró—. Sé que tus patas están fatigadas, al igual que las tuyas, Cola Pintada, y que ya estáis oyendo los susurros del Clan Estelar. Sin embargo, a ti, Rabo Largo, no pienso dejarte atrás. —Al ver que el atigrado abría la boca para protestar, Estrella de Fuego prosiguió—: Ayer oíste cómo llegaban los gatos del Clan del Viento antes que nadie. Puede que hayas perdido la vista, pero tu oído y tu olfato son tan buenos como los de cualquier guerrero. Por favor, ven con nosotros.

Rabo Largo cerró sus ojos ciegos y respiró hondo, temblando. Luego los

abrió de nuevo y se volvió hacia Estrella de Fuego, como si estuviera mirándolo directamente.

—Gracias —maulló—. Iré con vosotros.

Borrascoso apareció en la entrada del saledizo a toda prisa.

—¡Estrella de Fuego! Hay un problema. El Clan del Río no puede marcharse hoy.

El líder agitó las orejas, alarmado.

—¿Por qué no?

—Arcilloso se muere. No podemos dejarlo solo.

Escarcha dio un paso adelante.

—Nosotras nos quedaremos con él.

—Podemos cuidarlo hasta que el

Clan Estelar esté preparado para llevárselo —añadió Cola Pintada, asintiendo.

Borrascoso las miró, asombrado.

—Pero él no pertenece a vuestro clan…

—Eso no importa —contestó Escarcha—. Nosotras nos quedaremos aquí igualmente, así podremos hacer por Arcilloso lo que esté en nuestras manos.

—El campamento del Clan del Río está mucho más resguardado que este lugar —maulló Hojarasca—. Si os mantenéis dentro del carrizal, estaréis a salvo de los Dos Patas.

—Eso es cierto —dijo Estrella de Fuego—. Llevaremos a Escarcha y a

Cola Pintada al campamento del Clan del Río, y, si Estrella Leopardina lo aprueba, las dejaremos con Arcilloso. De este modo, el Clan del Río podrá iniciar la marcha con nosotros.

—¿Qué sucede? —preguntó Estrella Negra acercándose al grupo.

—Arcilloso se muere —explicó Estrella de Fuego—. Debemos ir al campamento del Clan del Río antes de desplazarnos al territorio del Clan del Viento.

Estrella Negra frunció los bigotes.

—Nosotros nos adelantaremos y os esperaremos en el lindero del bosque.

Una voz quebrada sonó a sus espaldas, y Hojarasca reconoció el

pelaje gris de Nariz Inquieta.

—Me gustaría despedirme de Arcilloso —maulló el veterano del Clan de la Sombra—. Lo conozco desde que yo era aprendiz.

Estrella Negra miró al antiguo curandero, y, por primera vez, Hojarasca vio respeto en sus ojos.

—Por supuesto, Nariz Inquieta —maulló el líder—. Ve ahora con el Clan del Trueno. Volveremos a vernos en el límite del bosque.

Estrella de Fuego paseó la vista por la roca.

—¿Todo el mundo ha tomado hierbas de viaje?

—Sí —respondió Carbonilla—. De

hecho, nos han sobrado. Quizá pueda aprovecharlas el Clan de la Sombra. No vale la pena que nos las llevemos.

Su tono indiferente no delató su verdadera intención.

Hojarasca lanzó una mirada a Cirro, que agitó la cola de emoción.

—¿Podemos utilizarlas, Estrella Negra? —suplicó el curandero.

—No tiene sentido dejar que se desperdicien —gruñó él.

Cirro empezó de inmediato a repartirlas. El líder del Clan de la Sombra observó a Rabo Largo entornando los ojos. Hojarasca se preparó, suponiendo que iba a decir que no podían llevar a un gato ciego en un

viaje tan largo y peligroso.

Sin embargo, Estrella Negra la sorprendió:

—El guerrero ciego puede venir con nosotros mientras vais al Clan del Río. Es absurdo llevarlo a través del río y otra vez de vuelta. Tengo guerreros que pueden guiarlo por el bosque.

Estrella de Fuego le dedicó un guiño agradecido.

—Gracias —respondió, y tocó a Rabo Largo con la punta de la cola—. ¿A ti te parece bien?

Rabo Largo asintió, y siguió a Estrella Negra ladera abajo, hasta donde aguardaban los gatos del Clan de la Sombra.

—¡¿Estáis todos listos?! —exclamó Estrella de Fuego, dirigiéndose a su clan.

Maullidos afirmativos sonaron por toda la roca, y todos se pusieron en marcha detrás de Estrella de Fuego, que los condujo hacia la orilla. El río ya era poco más que un arroyuelo, a pesar de la incesante lluvia.

—Carbonilla, Hojarasca, venid conmigo —ordenó Estrella de Fuego, deteniéndose junto al cauce; mientras, Nariz Inquieta, Escarcha y Cola Pintada ya estaban siguiendo a Borrascoso a través de los pasaderos—. El resto del clan debe esperarnos aquí hasta que regresemos.

Le hizo una señal a Zarzoso, dejándolo al mando, y fue tras los veteranos.

Los juncos que rodeaban el campamento del Clan del Río estaban resecos y quebradizos, incluso las raíces estaban expuestas. Hojarasca siguió a su padre hasta el claro, y se estremeció al ver que varios gatos se volvían hacia los visitantes con sorpresa, mirándolos con hostilidad.

Estrella Leopardina se hallaba en la entrada de la guarida de los curanderos, con ojos centelleantes.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No os ha transmitido Borrascoso mi mensaje?

—Lo he hecho —maulló Borrascoso, corriendo al centro del claro—. Pero Estrella de Fuego ha venido a proponer algo.

—Escarcha y Cola Pintada no van a venir con nosotros —explicó Estrella de Fuego—, y se han ofrecido a cuidar de Arcilloso.

Estrella Leopardina inclinó la cabeza.

—Eso es muy amable de su parte —maulló—, pero no será necesario. Arcilloso ya está casi con el Clan Estelar.

Hojarasca se apartó de un salto al ver que Nariz Inquieta resollaba de la impresión e iba tambaleándose hacia el

claro de los curanderos. Carbonilla lo siguió, y Hojarasca se apresuró a ir tras ellos, mirando de reojo a la líder del Clan del Río al pasar. Pero Estrella Leopardina los dejó entrar sin poner objeción alguna.

Ala de Mariposa levantó la vista cuando los tres accedieron al claro; se le empañaron los ojos de pesar.

—No hay nada que podamos hacer ya —le dijo la joven a Carbonilla—. Ya no sufre. Me he asegurado de eso.

Arcilloso estaba tendido en mitad del claro. La lluvia se colaba entre las ramas y goteaba sobre su desgreñado flanco, pero a él no parecía importarle: no hacía el menor intento de trasladarse

a un lugar más resguardado. Junto a Ala de Mariposa estaba sentada Sombra Oscura, una veterana del Clan del Río, contemplando con tristeza al moribundo.

Nariz Inquieta se adelantó para acariciar la cabeza de Arcilloso con el hocico.

—Vete deprisa con el Clan Estelar, amigo mío. Nosotros cuidaremos de tus compañeros de clan.

Carbonilla se inclinó para posar el hocico sobre el pelaje del viejo curandero. Cuando Hojarasca se dispuso a imitarla, su nariz se llenó del inconfundible olor de la muerte. Obligándose a no retroceder, cerró los ojos. «Por lo menos tú puedes estar

seguro de que el Clan Estelar está esperándote», pensó.

De pronto, con un respingo entrecortado, Arcilloso tomó desesperadamente su última bocanada de aire; su costado se elevó una vez, y luego se quedó inmóvil para siempre: su espíritu había ido a reunirse con sus antepasados guerreros.

—Ahora está con el Clan Estelar —murmuró Ala de Mariposa.

Hojarasca parpadeó apenada ante el bulto peludo sin vida. Aquel gato jamás vería su nuevo hogar, estuviera donde estuviese. ¿Cuántos gatos más no llegarían al final del viaje?



17

—¡¿Cómo me las arreglaré sin él?! —exclamó Ala de Mariposa con voz estrangulada; tenía los ojos dilatados y temerosos.

—Lo harás bien, Ala de Mariposa —la tranquilizó Carbonilla—. Y habrá tiempo para lamentar su pérdida, pero no será ahora.

La joven aprendiza la miró un

instante; luego asintió y salió del claro del curandero para comunicarle a su clan que Arcilloso había muerto. Hojarasca esperó, y poco a poco los gatos del Clan del Río empezaron a cruzar el túnel para presentar sus respetos por última vez a su curandero. Sólo entonces Hojarasca corrió al claro principal.

Ala de Mariposa estaba sentada bajo la lluvia con la cabeza gacha; el agua le corría por los bigotes.

—No puedo creer que Arcilloso se haya ido —maulló.

—No se ha ido muy lejos —la consoló Hojarasca—. Ahora está con el Clan Estelar.

—Eso espero —murmuró Ala de Mariposa.

Estrella Leopardina salió del claro del curandero y se acercó a Estrella de Fuego.

—Sombra Oscura y Tripón se quedarán aquí con tus veteranas —maulló—. Son demasiado viejos para viajar, y desean velar a Arcilloso.

Estrella de Fuego asintió.

—Esperaremos hasta que el Clan del Río esté listo para partir —murmuró.

Alcotán y Borrascoso se acercaron a Hojarasca y Ala de Mariposa. Por una vez, la mirada de Alcotán era tierna al posar el hocico sobre la mejilla de su hermana.

—Nunca pensé que dejaríamos a nadie atrás —suspiró Borrascoso.

—Yo tampoco —coincidió Hojarasca, volviéndose hacia Escarcha y Cola Pintada.

En su mente apareció la imagen de Látigo Gris mirándola desde las entrañas del monstruo.

Estrella Leopardina se situó en el centro del claro y miró a su alrededor.

—¿Está todo el mundo preparado para partir? —preguntó.

—Hoy no hemos cazado —protestó una reina del Clan del Río, protegiendo a su cachorro con la cola.

—Podremos cazar en el camino —contestó Estrella Leopardina.

Había llegado el momento. En silencio, los gatos comenzaron a dirigirse a la salida del cañizal. Escarcha y Cola Pintada permanecieron en el claro, viendo marchar a sus compañeros de clan.

—Adiós, Escarcha —susurró Hojarasca—. Adiós, Cola Pintada. Buena caza.

—Buena caza —respondió Escarcha.

Hojarasca miró hacia el cielo, surcado por las ramas sin hojas. La lluvia le salpicó el rostro, y parpadeó para librarse de las gotas que se le habían pegado a las pestañas. Era como si el Clan Estelar llorara al ver cómo

sus clanes abandonaban su bosque. Desolada, Hojarasca se preguntó si sus antepasados viajarían con ellos, o si aquélla sería una despedida definitiva.

—Vamos, Hojarasca. —La voz de Estrella de Fuego sonó suavemente en su oído—. El clan nos estará esperando.

El trayecto a través del bosque resultaba sumamente difícil, pues la lluvia encharcaba el suelo lleno de hojas y todo estaba resbaladizo. Los gatos del Clan del Río permanecían juntos, manteniendo el mismo ritmo que los miembros del Clan del Trueno, pero separados unas cuantas colas de ellos.

Acedera caminaba al lado de Hojarasca, y la ayudaba a incorporarse cada vez que tropezaba. Al acercarse al lindero del bosque, donde había una estrecha franja de territorio del Clan del Trueno antes de que empezara el páramo, Hojarasca percibió el olor del Clan de la Sombra. Levantó la cabeza, y pudo verlos debajo de los árboles, apiñados, mojados y temblorosos.

—Pensaba que no llegaríais nunca —se quejó Estrella Negra, sacudiéndose el agua del pelo.

Los gatos del Clan de la Sombra se movieron con impaciencia a su alrededor. No se sentían cómodos bajo los árboles que antes habían pertenecido

al Clan del Trueno; incluso Trigueña parecía deseosa de marcharse. Sin embargo, Hojarasca anhelaba quedarse allí un poco más: de pronto, no soportaba la idea de despedirse del bosque por última vez.

Estrella de Fuego miró a su clan.

—Debemos decirle adiós a todo lo que conocemos —maulló.

Hojarasca notó cómo Acedera se pegaba a ella, y advirtió que Esquirolina se arrimaba a Zarzoso.

—¡Quiero irme a casa! —chilló uno de los cachorritos de Amapola, con los ojos abiertos como platos.

—Nos vamos a casa —le prometió Amapola, agitando las orejas—. Nuestra

nueva casa.

Mientras la reina hablaba, una gata leonada surgió entre los árboles un poco más allá. Aunque la lluvia enmascaraba su olor, Hojarasca reconoció de inmediato a la recién llegada. Era Sasha.

Ala de Mariposa también la reconoció, porque corrió hacia ella y se lanzó al suelo panza arriba, como una cachorrita. Alcotán siguió a su hermana más despacio, moviendo la punta de la cola de un lado a otro. Los gatos del Clan del Río los vieron ir hacia Sasha con paciente aceptación, pero Hojarasca percibió desconcierto en los ojos de los miembros del Clan del Trueno que no conocían a la gata, y también franca

hostilidad en los gatos del Clan de la Sombra.

—¿Qué está haciendo Sasha aquí? —susurró Esquirolina.

—Debe de saber que nos marchamos —supuso Hojarasca.

—Pero ¿por qué ha venido?

Sasha acabó de saludar a sus hijos y se encaminó hacia el grupo de gatos que la observaban. Cenizo bufó amenazadoramente, pero Estrella de Fuego lo hizo callar con una mirada.

—No pensaba que volvería a verte —maulló Estrella Leopardina, inclinando la cabeza ante Sasha.

—Ni yo a ti —admitió la gata—. He venido a pedirles a Alcotán y a Ala de

Mariposa que dejen el Clan del Río y vengan conmigo. He visto lo que los Dos Patas están haciendo con vuestros hogares. Ya no es seguro que mis hijos vivan con vosotros.

Ala de Mariposa bajó la mirada al suelo, y a Hojarasca se le paró el corazón un segundo. «¿De verdad estará pensando en abandonarnos?». Pasó ante Sasha y se encaró a la joven curandera del Clan del Río.

—Sé que las cosas han sido duras últimamente, pero tú no nos abandonarías, ¿verdad? —le preguntó a su amiga.

Ala de Mariposa parpadeó.

—N… no lo sé…

—¡Tu clan te necesita más que nunca! —protestó Hojarasca, y se volvió hacia Alcotán—. No abandonarías a tus compañeros de clan, ¿verdad que no?

—La decisión es suya. —La voz de Estrella de Fuego se alzó por encima del ruido de la lluvia—. Pero yo también creo que deberían permanecer con su clan.

Sasha entrecerró los ojos.

—¿Tú quieres que se queden? —preguntó.

De pronto, el viento cesó, y todos los gatos parecieron contener la respiración ante las palabras de la gata:

—¿Incluso a pesar de que sean hijos

de Estrella de Tigre?

Hojarasca observó las conmocionadas expresiones de los gatos del Clan del Río. Obviamente, no sabían que Estrella de Tigre era el padre de Alcotán y Ala de Mariposa, y eso a pesar de que ellos dos se habían criado en su clan.

Hubo una larga pausa mientras Estrella de Fuego le sostenía la mirada a Sasha.

—Quiero que se queden, precisamente, porque son hijos de Estrella de Tigre —declaró. Zarzoso hundió las garras en el barro, y a Esquirolina se le dilataron las pupilas pensando en su amigo—. Estrella de

Tigre fue un gran guerrero, y estos gatos han demostrado que han heredado su valor. Su clan los necesita ahora más que nunca. —Se volvió hacia Zarzoso y Trigueña—. Los hijos de Estrella de Tigre se han ganado muchas veces su lugar en sus respectivos clanes.

Ahora ya no había secretos. Todos sabían que Estrella de Tigre seguía viviendo en cuatro gatos, y que tres clanes habían alimentado parte de su legado. Ala de Mariposa levantó la vista para observar los rostros de sus compañeros de clan. Alcotán alzó la barbilla como si no le importara lo que pensasen.

Estrella Leopardina asintió.

—Estrella de Fuego tiene razón. El Clan del Río necesita a todos sus guerreros y, sin duda alguna, necesita a su curandera.

—Pero ¡son hijos de Estrella de Tigre!

El bufido de Flor Albina sobresaltó a Hojarasca. La reina del Clan del Río estaba mirando a Estrella Leopardina como si la líder acabara de invitar a un zorro a unirse a su clan.

—¿Y qué? —replicó Esquirolina echando chispas por los ojos—. ¡Eso no significa que no puedan ser leales!

—Alcotán es uno de nuestros mejores guerreros —intervino Borrascoso, mirando a sus compañeros

de clan—. ¿Alguno de vosotros ha dudado alguna vez de su lealtad?

—Jamás —murmuró Vaharina.

Estrella Leopardina miró a Alcotán y a Ala de Mariposa.

—¿Os quedaréis con nosotros?

—Por supuesto —contestó Alcotán de inmediato—. Yo jamás abandonaría a mi clan.

Miró a sus compañeros, desafiante. Sus ojos parecían refulgir bajo la intensa lluvia.

Hojarasca notó que le temblaba la cola. ¿Era la lealtad lo que impulsaba esa decisión… o era la ambición? Miró a Zarzoso de reojo. «¿Cómo dos guerreros con el mismo padre pueden

ser tan diferentes?», pensó.

Ala de Mariposa miró a su madre, agitando las orejas.

—Yo también quiero quedarme con mi clan —maulló—. Ahora soy su curandera. Me necesitan…

Sasha asintió.

—Muy bien. —Se quedó mirándolos—. Estrella de Fuego tiene razón —murmuró—. Veo a vuestro padre en los dos.

Hojarasca oyó gruñir a Flor Albina.

Sasha se volvió hacia la reina del Clan del Río.

—Estrella de Tigre nunca supo de estos hijos suyos, pero se habría sentido orgulloso de ellos. —Miró a los gatos

del Clan del Río—. Sois afortunados al tenerlos a vuestro lado. —Se volvió de nuevo hacia Ala de Mariposa y Alcotán, y se restregó contra ellos—. Deseo que tengáis un buen viaje —maulló.

Luego dio media vuelta y se dirigió al bosque. Los helechos se estremecieron al engullirla, y los gatos de los tres clanes se quedaron mirando en silencio el lugar por donde había desaparecido.



18

—¡Mirad! —aulló Orvallo, haciendo saltar a todo el mundo.

En lo alto de la loma que marcaba el inicio del territorio del Clan del Viento, recortados contra el cielo gris, se hallaban los miembros de todo el clan. Tachonaban la cima como rocas, a la espera.

—Pongámonos en marcha —ordenó

Estrella Negra.

Abandonando el cobijo de los árboles, ascendió deprisa la embarrada pendiente, seguido por los miembros de su clan. Esquirolina se quedó mirando el bosque con tristeza, hundiendo las garras en la familiar tierra ablandada por la lluvia. Todos los gatos del Clan del Río y el Clan del Trueno remolonearon en el lindero, como si partir fuera mucho más duro de lo que se habían imaginado.

—Éste ya no es nuestro hogar —les recordó Estrella de Fuego con delicadeza—. Nuestro hogar nos espera al final del camino.

Echó a andar, con la cabeza

inclinada contra la lluvia torrencial.

Esquirolina se unió a los demás gatos, que siguieron despacio a su líder alejándose del bosque. A su lado, Fronde Dorado arqueaba el lomo contra las hojas de los helechos, dejando su olor en las goteantes plantas por última vez.

—Pensábamos que habíais cambiado de opinión —gruñó Enlodado cuando los tres clanes se aproximaron ascendiendo por la ladera.

—Arcilloso estaba agonizando —explicó Estrella Leopardina—. Hemos esperado hasta que ha ido a reunirse con el Clan Estelar.

Estrella Alta estaba temblando junto

a sus guerreros. Sus costillas le sobresalían como ramitas nudosas. Cuando los clanes llegaron a la cima de la loma, se puso en pie, haciendo una mueca porque tenía las extremidades entumecidas.

—Lamento lo de Arcilloso —maulló.

—Por lo menos ha muerto bajo el Manto Plateado, lo cual es más de lo que podremos decir nosotros —masculló Estrella Negra.

Al oír sus palabras, Esquirolina notó que un escalofrío de desasosiego recorría todo su cuerpo.

—Nosotros vimos el Manto Plateado en el lugar donde se ahoga el

sol —objetó—. El Clan Estelar estará esperándonos cuando lleguemos.

Enlodado agitó la cola.

—Visteis estrellas, pero ¿eran nuestros antepasados guerreros o eran los antepasados de otros?

Esquirolina parpadeó, pensando en la Tribu de la Caza Interminable, que velaba por las montañas. ¿Y si Enlodado tenía razón y estaban dejando atrás al Clan Estelar, al igual que sus hogares?

Estrella Negra arañó el fangoso suelo.

—¿Nos vamos o no?

—Nosotros estamos listos —respondió Estrella Alta.

La llanura que se extendía ante ellos

estaba irreconocible; había desaparecido toda la hierba, y sólo se veía tierra desnuda y llena de surcos.

Estrella Leopardina se quedó mirando el destrozado territorio.

—¿Hay muchos monstruos?

—Demasiados —gruñó Estrella Alta.

Los gatos comenzaron a avanzar penosamente por la primera franja de terreno desprotegido. A Esquirolina se le pegaban las patas al barro, y pronto notó las extremidades tan duras como la piedra debido al agotamiento.

Zarzoso se le unió esforzadamente.

—Venga, tú puedes.

—Claro que sí —le espetó ella—.

Me las arreglo perfectamente.

El guerrero parpadeó.

—Lo sé… —maulló.

Y Esquirolina deseó no haber sido tan brusca.

Manto Polvoroso iba detrás de ellos, cargando con Betulino. Nimbo Blanco caminaba con dificultad a su lado. Tenía el pelo manchado de barro; sólo el lomo mantenía su color blanco gracias a la lluvia.

—Yo llevaré al pequeño —se ofreció.

Tomó a Betulino de la boca de Manto Polvoroso, procurando que no tocara el fango. El guerrero le dio las gracias con un gesto, y bajó por una

embarrada zanja para ayudar a Fronda, que estaba haciendo lo posible por mantenerse en pie.

Corvino también llevaba un cachorro. Parecía a punto de derrumbarse, pero sus patas no se detenían. Sus ojos miraban fijamente el suelo que tenía delante.

Esquirolina oyó el retumbo de los monstruos de los Dos Patas más adelante, y su hedor la alcanzó incluso con aquella lluvia. Levantó la mirada y, a través de las gotas que caían sobre sus ojos, vio el horizonte lleno de Dos Patas.

—¿Cómo vamos a pasar por ahí? —preguntó sin aliento.

—¡¿Podemos rodearlos?! —le gritó Estrella de Fuego a Enlodado.

—En el páramo, están por todas partes —respondió Bigotes—. Éste es el lugar más tranquilo para cruzar, te lo aseguro.

Un monstruo de enormes zarpas redondas y relucientes colmillos rugió a través del territorio, mientras otro revolvía la tierra en su estela. Justo al otro lado, una pequeña formación rocosa se elevaba entre el barro.

—Si podemos llegar hasta allí, estaremos temporalmente a salvo —aseguró Enlodado—. Los monstruos de los Dos Patas no pueden trepar a esas rocas.

«Pero pueden aplastarlas si lo desean», pensó Esquirolina, acordándose de la Gran Roca.

—Tienes razón, Enlodado. Tal vez sea nuestra única oportunidad. Esperaremos a que pasen esos dos monstruos e iremos corriendo hasta allí —dijo Estrella de Fuego mirando a los demás líderes, que asintieron dando su aprobación.

Esquirolina pegó la barriga al barro, sintiendo cómo la fría tierra se filtraba a través de su pelo y la empapaba. Carbonilla se agazapó al lado de Estrella Alta, tendiéndole un puñado de hierbas. «Las últimas hierbas de viaje, para darle fuerza», supuso Esquirolina.

En cuanto los monstruos pasaron rugiendo, Estrella de Fuego dio la orden de avanzar.

Los gatos del Clan del Trueno salieron disparados. Esquirolina trastabillaba a ciegas sobre el barro, con los ojos clavados en el pelaje atigrado de Zarzoso: mientras lo tuviera a la vista, se sentiría a salvo. Para cuando alcanzó las rocas, iba resollando de miedo y cansancio. Zarzoso tiró de ella para izarla a un saliente, donde ya se habían reunido los demás. Estrella de Fuego se paseaba entre ellos; su pelaje rojizo se había vuelto marrón por el barro. Miraba fijamente hacia los gatos que aún estaban intentando llegar al

afloramiento rocoso.

Corvino alcanzó la roca y alzó al cachorro para que Bigotes lo recogiera antes de trepar él mismo. Esquirolina oyó gritar a un Dos Patas; al volverse, lo vio corriendo patosamente sobre el barro, agitando los brazos. Había visto a los gatos que todavía se dirigían a las rocas. Trigueña estaba entre ellos, tratando de arrastrar a un aprendiz del Clan del Río que se había quedado atascado en el fango.

—¡Estrella Negra y Estrella Leopardina deben de haber dudado antes de dar la orden de correr! —siseó Esquirolina.

Ahora los monstruos estaban dando

la vuelta, dirigiendo sus zarpas hacia los gatos rezagados.

—¡No llegarán a las rocas a tiempo! —exclamó Zarzoso con voz ahogada.

—¡Debemos ayudarlos! —gritó Estrella de Fuego.

La desesperación barrió el cansancio del cuerpo de Esquirolina, que saltó de nuevo al barro. Estrella de Fuego ya iba delante de ella. La aprendiza notó el pelaje de Zarzoso rozándola, y entonces vio a Corvino, que corría hacia los gatos del Clan del Río.

El rugido del monstruo hizo que a Esquirolina le pitaran los oídos. La joven guerrera se abalanzó entre los gatos del Clan del Río para ayudar a un

aprendiz que estaba intentando desesperadamente liberarse del fango. Le clavó los dientes en el pescuezo y tiró de él. Una vez libre, el aprendiz echó a correr hacia las rocas.

—¡Gracias!

Al levantar la mirada, Esquirolina vio a Borrascoso. El guerrero le dedicó un guiño de agradecimiento, y se volvió para poner en pie de un tirón a otro aprendiz.

—¡Mi hijo!

El chillido de Flor Albina hizo que Esquirolina se volviera de inmediato. A los pies de la reina había un cachorro. El otro, presa del pánico, estaba corriendo directamente hacia un

monstruo, demasiado asustado para ver adónde iba.

—¡Yo iré a por él! —exclamó Corvino.

Echó a correr y lo agarró por el pescuezo. Cuando regresó a la formación rocosa, frenó en seco, salpicándolos a todos con el barro que levantaron sus zarpas. Esquirolina alzó al otro cachorro y le dio a Flor Albina un fuerte empujón.

—¡Deprisa! —bufó.

Llegó a la roca y subió de un salto; descubrió una grieta que quedaba fuera de la vista de los Dos Patas. La recorrió, con el cachorro balanceándose entre sus colmillos, hasta emerger por el

otro lado. Flor Albina fue tras ella a toda velocidad, seguida de Estrella de Fuego y una ristra de gatos del Clan del Río. Finalmente, apareció Corvino con el otro cachorro. Flor Albina se le acercó corriendo y recogió a su hijo, agradecida.

Esquirolina dejó al otro pequeño a los pies de la reina y miró a su alrededor, buscando a su hermana.

—¡Hojarasca! —llamó.

La aprendiza de curandera estaba agachada junto a Estrella Alta. El líder del Clan del Viento estaba resollando, y sus ojos parecían desencajados de miedo.

—¡Perseguido en mi propio

territorio! —exclamó jadeando.

Hojarasca levantó la vista al oír la llamada de su hermana.

—¿Puedes examinar a estos cachorros? —le preguntó Esquirolina.

Hojarasca miró dubitativamente a Estrella Alta, pero Carbonilla apareció a su lado.

—Yo cuidaré de él —murmuró la curandera.

Hojarasca corrió a olfatear a los cachorros. Pegó la oreja al pecho de uno y luego al del otro.

—Sólo están asustados… y exhaustos —concluyó—. Estarán bien.

—¡Por supuesto que estoy bien! —chilló uno de los dos, una cachorrita gris

oscuro—. ¡Ese monstruo no nos habría atrapado jamás!

—Claro que no, hija mía —la tranquilizó Flor Albina.

Mientras empezaba a limpiar de barro la cara de sus cachorros, los gatos del Clan de la Sombra aparecieron a través de la grieta.

—¿Están todos contigo? —le preguntó Estrella de Fuego a Estrella Negra.

Éste asintió, sin aliento para responder.

Los clanes reposaron un momento sobre las rocas, pero entre ellos y la herbosa ladera que llevaba a los prados todavía había una franja de tierra

removida, y ahora los Dos Patas estaban sobre aviso. No era seguro permanecer demasiado tiempo cerca de los monstruos.

—Deberíamos mantenernos más juntos —sugirió Estrella de Fuego—. Viajar como un único clan.

—¿Y quién daría las órdenes? —quiso saber Estrella Leopardina—. ¿Tú?

Estrella de Fuego sacudió la cabeza.

—Eso no es importante. Sólo quería decir que sería menos peligroso si permaneciéramos juntos.

—No tienes ni idea de adónde vamos —protestó Estrella Negra—. Tenemos que confiar en los gatos que ya han hecho este viaje, y cada clan tiene a

uno. Podríamos incluso viajar separados.

—Pero ahora mismo os habéis quedado atrás —señaló Estrella de Fuego—. Y el Clan del Río, también. Debemos ir más juntos, al menos mientras estemos cerca de los Dos Patas.

Estrella Negra entrecerró los ojos.

—Más juntos, sí —concedió—, pero cada clan debería seguir las órdenes de su líder.

Esquirolina notó un hormigueo de frustración. Combatiendo un agotamiento que le llegaba a los huesos y que hacía que le diera vueltas la cabeza, la aprendiza miró hacia la extensión de

tierra que había entre el afloramiento rocoso y el borde del páramo. En la distancia había más monstruos todavía, yendo pesadamente de un lado a otro, como si fueran aterradoras patrullas fronterizas.

Zarzoso se le acercó.

—He hablado con los demás —le dijo en voz baja, y Esquirolina entendió que «los demás» eran Trigueña, Corvino y Borrascoso—. Hemos decidido mantenernos en la periferia del grupo —explicó—. De ese modo, podemos estar atentos a posibles problemas y ayudar a cualquiera que se quede rezagado. Corvino y yo nos mantendremos en la retaguardia. Borrascoso irá en cabeza.

Tú ponte en uno de los flancos, y Trigueña se pondrá en el otro —indicó, y Esquirolina hizo un gesto de asentimiento—. Los hemos traído hasta aquí… tenemos la responsabilidad de protegerlos —añadió Zarzoso, con los ojos ensombrecidos de inquietud.

La joven guerrera entrelazó la cola con la suya.

—Hemos hecho lo correcto —susurró—. Estoy convencida de ello.

—¡¿Todos listos?! —aulló Estrella de Fuego.

Despacio, los gatos se reunieron al borde de las rocas, apretujándose contra sus compañeros de clan. Sólo Zarzoso, Corvino, Esquirolina, Borrascoso y

Trigueña se separaron de sus clanes para ocupar sus posiciones en los extremos del grupo. Estrella Negra fue el primero en dar la orden de moverse, pero Estrella Leopardina, Estrella de Fuego y Estrella Alta lo siguieron deprisa, y los gatos empezaron a saltar de la superficie rocosa, tranquilizadoramente dura, al resbaladizo y pegajoso barro.

Avanzaron sigilosamente hacia los monstruos que vigilaban el final del territorio del Clan del Viento. Esquirolina bordeó un extremo del grupo, aguzando las orejas por si había actividad de los Dos Patas inesperada, además de atenta por si alguien se

quedaba atrás.

Hojarasca se situó a su altura.

—¿Va todo bien?

—Creo que sí —murmuró Esquirolina.

—Me refiero a si estás bien tú —aclaró Hojarasca—. Ya sabes que no tienes que protegernos a todos, ¿verdad? Todos hemos tomado la decisión de hacer este viaje.

Esquirolina le dedicó un guiño agradecido.

—Lo sé.

A medida que se aproximaban a los monstruos, los clanes redujeron la marcha, avanzando tan agachados que Esquirolina tuvo la sensación de haberse

convertido en un terrón de barro. Estando tan sucios, al menos se confundían con la tierra que los rodeaba. Los monstruos estaban lejos, a un lado, y no daban muestras de ir a desviarse hacia ellos de momento.

—¡Tengo barro en el ojo! —se quejó Betulino.

—¡Silencio! —le espetó Fronda, y el pequeño enmudeció.

Esquirolina tenía el corazón desbocado. Sólo unos zorros más de distancia, y alcanzarían la cima de la ladera que los llevaría lejos de aquel páramo embarrado y de los monstruos. De pronto, oyó un sonido que le heló la sangre. Un perro ladraba desesperado

cerca de los monstruos. Al levantar la cabeza para mirar, lo vio corriendo hacia ellos, con las orejas aleteando y sus grandes patas saltando sobre el barro.

—¡Perro! —bramó Estrella Leopardina.

—¡Corred! —ordenó Estrella Negra.

Esquirolina se quedó mirando alrededor, presa del pánico. ¡Era imposible que los cachorros y los veteranos corrieran más que aquel perro! Mientras los demás gatos salían disparados hacia delante, Estrella de Fuego y los otros líderes corrieron entre sus clanes dando órdenes.

—¡Llevaos a los cachorros! —

exclamó Estrella de Fuego.

—¡Ayudad a los veteranos! —bufó Estrella Leopardina.

Esquirolina buscó a Betulino, pero Orvallo ya lo había agarrado y corría con él hacia la cima de la ladera. Fronda lo seguía a toda velocidad, pero Esquirolina se dio cuenta de que los terroríficos alaridos del perro estaban cada vez más cerca. La enorme criatura saltaba con facilidad sobre el suelo lleno de rodadas, aproximándose a los gatos más rápido incluso que los monstruos. Los veteranos ya estaban empezando a quedarse rezagados, aunque los demás los instaban a seguir con empujones y aullidos desesperados.

La joven guerrera se volvió para ver dónde estaba Zarzoso, y lo que vio la dejó horrorizada: justo en ese momento el guerrero giraba en redondo y corría derecho hacia el perro. Corvino y Trigueña corrían junto a él, apenas reconocibles bajo la capa de fango que les cubría el pelo. ¿Qué estaban haciendo?

Atónita, Esquirolina presenció cómo se dirigían hacia aquel perro feroz que se lanzaba hacia ellos, y sólo cuando se hallaban cerca comprendió lo que estaban haciendo. Desplegándose tras un bufido de Zarzoso, rodearon al gran sabueso negro; al instante, la criatura redujo el paso, girando la enorme

cabeza de un lado a otro, mientras decidía a qué gato atacaba primero. Al cabo clavó los ojos en Corvino y se abalanzó hacia el escuálido aprendiz negro. Al instante, Corvino viró hacia Trigueña, patinando a toda velocidad sobre el barro. Trigueña pasó ante él en dirección contraria, bufando al perro mientras esquivaba sus mandíbulas abiertas. El perro vaciló, gruñendo, y entonces fue tras la guerrera del Clan de la Sombra. A Esquirolina se le desbocó el corazón de pavor al ver cómo el perro iba acortando distancias, pero Zarzoso ya estaba lanzándose hacia él. El guerrero le arañó la pata trasera, y se zafó ágilmente cuando la criatura dio

media vuelta para perseguirlo.

Los Dos Patas habían oído el alboroto, y uno de ellos corrió hacia el perro, voceando mientras Zarzoso volaba a apenas un zorro de distancia de los relucientes colmillos. Pero Corvino estaba corriendo de nuevo hacia el perro, pasó velozmente ante su hocico y lo hizo frenar en seco de la sorpresa. La bestia miró alrededor, con ojos centelleantes de rabia. Corvino se abalanzó entonces contra su pata trasera y le propinó otro zarpazo. El perro atacó, y sus mandíbulas se cerraron en el aire muy cerca del costado de Corvino. El Dos Patas voceó de nuevo y se inclinó hacia delante, estirando sus

zarpas.

A Esquirolina se le cortó la respiración. «¡No dejes que el Dos Patas te atrape, Corvino!», le rogó en silencio. ¡No podían perder a otro gato de esa forma! Para su sorpresa, el Dos Patas agarró al perro por el collar y se lo llevó a rastras. Mareada de alivio, la joven aprendiza estuvo a punto de desmayarse.

Corvino se alejó del Dos Patas con Zarzoso y Trigueña a la zaga.

—¡Corre! —le chilló a Esquirolina al pasar ante ella.

La aprendiza giró en redondo y corrió tras sus amigos. La mayor parte de los gatos ya habían alcanzado la cima

de la ladera, y estaban descendiendo a toda velocidad por el otro lado. Esquirolina se detuvo un instante para ver si alguien necesitaba ayuda, y vio que Bermeja y Borrascoso estaban medio empujando, medio arrastrando, a los últimos veteranos, dos miembros del Clan de la Sombra debilitados por el miedo. La aprendiza los siguió para cubrirles las espaldas, primero mientras subían la loma, tambaleándose, y después mientras escapaban cuesta abajo.

Hasta que estuvo en mitad de la pendiente, no se dio cuenta de que habían cruzado ya la frontera del Clan del Viento, y de que habían dejado atrás

el último territorio de clan que pisarían jamás. El barro, la lluvia y el hedor de los monstruos habían borrado las marcas olorosas.

Esquirolina se obligó a no mirar hacia el páramo. Habían abandonado sus hogares. El viaje había comenzado de verdad.



19

Como sombras de nubes sobre el suelo, los clanes cruzaban en silencio un prado. Esquirolina agradecía que Zarzoso caminara a su lado, protegiéndola del gélido viento. La lluvia estaba amainando, pero las nubes se habían hecho jirones bajo una brisa cortante que prometía un tiempo más frío. Temblando, la aprendiza levantó la

mirada y vio más adelante una imponente vivienda de los Dos Patas, más grande incluso que la Gran Roca.

Le dolían las almohadillas por los punzantes rastrojos que parecían cubrir todos los campos que habían atravesado, y ansiaba volver a sentir bajo las patas la blandura de las hojas. El aire estaba cargado de olores desconocidos: el hedor de los monstruos de los Dos Patas, que rondaban por los Senderos Atronadores entrecruzados, el olor fresco a perro que venía de una gigantesca casa, y el olor reciente a gatos proscritos.

Esquirolina percibió en su cuerpo la instintiva tensión que siente cualquier

gato lejos de su territorio, aunque estaba rodeada de más gatos de clan de los que había visto en su vida. Observó el seto, y el corazón se le paró un segundo al ver que las hojas se sacudían violentamente, movidas por algo más que el viento.

Cuervo salió de su escondrijo como una sombra que cobrara vida, y se quedó mirando a los clanes con sorpresa. Un segundo gato apareció tras él por el seto. Esquirolina reconoció el pelaje blanco y negro de Centeno, el solitario que, muchas lunas atrás, había permitido que Cuervo compartiera su hogar en un granero de los Dos Patas.

—¿Estrella de Fuego? ¿Eres tú? —Cuervo llamó a su viejo amigo agitando

las orejas.

Los gatos de clan se detuvieron y se quedaron mirándolo. Todos conocían al aprendiz negro del Clan del Trueno, que se había visto obligado a huir del bosque por culpa de su mentor, Estrella de Tigre. Incluso aunque no lo hubieran conocido durante el breve tiempo que vivió con ellos en el bosque, algunos de ellos se habían encontrado con él en el viaje a las Rocas Altas.

—Hola, Cuervo. —Estrella Alta lo saludó inclinando la cabeza.

—¡Cuervo! —Estrella de Fuego se abrió paso entre los demás para reunirse con su viejo amigo.

—¡Estrella de Fuego! —Cuervo

entrechocó su nariz con el líder del Clan del Trueno y luego miró alrededor—. ¿Dónde está Látigo Gris?

Estrella de Fuego parpadeó.

—Látigo Gris no está con nosotros.

—¿Ha muerto? —preguntó Cuervo, erizando el pelo de la impresión.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Lo capturaron los Dos Patas.

—¿Los Dos Patas? —repitió Cuervo —. ¿Por qué?

—Empezaron a poner trampas y a atraparnos —respondió el líder, con la voz desgarrada por la tristeza—. Nos hemos visto obligados a abandonar el bosque.

—¡¿Qué?! —Cuervo levantó la cabeza para olfatear el aire—. ¿El Clan del Viento y el Clan del Río van con vosotros? ¿Y el Clan de la Sombra?

—Los Dos Patas han destrozado todos nuestros campamentos —explicó Estrella de Fuego—. Si nos hubiéramos quedado, sus monstruos nos habrían aplastado; eso, de no haber muerto de inanición primero.

—La verdad es que ya parecéis medio muertos de hambre —señaló Centeno, adelantándose.

—Hola, Centeno —lo saludó Estrella de Fuego—. ¿Cómo va la caza?

—Por lo que veo, mejor para mí que para vosotros —respondió sin rodeos.

—¿Adónde os dirigís? —quiso saber Cuervo.

—En primer lugar a las Rocas Altas, y luego…

Estrella de Fuego se volvió interrogativamente hacia Zarzoso, pero éste se limitó a sostenerle la mirada en silencio.

—Esta noche os quedaréis con nosotros, ¿verdad? —preguntó Cuervo —. En esta luna, la caza está siendo buena. El granero está lleno de ratas que se refugian del frío…

—Espera, Cuervo —lo interrumpió Centeno—. Todos estos gatos no pueden quedarse en el granero. A los Dos Patas les daría un ataque cuando entrasen a

buscar paja para las vacas.

—Eso es cierto… Pero tenemos que ayudarlos, Centeno.

—Supongo que podrían quedarse en la casa en ruinas… —sugirió su amigo.

—¡Por supuesto! —Cuervo se volvió hacia Estrella de Fuego—. Tú conoces ese sitio… es donde os refugiasteis Látigo Gris y tú con el Clan del Viento a la vuelta de su exilio, ¿recuerdas?

El líder del Clan del Trueno miró hacia las nubes, que estaban tornándose rojas.

—Tenía la esperanza de llegar esta noche a las Rocas Altas.

—No podemos rechazar el

ofrecimiento de comida —objetó Estrella Negra.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza.

—Tienes razón. —Y añadió, volviéndose a su amigo—: Gracias, Cuervo.

—Vamos a instalaros; luego les enseñaremos a los guerreros los mejores lugares para cazar. Habrá suficiente para todos.

Esquirolina oyó murmullos de emoción entre los clanes, y los cachorros comenzaron a lanzar maullidos de hambre, ahora que parecía que podrían conseguir alimento.

—Necesitamos descansar y comer más de lo que te imaginas —maulló

Estrella de Fuego.

Cuervo observó el pelo manchado de barro de su amigo.

—Oh, Estrella de Fuego —murmuró—. Puedo imaginármelo perfectamente.

La vieja casa en ruinas de los Dos Patas no tenía tejado, pero, ahora que la lluvia había cesado, los muros de piedra bastaban para proteger a los gatos del viento.

—Reconozco este lugar —susurró Perlada, una reina del Clan del Viento—. Dormimos aquí cuando Estrella de Fuego nos condujo de vuelta a casa, después de que Estrella Rota nos

desterrara de nuestro hogar.

—Jamás creí que volveríamos a ver este sitio —gruñó Manto Trenzado.

Los cachorros y los veteranos entraron agradecidos en el refugio, contentos de tener la oportunidad de tumbarse y descansar. Cuervo y Centeno se llevaron a los guerreros a cazar, mientras que los aprendices, con Esquirolina y Corvino entre ellos, se quedaban a cuidar de los demás. Carbonilla y Hojarasca se pasearon entre los gatos para comprobar que ninguno había resultado herido en la desesperada carrera a través del páramo.

—¿Esquirolina? —llamó Hojarasca

—. ¿Puedes traer de fuera algo de musgo empapado de lluvia? Algunos veteranos y reinas están demasiado cansados para salir a beber.

Esquirolina asintió y corrió a arrancar puñados de musgo empapado de las viejas piedras que formaban las paredes del refugio.

Los gatos lo aceptaron con ansia, y bebieron apretando el musgo y lamiendo el agua. Cuando el último veterano del Clan del Viento había bebido lo que necesitaba, Esquirolina decidió que ya podía dar un respiro a sus doloridas extremidades. Mientras se ponía cómoda en un rincón, los guerreros regresaron cargados de carne fresca. Aromas

cálidos y deliciosos llenaron el refugio, y la aprendiza sintió un escalofrío de alegría cuando Zarzoso dejó una rolliza rata delante de ella.

—¿Quieres que la compartamos? —preguntó la aprendiza.

—No —maulló Zarzoso—. Es toda tuya.

Cuando terminó, a Esquirolina le dolía la barriga. Ya casi había perdido la costumbre de comer tanto, aunque esa clase de molestia era menos temible que el hambre y, por primera vez desde su regreso al bosque, se sintió calentita y bien alimentada.

—Éste es un buen lugar para descansar —ronroneó Amapola—. No

creo que mis hijos hubieran soportado otra noche más a la intemperie. Con la lluvia de anoche, estuvieron a punto de quedarse helados.

—Esta noche estarán bastante calientes —coincidió Fronda.

Ya había oscurecido cuando Zarzoso regresó. Se sentó al lado de Esquirolina con una pieza de caza tan grande como la que le había llevado a ella.

Estrella de Fuego estaba tumbado junto a Tormenta de Arena. Sus colas se entrelazaban: una de color melado claro, y la otra de un rojizo intenso.

—¿Dormirás con nosotros esta noche? —le preguntó el líder a Cuervo, que estaba viendo comer a los gatos

desde la entrada de la casa en ruinas.

—Sí, me encantaría.

Se encaminó al rincón en el que se había agrupado el Clan del Trueno. El Clan de la Sombra se apiñaba en el extremo opuesto, mientras que el Clan del Río y el Clan del Viento se habían instalado también en rincones separados.

—Nunca pensé que volvería a dormir con el clan —murmuró Cuervo.

—Ojalá no fuera en estas circunstancias —suspiró Estrella de Fuego.

Los ojos de Cuervo se ensombrecieron.

—¿Cómo vais a encontrar un nuevo

hogar?

—El Clan Estelar nos guiará —maulló Esquirolina. Lanzó una mirada a Zarzoso, pero el joven guerrero no levantó la vista—. ¿No? —añadió, mirando a Hojarasca con un hormigueo de incertidumbre.

Hojarasca inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

Cuando Esquirolina se despertó, la débil luz del sol se colaba en el refugio. Flexionó las garras, preguntándose qué hora sería. Había dormido profundamente. Vio a su padre plantado sobre una piedra caída, que formaba una

plataforma natural en el centro del recinto. A su alrededor, los gatos estaban comenzando a levantar la cabeza, somnolientos, y a bizquear ante la luz del día.

—Hemos dormido demasiado —maulló Estrella de Fuego—. El sol está en lo más alto. Debemos continuar hasta las Rocas Altas. Sea cual sea el lugar al que vamos, tenemos un largo viaje por delante.

Enlodado se puso en pie, con expresión rebelde.

—¿Por qué hemos de abandonar un sitio que tiene tan buena caza?

—¡Mis hijos han comido bien por primera vez en lunas! —intervino

Amapola.

—Éste es un lugar de abundantes presas… —coincidió Estrella Alta.

A pesar de las largas horas de sueño, el líder del Clan del Viento parecía cansado y consumido.

—Cuervo sólo nos ha invitado a pasar la noche —protestó Estrella de Fuego.

—¿Y qué? ¿Qué podría hacer si decidimos quedarnos más tiempo? —Estrella Negra miró desafiante a Cuervo—. Mi clan necesita comida y cobijo, y, si es preciso, los tomará a la fuerza.

Zarzoso se levantó.

—Éste no es lugar para nosotros —maulló—. No sé adónde vamos

exactamente, pero sé que no es aquí.

Esquirolina asintió.

—¿Por qué iba el Clan Estelar a hacernos ir hasta el lugar donde se ahoga el sol, si pretendía que instaláramos nuestros hogares aquí? Para eso no habríamos necesitado una señal.

Corvino agitó las orejas.

—Debemos terminar el viaje que hemos iniciado —gruñó.

—Estoy de acuerdo —maulló Borrascoso desde el rincón del Clan del Río.

—Yo también. —Trigueña se desperezó arqueando el lomo—. Debemos seguir adelante.

—Creo que tienen razón —maulló Estrella Leopardina inesperadamente—. Por esta zona hay demasiados Dos Patas rondando. ¿Y si alguno de sus perros se escapa? En un sitio como éste, estaríamos atrapados.

Estrella Negra entrecerró los ojos.

—Está bien —masculló.

De mala gana, Amapola se puso en pie y sacudió a sus cachorros para despertarlos.

—Venga, queridos míos —susurró —. Nos marchamos.

—Pero ¡aquí se está calentito! —hipó uno.

—¡Y hay carne fresca! —chilló el otro.

—Tenemos que irnos igualmente —replicó Amapola.

Su voz sonó apagada de agotamiento, y Esquirolina sintió una punzada de lástima por la valerosa reina del Clan de la Sombra. La gata se encaminó a la entrada, y sus pequeños, con el pelo desgreñado tras la noche de sueño, la siguieron resignados.

—Os acompañaré hasta las Rocas Altas —se ofreció Cuervo, rozando el costado de Estrella de Fuego con la cola.

Los gatos abandonaron el refugio en silencio, dirigiéndose hacia los riscos de las Rocas Altas que se alzaban en la distancia, oscuras contra el despejado

cielo. Esquirolina se estremeció cuando el viento le revolvió el pelo. El sol ya había dejado atrás su cenit. Si ajustaban el paso al ritmo de los veteranos y los cachorros, no llegarían a las Rocas Altas hasta que el sol estuviera muy bajo en el horizonte.

—Entonces, ¿quién es ahora el lugarteniente del Clan del Trueno? —le preguntó Cuervo a Estrella de Fuego.

Al oírlo, Esquirolina se volvió hacia Zarzoso, pero el guerrero siguió mirando hacia delante.

—Látigo Gris —respondió Estrella de Fuego con un gruñido.

Cuervo miró a su amigo, sorprendido.

—Pero Látigo Gris se ha ido.

Estrella de Fuego se plantó ante él, con los ojos centelleantes de dolor.

—¿No basta con que hayamos tenido que abandonar nuestro hogar? No me pidas que también renuncie a un amigo. Sé que él jamás habría renunciado a mí. —Se puso en marcha de nuevo—. El Clan del Trueno tiene un lugarteniente, y no hay necesidad de escoger uno nuevo.

Al atardecer, cuando el sol llegó al horizonte, las Rocas Altas se convirtieron en una sombra negroazulada. Parecía que los gatos hubieran tardado una eternidad en

ascender la escarpada pendiente rocosa, y ya tenían las patas en carne viva tras un día de viaje. Ahora yacían exhaustos delante de la Boca Materna. Esquirolina miraba sin pestañear el gran túnel negro que conducía a la Piedra Lunar. Los líderes de clan y sus curanderos se habían internado en la gruta nada más llegar.

—Ojalá hubieras ido con ellos —le susurró Esquirolina a su hermana—. Podrías haberme contado qué dice el Clan Estelar.

—Estrella Leopardina ha dicho que éste no era momento para aprendices, y Estrella de Fuego ha estado de acuerdo con ella —maulló Hojarasca.

—¿Crees que el Clan Estelar les contará algo?

—Quién sabe —murmuró Hojarasca.

Se oyó un crujido de piedrecillas sueltas, y Estrella de Fuego apareció por el túnel seguido de Estrella Alta, Estrella Leopardina y Estrella Negra. Sus rostros no revelaban nada al separarse para reunirse con sus respectivos clanes.

—¡Quiero saber qué ha pasado! —se impacientó Esquirolina.

—No pueden contarnos nada sobre la ceremonia… —le recordó Hojarasca.

Esquirolina sintió un hormigueo de frustración. Eso estaba bien para

Hojarasca, que tenía su propia conexión especial con el Clan Estelar. ¿Por qué no podía ayudar a los gatos que no la tenían?

—¡Esquirolina! —la llamó Zarzoso, acercándose—. Vamos a reunirnos ahí arriba —le susurró, señalando a lo alto del risco—. Tenemos que decidir hacia dónde iremos ahora.

La aprendiza ladeó la cabeza.

—Pensaba que íbamos al lugar donde se ahoga el sol, en busca de Medianoche.

—Ésta es nuestra última oportunidad de asegurarnos de que eso es lo correcto —contestó Zarzoso—. A partir de aquí, llevaremos a nuestros compañeros de

clan a un territorio en el que nunca han estado. Venga.

Esquirolina lo siguió por la empinada ladera, lejos del resto de los clanes. Vio a Borrascoso corriendo hacia el risco; su pelaje gris resplandecía bajo la luz de la luna. Trigueña y Corvino ya estaban sentados en la cima de la irregular cresta rocosa, destacados contra el cielo añil repleto de estrellas.

Un mundo en penumbra se desplegaba al otro lado de las Rocas Altas; una enorme extensión negra que hizo que a Esquirolina se le cortara la respiración. Allí fuera había montañas coronadas de nieve, gatos extraños,

criaturas peligrosas, y el lugar donde se ahogaba el sol, esa interminable extensión de agua junto a la que vivía Medianoche. Esquirolina se estremeció. «Oh, Clan Estelar, ¿qué estamos haciendo?».

—¿Estamos todos de acuerdo en que deberíamos ir hacia el lugar donde se ahoga el sol y buscar a Medianoche? —preguntó Zarzoso.

Trigueña tenía los ojos dilatados de inquietud.

—No se me ocurre otra cosa mejor, pero ¿y si Medianoche ya no está allí?

—Es un viaje largo y peligroso —apuntó el guerrero del Clan del Río.

—Yo estaba convencida de que

íbamos a llevar a nuestros clanes a un hogar nuevo y seguro —maulló Esquirolina, recordando su entusiasmo cuando era portadora del mensaje de Medianoche—. De que íbamos a salvarlos.

—Y, en vez de eso, podríamos estar guiándolos a peligros innecesarios —murmuró Zarzoso.

—¿El Clan Estelar no podría haber escogido a otros gatos para que transmitieran su mensaje? —suspiró Borrascoso.

Esquirolina sintió una punzada en el corazón por su compañero de viaje. El guerrero había perdido muchas cosas. Su hermana había muerto para salvar a

la Tribu de las Aguas Rápidas, y luego los Dos Patas se habían llevado a su padre, Látigo Gris. La aprendiza se le acercó más, pegando su costado al suyo.

—¿Creéis que nuestros antepasados nos han abandonado? —maulló Trigueña, dando voz al miedo que los desazonaba a todos.

—Bueno, no nos han enviado la señal que nos prometió Medianoche —remarcó Zarzoso—. ¿Alguno de vosotros ha visto a un guerrero agonizante?

—¿Sería Arcilloso? —sugirió Borrascoso.

—Pero era curandero… —repuso Esquirolina.

—¿Medianoche sabría la diferencia? —murmuró Trigueña.

Los amigos se miraron unos a otros.

—Pero ¡Arcilloso murió en el territorio del Clan del Río! —Esquirolina notó en el estómago, de pronto, una angustiosa punzada de duda—. Si la muerte de Arcilloso era la señal, ¡entonces hemos tomado el camino equivocado!

Los cinco gatos se miraron unos a otros, con los ojos rebosantes de pavor al imaginarse contándoles a sus líderes que tenían que llevar a todos los clanes de vuelta al bosque, para enfrentarse a los monstruos una vez más.

«Oh, Clan Estelar, ¿acaso lo hemos

malinterpretado todo?». Esquirolina levantó la vista al cielo y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, un movimiento captó su atención. Soltó un grito estrangulado, y los demás siguieron su mirada. Por encima de ellos, una estrella fugaz dejó una estela plateada antes de desaparecer con un destello de luz.

—¡El guerrero agonizante! —exclamó Esquirolina sin aliento.

Era la señal que habían estado esperando: uno de los guerreros del propio Clan Estelar se había abrasado hasta desvanecerse para mostrarles qué camino seguir. Tan tenue como una telaraña, la brillante estela de la estrella

se quedó colgada en el cielo, alargándose hacia el horizonte, donde sobresalían las desiguales cimas de las montañas.

—Ahora ya sabemos adónde ir —murmuró Borrascoso.

—Más allá de las montañas.



20

Hojarasca se arrimó más a Carbonilla cuando el frío del amanecer la despertó. La piedra sobre la que se encontraba parecía haber absorbido todo el calor de su cuerpo, y el aire era tan frío que, al abrir los ojos, vio cómo su aliento formaba pequeñas nubes. Se desperezó.

Las rocas relucían por la escarcha

bajo la débil luz del alba, y la envolvió un olor tan delicioso que se le hizo la boca agua. Cuervo estaba subiendo la ladera con un conejo recién cazado entre los dientes.

Los demás gatos del Clan del Trueno seguían durmiendo, apretujados en un hueco en la roca, a varias colas de distancia de los lugares en los que se habían instalado los otros clanes para pasar la noche. Pero el olor del conejo los despertó a todos, y empezaron a levantar la cabeza mientras Cuervo serpenteaba entre ellos. Estrella de Fuego ya estaba desperezándose, con Tormenta de Arena a su lado. Cuervo depositó la pieza ante las patas del líder

del Clan del Trueno.

—Un regalo de despedida —maulló.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo.

—Ojalá vinieras con nosotros. He perdido a Látigo Gris, no me gustaría dejar atrás a otro amigo.

Cuervo sacudió la cabeza.

—Mi hogar está aquí, pero nunca te olvidaré; te lo prometo. Siempre te estaré esperando.

Con una punzada, Hojarasca se preguntó si regresarían alguna vez. Sabía que iban a hacer un largo viaje, pero no tenía ni idea de lo lejos que irían.

—Hemos vivido muchas cosas

juntos —murmuró Estrella de Fuego, con ojos relucientes al recordar—. Hemos visto la muerte de Estrella Azul, la derrota de Estrella de Tigre… —Suspiró—. Han pasado muchas cosas, como el agua por un río.

—Pasará más agua todavía antes de que nos reunamos con el Clan Estelar —aseguró Cuervo—. Esto no es el final. Es un principio. Necesitarás el valor de un león para enfrentarte a este viaje.

—Cuesta encontrar valor cuando se ha perdido tanto… —La mirada de Estrella de Fuego se ensombreció—. ¡Jamás pensé que abandonaría el bosque! Incluso cuando apareció el Clan de la Sangre, estaba dispuesto a morir

para salvar mi hogar.

Cuervo le pasó cariñosamente la cola por el costado.

—Si veo a Látigo Gris, le diré qué camino habéis tomado —prometió. Luego inclinó la cabeza ceremoniosamente—. Adiós, Estrella de Fuego, y buena suerte.

—Adiós, Cuervo.

Mientras el solitario negro descendía la ladera, a Hojarasca se le encogió el corazón pensando en lo que estaría sintiendo su padre. Dejaba atrás a sus dos mejores y más viejos amigos… sin saber siquiera si uno de ellos seguía vivo. Vio cómo Tormenta de Arena restregaba la mejilla contra la de

Estrella de Fuego, como recordándole que no estaba solo.

Carbonilla estiró una de sus patas delanteras y luego la otra.

—Deberíamos echar un vistazo a los gatos y asegurarnos de que todos están listos para la jornada que nos espera —le dijo a Hojarasca.

La joven asintió. Pensó de nuevo en la noche anterior, cuando Esquirolina había vuelto con los demás desde la cima del risco. Le centelleaban los ojos.

—¡Hemos visto al guerrero agonizante! —había exclamado Zarzoso, casi sin aliento de la emoción.

—¿Os han enviado la señal? —Estrella de Fuego, que estaba

dormitando junto a Tormenta de Arena, se levantó de un salto.

—¿Cómo podéis estar seguros? —preguntó Carbonilla.

—Una estrella ha resplandecido a través del cielo, y luego se ha esfumado —explicó Esquirolina—. Ha caído detrás de las montañas.

Estrella Negra, que estaba apiñado con el Clan de la Sombra sobre la roca, se aproximó a toda prisa. Parecía desconcertado.

—¿Es la señal que estuvimos esperando en la Gran Roca?

Trigueña se quedó mirándolo como si acabara de reparar en algo.

—¡Por supuesto! ¡Ésta debe de ser

la gran roca a la que se refería Medianoche! ¡Aquí, en las Rocas Altas, no en los Cuatro Árboles!

Borrascoso asintió.

—Medianoche nunca ha estado en nuestro bosque. Obviamente, lo que vio parecía una roca muy grande, aunque para nosotros significaba algo totalmente distinto.

Estrella Leopardina se abrió paso hasta la primera fila.

—Bueno, ¿y qué hay más allá de las montañas?

—¿Más montañas? —repitió Fronda, atrayendo a Betulino hacia sí.

—Cuando las atravesamos, veníamos del lugar donde se ahoga el

sol —contestó Zarzoso—. Pero parece que la estrella ha caído más lejos.

Alcotán entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿tendremos que buscar una nueva ruta?

—No exactamente… —respondió Zarzoso.

—Será más seguro si atravesamos las montañas por la misma ruta de la última vez —maulló Trigueña—. De lo contrario, nos arriesgamos a perdernos… y la nieve puede llegar en cualquier momento.

—Cuando las hayamos cruzado, podremos encaminarnos hacia donde ha caído la estrella —añadió Esquirolina.

Hojarasca vio cómo su hermana

agitaba los bigotes, y que Zarzoso flexionaba las garras sobre la roca, como preparándose para el viaje. Pero en sus ojos también había una expresión atormentada. Les asustaba lo que tenían por delante, porque sabían lo que aquel viaje podía depararles. Con cierta alarma, Hojarasca se preguntó por qué el Clan Estelar habría elegido a un guerrero agonizante, precisamente, para mostrarles el camino. Parecía un oscuro presagio en el que poner las esperanzas de los clanes.

—¡Vamos, Hojarasca! —La voz de Carbonilla la devolvió a la gélida mañana.

—Carbonilla… —empezó a decir la

aprendiza, no muy segura de compartir sus dudas—. ¿Tú crees que la señal del Clan Estelar significa que nos acompañará?

La curandera gris la miró larga y pensativamente.

—Eso espero.

—Pero ¿no estás segura?

Carbonilla miró alrededor. No había nadie cerca.

—Cuando estuve ayer en la Piedra Lunar, apenas pude oír al Clan Estelar —confesó.

—Pero ¿te dijeron algo los antepasados? —le preguntó Hojarasca, alarmada.

Carbonilla entrecerró los ojos.

—Sé que estaban hablando conmigo, pero no podría decirte qué decían exactamente. Era como si el rugido de un gran viento ahogara sus voces.

—¿No entendiste nada?

—Nada. —Carbonilla cerró los ojos un momento—. Pero estaban ahí.

—Deben de estar sufriendo tanto como nosotros —murmuró Hojarasca—. Tiene que ser terrible presenciar la destrucción del bosque y ser incapaz de detenerla. Al fin y al cabo, también fue su hogar.

Carbonilla asintió.

—Tienes razón. Pero, al igual que nosotros, se recuperarán, siempre que los clanes se mantengan unidos.

—Pero ¿nos encontrarán en nuestro nuevo hogar? —se angustió la aprendiza —. ¿Cómo sabrán dónde buscarnos?

—Ésas son preguntas que no podemos responder. —La curandera se incorporó, y añadió con voz enérgica—: Vamos. Nuestros compañeros de clan nos necesitan.

Hojarasca se dirigió al lugar en que Cuervo había dejado el conejo, que permanecía intacto a los pies de su padre. Una partida de guerreros había salido ya a buscar más presas.

—¿Puedo llevarme esto para Fronda y Betulino? —le preguntó a Estrella de Fuego, pero su padre parecía perdido en sus pensamientos.

—Desde luego —respondió Tormenta de Arena.

Hojarasca miró nerviosa a su madre.

—¿Estrella de Fuego estará bien?

El líder se volvió hacia ella.

—Por supuesto que lo estaré —maulló—. Adelante, llévale eso a Fronda.

Hojarasca recogió el conejo y corrió a donde estaba Fronda, ovillada alrededor de Betulino. El cachorrito atigrado temblaba de frío, y su madre estaba lamiéndolo ferozmente para que entrara en calor.

—¡Hace demasiado frío para dormir a la intemperie! —se quejó la reina al ver aparecer a Hojarasca—. Apenas he

descansado.

Miró a su hijo con los ojos llenos de temor, y Hojarasca supuso que la gata había sido incapaz de pegar ojo, temerosa de despertar y encontrar muerto al último de sus cachorros.

—Toma. —Dejó el conejo en el suelo—. Seguro que esto te ayuda.

A Fronda se le iluminaron los ojos. Lanzando una mirada agradecida a Hojarasca, arrancó una de las patas traseras del conejo y la colocó delante de Betulino.

—Prueba esto —lo instó—. Antes comíamos conejo muy a menudo, pero hace lunas que no lo probamos.

—Acuérdate de comer tú también —

le recomendó Hojarasca.

—Lo haré —prometió Fronda.

A la aprendiza le rugió el estómago, y esperó que la partida de caza regresara pronto. Miró alrededor para ver si algún otro gato parecía necesitar ayuda, pero la mayoría estaban moviéndose con bastante alegría, sacudiéndose la rigidez de las extremidades y yendo a las rocas para beber de los pequeños charcos. Varios gatos, entre ellos Zarzoso y Esquirolina, estaban sentados cerca de la cima del risco; la piedra gris despedía ahora una luz rosada con los primeros rayos del sol.

Hojarasca oyó cómo Zarpa Candeal

le daba la tabarra a Zarzoso:

—Cuéntanos cómo es. ¡Por favor!

Zarzoso miró por encima del hombro, al extremo más lejano del risco.

—Pronto lo descubriréis por vosotros mismos.

—Pero, si nos lo cuentas, ¡estaremos preparados para cualquier cosa! —intervino Zancón.

—Tiene razón —maulló Zarpa Candeal—. Tienes que prepararnos.

Zarzoso enroscó la cola alrededor de las patas con un suspiro de resignación.

—Bueno, hay muchas ovejas, que son unas criaturas blancas y lanudas que se parecen un poco a nubes con patas.

Son inofensivas, pero, cuando las veáis, tendréis que estar atentos por si hay perros, porque los Dos Patas los usan para controlar a las ovejas. También hay Senderos Atronadores, por supuesto… la mayoría son pequeños, pero hay que cruzar muchos. Y luego están las montañas…

El guerrero enmudeció, y Hojarasca notó cómo el frío viento azotaba su pelaje. ¿Qué había en las montañas que asustaba tanto a los gatos que habían estado allí? ¿Cómo podrían los veteranos y los cachorros atravesar un lugar así? «Oh, Clan Estelar, ¿dónde estás?». Si pudiera creer que el Clan Estelar viajaba con ellos, quizá no

tendría tanto miedo.

Hojarasca jamás habría imaginado que existiera un mundo tan extenso al otro lado de las Rocas Altas. Ante ellos se desplegaba un campo tras otro, salpicados de ovejas que parecían exactamente nubes, como las había descrito Zarzoso. Esquirolina caminaba junto a ella; su aliento se condensaba en el gélido aire.

—¿Te acuerdas de esto? —preguntó Hojarasca.

—Un poco —respondió Esquirolina.

—Entonces, ¿vamos por el buen camino?

—Sí.

Hojarasca se preguntó por qué su hermana parecía tan reacia a hablar. Vio cómo intercambiaba miradas nerviosas con Zarzoso. El guerrero había pasado toda la mañana zigzagueando entre los gatos, flanqueando primero un lado y luego el otro, como si temiera perder a alguien.

Hojarasca percibió un temblor en el aire y un retumbo en la distancia, y se detuvo de inmediato. Sonaba como si se avecinara una tormenta, pero el cielo despejado le indicó que aquello no era posible. Levantó la nariz y olfateó el aire. Un Sendero Atronador.

—Es uno grande —le advirtió

Esquirolina.

A medida que se aproximaban, el retumbo se transformó en un rugido, y el hedor comenzó a irritarle la garganta a Hojarasca. Los gatos que iban delante redujeron el paso, empujándose, pero manteniéndose más cerca de sus compañeros de clan que de los otros. Esquirolina se abrió paso entre ellos, y Hojarasca la siguió hasta que alcanzaron una zanja de pendientes muy pronunciadas. Más allá estaba el Sendero Atronador.

—Deberíamos cruzar primero a los cachorros —dijo Estrella de Fuego, abriendo la marcha hacia la estrecha hondonada.

Hojarasca saltó junto a Acedera, y sus patas resbalaron sobre la aceitosa hierba. Los monstruos pasaban rugiendo en ambas direcciones, y la aprendiza se encogió cuando la tierra se sacudió bajo sus patas.

—Cada clan debería correr sus propios riesgos —replicó Enlodado.

—El Clan del Río cruzará primero —declaró Alcotán.

—No todos los guerreros son tan fuertes como los del Clan del Río —señaló Estrella Leopardina—. Estrella de Fuego tiene razón: deberíamos ayudar a los clanes más débiles con sus cachorros.

—¡Mi clan no necesita vuestra

ayuda! —bufó Enlodado—. Además, ¡sería un caos! ¡Nadie sabría qué órdenes seguir!

—Entonces, ¿por qué no nos das tú las órdenes a todos? —le espetó Estrella de Fuego.

—¡Ningún gato excepto yo da órdenes a los guerreros del Clan de la Sombra! —gruñó Estrella Negra.

Zarzoso avanzó entre la multitud para situarse junto a Estrella de Fuego. Hojarasca estaba lo bastante cerca como para captar su olor a miedo.

—¡Morirán gatos mientras vosotros estáis discutiendo! ¿No creéis que poco importa quién esté al mando hasta que todos los gatos estemos a salvo en el

otro lado?

Estrella Negra echó las orejas hacia atrás, y Alcotán sacudió la cola.

—Dejad que continúe —les advirtió Estrella de Fuego.

—Yo guiaré al Clan del Trueno —maulló Zarzoso—. Corvino puede guiar al Clan del Viento. Trigueña puede ocuparse del Clan de la Sombra, y, Borrascoso, tú guiarás al Clan del Río.

—Corvino no puede guiar al Clan del Viento —protestó Enlodado—. No es más que un aprendiz.

—¿Tú has cruzado alguna vez este Sendero Atronador? —quiso saber Zarzoso.

—No —bufó Enlodado—. Pero ¡he

dirigido a mi clan en otras ocasiones!

—¡Lo hará Corvino! —insistió Zarzoso.

Ignorando aquella absurda discusión, Borrascoso agitó la cola y condujo a sus compañeros de clan hasta el borde del Sendero Atronador, donde se agazapó, a la espera de dar la señal.

Un monstruo pasó rugiendo; su pelaje centelleaba bajo la luz del sol. En cuanto se alejó, Borrascoso soltó un aullido, y los gatos del Clan del Río salieron en tropel y corrieron por el Sendero Atronador. Hojarasca buscó con la mirada a Flor Albina. Enseguida distinguió su pelaje gris claro, y se sintió aliviada al comprobar que dos

guerreros de su clan estaban ayudándola a cargar con sus cachorros.

Mientras los gatos del Clan del Río se apiñaban en la cuneta opuesta, Hojarasca oyó el amenazante sonido de otro monstruo que se acercaba. Dando gracias al Clan Estelar porque todo el Clan del Río hubiera cruzado sano y salvo, calculó la distancia a la que estaba el monstruo. Le dio un vuelco el corazón. ¡Enlodado le había dicho a su clan que empezara a cruzar sin esperar la orden de Corvino!

Atenazado por el pánico, Corvino se quedó mirando cómo el monstruo aullaba hacia ellos.

—¡Deprisa! —Salió disparado,

agarró un cachorro y corrió al otro lado. Tras lanzarlo a la cuneta, dio media vuelta para ir por otro—. ¡Los cachorros, llevad a los cachorros! —ordenó.

Sacando las uñas, intentó aferrarse a la resbaladiza superficie, agarró a otro de los cachorros por el pescuezo y corrió de nuevo al extremo opuesto. Los guerreros y los aprendices tomaron a los últimos cachorros y lo siguieron a toda velocidad, con las reinas pisándoles los talones. Pero Flor Matinal, una veterana del Clan del Viento, se quedó atrás.

—¡Corre! —chilló Hojarasca.

Por encima de ella, Estrella de Fuego se agazapó al borde del Sendero

Atronador. Lanzó un vistazo al monstruo que se acercaba, calculando si podría alcanzar a tiempo a Flor Matinal.

—¡Quédate donde estás! —le gritó Zarzoso.

Estrella de Fuego se agazapó más y echó las orejas hacia atrás.

—¡Sigue adelante! —le indicó a la veterana del Clan del Viento—. ¡Puedes conseguirlo!

El monstruo se aproximaba amenazadoramente, como un torbellino, pero de repente viró en medio del Sendero Atronador y fue directo hacia Estrella de Fuego. Hojarasca sintió una oleada de pánico y cerró los ojos, esperando el repulsivo sonido de huesos

aplastados.

No sucedió. Abrió los ojos apenas un poco, y vio al monstruo pasando tan cerca de Estrella de Fuego que el viento le revolvió el pelo. Se alejó rugiendo sin reducir la velocidad. Hojarasca abrió los ojos del todo. Flor Matinal estaba cruzando decididamente el Sendero Atronador, observada por sus compañeros de clan desde el otro arcén. Estrella de Fuego se apartó del borde, jadeando.

—No te preocupes; tu padre está bien. —Acedera tocó con la nariz la cabeza de Hojarasca.

—Creía que ese monstruo iba a matarlo —susurró la aprendiza.

—Estrella de Fuego es valiente —murmuró Acedera—, pero no es un insensato.

Hojarasca se volvió entonces hacia el Clan de la Sombra, que aguardaba el momento para cruzar. Esperó que Estrella Negra hubiera aprendido la lección, y fuera más cauto tras la imprudencia de Enlodado. El líder del Clan de la Sombra tenía los ojos clavados en Trigueña.

Un aprendiz echó a correr.

—¡Vuelve atrás! —le ordenó Trigueña con un bufido. Su tono hizo que el aprendiz frenara en seco y se apresurara a reunirse con los demás—. ¡Iremos juntos! —declaró la guerrera

mirando a Estrella Negra, y el líder asintió.

No había monstruos a la vista. Cautelosamente, Estrella Negra dio unos pasos adelante, olfateando el aire.

—¡Ahora! —ordenó.

Y los gatos del Clan de la Sombra saltaron de la zanja y empezaron a atravesar el Sendero Atronador.

Los cachorros de Amapola iban seguros, transportados por guerreros, y la propia Amapola fue arrastrada por su clan como un pez que nadara siguiendo la corriente. Hojarasca suspiró aliviada cuando todos los gatos alcanzaron la cuneta opuesta justo antes de que un nuevo monstruo hiciera temblar la tierra.

—¡Nosotros iremos después de ese monstruo! —exclamó Zarzoso.

De pronto, un chillido agudo sonó desde el otro lado de la vía. Hojarasca se puso en tensión. ¡Uno de los cachorros de Amapola se había despistado y estaba de nuevo en el Sendero Atronador! Desconcertado, giraba en círculos sobre la dura superficie, llamando a su madre.

Manto Polvoroso y Musaraña se agazaparon, listos para correr hacia el cachorro.

—¡Esperad! —les ordenó Estrella de Fuego—. Es demasiado peligroso.

El clan permaneció donde estaba.

Amapola intentó atravesar la

multitud de gatos del Clan de la Sombra para alcanzar a su hijo, pero una de las reinas del Clan del Río estaba más cerca. Flor Albina saltó al Sendero Atronador y quitó al cachorro de la trayectoria del monstruo. Lo llevó hasta la cuneta, lo dejó sobre el césped y empezó a lamerlo con brío.

De repente, se detuvo y se pasó la lengua por la boca, confundida, al darse cuenta de que el cachorro no era suyo. Miró azorada a sus compañeros de clan, mientras Amapola corría junto a su hijo. Hojarasca se puso nerviosa, y esperó que Amapola no se sintiera ofendida por la intervención de la reina del Clan del Río. Por suerte, cuando llegó hasta

ellos, los ojos de Amapola rebosaban gratitud, y antes de llevarse a su cachorro inclinó la cabeza ante Flor Albina para agradecerle aquel gesto.

—Ésta es la valla de la que me rescató Plumosa.

Esquirolina señaló con el hocico la malla brillante y espinosa que se extendía entre los postes de madera. El Sendero Atronador había quedado atrás, y a Hojarasca ya no le temblaban las patas. Le agradecía a su hermana que la distrajera con historias de su primer viaje.

—Mientras los demás estaban

ocupados discutiendo sobre qué podían hacer —continuó Esquirolina—, Plumosa mascó unas hojas de romaza y luego me frotó el pelo con ellas, y salí de allí deslizándome como un pez.

—Pero ¡te dejaste atrás la mitad del pellejo! —le recordó Borrascoso.

Esquirolina respondió dándole unos zarpazos amistosos.

Allí no parecían estar en peligro. No había olores recientes de perros ni de Dos Patas, sólo montones de ovejas que pastaban ruidosamente, sin apenas prestar atención a los gatos. Los clanes se habían desplegado por aquel prado, aunque seguían sin mezclarse entre ellos. Sólo Corvino, Trigueña, Zarzoso,

Esquirolina y Borrascoso se alejaban de sus respectivos compañeros de clan, turnándose para correr arriba y abajo por si alguien se quedaba rezagado.

Estrella Alta caminaba fatigosamente, y Bigotes no se había separado de él en todo el día. Los demás líderes miraban de vez en cuando a su viejo colega, claramente preocupados.

—Deberíamos buscar un sitio para descansar —aconsejó Cascarón cuando el cielo se oscureció y un frío viento alborotó el pelaje de los gatos.

—Ahí delante hay una arboleda —maulló Estrella de Fuego—. Allí tal vez encontremos cobijo.

Los demás líderes asintieron, y los

gatos ascendieron a lo alto del prado en pendiente y se internaron en el bosquecillo. Hojarasca se dejó caer agradecida sobre un montón de musgo.

—Huelo a zorro —advirtió Estrella Negra.

—El olor es rancio —observó Estrella Leopardina, olfateando el aire.

—Pero podría regresar cuando estemos durmiendo —intervino Enlodado.

—¡Los clanes deberían dormir todos juntos! —exclamó Flor Albina, levantando la cola para impedir que uno de sus cachorros, un atigrado de cara redonda, se alejara persiguiendo a una cochinilla—. Túmbate, hijo —lo

regañó.

—Los cachorros y las reinas deberían dormir en el centro —propuso Bigotes—. Ahí estarán más seguros. —Miró de soslayo a Estrella Alta—. Y los gatos más veteranos deberían hacer lo mismo.

—Muy bien —aceptó Estrella Negra—. Cada clan pondrá dos guerreros de guardia.

Hojarasca se acercó a Acedera, agradeciendo la protección que proporcionaban los helechos. Pensó que, esa noche, Fronda dormiría profundamente, protegida por los cuatro clanes y con una espesa vegetación para mantener caliente a Betulino. La

arboleda estaba sumida en un gran silencio, roto tan sólo por el ulular de un búho. Aquel refugio natural no era su hogar, y el olor entremezclado de los cuatro clanes le resultaba extraño, pero Hojarasca se sentía lo bastante segura como para ovillarse junto a Carbonilla y dormirse.

A medida que avanzaban hacia donde se ponía el sol, la aprendiza de curandera fue acostumbrándose poco a poco a enfrentarse a los Senderos Atronadores. Los clanes seguían cruzándolos por separado, pero ahora las reinas vigilaban también a los

cachorros de las otras, pues habían visto que los más pequeños se desorientaban con facilidad por el hedor y el ruido de los monstruos. Como telarañas bajo la lluvia, las fronteras de clan estaban empezando a disolverse.

—Deberíamos llegar a las montañas esta tarde —anunció Zarzoso mientras Hojarasca hacía su ronda matinal por el clan, revisando heridas o buscando signos de infección.

—¿Estamos tan cerca? —preguntó ella.

Levantó la mirada hacia las cumbres, que habían pasado de ser una diminuta línea en el horizonte a una imponente masa de piedra. Se

estremeció al ver la nieve que coronaba los riscos más altos. Algunos gatos ya habían empezado a resfriarse y a toser, y ella temía que algunos se vieran afectados por la tos verde, la enfermedad que podía aniquilar a un clan entero en la estación sin hojas.

—¡Hojarasca! —la llamó Estrella de Fuego—. ¿Estás preparada para salir a cazar?

—Sí, por favor —respondió ella, ansiosa.

Había estado tan ocupada atendiendo al clan, cubriendo cortes con telarañas y aliviando arañazos con romaza, e intentando hacer todo lo posible con las hierbas que Carbonilla y

ella habían encontrado a lo largo del camino, que llevaba días sin salir a cazar.

—Entonces irás con Zarzoso y Esquirolina —ordenó Estrella de Fuego —. A ver si podéis traer un ratón o dos.

Esquirolina se le acercó saltando.

—¿Por dónde vamos a ir?

—En ese campo de ahí debe de haber muchos ratones. —Zarzoso señaló con la cola un prado que había tras la arboleda.

—¡Pues en marcha! —exclamó Esquirolina.

Zarzoso echó a correr detrás de ella, y Hojarasca los siguió, retorciéndose a través del sotobosque para alcanzar un

espacio extenso y herboso.

Mientras Zarzoso y Esquirolina recorrían los extremos del prado, Hojarasca se dirigió hacia una zona de hierba alta, aplastada por el viento y la lluvia de la estación sin hojas. Casi de inmediato olió a ratón. Tras las largas lunas de hambre en el bosque que habían dejado atrás, apenas daban crédito a su suerte. Agazapándose, avanzó sobre la hierba hasta que encontró el rastro más reciente. Un instante después, vislumbró algo marrón que escarbaba profundamente en la hierba, y saltó sobre él.

El ratón salió disparado antes de que las zarpas de Hojarasca tocaran el

suelo. La aprendiza sólo aplastó la mata de hierba en la que un segundo antes se hallaba el roedor.

—Veo que estás más acostumbrada a cazar en el bosque.

El condescendiente maullido de Alcotán hizo que Hojarasca pegara un brinco. Al volverse hacia él, vio que el guerrero del Clan del Río estaba observándola tranquilamente, con la cola enroscada alrededor de las patas.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? —le espetó ella—. ¿Como cazar para tu clan?

—Ya he cazado tres ratones y un tordo —maulló el guerrero—. Creo que me he ganado un descanso.

Mientras Hojarasca buscaba una réplica mordaz, Alcotán levantó la nariz para olfatear el aire.

—¡Perro! —bufó—. ¡Y viene hacia aquí!

Hojarasca oyó entonces sus firmes pisadas resonando a través de la hierba. Miró a su alrededor, aterrorizada, preguntándose hacia dónde correr.

—¡Vuelve a la arboleda! —le ordenó Alcotán.

Hojarasca echó a correr, pero un grave gruñido la hizo detenerse. Al mirar por encima del hombro, vio cómo Alcotán arqueaba el lomo ante un rabioso perro blanco y negro. El guerrero del Clan del Río soltó un

bufido y saltó hacia atrás, al tiempo que propinaba un zarpazo en el morro de su enemigo.

—¡Zarzoso! ¡Esquirolina! ¡Ayuda! —chilló Hojarasca.

El perro embistió de nuevo, y Alcotán se zafó de un salto, pero la bestia se volvió de inmediato y mordió el aire justo donde un instante antes estaba el guerrero.

—¡Cuidado! —Zarzoso salió entre la hierba y saltó al lomo del perro.

Se aferró a él con sus afiladas garras, y el chucho se alzó sobre sus patas traseras, lanzando un gañido desesperado y tratando de librarse de las garras del gato. Zarzoso se mantuvo

donde estaba, pero el perro se revolvió y lanzó una dentellada a apenas un ratón de distancia de la cara del guerrero. Bufando de terror, Zarzoso se soltó y salió lanzado al suelo. En el segundo que le costó recuperarse, el perro tuvo tiempo de volverse hacia él, babeando de rabia.

Justo en ese momento, Alcotán apareció de nuevo delante de Zarzoso, lanzándole varios zarpazos al perro en el hocico. Zarzoso consiguió ponerse en pie y se unió al ataque. Hojarasca se quedó paralizada de espanto, viendo cómo los dos guerreros se revolvían, saltaban y encorvaban sus poderosos lomos como si el uno fuera el reflejo del

otro.

El perro empezó a retroceder con el rabo entre las patas. Alcotán se irguió sobre las patas traseras y bufó tan amenazadoramente que el perro lanzó un último gañido y corrió hacia el bosque.

—Zarzoso, ¿estás bien? —preguntó Hojarasca sin aliento.

—Sí, estoy bien.

—Por suerte, yo estaba aquí para salvarte —se mofó Alcotán.

—Por si no lo has visto bien, soy yo quien te ha salvado a ti —replicó Zarzoso.

Alcotán se encogió de hombros.

—Supongo que sí —admitió a regañadientes.

—Bueno, pues yo supongo que has ahuyentado bastante bien a ese chucho —concedió Zarzoso.

—¡¿Qué ocurre?! —Esquirolina apareció corriendo entre la alta hierba—. Huelo a perro…

—Nos ha atacado. Zarzoso y Alcotán lo han ahuyentado —informó Hojarasca.

—¡Estás de broma! —se asombró Esquirolina.

—Me voy —anunció Alcotán bruscamente.

El peligro al que se habían enfrentado no lo había vuelto más afable, y Hojarasca se alegró al verlo marcharse.

—Venga, sigamos cazando —maulló Zarzoso.

Y se alejó por la hierba.

—¡Vamos, Hojarasca! —la llamó Esquirolina, poniéndose en marcha—. Tendrás que comer bien antes de que empecemos el ascenso a las montañas.

Hojarasca miró de nuevo las cimas cubiertas de nieve. Le gustaría tener el mismo valor que su hermana. Los clanes ya habían hecho un gran esfuerzo para llegar tan lejos… ¿Cómo se las arreglarían los cachorros y los veteranos con las rocas y el hielo, entre vertiginosos precipicios cortados a pico? Incluso para los guerreros y los aprendices sería difícil afrontar esos

peligros. Cerró los ojos y dirigió una plegaria silenciosa al Clan Estelar, pero se sintió vacía y aterrada cuando sus palabras regresaron como el eco, como si no hubiera nadie para oírlas.



21

Un viento cortante bajaba de las montañas cuando tomaron la senda que conducía a las imponentes cumbres. Espesas nubes cubrían el cielo, y, por su tono amarillento, Hojarasca supo que pronto empezaría a nevar.

Zarzoso y Borrascoso estaban guiándolos por un sendero que circundaba un escarpado valle. Era tan

diferente del bosque como Hojarasca se había imaginado. Sólo había unos pocos árboles, retorcidos y achaparrados, aferrados a la lisa piedra gris, sin ningún sitio donde pudieran vivir sus presas habituales. Los gatos del Clan del Viento, con el pelaje muy fino tras muchas lunas pasando hambre, no estaban preparados para afrontar el frío, pero avanzaban muy serios con la cabeza agachada. Estrella Alta parecía tan frágil como una hoja, y, cada dos por tres, necesitaba apoyarse en Bigotes, que rara vez se separaba de él. Los miembros del Clan de la Sombra tal vez no tenían tan mal aspecto, pero en su mirada también se adivinaba el

cansancio, y sus pasos eran lentos. Los gatos del Clan del Río parecían estar un poco mejor, aunque su aspecto también era desaliñado: sus lustrosos pelajes no eran más que un recuerdo medio olvidado, como los días en que todos ellos tenían suficiente comida para salir adelante.

Uno de los cachorros de Amapola levantó la vista hacia los riscos con los ojos tan abiertos como los de un búho.

—¿De verdad vamos a subir ahí arriba?

—Sí —respondió Amapola, abatida.

Flor Matinal se detuvo, y luego levantó esforzadamente una pata y se lamió la almohadilla.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hojarasca.

Entre las garras de la veterana había sangre. La aprendiza miró más adelante, donde iban Esquirolina y Zarzoso, codo con codo.

—¡Esquirolina! —la llamó, y ella se volvió al instante—. ¿Podemos parar? Necesito vendarle la pata a Flor Matinal.

—Se lo diré a Estrella de Fuego —respondió su hermana.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Zarzoso a Hojarasca.

—Telaraña y consuelda, si es posible.

La joven observó el árido paisaje

con pocas esperanzas de encontrar algo que sirviera.

Fronde Dorado, que estaba en medio de su grupo de gatos, alzó la cabeza.

—Encontraremos lo que necesitas —prometió, y de inmediato murmuró algo a los gatos que lo rodeaban.

Los maullidos se propagaron por el grupo, y guerreros de todos los clanes empezaron a desplegarse para buscar entre las rocas.

Hojarasca examinó la zarpa de Flor Matinal.

—Tienes que mantenerla limpia, pero, si te la reblandeces con la lengua, nunca se curará.

Cascarón se abrió paso hasta ellas.

—¿Qué ocurre?

—Es sólo que tengo la almohadilla en carne viva de tanto caminar —masculló la veterana.

—¿Esto servirá? —Bermeja se acercó con un bocado de hojas que dejó en el suelo.

Hojarasca las olfateó con cautela. No olían a nada parecido a lo que estaba acostumbrada. Lamió una hoja, dejando que su sabor se filtrara en su lengua antes de atreverse a morderla. Era amarga, pero tenía un matiz astringente que le recordaba a la caléndula.

—Puede que sí. —Miró a Cascarón—. ¿Deberíamos probar?

Cascarón olfateó una hoja.

—Se parece un poco a algo que usábamos en el páramo…

—Usadlo —los instó Flor Matinal—. Si funciona, podréis emplearlo con otros. Si duele demasiado, os lo diré enseguida.

Hojarasca mascó la hoja y aplicó su verde jugo a la zarpa de la veterana.

La vieja gata hizo una mueca, y Hojarasca se apartó.

—No te preocupes —gruñó Flor Matinal—. Sólo escuece un poco. Continúa.

Ala de Mariposa llegó con una pata envuelta en una pegajosa y blanca telaraña.

—¡Genial, gracias! —Con cuidado,

Hojarasca desenredó la telaraña de la pata extendida de su amiga y vendó con ella la zarpa hinchada de Flor Matinal —. Si notas que palpita, dímelo.

—Lo haré. —Con tiento, apoyó la zarpa en el suelo—. No está mal.

Zarzoso volvió corriendo a la primera línea, y los gatos se pusieron en marcha de nuevo.

Esquirolina caminaba en silencio junto a su hermana, cabizbaja.

—¿Es éste el camino por el que regresasteis a casa? —le preguntó Hojarasca al cabo de un rato.

—Yo… creo que sí… —musitó Esquirolina.

Hojarasca la miró sorprendida.

Habían tomado esa ruta porque, según Trigueña, era más fácil seguir aquel camino que el del viaje de ida. La aprendiza de curandera había dado por supuesto que su hermana conocía el camino. Miró hacia delante, donde el valle se estrechaba hasta convertirse en poco más que una grieta entre las rocas.

—¿Nada de esto te resulta familiar?

Esquirolina parpadeó.

—Al venir en esta dirección, parece diferente. La tribu nos guió la mayor parte del tiempo.

Hojarasca tragó saliva. Se preguntó si se tropezarían con gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas en su viaje, esos felinos cubiertos de barro que adoraban

a unos extraños antepasados y sobrevivían en un mundo de piedra y hielo.

Mientras los clanes avanzaban, ascendiendo más y más, sólo a Borrascoso se lo veía cómodo. Saltaba de una roca a otra con tanta facilidad que apenas parecía un gato del Clan del Río. Incluso su pelaje armonizaba a la perfección con aquel despojado mundo gris.

Era como si el ascenso no tuviera fin, ni aquel día ni el siguiente. El terreno se tornó más abrupto y rocoso, pero las cumbres seguían alzándose

imponentes ante ellos. La zarpa de Flor Matinal había mejorado, y Hojarasca estaba atenta y recogía más provisiones de la hierba que había usado para curar a la veterana.

—¿Estás segura de que vamos por el camino correcto? —susurró Acedera—. Esta senda está volviéndose realmente estrecha.

La guerrera tenía razón. El camino estaba llevándolos hacia una cornisa que discurría en espiral alrededor de un precipicio vertiginoso. La montaña descendía en picado a un lado del sendero, y se alzaba verticalmente al otro. Además, el viento se colaba a través de la abertura como agua por una

zanja, y Hojarasca notó cómo le revolvía el pelo. La joven gata entrecerró los ojos contra una gélida ráfaga, y mantuvo la mirada fija en lo que aún tenían por delante. Todos iban en fila india para recorrer la cornisa.

—¡Cargad con los cachorros! —ordenó Estrella Negra, y el eco de su aullido contra las paredes del desfiladero resultó escalofriante.

El reborde rocoso seguía la curva de la montaña, ascendiendo hacia un angosto paso entre dos cimas. Un repiqueteo de piedras resonó contra la pared de la montaña cuando, con las pisadas de los gatos, el borde de la cornisa lanzó una rociada de

piedrecillas a las sombras del fondo. Hojarasca caminaba lo más cerca que podía de la pared rocosa, con el corazón acelerado. Notaba el cálido aliento de Acedera detrás de ella.

De pronto, sonó un alarido más adelante, y un enorme trozo de roca cayó estrepitosamente al interminable vacío. En el estrecho sendero se abrió un boquete que lanzó a Ahumado, un aprendiz del Clan de la Sombra, a la nada abismal. Por un instante, el aprendiz había conseguido aferrarse desesperadamente al borde, arañando la roca. Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra, se abalanzó a agarrarlo, pero su peso sólo sirvió para

desprender más piedras, y el borde del que colgaba Ahumado se rompió de golpe. Bermeja retrocedió de un salto, consiguiendo salvarse por los pelos. El aprendiz cayó, retorciéndose violentamente en el aire, y desapareció en la oscuridad.

Una reina del Clan de la Sombra se asomó al precipicio.

—¡Ahumado!

—¡Atrás! —aulló Borrascoso.

Serpenteó como un pez sobre la cornisa, y tiró de la gata.

Mientras todos contemplaban la escena, horrorizados, Hojarasca deseó que el Clan Estelar se llevara deprisa al aprendiz. Estrella Negra se asomó al

borde.

—No podemos hacer nada —maulló al incorporarse—. Tenemos que seguir adelante.

—¿Vas a abandonar a Ahumado? —gimió la reina.

—Es imposible que haya sobrevivido a esa caída —respondió Estrella Negra—. Y no podemos llegar hasta su cuerpo. —Tocó el costado de la reina con el hocico—. Lo lamento, Ala Nocturna. El Clan de la Sombra no se olvidará de Ahumado. Te lo prometo.

Con los ojos hundidos por la conmoción y la pena, los gatos se pusieron en marcha de nuevo, pegándose tanto a la pared de la montaña que la

roca los arañaba. Aun así, la caída de Ahumado había dejado un hueco en la cornisa. Afortunadamente, Rabo Largo se hallaba entre los que iban por delante del aprendiz del Clan de la Sombra —Hojarasca tragó saliva al pensar en que les habría sido imposible ayudar al veterano ciego a salvar un agujero que no tenía manera de calcular—, pero todavía quedaban varios gatos por superar el aterrador hueco.

Borrascoso se agachó al otro lado del boquete, aferrándose con las garras a la roca.

—Venga —le dijo a Zarpa de Turón, un aprendiz del Clan del Viento—. Este lado es seguro. Puedes saltar fácilmente.

Zarpa de Turón se quedó mirando las sombras del abismo con los ojos desorbitados.

—Los demás se congelarán esperándote —gruñó Borrascoso, impacientándose—. ¡Salta de una vez!

Zarpa de Turón alzó la vista y parpadeó. Se agazapó, apoyando todo su peso en las patas traseras, y luego saltó con las patas delanteras bien estiradas. Borrascoso lo agarró por el pescuezo cuando aterrizó, resollando por el esfuerzo. Le dio un empujón suave para que siguiera camino arriba, y se volvió hacia el siguiente.

—¡Mis hijos no pueden dar un salto así! —Amapola se encogió.

—¿Puedes cargar con ellos? —preguntó Borrascoso.

Amapola echó atrás las orejas.

—¡Está demasiado lejos!

—Yo los llevaré —maulló Corvino. Pasó junto a Borrascoso y saltó hasta donde estaba Amapola. Ella se quedó mirándolo con ojos rebosantes de miedo —. No los dejaré caer, descuida —prometió el aprendiz.

Tomó al cachorro más pequeño y se colocó al borde del agujero. El gatito se retorció, y sus maullidos aterrorizados resonaron por toda la sima. Amapola, con las pupilas dilatadas, observó el salto de Corvino con su cría. Se desprendieron piedrecillas del borde

cuando el aprendiz aterrizó al lado de Borrascoso, pero no perdió pie. Hojarasca se quedó asombrada de su agilidad.

—Asegúrate de que no se mueve —le dijo Corvino a Borrascoso al dejar delicadamente al cachorro en la cornisa.

Luego dio media vuelta y regresó por el otro.

Cuando sus cachorros estuvieron a salvo, Amapola los siguió, salvando fácilmente la abertura con sus largas patas.

—Gracias —maulló con voz ahogada, y restregó el hocico contra sus crías antes de guiarlas dulcemente cuesta arriba.

—Vamos a encargarnos de que los demás crucen sin peligro —le dijo Corvino a Borrascoso—. Tú quédate en este lado; yo iré al otro.

Cuando llegó su turno, a Hojarasca le temblaban tanto las patas que temió que acabaría cayendo por la cornisa.

—No pasa nada —murmuró Corvino—. No es tan difícil como parece.

Hojarasca notó el cálido aliento del aprendiz, e intentó concentrarse en eso, en vez de en el agujero que se abría ante ella. Sabía que en su antiguo hogar, sin nada más que el blando suelo forestal bajo sus pies, habría saltado esa distancia sin pensarlo dos veces. Pero aquella abertura parecía tirar de ella

como un negro río, arrastrándola hacia abajo, abajo, abajo…

—¡No pienses en ello! —exclamó Borrascoso.

Hojarasca entrecerró los ojos, notando la piedra bajo las zarpas. «¡Clan Estelar, ayúdame!». Se agazapó y dio un salto, aterrizando con un patinazo que le arañó las almohadillas.

—¡Bien hecho! —aulló Borrascoso.

Hojarasca giró en redondo y vio que Acedera estaba esperando para saltar. Retrocedió cuando su amiga se lanzó hacia ella y aterrizó en el suelo, peligrosamente cerca del borde. Hojarasca corrió a agarrarla por el pescuezo.

—Gracias —resolló Acedera, temblando.

—No hay de qué —masculló ella sin soltarla.

—Corred a reuniros con los demás —maulló Borrascoso—. Nosotros nos aseguraremos de que los que quedan cruzan de una pieza.

Las amigas siguieron cautelosamente por el sendero que ascendía. Amapola ya había desaparecido por una estrecha quebrada, y Hojarasca la siguió, impaciente por alejarse de la cornisa. La quebrada se abría a un pequeño valle que descendía hacia otro risco. En un lado, un gran peñasco se alzaba hacia el cielo. En el otro, una suave ladera

llevaba a un lugar donde el brezo y la hierba competían por el espacio entre las altas rocas. Los demás gatos rondaban como sombras alrededor de las rocas, y Carbonilla ya estaba paseándose entre ellos, comprobando que todos estaban bien.

A Hojarasca le rugió el estómago. Esperó que aquellos huecos y grietas ocultaran algunas pequeñas presas. Los gatos apenas habían comido desde la llegada a las montañas, y los campos rebosantes de presas de los Dos Patas parecían un recuerdo lejano; daba la impresión de que en la montaña no había comida suficiente para alimentar a un clan, y muchísimo menos a cuatro.

—Parece que algunos ya están cazando —maulló Acedera.

Trigueña estaba guiando a una pequeña partida valle arriba. Estrella Negra se dirigía a una formación rocosa un poco más allá, flanqueado por un par de guerreros del Clan de la Sombra.

—¡Hojarasca! ¡Acedera!

La aprendiza oyó que su padre la llamaba, y corrió hacia él.

—Zarzoso está organizando partidas de caza —maulló el líder—. Podéis acompañarlo.

—¿Yo no debería ayudar a Carbonilla? —preguntó Hojarasca.

Estrella de Fuego lanzó un vistazo a la curandera.

—No hay nadie herido, aunque algunos están conmocionados. Carbonilla me ha dicho que podía arreglárselas sola.

—De acuerdo. —Hojarasca se apresuró a unirse a Zarzoso, con Acedera al lado, pero se detuvo al pasar junto a Fronda—. ¿Betulino se encuentra bien? —preguntó.

—Está bien —la tranquilizó Fronda. Luego miró hacia las nubes—. Pero cuando empiece a nevar…

Betulino entornó los ojos al ver a Hojarasca.

—¿Por qué Cora no podía venir con nosotros? —sollozó—. ¿Tú le dijiste que se marchara?

Hojarasca negó con la cabeza.

—Ella tiene su propio hogar —le dijo con ternura.

—Pero ¡era muy divertida!

—Cuando lleguemos a nuestro nuevo hogar, habrá mucho tiempo para divertirse —prometió Fronda.

—Si es que llegamos alguna vez… —masculló Acedera mientras se alejaban.

—¡Por supuesto que llegaremos! —replicó Hojarasca, deseando sonar como si se lo creyera.

Esquirolina levantó la vista cuando ellas se acercaron.

—Zarzoso está explicando cómo caza la tribu —susurró—. Hemos

pensado que sería útil.

—Cuando estéis cazando aquí arriba, debéis confiar más en la inmovilidad que en la agilidad —maulló Zarzoso.

—Pero ¡nosotros no somos gatos de tribu, sino de clan! —protestó Orvallo—. ¿Por qué tenemos que cazar como ellos?

—Porque esto no es el bosque —le espetó Zarzoso—. Sin la protección de la vegetación, las presas nos ven de inmediato. Aquí hay que esperar, mantenerse quietos para camuflarse con la montaña. Entonces, cuando las presas se acercan…

—¿Qué presa va a ser tan estúpida?

—resopló Zarpa de Turón.

—¡Eso es lo que me enseñó la tribu! —Los ojos de Zarzoso echaban chispas —. Si no queréis morir de hambre, tendréis que aprender a cazar como ellos. —Sacudió la cola—. Zancón, ven conmigo. Esquirolina, tú ve con Orvallo. Y vosotras dos —añadió, mirando a Hojarasca y Acedera—, permaneced juntas.

—¿Dónde cazaremos? —Hojarasca miró las peligrosas cornisas y oscuras grietas del valle, y pensó con un escalofrío en el felino gigante que había acabado con la vida de Plumosa—. ¿Estaremos seguras?

—Si sois prudentes, sí. —Zarzoso

señaló con la cola una cornisa que sobresalía justo por encima de ellos—. Probad primero ahí arriba —sugirió.

Acedera asintió y comenzó a ascender, lanzando una rociada de tierra y piedrecillas sobre los gatos de abajo. Hojarasca se sacudió el polvo de encima y la siguió. Tenía las patas cansadas y doloridas, pero continuó hasta el saliente. Su compañera agitó la cola, indicándole que no se moviera, y Hojarasca captó al instante el familiar olor de un ratón. Se agazapó junto a ella para observar una zona de áspera hierba que brotaba de una hendidura en la roca. «Quédate quieta», se dijo Hojarasca, recordando el consejo de Zarzoso, pero

costaba esperar pacientemente cuando tenía tanta hambre.

Cuando la hierba empezó a temblar, Acedera avanzó muy despacio. De pronto, la hierba se estremeció y el ratón salió corriendo, encaminándose a un agujero en la piedra. Con un sobresalto de espanto, Hojarasca vio cómo Acedera saltaba tras el roedor y caía directamente por el borde de la cornisa.

La mente de Hojarasca se llenó con el recuerdo de Ahumado desapareciendo por el precipicio, y tuvo que obligarse a mirar valle abajo. Para su alivio, Acedera estaba viva y coleando, aunque aullaba de terror medio cayendo medio resbalando por la escarpada pendiente,

hasta que un raquítico arbusto de espino, que se combó y estremeció bajo su peso, frenó su caída. Fue un golpe doloroso, pero impidió que siguiera rodando cuesta abajo.

—¡Acedera! —la llamó Hojarasca—. ¿Estás bien?

La guerrera del Clan del Trueno levantó la vista con los ojos desorbitados del susto.

—Estoy bien —maulló—. Sólo me he hecho un par de arañazos y me duelen las zarpas.

Comenzó a ascender de nuevo.

Zarzoso llegó corriendo al saliente, alarmado por la cascada de piedras que había desprendido Acedera.

—¿Qué ha ocurrido?

—He resbalado, eso es todo —respondió la guerrera, aunque sus ojos seguían llenos de miedo.

—¡Debéis tener cuidado! —bufó Zarzoso, pero enmudeció de pronto y miró más allá de las dos gatas.

—¿Qué ocurre?

Hojarasca giró en redondo con el corazón desbocado. Con gran alivio, descubrió que el guerrero sólo había visto al ratón, que estaba saliendo de su agujero.

—Quedaos quietas —ordenó Zarzoso con un susurro.

—Pero yo podría cazarlo de un solo salto —contestó Acedera en voz baja.

—Espera… —gruñó Zarzoso.

Hojarasca oyó un tenue batir de alas por encima de ellos. Al alzar la mirada, vio a una enorme ave de color marrón que volaba en círculos sobre sus cabezas. Tragó saliva, preguntándose qué estaba valorando exactamente como presa: si al ratón o a ellos mismos.

—Si tenemos suerte —murmuró Zarzoso cuando el águila plegó las alas y descendió hacia ellos tan veloz y silenciosa como un guerrero del Clan del Viento—, irá a por el ratón, y nosotros podremos llevar al clan algo lo bastante grande para compartir.

—¿Y si no tenemos suerte? —masculló Acedera.

Zarzoso no respondió.

En lo alto, las alas del águila parecieron volverse más anchas que el río que había separado al Clan del Trueno del Clan del Río. Hojarasca reprimió el impulso de dar media vuelta y huir: el ave se acercaba cada vez más, hasta que la aprendiza pudo ver todas y cada una de las plumas de sus gigantescas alas, y también sus ojos, reluciendo como pequeños guijarros negros.

—Esperad, esperad… —les dijo Zarzoso entre dientes.

Justo cuando Hojarasca podía ver los tendones de las garras amarillas del águila, ésta pasó de largo velozmente,

ninguneando al ratón y a los tres gatos del saliente: ¡iba derecha a los gatos que estaban abajo, en el valle!

Zarzoso saltó al borde de la cornisa y se asomó.

—¡Cuidado! —aulló.

La figura de plumas marrones y doradas pareció estallar entre los gatos, que chillaron de pavor dispersándose en todas las direcciones. Sólo los guerreros se mantuvieron en su sitio, saltando sobre las patas traseras y agitando en el aire sus uñas desenvainadas mientras el águila ascendía de nuevo batiendo sus potentes alas. Cuando el ave empezó a elevarse en el aire, Hojarasca vio que una pequeña criatura se retorcía entre

sus largas garras y oyó los lastimeros maullidos de un cachorro aterrorizado. «¡No!».

—¡Tarquín! —gritó Amapola.

De pronto, Fronde Dorado saltó en el aire como si lo hubiera elevado el viento. Alargando las zarpas, agarró las patas del águila un segundo antes de que quedara fuera de su alcance. Bufando de rabia, el guerrero se aferró a ella. El ave chilló y se sacudió para librarse de Fronde Dorado. El guerrero cayó al suelo, pero su ataque había bastado para aflojar la presión del águila, y el cachorro descendió en picado al lado del guerrero.

Hojarasca se lanzó desde la cornisa,

aterrizó torpemente y bajó al valle patinando. Las piedras le arañaban las zarpas al resbalar. Zarzoso y Acedera iban tras ella, zigzagueando ladera abajo para evitar caer de cabeza. Pero Hojarasca siguió rodando y rodando una y otra vez. Un arbusto detuvo su caída antes de que llegara al fondo, y sus finas ramas azotaron su cuerpo. Fue suficiente para que consiguiera ponerse en pie, y bajó corriendo al valle.

—¡Comprueba si Fronde Dorado se encuentra bien! —le ordenó Hojarasca a Acedera—. Yo examinaré a Tarquín.

Amapola estaba inclinada sobre el cuerpecillo que yacía sobre el suelo de piedra. Fronda pegó su costado al de la

reina del Clan de la Sombra, tratando de reconfortarla, pero entendiendo su miedo.

Hojarasca lamió el pecho del cachorro. Advirtió que sus flancos subían y bajaban, y que el corazón le martilleaba. Una de sus patitas sangraba, pero el corte no era profundo.

—Se pondrá bien —prometió la aprendiza—. Si lo mantenemos caliente, superará la conmoción.

Levantó la mirada, y se sintió aliviada al ver que Carbonilla se acercaba cojeando.

—Límpiale la herida todo lo que puedas —ordenó la curandera—. Nos quedan unas pocas hierbas que evitarán

la infección.

Hojarasca obedeció de inmediato, y notó en la lengua el sabor salado de la sangre del cachorro.

Amapola atrajo hacia sí a sus otros cachorros, temblando de miedo.

—¿Adónde nos habéis traído? —aulló, mirando alrededor hasta localizar a los cinco gatos que los habían guiado hasta las montañas.

—¡No pensé que un águila se atreviera a atacar a un grupo tan numeroso! —exclamó Esquirolina sin aliento.

—¿Sabíais que esto podía suceder? —preguntó Estrella Negra, furioso.

—Sabíamos que las águilas

intentaban cazar a los gatos de la tribu, pero ellos siempre conseguían espantarlas —contestó Esquirolina, desolada.

—Nosotros no somos la tribu —bufó Estrella Negra—. Deberíais habernos avisado para que buscáramos cobijo.

—¿Qué cobijo? —chilló Amapola —. No hay ningún sitio donde esconderse. No hay ningún sitio donde cazar. ¡Aquí las presas somos nosotros!

—Eso es cierto —maulló Flor Albina, con pánico en la voz—. ¡Nos cazarán uno a uno!

—¡No si permanecemos juntos! —objetó Manto Polvoroso.

—Sí —coincidió Bermeja—. La

próxima vez estaremos preparados.

—Si otra ave se atreve a atacarnos, la ahuyentaremos antes de que se acerque a los cachorros —aseguró Alcotán.

—¡Ni diez clanes podrían ahuyentar a un águila como ésa! —aulló Amapola.

—Quizá no —maulló Estrella Leopardina—. Pero cualquier gato de los que estamos aquí moriría intentándolo. Defenderemos a nuestros cachorros.

La líder paseó la mirada por el grupo, y todos los guerreros y aprendices lanzaron maullidos de conformidad.

Hojarasca parpadeó.

Ya no había cuatro clanes haciendo aquel peligroso viaje. Ahora había un solo clan. Un clan unido por el miedo y la impotencia. Dejó a Tarquín con Amapola; Cirro ya estaba con ellos.

—¿Fronde Dorado se encuentra bien? —preguntó, acercándose a Acedera, que estaba sentada al lado del guerrero.

—Estoy bien —respondió él, poniéndose en pie.

—Yo me quedaré con él —prometió Acedera.

Hojarasca fue junto a su hermana y le tocó el costado con el hocico.

—Esto ya no puede empeorar, ¿verdad? —murmuró.

Esquirolina se quedó mirándola sin contestar, con los ojos empañados de duda. Desesperada, Hojarasca volvió la vista al cielo, suplicando la protección del Clan Estelar y preguntándose si su petición llegaría hasta sus antepasados a través de aquellas nubes que anunciaban nieve.

Como única respuesta, los primeros y helados copos comenzaron a caer sobre ellos.



22

Esquirolina captó movimiento en el saliente de más arriba. Se detuvo para levantar la vista, y sus patas se hundieron en la nieve acumulada. Había un halcón sobre el peñasco, devorando una musaraña a unas colas de distancia. La joven aprendiza sabía que su pelaje rojizo destacaría como una puesta de sol en un cielo claro, de modo que se

mantuvo inmóvil, esperando que el halcón no hubiera reparado en ella.

La nieve resultaba refrescante para sus maltrechas almohadillas, y se preguntó si tendría la potencia suficiente para saltar y atrapar al halcón. Probablemente no. Los últimos días habían consumido sus fuerzas hasta el punto que ya casi ni se tomaba la molestia de cazar.

El halcón aplastó la musaraña contra la roca y arrancó pedazos de carne. Esquirolina sintió una punzada de envidia mientras el hambre le atenazaba el estómago. Despacio, como hielo derritiéndose, fue avanzando, esperando que la densa nieve que caía camuflara su

pelaje.

Tenía que cazar algo. Si los clanes seguían pasando hambre, el frío empezaría a matar gatos más deprisa que ningún águila. A pesar de las enérgicas promesas a Amapola, la conmoción de perder a Ahumado y de haber estado a punto de perder a Tarquín había resquebrajado la confianza incluso de los guerreros más fuertes. Esquirolina sintió una oleada de pena tan intensa que se detuvo. Ella había ayudado a guiar a los clanes hasta su muerte. Ni siquiera estaba segura de poder encontrar el camino de vuelta si atrapaba a aquel halcón. Sólo sabía que sus compañeros estaban cerca de allí, apiñados bajo la

nieve, suplicando al Clan Estelar que los salvara.

Ojalá tuviera la certeza de que habían llegado al lugar en que solía cazar la tribu; en ese caso, al menos podrían pedir ayuda a los gatos montañeses. Borrascoso se había dedicado a explorar durante toda la noche entre los riscos nevados. Sólo él parecía cómodo en aquel inhóspito territorio. La aprendiza sabía que el guerrero estaba buscando a Rivera, o cualquier señal de la tribu, pero todavía no había encontrado nada. La tribu no necesitaba trazar fronteras ni dejar marcas olorosas; ningún otro gato deseaba su implacable territorio.

El halcón ahuecó las alas, sacudiéndose de encima la nieve, y Esquirolina volvió al presente y a la caza. Tensó sus cansados músculos y se preparó para saltar.

De pronto, un destello de pelaje marón en lo alto la hizo retroceder. Tres gatos delgados y cubiertos de barro se lanzaron desde las rocas sobre el halcón. Uno lo sujetó con sus largas garras, y los otros dos derribaron a Esquirolina, dejándola sin aire. Notó cómo sus potentes zarpas la inmovilizaban contra la nieve, y se debatió para zafarse, pero eran demasiado fuertes para ella. Tras unos instantes de terror, se quedó quieta,

resollando dolorosamente.

—¿Esquirolina?

La aprendiza oyó que una voz familiar gruñía su nombre, y notó que unas zarpas tiraban de ella para sacarla de la nieve. Parpadeó, sacudiéndose el hielo de la cara, y vio a Garra mirándola con genuina sorpresa. Tras él había dos guardacuevas más, con los ojos como platos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber Garra.

Mientras intentaba controlar sus emociones, Esquirolina reconoció a uno de los guardacuevas. Se trataba de Risco, otro de los proscritos que habían regresado a la tribu para salvar a sus

compañeros del ataque de Colmillo Afilado. Se sintió mejor al reconocer a dos de los tres gatos que tenía delante.

—Hemos tenido que abandonar nuestro bosque —explicó—. Estamos cruzando las montañas.

Garra entrecerró los ojos.

—¿Otra vez?

—En esta ocasión venimos todos.

—¿Todos?

—Los cuatro clanes —maulló Esquirolina—. No podíamos quedarnos más tiempo en el bosque. Había demasiada destrucción. Pero ¡nunca pensamos que el viaje sería tan duro! Ahumado cayó por un precipicio, y luego un águila intentó llevarse a uno de

nuestros cachorros…

Enmudeció, sin aliento.

—¿Cachorros? —espetó Garra—. ¿Aquí fuera? ¡¿Estáis locos?! Tienes que llevar a todos esos gatos a la Cueva de las Aguas Rápidas. Allí podréis descansar. ¿Dónde los has dejado?

—Nos hemos resguardado debajo de unas rocas. Encima de ellas hay un árbol que parece una zarpa gigante.

Garra lanzó una mirada a los guardacuevas.

—El árbol-roca —maulló—. Id para allá.

Los guardacuevas se alejaron saltando sobre el manto blanco, con las orejas gachas por la nieve.

—Vamos en busca de esos clanes tuyos antes de que mueran congelados —maulló Garra, recogiendo al halcón.

Esquirolina trató de seguir el ritmo del gato cuando éste echó a correr tras los guardacuevas.

—¡Estarán a salvo en cuanto los llevemos a la Cueva de las Aguas Rápidas…! —exclamó Garra de Águila en Picado por encima del hombro.

La esperanza dio nuevas fuerzas a Esquirolina, que se apresuró a salir de la nieve siguiendo al gato de la tribu por una cornisa rocosa que estaba protegida por un pronunciado saliente. Bajo sus pasos, cayeron piedras por la escarpada pendiente, pero siguió corriendo.

—¡Águila!

Los guardacuevas frenaron en seco allí donde la cornisa terminaba abruptamente. Al mirar hacia una de las laderas del valle, Esquirolina vio la formación rocosa en la que había dejado a los clanes. Sus pelajes parecían pequeñas manchas oscuras a través de la copiosa nevada. En lo alto, Esquirolina reconoció el movimiento circular y rapaz de un águila, y notó que su estómago se contraía de miedo.

Los guardacuevas flexionaron las patas traseras y salvaron de un salto la profunda grieta que había entre ellos y los gatos de clan. Garra los siguió con facilidad, a pesar de que iba cargando

con un halcón muerto.

Esquirolina miró al otro lado, y luego hacia abajo. En el fondo, afiladas rocas atravesaban la nieve que se había acumulado en la sima. Reuniendo toda la energía que le quedaba, saltó hacia la cornisa rocosa en la que la esperaba Garra. Estirando desesperadamente sus zarpas consiguió alcanzar el borde, pero sus patas traseras se agitaron en el aire. Garra se abalanzó hacia delante, la agarró por el pescuezo y tiró de ella hasta ponerla a salvo.

En cuanto notó tierra firme bajo sus patas, Esquirolina corrió tras los gatos de la tribu. Por encima de ellos, el águila plegó las alas y comenzó a

descender en dirección al suelo.

—¡Betulino! —El chillido de Fronda hendió el aire.

Bermeja saltó para recoger al cachorro, y luego los empujó a él y a su madre a la sombra de la roca. Zarzoso guió a Flor Albina y sus hijos al refugio. Alcotán se situó al lado de Bigotes, y juntos protegieron a Estrella Alta del ataque.

Cuando el águila se abatía ya sobre ellos, arañando el aire con sus garras, llegaron los gatos de la tribu. Risco le asestó un golpe en el ala, y la otra gata de las montañas se abalanzó sobre ella, arrancándole una pluma de la cola. El aire vibró con el batir de las grandes

alas del ave, que empezó a ascender entre chillidos y desapareció en la ventisca.

Los gatos de los clanes abandonaron la protección de las rocas y se quedaron mirando maravillados a sus rescatadores. Alcotán, Bigotes y Estrella Alta estaban delgados y empapados, y parecían al borde de la extenuación. Por un momento, Esquirolina temió que los gatos de la tribu les aconsejaran renunciar al viaje y que esperaran a retomarlo cuando el tiempo fuera más cálido.

Zarzoso se les acercó, sacudiéndose de encima la nieve.

—¡Garra! ¡Risco!

Contento de reencontrarse con ellos, entrechocó el hocico con los guardacuevas.

Corvino pasó la cola por el costado de Garra.

—Qué oportunos habéis sido —maulló.

—Éste es Garra de Águila en Picado —anunció Esquirolina a los clanes—. Y éste, Risco Donde se Posa la Nieve, y ésta…

—Yo soy Noche sin Estrellas —se presentó la guardacuevas.

Hablaba con el extraño acento que Esquirolina había olvidado; le gustó volver a oírlo.

Garra miró a su alrededor.

—¿Dónde está Borrascoso?

—Ha salido a cazar —respondió Trigueña.

Estrella de Fuego se abrió paso hasta la primera fila.

—¿Podéis ayudarnos? Los cachorros se están helando. Uno de ellos está al borde de la muerte.

—Déjame ver —pidió Garra. Noche lo siguió.

—¡Aquí! —exclamó Hojarasca desde debajo del saliente, donde estaba Amapola lamiendo a su cachorro.

De inmediato, Noche agarró al cachorro por el pescuezo y lo colocó sobre el costado de Amapola.

—Mantenlo lejos del suelo —

maulló la guardacuevas—. La roca absorberá todo el calor de su cuerpo. Y no lo lamas. La humedad le dará más frío. —Empezó a frotar briosamente al pequeño con las patas delanteras, revolviéndole el pelo hasta que empezó a removerse—. Sigue frotándolo así —le dijo a Hojarasca—. Y recuerda: nada de lametazos.

La reina del Clan de la Sombra se quedó mirando a Noche con ojos rebosantes de emoción, pero la guardacuevas se limitó a hacer un breve gesto con la cabeza y se volvió hacia Estrella de Fuego.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —le preguntó.

—Demasiado… —murmuró Esquirolina.

Ahora que el peligro había pasado, volvió a notar la debilidad provocada por el hambre. El frío estaba amodorrándola.

—Os llevaremos a todos a la cueva —propuso Garra—. Allí podréis entrar en calor y comer.

—Tenemos que seguir adelante —contestó Estrella Negra con ojos fulgurantes—. Deberíamos dejar atrás las montañas antes de que las nevadas sean peores.

—Si no venís con nosotros ahora, moriréis —replicó Garra.

Estrella Negra agachó las orejas.

Estrella de Fuego se volvió hacia el líder del Clan de la Sombra.

—Los cachorros y los veteranos no lo resistirán —maulló quedamente.

—Y Estrella Alta necesita descansar —intervino Bigotes.

El líder del Clan del Viento parecía tan cansado y demacrado como cualquiera de los veteranos.

—Todos necesitamos descansar —remarcó Estrella Leopardina.

—Pero Corvino nos ha contado que hay una gran llanura justo al otro lado de las montañas —protestó Enlodado—. Deberíamos ir hacia allí.

Estrella Negra se volvió hacia Cirro.

—¿Qué opinas tú?

—Los veteranos no tienen la fuerza suficiente para continuar —respondió el curandero del Clan de la Sombra—. Y los cachorros se congelarán si no comen.

—¡Tarquín habrá muerto a la puesta de sol si no conseguimos un refugio mejor para él! —exclamó Hojarasca sin dejar de frotar al cachorro, vigilada de cerca por Amapola.

—Muy bien. —Estrella Negra miró fijamente a Garra—. Iremos con vosotros.

Garra lanzó una mirada a Enlodado. Esquirolina se preguntó si el gato montañés creía que Enlodado era uno de

los líderes de clan, sobre todo porque Estrella Alta estaba tan débil que era incapaz de hablar en nombre de los gatos del Clan del Viento.

—Nosotros también iremos —masculló Enlodado.

Garra inclinó la cabeza respetuosamente.

—Bien.

Amapola agarró a su cachorro por el pescuezo. Tarquín se retorció y soltó un chillido de protesta.

—Tranquilo, pequeño —murmuró la reina—. Enseguida estarás a salvo.

Los demás empezaron a moverse y a ponerse en pie, preparándose para seguir a los gatos de la tribu hasta su

cueva.

—¡Zarzoso! ¡He captado el olor de la tribu! —Era Borrascoso. Se detuvo de golpe, mirando las caras de sorpresa que lo rodeaban. Entonces reconoció a Garra—. ¡Estáis aquí!

—Nos hemos topado con Esquirolina —explicó el guardacuevas.

Borrascoso se acercó para tocarle el costado con la nariz.

—¿Cómo está Rivera? —preguntó.

—Está bien —contestó Garra—. Será mejor que nos pongamos en marcha. —Miró a Risco y Noche—. Yo me pondré en cabeza; vosotros, colocaos en la retaguardia.

Esquirolina notó el efecto del

agotamiento en sus patas mientras ayudaba a guiar a los clanes por las sendas invisibles que llevaban hacia la cascada. Sólo se detuvo al llegar a la grieta de la montaña por la que bajaba el agua entre las rocas y caía, espumeando, en la profunda poza de abajo. Zarzoso, Corvino, Borrascoso y Trigueña se pararon junto a ella.

—Hemos vuelto… —dijo Esquirolina con voz estrangulada.

Borrascoso miró al montón de tierra que señalaba el lugar de descanso de su hermana.

—No estaba seguro de que volviéramos a ver este sitio —dijo en un susurro.

Los clanes pasaron junto a ellos, siguiendo a Garra por el estrecho saliente que conducía detrás de la cascada.

—Vamos —maulló Borrascoso—. Los clanes nos necesitarán. Es la primera vez que ven a la tribu.

Corrió tras sus compañeros, y Zarzoso, Esquirolina y Trigueña lo siguieron. Corvino se quedó donde estaba, con la vista clavada en la tumba de Plumosa.

Los gatos fueron pasando lentamente al interior de la gruta que había tras la catarata; el pelo se les iba oscureciendo al empaparlos el agua en suspensión. Borrascoso, Zarzoso y Trigueña

zigzaguearon entre ellos. Esquirolina vio que Cenizo se detenía al borde de la atronadora cortina de agua.

—¿Tenemos que ir ahí, detrás de esto?

Al otro lado de la cascada, la luz oscilaba sobre la roca, que resplandecía y goteaba por la humedad.

—Venga, vamos —animó Esquirolina a Cenizo—. Ahí dentro se está calentito; te lo prometo.

El guerrero del Clan del Trueno entró a regañadientes, y la aprendiza lo siguió. La rodearon olores medio olvidados, y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio a los miembros de la tribu, que miraban

atónitos a los visitantes.

Una joven gata, cuyo pelaje apenas era visible bajo la capa de barro que lucían todos los miembros de la tribu, estaba mirándolos a todos con algo parecido a emoción, incluso entusiasmo. Era Rivera donde Nada el Pequeño Pez, la apresadora que se había hecho amiga de los gatos de clan en su visita a las montañas. Esquirolina vio cómo Rivera buscaba desesperadamente en el mar de rostros, y supo que estaba buscando a un gato en concreto.

La aprendiza notó que algo la rozaba: Borrascoso pasó deprisa por su lado y fue derecho hacia Rivera. El guerrero y la apresadora entrechocaron

las narices con tanta ternura que Esquirolina sintió una gran lástima por él. Era evidente que a Borrascoso lo aguardaba más sufrimiento aún: cuando llegara el momento de dejar a la gata de tribu por segunda vez.



23

Hojarasca se internó en la cueva, parpadeando en la penumbra. El rugido de la cascada hacía que temblase el aire, y la luz que se filtraba a través de la cortina de estruendosa agua temblaba sobre las paredes rocosas. Un reguero centelleaba como la escarcha al bajar por las rocas musgosas, y terminaba en un charco en el suelo de la caverna. Vio

dos túneles que se internaban en la oscuridad, uno en cada extremo de la pared del fondo, y del sombrío y alto techo colgaban finas garras de piedra.

La joven aprendiza notó cómo la miraban los gatos de tribu, con sus ojos relucientes en la oscuridad. Se acercó a su hermana.

—No parecen tenernos miedo.

Esquirolina parpadeó.

—¿Y por qué iban a tenérnoslo? Con lo flacos que estamos, sin duda no les parecemos una amenaza. Además, por aquí no hay otros gatos. Ahora que Colmillo Afilado está muerto, los únicos enemigos de la tribu son las águilas.

—Me había olvidado de Colmillo

Afilado… —maulló Hojarasca—. Todo esto habría sido mucho peor si él siguiera rondando por estas montañas.

—Sí —coincidió Esquirolina, y su mirada se dulcificó—. Con su muerte, Plumosa hizo mucho más que salvar a la tribu. También nos protegió a nosotros.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Hojarasca empezó a distinguir figuras individuales: unas, ágiles y lustrosas; otras, musculosas y de anchos omóplatos. Sin embargo, todos eran algo más pequeños que los gatos de clan —incluso que los del Clan del Viento—: más delgados, de cabeza ancha y cuello esbelto.

Los cachorros que jugaban en la entrada de uno de los túneles se pararon para observar a los extraños gatos que iban entrando en fila en su cueva. En sus ojos había curiosidad, pero sus pupilas dilatadas indicaban que también estaban alerta. Una reina blanca y gris se acercó a Hojarasca para olfatearla.

—Ésta es Sombra de Ala sobre el Agua —explicó Esquirolina—. Cuando estuvimos aquí, cuidó de Trigueña, que estaba enferma porque la había mordido una rata.

La reina de tribu inclinó la cabeza.

—Narrarrocas ha dicho que ibais a venir —maulló—. La Tribu de la Caza Interminable le contó que viejos amigos

volverían y traerían con ellos nuevos amigos.

A pesar del cansancio y el hambre, Hojarasca sintió un hormigueo de curiosidad.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó a Esquirolina en un susurro.

—Narrarrocas tiene una conexión con los antepasados de la tribu, al igual que tú con el Clan Estelar —contestó Esquirolina en voz baja.

Garra se les acercó.

—Ahí hay comida para vosotros —les ofreció, señalando con la cola un montón de carne fresca.

Hojarasca parpadeó.

—No habrá suficiente para que la

compartáis con nosotros.

—Comed. —Garra señaló de nuevo el montón—. Peñasco está organizando una partida de caza. Pronto habrá de sobra.

El olor a conejo que salía de aquel montón hizo que a Hojarasca le rugiera el estómago, pero no podía comer hasta comprobar que el resto del clan estaba bien. Tras inclinar la cabeza respetuosamente, dejó a Esquirolina con sus amigos montañeses y encontró a Carbonilla entre los demás curanderos, reunidos cerca de la entrada.

—Un gato llamado Peñasco nos ha dicho que podemos usar esos lechos de ahí.

Carbonilla indicó un grupo de huecos en el suelo de la caverna, rellenos de musgo y plumas.

—¿Habrá suficiente sitio? —se preguntó Cirro.

—Los que estén más débiles y tengan más frío pueden usar los lechos —sugirió Cascarón—. Los demás dormiremos donde podamos. Por lo menos, aquí podemos refugiarnos del viento y la nieve.

—También nos han ofrecido comida.

Hojarasca apuntó con la cabeza al montón de carne fresca. Algunos de los gatos de tribu ya estaban tomando piezas para ofrecérselas a los clanes. Garra dejó un conejo a los pies de Enlodado.

El lugarteniente del Clan del Viento lo miró con expresión hambrienta, y le dio las gracias al guardacuevas con un breve gesto de la cabeza antes de llevar la presa a las reinas y los aprendices.

—Deberíamos meter a los cachorros en los lechos para que entren en calor —maulló Ala de Mariposa.

Hojarasca se unió a los demás curanderos cuando empezaron a guiar a los cachorros y sus madres hacia los blandos huecos del suelo. Mientras ayudaba a Amapola y a sus hijos a ponerse cómodos en un lecho, se le acercó un gato de largo cuerpo. Estaba tan cubierto de barro que Hojarasca no logró ver el color de su pelaje. Sólo los

blancos bigotes de su hocico delataban su edad.

—¿Quién de vosotros es sanador? —preguntó el gato.

Desconcertada, Hojarasca se quedó mirándolo. Esquirolina le había contado que, en la tribu, el mismo gato era líder y curandero. ¿A quién quería conocer ese gato? La aprendiza se volvió hacia Carbonilla, pero su mentora estaba ocupada examinando a los cachorros de Flor Albina.

—Te llevaré a ver a Estrella de Fuego —decidió.

Y lo condujo hasta donde estaba su padre, que debatía con calma con los otros líderes.

—No debemos quedarnos demasiado tiempo —estaba mascullando Estrella Negra—. Las nevadas serán cada vez peores.

Levantó la vista cuando se aproximó Hojarasca.

—Éste es Narrarrocas —lo presentó la aprendiza; acto seguido, inclinó la cabeza y se apartó.

—¿Tú eres sanador? —le preguntó Narrarrocas a Estrella de Fuego.

—Yo soy el líder del Clan del Trueno —contestó él—. Carbonilla es la sanadora de nuestro clan. —Señaló con la cola a Carbonilla, que estaba observándolos con interés desde el otro extremo de la cueva—. Éstos son

Estrella Negra, Estrella Leopardina y Estrella Alta —añadió, presentando a sus tres colegas.

—¿Todos vosotros sois líderes?

—Sí, así es —respondió Estrella Leopardina.

La mirada de Narrarrocas se posó en Estrella Alta, que tenía los ojos entrecerrados de agotamiento.

—Tú no estás bien —le dijo el sanador—. Te daremos hierbas. —Miró por encima del hombro, hacia una atigrada gris—. Ave, trae hierbas tonificantes.

La atigrada desapareció de inmediato por uno de los túneles.

—La tribu siempre agradecerá que

vuestros amigos mataran a Colmillo Afilado. Plumosa estará eternamente en nuestra memoria por su valor.

—Tenía la bravura de su padre —coincidió Estrella de Fuego.

Hojarasca se estremeció al captar el dolor que seguía vivo en su padre al recordar a Látigo Gris.

—Debéis comer y descansar —continuó Narrarrocas.

—Pero después tenemos que seguir con nuestro viaje —maulló Estrella Negra.

Narrarrocas inclinó la cabeza.

—Nosotros no podemos impedíroslo.

Ave regresó con la boca llena de

hierbas, que depositó delante de Estrella Alta.

Hojarasca agitó los bigotes, llena de curiosidad.

—¿Qué hierbas son ésas?

Los ojos ámbar de Narrarrocas centellearon en la penumbra.

—Soy aprendiza de sanadora —se apresuró a explicar la joven—. Conozco las hierbas del bosque, pero en las montañas… —Hizo una pausa—. Aquí todo es muy distinto.

—Espero que mi aprendiza no te esté molestando. —La voz de Carbonilla sonó detrás de ellos—. Es muy curiosa.

—La curiosidad es buena en los sanadores —repuso Narrarrocas con

voz ronca—. Aprenderá mucho. —Le dedicó un amable guiño a Hojarasca—. Esto es hierba cana y esto, salvia. Son vigorizantes.

—¿Puedo verlas luego, para poder reconocerlas si me las encuentro de nuevo?

—Por supuesto —respondió Narrarrocas.

Hojarasca percibió la calidez que desprendía la voz de aquel viejo sabio, y anheló aprender de él para comprender las diferencias entre tribu y clan.

—Sombra dice que tú sabías que íbamos a venir —maulló la aprendiza—. ¿Es eso cierto?

Narrarrocas asintió.

—Me lo mostró la Tribu de la Caza Interminable.

—¿Compartes sueños con vuestros antepasados? —preguntó Carbonilla.

—¿Que si comparto sueños? —repitió el sanador—. No, yo interpreto las señales de la roca, las hojas y el agua, y sé que ésa es la voz de la Tribu de la Caza Interminable.

—Carbonilla interpreta las señales para nuestro clan —maulló Hojarasca con entusiasmo—. Señales enviadas por el Clan Estelar. Y también está enseñándome a descifrarlas.

—Mi aprendiza tiene un talento innato para eso —maulló la curandera.

—En ese caso, quizá le gustaría ver la Gruta de las Rocas Puntiagudas —sugirió el sanador.

—¿La Gruta de las Rocas Puntiagudas? —repitió Hojarasca—. ¿Es como nuestra Piedra Lunar?

—Yo no conozco vuestra Piedra Lunar —murmuró Narrarrocas, volviéndose hacia uno de los oscuros túneles que partían de la cueva—. Si es el lugar en el que suenan con más fuerza las voces de vuestros antepasados, entonces sí, es como la Piedra Lunar de la que hablas.

Agitando la cola de ilusión, Hojarasca siguió a Carbonilla y Narrarrocas por el estrecho pasaje. Se

preguntó si tendrían que internarse tanto en la profunda oscuridad de la tierra como para llegar a la Piedra Lunar, pero, al cabo de unas pocas colas, el túnel se abría a otra caverna, rodeada de paredes de resbaladiza roca.

Parpadeando mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Hojarasca miró a su alrededor. Aquella cueva era mucho más pequeña que la principal, pero había muchas más garras de piedra colgando del techo, y algunas se alzaban desde el suelo. Unas cuantas habían acabado por unirse, y, bajo la débil luz que se colaba por un agujero del techo, Hojarasca vio que el agua que goteaba hasta el duro suelo de roca

hacía que brillaran. A los pies de aquella especie de zarpas de dura roca, el agua formaba oscuros charcos.

Narrarrocas tocó con la almohadilla uno de los charcos, sobre cuya superficie se formaron ondas.

—La nieve se derretirá, estos charcos crecerán, y, cuando brille la luz de las estrellas, veré en ellos lo que la Tribu de la Caza Interminable desee que conozca.

—¿Con qué frecuencia te pones en contacto con la Tribu de la Caza Interminable? —le preguntó Carbonilla.

—Cada vez que se forman los charcos.

—Nosotros, los curanderos, nos

reunimos con el Clan Estelar en la media luna…

Hojarasca paseó la mirada por la gruta. Se alejó de donde estaban Carbonilla y Narrarrocas, que habían empezado a intercambiar experiencias, y serpenteó entre las garras de piedra hasta que los otros dos quedaron fuera de su vista. Le pesaban las patas, y notaba el peso del cansancio igual que si tuviera el pelo empapado. Se tumbó sobre el húmedo suelo y apoyó el hocico sobre las patas, hipnotizada por el centelleo del agua que goteaba desde las piedras. Cerró los ojos. «Clan Estelar, ¿estás ahí?».

La cabeza le dio vueltas con el

sonido de la cascada. En lo más hondo de su mente, oyó el rugido de un león y vio el movimiento de pelajes oscuros… Pelajes que no reconoció. «¿Quiénes sois?», preguntó Hojarasca desesperadamente. Le respondieron voces susurrantes, pronunciando palabras que no entendía. La invadió el pánico y abrió los ojos de golpe.

El Clan Estelar no estaba allí. Sólo podía oír las voces de los antepasados de la tribu. Hojarasca no se había sentido más sola en toda su vida.

Aunque la joven aprendiza de curandera le suplicó a su padre que otro

gato ocupara su lugar, él insistió en que durmiera al lado de Carbonilla en uno de los huecos rellenos de plumas que había en el suelo de la caverna.

—El clan necesita a sus curanderas más que nunca —maulló el líder—. Debéis descansar bien.

¿Cómo iba a descansar? Hizo lo que pudo por atusarse el pelo revuelto y sucio. Sólo esperaba que Carbonilla no hubiese percibido su alarma tras visitar la Gruta de las Rocas Puntiagudas. «¿Qué haremos sin el Clan Estelar?». Esa idea corría por su mente como un ratón atrapado en su madriguera.

Esquirolina y Zarzoso ya estaban dormidos, ovillados cerca del fondo de

la cueva. Mientras amasaba las blandas plumas junto a Carbonilla, Hojarasca vio cómo Rivera salía de la caverna, seguida de Borrascoso y Corvino.

—¿Adónde van? —le susurró a su mentora.

—Van a pasar la noche en vela ante la tumba de Plumosa —respondió la vieja gata cerrando los ojos.

Hojarasca se acomodó junto a ella y se puso la cola sobre el hocico. Se preguntó con qué antepasados estaría cazando ahora Plumosa. Se arrimó más a Carbonilla, buscando consuelo en su cálido pelaje gris. ¿Cómo iba a conciliar el sueño sabiendo que el Clan Estelar no los había acompañado en su

viaje? Pero estaba agotada, y, en cuanto cerró los ojos, notó cómo la vencía el sueño.

Una resplandeciente extensión de agua se desplegaba ante ella, y su superficie añil relucía con las estrellas. No se movía nada. Ni siquiera había viento. Hojarasca contempló el agua, demasiado asustada para alzar la mirada, y temiendo que las estrellas que veía reflejadas en la superficie no fueran más que una ilusión. ¿Y si el cielo estaba vacío? Ésa sería una señal más de que el Clan Estelar no se encontraba allí.

De pronto, una ráfaga de viento le alborotó el pelo. Hojarasca se quedó

mirando la oscuridad, temblorosa. Un felino estaba hablándole, tan quedamente que apenas oía nada. Levantó el hocico. El viento arrastraba un olor familiar, demasiado tenue para que estuviera segura de a quién pertenecía.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

El viento sopló con más intensidad, aumentando el sonido del susurro hasta que Hojarasca pudo distinguir perfectamente las palabras que pronunciaba:

—Vayáis a donde vayáis, os buscaremos.

Al volverse, Hojarasca vio a su lado el dulce rostro de Jaspeada. Los ojos de

la curandera parda relucían, reflejando el agua estrellada, pero su cuerpo se estremecía como la calina, no más sólido que las estrellas del agua.

—¡No nos habéis abandonado! —maulló Hojarasca con voz estrangulada.

Pero Jaspeada no respondió. El viento cesó, y la curandera se desvaneció en las sombras.

—Hoy estás contenta —maulló Carbonilla, mirando a Hojarasca.

La aprendiza estaba sentada a su lado, limpiándose bajo la primera luz del día que se colaba a través de la cascada.

La joven paró de lavarse.

—He tenido un sueño —confesó.

Carbonilla se irguió.

—¿El Clan Estelar te ha hablado?

Hojarasca parpadeó. ¿Y si el hecho de que el Clan Estelar le hubiera mandado un mensaje a una aprendiza, en vez de a la curandera del Clan del Trueno, ofendía a su mentora?

—Lo lamento… —empezó—. Tal vez los antepasados han venido cuando yo ya estaba dormida y tú aún estabas despierta, y por eso me han elegido…

Carbonilla la interrumpió tocándole delicadamente el lomo con la punta de su cola.

—No te preocupes por eso,

Hojarasca. Siempre he sabido que tú tienes con el Clan Estelar un vínculo más fuerte de lo que yo haya visto jamás. Es una gran responsabilidad, y me siento muy orgullosa de cómo la sobrellevas.

Hojarasca se quedó mirándola, buscando las palabras para expresar su alivio y su gratitud.

—¿Cómo era el sueño? —continuó Carbonilla.

—Era muy poco consistente —la previno Hojarasca—. Pero sé con certeza que el Clan Estelar sigue cuidándonos, y creo que estarán con nosotros allá donde vayamos.

Estrella de Fuego se acercó. Su

intenso pelaje tenía un fulgor casi blanco bajo la acuosa luz de la gruta.

—¿Nos marchamos? —preguntó la curandera.

El líder negó con la cabeza.

—Ha nevado durante toda la noche, y Narrarrocas dice que se avecina más nieve. La tribu está organizando una partida de caza, así que pronto tendremos bastante carne fresca para aguantar mientras dure el mal tiempo.

—¿Eso significa que tenemos que quedarnos aquí? —maulló Hojarasca, alarmada.

—De momento, sí. —Estrella de Fuego observó a Estrella Negra, que se paseaba de un lado a otro delante de la

entrada de la cueva—. Nos marcharemos en cuanto podamos.

—¡Hojarasca! —Acedera llegó corriendo—. ¿Quieres venir a cazar con algunos de la tribu? —Miró a Estrella de Fuego—. No hay inconveniente, ¿verdad?

El líder se volvió hacia Carbonilla.

—¿Puedes arreglártelas sin Hojarasca?

—Sí, por supuesto —respondió la curandera.

—Gracias —maulló la aprendiza.

Después de vivir en el bosque, le resultaba extraño estar encerrada en una sombría cueva, y, a pesar del frío, agradeció la oportunidad de sentir el

aire fresco en la piel.

Siguió a Acedera, que la llevó hasta Garra y Peñasco. Rivera estaba con ellos, y Borrascoso esperaba al lado de la apresadora. A Hojarasca la sorprendió ver lo distinto que parecía el guerrero del Clan del Río. Tenía el pelo cubierto de barro, al igual que los gatos de la tribu, y la dureza de sus músculos hacía que se pareciera más a un miembro de la tribu que a los escuálidos gatos de clan.

—Espero que no entorpezcan la caza… —dijo Peñasco entre dientes a Garra y Rivera.

—Por supuesto que no lo harán —maulló Rivera—. Cuando se marchó,

Borrascoso estaba convirtiéndose en un gran apresador.

—No lo hacía mal —concedió Peñasco. Luego miró a Hojarasca—. Tú eres aprendiza, ¿no? ¿Y qué esperas ser? ¿Apresadora o guardacuevas?

Hojarasca se quedó mirándolo sin comprender.

—La tribu divide sus tareas —explicó Borrascoso—. Los guardacuevas protegen a la tribu; los apresadores se encargan de buscar comida. Rivera es apresadora, y Peñasco, guardacuevas.

—Entonces, ¿por qué vienes a cazar con nosotros? —le preguntó Hojarasca a Peñasco, vacilante.

El gato soltó un inesperado ronroneo risueño.

—¿Quién crees que va a vigilar el cielo mientras vosotros tenéis la vista puesta en las presas? —preguntó.

Y Hojarasca recordó con un estremecimiento al águila que había atacado al clan.

Sintió una punzada de rechazo por la actitud de superioridad del guardacuevas, pero reprimió el impulso de decirle que ella era aprendiza de curandera; para un gato de tribu, eso sonaría como si estuviera declarándose líder.

—En el bosque, podemos captar el olor del peligro y cazar al mismo tiempo

—intervino Acedera.

—¿En serio? Bueno, ¿y cómo captáis el olor de un águila que vuela a una montaña de altura sobre vuestra cabeza? —replicó Peñasco.

—Venga —maulló Rivera con impaciencia—. Estamos perdiendo el tiempo.

Encabezó la marcha, y, tras salir de la cascada, se dirigió a la cornisa que llevaba a las cumbres. La ventisca había cesado, pero la espesa nieve no tardó en congelar las patas de Hojarasca. El aire era tan frío que casi le dolía respirar, y a la aprendiza empezaron a llorarle los ojos en cuanto abandonaron la calidez de la cueva. Aun así, no pensaba

quejarse por nada del mundo; quería demostrarle a Peñasco que los gatos forestales podían hacer cualquier cosa que hicieran los gatos montañeses. Reprimió un estremecimiento y alzó la mirada. En la cima de las montañas había unas densas nubes amarillas, anunciando más nieve.

Al acercarse a un raquítico espino, cuyas ramas se inclinaban bajo el peso de la nieve recién caída, Rivera se detuvo y se agazapó. Peñasco y Borrascoso la flanquearon, agachándose también. Hojarasca los imitó, pegando la barriga a la nieve al lado de Acedera. Rivera se quedó mirando fijamente el arbusto, agitando la nariz al detectar

olor a presa.

Hojarasca olfateó el aire. El viento le llevó un leve rastro a conejo. Su instinto la empujó a avanzar sigilosamente.

—¡Quieta! —la avisó Borrascoso con un bufido—. Espera y observa cómo lo hace Rivera.

La apresadora estaba tan inmóvil como si fuera de hielo; sólo el leve movimiento de sus flancos surcados de barro revelaba que no era una roca incrustada en la nieve. Justo cuando Hojarasca comenzaba a pensar que Rivera se convertiría en un carámbano de hielo, un joven conejo apareció saltando desde el arbusto, olisqueando

el aire con su inquieta nariz.

Se aproximó más, sin detectar a los gatos aplastados contra la nieve. Hojarasca abrió la boca. El olor a presa seguía siendo intenso cerca del arbusto, lo cual resultaba extraño ahora que el conejo había salido a campo abierto. Quizá la criatura llevaba mucho tiempo cobijada ahí. De pronto, Rivera saltó hacia delante, directa al conejo. Lo atrapó entre sus colmillos y lo mató con compasiva rapidez.

Con el rabillo del ojo, Hojarasca advirtió que el arbusto temblaba. Salió disparada justo cuando un segundo conejo huía ya por la nieve. La criatura corrió hacia una formación rocosa, pero

Hojarasca era veloz —y estaba hambrienta— y lo atrapó antes de que consiguiera escapar.

—¡Buen ojo! —la felicitó Rivera con un cálido ronroneo.

—He distinguido dos olores —resolló Hojarasca.

Peñasco se quedó mirándola, sorprendido.

—¿Has olido a los dos conejos al mismo tiempo?

—En el bosque estamos acostumbrados a eso, con todas sus plantas y presas —respondió Hojarasca, tratando de explicarlo—. Aquí arriba el aire es más limpio, y además no hay tantos rastros de olor. Es más fácil

diferenciarlos.

Acedera le dedicó un guiño, muy orgullosa; Borrascoso, en cambio, le dedicó un breve gesto. Peñasco inclinó la cabeza respetuosamente y, tras recoger uno de los conejos, abrió la marcha hacia la cascada.

Hojarasca estaba sentada cerca de la entrada de la cueva, reconfortada por la suave respiración de los gatos que la rodeaban. Manto Polvoroso estaba tumbado junto a Bigotes y Estrella Alta. Zancón se desperezaba al lado de Corvino. Amapola y Fronda compartían lenguas mientras sus cachorros jugaban

juntos. Incluso Alcotán parecía relajado observando cómo Ala de Mariposa examinaba el pelo de Flor Matinal en busca de pulgas. A pesar de aquella pacífica escena, Hojarasca sintió un temblor de inquietud. Nunca había visto a los gatos de clan tan cómodos mezclados entre sí, ni siquiera en las Asambleas. Muy posiblemente el Clan Estelar estuviera esperándolos en su nuevo hogar, pero ¿seguiría habiendo cuatro clanes cuando por fin llegaran allí?

Miró a través de la cortina de estruendosa agua, y vio la luna llena temblando entre las cumbres. Ninguno de los clanes había mencionado que

fuera luna llena, el momento para una Asamblea. No era necesario. De pronto, oyó una respiración áspera muy cerca, y, al volverse, vio a Narrarrocas mirándola.

—¿Estás observando la luna en busca de señales? —preguntó el sanador.

—Estaba pensando en las Asambleas —contestó Hojarasca.

—¿Asambleas? —Narrarrocas pareció desconcertado.

—Antes de que nos fuéramos del bosque, los cuatro clanes nos reuníamos en paz sólo durante la luna llena.

—¿Los clanes no vivían en armonía?

—No siempre —admitió la

aprendiza—. Al contrario que vosotros, nosotros teníamos fronteras muy claras entre nuestros territorios de caza.

Narrarrocas miró a su alrededor.

—Los problemas os han unido… —apuntó.

—Pero siempre habrá fronteras entre nosotros —aseguró la joven.

—¿Por qué? Juntos, encontraríais comida con más facilidad.

—Siempre ha habido cuatro clanes. La lealtad a nuestro propio clan nos hace fuertes.

—Sin embargo, todos creéis en vuestro Clan Estelar, ¿no?

—Todos acabaremos convirtiéndonos en guerreros del Clan

Estelar algún día —murmuró Hojarasca.

Miró a la luna, que era un borroso disco blanco tras la cascada.

A Narrarrocas le brillaron los ojos.

—Todavía eres una pupila, y, sin embargo, ya eres sabia.

Notando cómo le ardían las orejas de vergüenza, Hojarasca desvió la vista.

—Esta noche celebraremos una reunión especial para todos —continuó Narrarrocas. Dicho eso, elevó la voz—: Gatos de clan y gatos de la tribu, no hemos festejado que por fin somos libres de Colmillo Afilado. En vez de eso, hemos llorado por Plumosa, que murió por salvarnos. Pero esta noche honraremos a los gatos que vinieron de

muy lejos para matar a la espantosa bestia.

Maullidos de aprobación brotaron entre los gatos montañeses. Los cachorros chillaron entusiasmados, y el más atrevido de todos se acercó a donde estaban jugando Betulino y los hijos de Amapola.

—Venid a compartir con nosotros —los invitó.

Betulino miró a su madre, que asintió, con ojos cálidos y relucientes. Amapola y Flor Albina se apresuraron a dar permiso a sus hijos, y los cachorros de clan no perdieron ni un segundo en seguir a los cachorros de la tribu.

Uno a uno, los gatos de la tribu se

levantaron para tomar una presa del montón de carne fresca. Solemnemente, dejaron cada presa a los pies de un gato de clan, hasta que todos estuvieron servidos. Los gatos forestales aguardaron, no muy seguros de qué debían hacer.

A Hojarasca se le pusieron los ojos como platos cuando Peñasco depositó un conejo delante de ella.

—¿Puedo compartirlo contigo? —preguntó el guardacuevas.

La joven, sorprendida, asintió con timidez.

Narrarrocas se situó en el centro de la caverna.

—Celebramos esta fiesta en honor a

Plumosa —declaró—. Su espíritu vivirá para siempre en la Tribu de la Caza Interminable. También honramos a los gatos que se negaron a abandonarnos a nuestra suerte, y regresaron para cumplir la profecía de nuestros antepasados.

Inclinó la cabeza ante Zarzoso, Esquirolina, Trigueña, Corvino y Borrascoso, que fueron cuadrándose uno tras otro, llenos de orgullo.

—Y ahora, ¡comamos! —exclamó Narrarrocas, y su grito resonó por toda la cueva.

Peñasco dio un mordisco al conejo que había dejado en el suelo y luego lo empujó hacia Hojarasca. Suponiendo que eso era una costumbre de la tribu, la

aprendiza tomó un bocado y le devolvió el conejo a Peñasco. En el bosque, los gatos también compartían la comida a menudo, pero habitualmente había suficiente carne fresca para que cada uno tomara una pieza entera. Se preguntó si el ritual de la tribu procedería de la escasez de presas en las montañas.

Después de comer, los gatos se tumbaron, con el estómago lleno, y compartieron lenguas con total tranquilidad. Estrella Alta cojeó hasta el centro de la cueva y miró alrededor, hasta que todos guardaron silencio. Bigotes se situó a su lado, apuntalando el frágil cuerpo del líder del Clan del Viento con el suyo propio.

—¿Quién es ese viejo cuervo tan esmirriado? —maulló un cachorro de tribu.

—¡Chist! —Su madre le dio un manotazo—. ¡Es un líder muy noble!

Aunque tenía que apoyarse en uno de sus guerreros, los ojos de Estrella Alta relucían con tanta fuerza y determinación como los de un líder que estuviera en su primera vida, en vez de en la última.

—¿Corvino?

El aprendiz del Clan del Viento levantó la mirada, perplejo.

—Corvino ha servido a su clan con bravura y lealtad. —A Estrella Alta se le quebró la voz al reprimir un acceso de tos—. Debería haber recibido su

nombre de guerrero hace mucho tiempo —continuó roncamente—, pero las tragedias de las pasadas lunas lo han impedido. Esta noche, si Narrarrocas es tan amable de aceptar una ceremonia de clan en el hogar de su tribu, desearía honrar la gran destreza y valentía de Corvino dándole su nombre de guerrero.

Entre el Clan del Viento surgieron maullidos de aprobación, pero se transformaron en maullidos de sorpresa cuando Corvino dio unos pasos adelante. Aquello no formaba parte de la ceremonia de nombramiento.

—¿Puedo pedirte algo, Estrella Alta? —preguntó el aprendiz.

El líder entornó los ojos y le indicó

con un gesto que continuara.

—Me gustaría escoger mi propio nombre de guerrero. Si te parece bien, desearía ser conocido como Corvino Plumoso. —El joven habló tan quedamente que su voz casi quedó ahogada por el estruendo de la cascada —. Deseo mantener vivo el recuerdo de… de la gata que no regresó del primer viaje.

Borrascoso sacudió las orejas, y bajó la vista al suelo.

Hubo una larga pausa. Al cabo, Estrella Alta anunció:

—Una noble petición. Muy bien. Te concedo el nombre de Corvino Plumoso. Que el Clan Estelar te proteja y te

acepte como guerrero del Clan del Viento en esta vida, y también después.

Los gatos del Clan del Viento se levantaron de golpe y corrieron a felicitar a su compañero.

—¡Has tenido una idea magnífica! —exclamó Esquirolina al acercarse a Corvino Plumoso.

Zarzoso, Trigueña y Borrascoso se les unieron.

—Es un nombre estupendo —coincidió Trigueña.

Mientras los otros lo felicitaban, Borrascoso se restregó contra su amigo, ronroneando, y le tocó el costado con el hocico, como si estuviera demasiado conmovido para hablar.

—Gracias —murmuró Corvino Plumoso. Miró más allá de la catarata, convertida en una lámina de plata por la luz de la luna—. Esta noche velaré al lado de la tumba de Plumosa.

Hojarasca se quedó mirando cómo el joven se separaba de sus amigos y salía de la cueva.

—Entonces, ahora es guerrero, ¿no? —le preguntó Peñasco a Hojarasca, con los ojos centelleantes de curiosidad.

—Sí.

La aprendiza se puso en pie.

—Gracias por compartir conmigo tu comida —añadió con un murmullo.

La solitaria luna la llamaba fuera de la abarrotada cueva, y la joven anheló

contemplar el Manto Plateado en el cielo sin nubes.

Tras pasar por detrás de la cascada, subió por las rocas y se sentó por encima de la poza donde espumeaba y se agitaba el agua. Las estrellas resplandecían en lo alto. Hojarasca bajó la vista hasta donde estaba Corvino Plumoso, pasando la noche en vela. El joven guerrero estaba sentado, con la cabeza inclinada, junto al montón de piedras que señalaba la tumba de Plumosa. ¿De verdad Plumosa estaba con la Tribu de la Caza Interminable en vez de con el Clan Estelar? «Recibidla con los brazos abiertos, seáis quienes seáis», suplicó Hojarasca en silencio.

Observó un momento a Corvino Plumoso, apenada por la pérdida del joven. Luego levantó la cabeza y miró hacia las cumbres, preguntándose si el Clan Estelar también estaría observándola. En aquel punto elevado, había una tranquilidad que no había sentido desde que estaba bajo los árboles del bosque. Bajo la brillante luz de la luna, algo atrajo su atención, algo en una pequeña cornisa frente a la entrada de la cueva. Hojarasca creyó ver dos pelajes plateados reluciendo bajo las estrellas. Estaba casi segura de que allí había dos felinos que también estaban mirando a Corvino Plumoso; uno era levemente más alto que el otro,

pero sus pelajes lucían las mismas sombras moteadas, como si fueran familia.

«¿Plumosa y Corriente Plateada?».

Hojarasca parpadeó, y cuando volvió a abrir los ojos, las gatas plateadas habían desaparecido.



24

Esquirolina corrió tras Borrascoso por un sendero rocoso que, tan sólo unos días antes, estaba oculto por una espesa capa de nieve. El guerrero parecía decidido a cruzar la cordillera entera en busca de presas. El sonido del goteo del hielo al derretirse resonaba entre las rocas. Incluso los ventisqueros más profundos estaban fundiéndose. Unas

nubes de lluvia de color gris oscuro se dirigían hacia las montañas, empujadas por un viento más templado que estaba liberando a las cumbres de la presión de la nieve y el hielo.

No por primera vez, Esquirolina se preguntó por qué el guerrero del Clan del Río le había pedido que salieran a cazar, cuando, en la cueva, los clanes estaban preparándose para partir. No podrían llevarse carne fresca cuando se marcharan… Quizá Borrascoso quería cazar algo para agradecer a la tribu su hospitalidad.

—¿Por qué Rivera no ha venido a cazar con nosotros? —preguntó Esquirolina sin resuello.

En los últimos días, la apresadora parecía haberse convertido en la sombra de Borrascoso.

El guerrero se concentró en saltar a un peñasco, y no respondió.

—¿Has discutido con ella? —insistió la aprendiza.

Era evidente que Borrascoso estaba preocupado por algo. Iba encorvado y apenas había hablado desde que salieron de la cueva. Esquirolina trepó torpemente el peñasco. Su mente estaba concentrada en otras cosas: ¿acaso Borrascoso le había pedido a Rivera que se uniera a los clanes para viajar con ellos a su nuevo hogar? Esa idea hizo que le temblara la cola. No sería la

primera vez que un forastero se unía a los clanes. Su propio padre se había criado como un minino doméstico. Sin embargo, Estrella de Fuego había nacido cerca del bosque… Rivera era una gata montañesa, y Esquirolina sabía que, fuera cual fuese el lugar donde se instalaran los clanes, no se parecería en nada a aquellas agrestes montañas.

Descubrió un ratón en una cresta: había salido sigilosamente de una grieta para buscar comida. Avisó a Borrascoso con un bufido, y el guerrero se detuvo y se agazapó, a la espera de que el ratón se internara en el sendero. Aunque Esquirolina ansiaba atrapar esa presa, sabía que el pelaje de Borrascoso se

camuflaba mejor allí, y se pegó todo lo que pudo al suelo, esperando que la inmovilidad la mantuviera oculta a pesar de su color rojizo.

Borrascoso siguió quieto un instante más, y entonces atacó. Quebró la columna vertebral del ratón y se volvió hacia Esquirolina, con la presa colgando de la boca.

—¿Es un regalo de despedida para Rivera? —preguntó delicadamente la aprendiza.

Borrascoso parpadeó.

—Oye, ¿qué es lo que te pasa? —Esquirolina no soportaba ver a su amigo tan angustiado.

El guerrero dejó el roedor en el

suelo, y de pronto pareció exhausto. Luego levantó la cabeza: sus ojos estaban empañados de incertidumbre.

—He decidido quedarme con la tribu —anunció.

—¡¿Qué?!

—He perdido a Plumosa y a Látigo Gris, y no llegué a conocer a Corriente Plateada. Ya no me queda familia en los clanes. Incluso mi mentor, Pedrizo, está muerto. Aparte de Plumosa, él era lo más cercano a un pariente que tenía en el Clan del Río. Ya ni siquiera tengo un hogar. Siento como si me lo hubieran arrebatado todo, una cosa tras otra.

—Pero ¿y qué pasa con tu clan? —protestó Esquirolina—. El Clan del Río

te necesita.

—El Clan del Río tiene guerreros muy buenos y fuertes. —Miró a Esquirolina a los ojos, y debió de ver cierto recelo en ellos—. Incluso Alcotán —añadió, como si pudiera leerle el pensamiento—. El Clan del Río estará seguro sin mí.

—Pero este lugar es tan diferente… En cuanto encontremos nuestro nuevo hogar, podrás empezar de nuevo…

—Oh, Esquirolina, ¿es que no lo comprendes? Amo a Rivera y quiero quedarme con ella.

—Pero ¡yo pensaba que ibas a pedirle que se uniera a los clanes! —le espetó la aprendiza.

Borrascoso sacudió la cabeza.

—Ella estaría perdida sin sus montañas. Pero yo sí que podría vivir aquí. Aquí hay agua… más ruidosa que el río, pero sigue siendo agua. Hay abundantes presas, y ahora ya sé cazar como la tribu. Además, el espíritu de mi hermana está aquí… —Soltó un largo suspiro—. Todos los clanes han perdido su hogar, pero yo tengo la sensación de que he perdido más que nadie. Ésta es la primera vez en muchas lunas en que siento que he encontrado algo de verdad.

—No hace falta que digas nada más —maulló Esquirolina con tristeza—. Lo comprendo.

Mientras regresaban a la cueva, su

mente era un torbellino. Una vez más, todo había cambiado, justo cuando pensaba que ya no había nada más que perder. Pasaron por detrás de la cascada, y Borrascoso llevó el ratón hasta el montón de carne fresca; mientras tanto, Esquirolina se quedó en la entrada de la caverna, abrumada por las emociones.

—¡Esquirolina! —Hojarasca corrió hacia su hermana—. Narrarrocas nos ha dado hierbas fortificantes para que las repartamos entre los clanes.

Esquirolina se quedó mirándola.

—E… eso es genial… —maulló.

—¿Te encuentras bien?

—¡Hojarasca! —la llamó Carbonilla

desde el otro extremo de la cueva.

—¡Tengo que irme! —exclamó la aprendiza de curandera, dando media vuelta—. El Clan del Viento está esperando las hierbas.

Esquirolina observó cómo su hermana se alejaba, mientras sus ojos se acostumbraban lentamente a la penumbra. Otra figura se le acercó desde las sombras, y se le cayó el alma a los pies al reconocer los anchos omóplatos marrón oscuro. ¿Qué quería de ella Alcotán?

—¿Esquirolina?

La joven parpadeó. Se trataba de Zarzoso. El guerrero estaba mirándola burlonamente.

—¿Entras o no? —maulló—. Tenemos que asegurarnos de que coman todos los gatos.

Ella se sintió mareada.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó Zarzoso, mirándola con atención.

La joven negó con la cabeza con impotencia. Vio que, al otro lado de la cueva, Borrascoso estaba susurrándole algo a Rivera.

Zarzoso siguió su mirada.

—Borrascoso se queda aquí, ¿verdad?

—Quiere quedarse con Rivera —susurró ella.

Hubo una larga pausa.

—Lo echarás de menos, ¿no? —

preguntó el guerrero.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Esquirolina, sorprendida. Y entonces vio un destello en los ojos ámbar de Zarzoso. ¿Es que estaba celoso?—. ¡Oh, Zarzoso! —exclamó con voz estrangulada—. Mi corazón está con el Clan del Trueno, ¿es que aún no lo sabes? —Rozó levemente su costado con la cola—. Mi corazón está contigo.

Él cerró los ojos, y Esquirolina esperó de repente no haber dicho lo que no debía. Pero luego el guerrero abrió los ojos y la miró con tanta dulzura, que ella sintió que podría quedarse así eternamente.

—Todos debemos seguir a nuestro

corazón —murmuró Zarzoso.

Los temores de Esquirolina sobre lo que los aguardaba parecieron disolverse en un instante, como la bruma en la estación de la hoja verde. Perdería a un amigo cuando se marcharan de las montañas y dejaran atrás a Borrascoso, pero nunca estaría sola.

Un movimiento captó su atención. Narrarrocas estaba encaminándose al centro de la cueva.

—¡Los clanes se marchan! —anunció el sanador a la tribu—. Quiero que algunos de vosotros los acompañéis para mostrarles cómo salir de las montañas. Se dirigen a las colinas, no hacia el lugar donde se ahoga el sol, de

modo que llevadlos por el camino que va hacia la Gran Estrella.

Esquirolina sintió una oleada de emoción. ¿Los gatos de tribu iban a llevarlos directamente al lugar por el que había desaparecido el guerrero agonizante, tras la cadena montañosa?

Narrarrocas inclinó la cabeza ante todos los líderes de clan, uno tras otro.

—Deseo buena caza a los gatos del Clan Estelar.

—Muchas gracias, Narrarrocas —respondió Estrella de Fuego inclinando también la cabeza—. Tu tribu nos ha tratado con más amabilidad de la que habríamos imaginado, y nos entristece tener que partir. Pero nos esperan en

otro lugar, el que nos prometieron nuestros antepasados guerreros. —Se volvió hacia los demás líderes de clan —. Estrella Alta, ¿el Clan del Viento está preparado?

El líder del Clan del Viento lo miró fijamente, con los ojos nublados de confusión, y luego miró a Bigotes, que estaba a su lado. Bigotes le hizo un gesto de ánimo, pero, antes de que Estrella Alta lograra hablar, Enlodado levantó la cabeza.

—Estamos preparados —maulló.

—¡El Clan de la Sombra también está preparado! —exclamó Estrella Negra.

Estrella Leopardina alzó la cola.

—Todos mis gatos están preparados.

—No todos lo están… —Borrascoso se adelantó—. Yo me quedo aquí.

Los gatos se sumieron en un silencio atónito. Un instante después, Manto Polvoroso replicó:

—¡No puedes abandonar a tu clan ahora!

—Es libre para elegir —murmuró Amapola, mirando a Rivera con expresión comprensiva.

—El hijo de Látigo Gris no tomaría una decisión así a la ligera —intervino Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego miró pensativamente a Borrascoso.

—Recuerdo lo difícil que fue para Látigo Gris escoger a Corriente Plateada en vez de a su clan —maulló—. Pero de esa difícil decisión nacisteis Plumosa y tú. Sin vosotros dos, todo habría sido distinto para la tribu y para los clanes. Plumosa mató a Colmillo Afilado, y tú concluiste un viaje difícil y complicado para comunicarnos un mensaje del Clan Estelar. Nadie cuestiona tu lealtad y tu valor, ni critica tu decisión, porque, como tu padre demostró, escuchar al corazón produce grandes cosas.

Murmullos de aprobación recorrieron la cueva, hasta que Estrella Leopardina silenció a los gatos con un aullido cortante.

Esquirolina notó un hormigueo en la piel. ¿Estrella Leopardina dejaría ir a su guerrero?

La líder del Clan del Río se quedó mirando a Borrascoso con los ojos entornados.

—Borrascoso —maulló al cabo—, el Clan del Río echará de menos tu valentía y tu destreza, pero han cambiado tantas cosas en nuestra vida que no es imposible que nos encontremos de nuevo, en esta vida o en la otra. —Inclinó la cabeza, aceptando sin ira la decisión de Borrascoso—. Te deseo lo mejor.

Rivera acarició el costado de Borrascoso con la cola cuando los

clanes comenzaron a salir de la cueva. Esquirolina miró apenada a su amigo, deseando que al menos formara parte de la patrulla que iba a acompañarlos hasta el límite del territorio de la tribu. Pero Borrascoso se quedó donde estaba; su pelaje gris relucía bajo la centelleante luz de la cascada, y sus ojos delataban la profundidad de su tristeza. Por mucho que el guerrero quisiera vivir con la tribu, Esquirolina sabía que ver cómo los clanes partían sin él sería como perder a Corriente Plateada, Plumosa y Látigo Gris una vez más.

—¿Crees que Borrascoso estará bien? —le preguntó la aprendiza a Zarzoso.

Él le dio un breve lametazo en la oreja.

—Sí, lo creo.

Siguieron a los demás gatos por el desfiladero, dirigiéndose hacia las cumbres. Tenían el sol a un costado mientras avanzaban por la cordillera.

—¿Crees que nos están llevando por el camino correcto? —le susurró Esquirolina a Zarzoso.

El joven guerrero parpadeó.

—Esperemos que sí. —Miró hacia la cumbre—. Parece la misma dirección por la que vimos caer la estrella fugaz. Sólo espero que no nos lleven demasiado lejos y nos pasemos de largo.

En ese momento, los gatos de tribu

tomaron un sendero que descendía por un sinuoso desfiladero. De pronto, la tierra se expandió ante ellos, en una colina tras otra, herbosa por un sitio, salpicada de arboledas por otro. Desde donde se encontraban los clanes, en el límite de las montañas, el color verde resultaba raro tras el interminable gris y blanco de los peñascos. Bajo la luz del sol, Esquirolina vio arroyos centelleando entre los árboles desnudos, como los abedules plateados en un bosque de robles.

—¿Es eso? —preguntó Zarzoso sin aliento.

—«Colinas, arboledas en las que refugiarse, arroyos». —Esquirolina se

sorprendió recitando la profecía de Medianoche.

—Pero… ¡ahí hay mucho de todo eso! —exclamó Trigueña, que se les había acercado—. ¿Cómo sabremos dónde detenernos?

Zarzoso sacudió la cabeza, y los tres se quedaron mirando en silencio hasta que algo en lo alto captó la atención de Esquirolina: algo que se movía en la cresta rocosa que bordeaba el desfiladero. Notó un hormigueo de miedo. ¿Sería un águila? Se obligó a mirar hacia arriba, y descubrió que no se trataba de un ave. Eran Borrascoso y Rivera, que corrían a lo largo de la cresta, despidiéndose de los clanes.

Borrascoso saltaba ágilmente de una roca a otra, y Rivera lo seguía como si fuera su sombra, de modo que se rozaban con cada salto. El pelaje cubierto de barro del guerrero sólo se distinguía cuando cruzaba una zona nevada, y Esquirolina no pudo evitar pensar que el gato del Clan del Río casi parecía haber nacido en la tribu.



25

Hojarasca se sacudió la llovizna de los bigotes y continuó tras los demás por la cuesta cubierta de brezo. Habían estado caminando toda la mañana, dejando atrás la nieve y las montañas, pero perseguidos por la lluvia que bajaba de las cumbres detrás de ellos.

—¿Te has fijado en Estrella Alta? —le susurró Acedera.

El líder del Clan del Viento andaba al lado de Bigotes entre las matas de brezo. A pesar de la lluvia, ya no se apoyaba en el guerrero que siempre estaba junto a él, sino que avanzaba con seguridad, como si por fin creyera que estaba a punto de llegar al nuevo hogar de su clan. Irguió las orejas cuando un conejo salió disparado desde una roca, más adelante. Bigotes miró de reojo a su líder, que asintió. Entonces el guerrero fue por el conejo, y Oreja Partida y Manto Trenzado lo siguieron ladera arriba.

—Creo que el olor del brezo le ha devuelto al Clan del Viento parte de su antiguo espíritu —ronroneó Hojarasca.

Todos los gatos parecían más relajados que en las montañas; no sólo los del Clan del Viento. Estrella Negra caminaba junto a Estrella de Fuego. Manto Polvoroso iba al lado de Bermeja, y el brezo rozaba sus costados atigrados mientras hablaba tan a gusto con la lugarteniente del Clan de la Sombra.

—Jamás pensé que vería a Manto Polvoroso tan cómodo con los demás clanes —comentó Hojarasca.

—Pronto volverá a ser el mismo de siempre —replicó Acedera con desenfado—, en cuanto nos instalemos en nuestro nuevo hogar y las cosas recuperen la normalidad.

—Siempre habrá cuatro clanes —murmuró Hojarasca, casi para sí misma, pero ¿sería eso verdad?

Al mirar a su alrededor, advirtió impactada que era imposible decir, en la multitud de gatos, dónde empezaba un clan y terminaba otro.

—Yo me alegro de haber salido de las montañas —maulló Acedera—. Borrascoso ha sido muy valiente al quedarse.

—Le quedaban muy pocas cosas en los clanes.

—Bueno, aun así, yo preferiría estar aquí —replicó Acedera.

—¿Incluso aunque no sepamos adónde vamos? —le preguntó

Hojarasca, sorprendida.

—¡Mira este sitio! —Acedera señaló con la cola el terreno que las rodeaba—. No hay ni rastro de monstruos ni de tierra removida. Y es estupendo volver a oler a presas —añadió, pasándose la lengua por el hocico.

En ese momento, apareció Bigotes con un conejo colgando de su boca. Hojarasca sabía que su amiga tenía razón: aquel lugar parecía más seguro que cualquiera que hubieran visto en muchos días y noches. Aun así, sin una señal del Clan Estelar, ¿sería realmente su nuevo hogar?

—¡Hojarasca!

La voz de Carbonilla despertó de golpe a la aprendiza, que abrió los ojos. Todavía estaba oscuro.

—¿Va todo bien? —preguntó, poniéndose en pie y mirando alrededor.

Los clanes se habían refugiado en un umbroso bosquecillo para pasar la noche. Un viento helado soplaba entre los árboles.

—Estrella de Fuego quiere que nos pongamos en marcha lo más pronto posible —respondió Carbonilla.

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí? —maulló Betulino, quejoso.

Cuando los ojos de Hojarasca se

acostumbraron a la luz de la madrugada, vio que el cachorro estaba mirando fijamente a su madre, acurrucado entre las raíces de un árbol.

—No podemos detenernos todavía. —La profunda voz de Zarzoso resonó antes de que Fronda pudiera responder—. El Clan Estelar nos dirá cuándo hemos encontrado nuestro nuevo hogar.

—Pero la señal podría llegar mientras esperamos aquí —intervino Manto Polvoroso.

—¿Esperar aquí? —Enlodado fulminó con la mirada a los gatos del Clan del Trueno—. Quizá vosotros os sintáis como en casa con estos árboles, pero nosotros no.

—Los arroyos de aquí no son lo bastante profundos para pescar —apuntó Estrella Leopardina.

Esquirolina asintió.

—Debemos seguir adelante.

—¿Adónde exactamente? —gruñó Alcotán.

Esquirolina entrecerró los ojos.

—¿Tenemos que saberlo todo?

Zarzoso sacudió la cola para hacerla callar, y luego miró a Carbonilla.

—¿Has recibido alguna señal del Clan Estelar?

La curandera negó con la cabeza.

—Yo no. Pero Hojarasca tuvo un sueño —maulló.

A Hojarasca le dio un vuelco el

corazón cuando los ojos de todos los clanes se volvieron hacia ella, fulgurantes bajo la escasa luz.

—Y… yo no sé… si era una señal —se apresuró a decir—. Soñé que estaba sentada ante una gran extensión de agua reluciente…

—¿Agua reluciente? —la interrumpió Estrella Leopardina—. ¿Te refieres a un río?

Hojarasca negó con la cabeza.

—No, no era un río. Las aguas eran lisas; no se agitaban. Vi el Manto Plateado reflejado en su superficie, y todas las estrellas relucían tan claramente como si estuvieran nadando en el cielo.

—¿Eso es todo? —quiso saber Estrella Negra.

—Jaspeada también estaba allí, y me dijo que el Clan Estelar nos encontraría.

Se obligó a mirar a los ojos al líder del Clan de la Sombra, aunque le temblaban las patas.

—Entonces, ¿debemos buscar agua? —maulló Estrella Alta, esperanzado.

Hojarasca agitó las orejas.

—Creo que sólo era un sueño —susurró—. No he tenido ninguna señal del Clan Estelar después de eso. —Se miró las patas, abatida—. Empiezo a pensar que sólo soñé lo que deseaba soñar…

—En ese caso, no tenemos nada —

mascullό Estrella Negra, dando media vuelta.

—¿Estás segura de que no era más que un sueño? —le preguntó Zarzoso a la aprendiza de curandera.

Ella buscó la verdad en su corazón.

—No lo sé.

Nunca se había equivocado con sus sueños, pero si aquél contenía realmente un mensaje de sus antepasados guerreros, ¿no habría habido alguna señal que les dijera que el Clan Estelar estaba con ellos en ese lugar, algo como una estrella fugaz u otro sueño?

—Bueno, entonces sólo nos queda seguir adelante —suspiró Zarzoso, y avanzó hasta salir de la arboleda.

Una herbosa ladera descendía delante de él hasta un estrecho valle. Más allá, una serie de colinas se alzaba en el cielo añil; sus onduladas estribaciones estaban sombreadas de bosque.

Cuando los gatos comenzaron a salir del bosquecillo, todavía bizqueando y desperezándose, Hojarasca miró hacia el cielo. Había nubes tapando las estrellas.

—No te preocupes por la señal. —La voz de su padre la sorprendió, y Hojarasca se dio cuenta de que lo tenía justo al lado—. Todavía eres aprendiza de curandera —murmuró Estrella de Fuego—. No deberías sentirte

responsable cuando el Clan Estelar decide permanecer callado.

Hojarasca miró agradecida los ojos color esmeralda de su padre, que continuó:

—Estoy muy orgulloso de ti. Y también de Esquirolina… Aunque la profecía de Carbonilla me asustó durante un tiempo.

—¿La profecía de Carbonilla? —repitió la joven.

—La de que el fuego y el tigre destruirían al clan.

Hojarasca parpadeó. En esos momentos, el siniestro augurio de Carbonilla parecía a una vida de distancia.

—Ahora creo que ya entiendo qué significaba. —Estrella de Fuego miró a Esquirolina y Zarzoso, que estaban guiando a los gatos hacia el valle. Sus pelajes refulgían como la luna en la penumbra—. La hija de Estrella de Fuego y el hijo de Estrella de Tigre destruyeron el clan… —maulló—, pero no como yo me temía. Nos sacaron de nuestro antiguo hogar, alejándonos del peligro e internándonos en lo desconocido. Muchos se habrían desanimado ante las dificultades que se encontraron, pero ellos conservaron la fe y nos pusieron a todos a salvo. —Miró a Trigueña y a Corvino Plumoso, que caminaban a ambos lados de los

clanes protegiendo al grupo—. Los primeros gatos que atravesaron las montañas… tanto los que siguen entre nosotros como los que viven ahora con otros guerreros… serán honrados para siempre entre los clanes por su valor.

Sacudió la cola y luego se alejó para alcanzar a Tormenta de Arena. Hojarasca sintió una oleada de orgullo por su hermana, y gratitud hacia su padre por estar dispuesto a confiar en que Zarzoso y Esquirolina iban a llevarlos a un lugar seguro.

Serpenteó entre los gatos para situarse junto a Acedera, y así llegaron al pie de la ladera y comenzaron a ascender el otro lado del valle.

—Tengo hambre —se quejó Acedera.

—Ya está a punto de amanecer —respondió Hojarasca—. Estoy segura de que podremos cazar entonces.

—Por lo menos parece que éste es un buen terreno para cazar —comentó la guerrera mirando alrededor y contemplando las jóvenes hayas que cubrían la ladera.

Hojarasca reconoció la voz de su hermana más adelante.

—¡Huelo a presas, a hojas y a helechos como los que teníamos en el bosque! —Esquirolina se les acercó dando saltos—. Espero que recibamos algún tipo de señal cerca de aquí. —

Miró a través de los árboles, donde se veía el pelaje de Zarzoso, deslizándose entre las sombras como un pez—. Y también espero que Zarzoso esté bien. Hoy no ha dicho prácticamente nada.

—Sólo está preocupado —la tranquilizó Hojarasca.

—¿Cuál crees que será la señal? —se impacientó Acedera.

Hojarasca sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió.

Debajo de los árboles, apenas podía ver a un par de colas de distancia, pero siguió los olores de sus compañeros de clan, que ascendían tenazmente la colina.

Como si todos los gatos estuvieran

esperando algo, la tensión recorrió los clanes, tensando músculos y erizando pelajes. No habló nadie mientras alcanzaban la cima de aquella ladera. Se alinearon a lo largo de la cresta sin árboles, formando una sola hilera, recortados contra el oscuro cielo. Una fría brisa sopló entre ellos, y Hojarasca notó cómo le alborotaba el pelo. Cerró los ojos un instante y lanzó una súplica desesperada al Clan Estelar.

«Por favor, que las palabras de Jaspeada sean ciertas. Mostradme que estáis esperándonos», pidió.

La brisa cobró intensidad, acariciando su pelaje, y, en lo alto, las nubes se desplazaron, dejando a la vista

una luna reluciente y redonda que brilló sobre los gatos.

Hojarasca abrió los ojos y se quedó sin aliento. En el extremo más alejado de la cima, el suelo descendía abruptamente, alejándose hacia una amplia y lisa extensión de agua. Todas las estrellas del Manto Plateado se reflejaban en el lago, resplandeciendo como la plata en el oscuro firmamento, como si estuvieran nadando en el cielo nocturno.

El corazón de Hojarasca se inundó de felicidad. Sabía, desde lo más profundo de su alma, que habían llegado al final de su viaje. Su fe había bastado: sus antepasados habían estado

esperándolos allí todo ese tiempo.

La aprendiza levantó la vista. El distante horizonte estaba tornándose rojizo allí donde la aurora empezaba a desplazar a la noche, revelando poco a poco el nuevo hogar de los clanes.

«Éste es el lugar que estábamos destinados a encontrar, y el Clan Estelar está aquí».